

Premio Pulitzer

Anne Tyler

El baile
del reloj



Lumen

El baile del reloj

Anne Tyler

Traducción de
José Luis López Muñoz

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

PRIMERA PARTE

1967

Willa Drake y Sonya Bailey se disponían a vender chocolatinas de puerta en puerta. El dinero recaudado se destinaría a la orquesta de la escuela Herbert Malone, donde estudiaban primaria. Si conseguían vender suficientes, podrían ir a Harrisburg y participar en los concursos regionales. Willa nunca había ido, pero le gustaba el sonido áspero y rocoso de aquel nombre. Sonya sí había estado, pero no se acordaba porque por entonces era muy pequeña. Las dos aseguraban que si no conseguían ir esta vez, se morirían sin remedio.

Willa tocaba el clarinete y Sonya la flauta. Ambas tenían once años. Vivían, a dos manzanas de distancia, en Lark City (Pennsylvania), que desde luego no era una ciudad y que casi ni llegaba a pueblo, porque, de hecho, el único sitio donde había aceras era en la calle donde estaban las tiendas. Cuando Willa se imaginaba otras aceras, eran siempre enormes. Y estaba decidida a, de mayor, no vivir nunca en un lugar que no las tuviera.

Como no había aceras, a ninguna de las dos se les permitía salir de casa después de anochecer. De manera que se pusieron en camino por la tarde, Willa acarreando una gran caja de chocolatinas y Sonya con un sobre marrón para el dinero que esperaban recolectar. Salieron de casa de Sonya, donde antes habían tenido que terminar los deberes. La madre de Sonya les hizo prometer que volverían a casa tan pronto como el sol —que de todos modos a mediados de febrero era de una palidez lechosa— se ocultara detrás de los desiguales árboles que coronaban Bert Kane Ridge. La madre de Sonya era de las que se preocupaban mucho, bastante más que la de Willa.

Habían planeado empezar muy lejos, en Harper Road, y terminar en su barrio. Nadie de la orquesta vivía en aquella calle, así que esperaban recoger un dineral si llegaban antes que los demás. Era lunes, el primerísimo día de la campaña de las chokolatinas; probablemente la mayor parte de los demás participantes esperasen al fin de semana.

A los tres voluntarios que recaudaran más se los invitaría a una comida de dos platos y postre con el señor Budd, el profesor de música, en un restaurante del centro de Harrisburg, todo pagado.

Las casas de Harper Road eran bastante nuevas. Se las calificaba de estilo «rancho». De una sola planta y de ladrillo, las personas que vivían en ellas también eran recientes: casi todos empleados de la fábrica de muebles inaugurada en Garrettsville un par de años antes. Willa y Sonya no conocían a nadie y eso era bueno, porque no se sentirían incómodas por ir vendiendo de puerta en puerta.

Antes de intentarlo en la primera casa, se detuvieron detrás de un arbusto de hoja perenne de buen tamaño para prepararse. Se habían lavado las manos y la cara en casa de Sonya, a quien además no le había costado peinarse porque por su pelo, liso y oscuro, el peine se deslizaba sin problemas. La nube de rizos dorados de Willa requería un cepillo, y no un peine, pero Sonya no tenía, de manera que Willa tuvo que atusarse los bucles con las manos lo mejor que pudo. Las dos vestían chaquetas de lana casi iguales y capuchas con un ribete de piel sintética, además de vaqueros con los bajos vueltos para que se viera el forro de franela de cuadros. Sonya calzaba zapatillas de deporte, pero Willa llevaba los clásicos zapatos marrones con cordones del colegio: no había querido pasar por su casa, ya que temía que la entretuviera su hermana pequeña, que insistiría en acompañarlas.

—Levanta mucho la caja de chokolatinas cuando abran la puerta —le dijo

Sonya a Willa—. No enseñes solo una. Pregunta: «¿Querría comprarnos unas chokolatinas?». En plural.

—¿Soy yo la que tiene que preguntar? —dijo Willa—. Creía que ibas a ser tú.

—Me sentiría ridícula preguntando.

—¿Sí? ¿Y crees que yo no voy a sentirme ridícula?

—Pero a ti se te dan mucho mejor las personas mayores.

—Y ¿qué harás tú?

—Me encargaré del dinero —contestó Sonya, agitando el sobre marrón.

—Vale —dijo Willa—, pero luego, en la segunda casa, preguntarás tú.

—De acuerdo —dijo Sonya.

Claro que estaba de acuerdo, porque en la casa siguiente todo sería ya mucho más fácil. Aun así, Willa se abrazó a la caja de las chokolatinas y Sonya se dio la vuelta para encabezar la expedición por el sendero de baldosas.

Aquella casa tenía delante una escultura de metal que no era más que una curva, sencilla y alta, muy moderna. El timbre tenía iluminación propia y brillaba incluso en pleno día. Sonya lo pulsó. Una agradable melodía de dos notas se dejó oír en algún lugar del interior, seguida de un silencio tan intenso que las dos niñas empezaron a abrigar la esperanza de que no hubiese nadie en casa. Pero enseguida oyeron unos pasos que se acercaban; la puerta se abrió y dejó ver a una mujer que les sonrió. Era más joven que sus madres y más estilosa, llevaba el pelo castaño corto, un llamativo lápiz de labios y minifalda.

—Vaya, ¿qué tal, chicas? —dijo.

Tras ella apareció dando traspiés un niño muy pequeño, que arrastraba un juguete con ruedas y que preguntó:

—¿Quién es, mamá? ¿Quién es, mamá?

Willa miró a Sonya. Sonya miró a Willa. A esta, algo en la expresión de Sonya, tan confiada, tan expectante, con los labios húmedos y ligeramente entreabiertos como si se dispusiera a empezar a hablar al mismo tiempo que su amiga, le resultó cómico, y sintió que le subía por el pecho un pequeño estallido de risa que le cosquilleaba en la garganta. El repentino y sorprendente sonido que salió también resultó cómico —hilarante, de hecho—, y el estallido se convirtió en un vendaval, una auténtica cascada de risas; Sonya, a su lado, no pudo contenerse y se desternilló mientras la dueña de la casa seguía mirándolas, todavía sonriendo de manera inquisitiva.

—¿Querría? —empezó a decir Willa—. ¿Querría usted? —Pero no pudo acabar; era superior a sus fuerzas; le faltaba la respiración.

—¿Estáis proponiéndome que os compre algo? —sugirió con amabilidad su interlocutora.

Willa se dio cuenta de que probablemente también ella había tenido ataques de risa a su edad, aunque, seguro que no, Dios del cielo, seguro que nunca unas risas tan histéricas, unas risas tan irremediables, irresistibles, incontrolables. Aquellas risas eran como un líquido que inundaba todo el cuerpo de Willa, provocando que de los ojos le cayeran lágrimas a raudales y forzándola a encogerse sobre la caja de las chocolatinas y a juntar mucho las piernas para no orinarse encima. Se avergonzó y, por la expresión desesperada y los ojos desorbitados de Sonya, se percató de que a su amiga le pasaba algo parecido, aunque al mismo tiempo lo que sentía era de lo más maravilloso, liberador y relajante. Le dolían las mejillas y los músculos del estómago parecían habersele ablandado hasta convertirse en seda. Podría haberse derretido, transformarse en un charco allí mismo, en los escalones de la entrada.

Sonya fue la primera en rendirse. Sacudió sin fuerzas un brazo en dirección a la dueña de la casa y se dio la vuelta para marcharse por la senda de

baldosas. Willa se volvió también y la siguió sin decir una palabra. Al cabo de un momento oyeron que la puerta se cerraba suavemente a sus espaldas.

Habían dejado ya de reírse. Willa se sentía muerta de cansancio, vacía y un poco triste. Y quizá a Sonya le pasara lo mismo, porque, aunque el sol seguía colgado como una monedita blanca sobre Bert Kane Ridge, dijo:

—Deberíamos esperar hasta el fin de semana. Es demasiado duro con todos los deberes que tenemos que hacer en casa.

Willa no se lo discutió.

Cuando el padre de Willa le abrió la puerta, tenía una expresión pesarosa. Detrás de las gafas sin montura y pequeñas, sus ojos parecían de un azul todavía más pálido que de ordinario y carecían del brillo habitual; además, se pasaba la palma de la mano por la cabeza, calva y suave, de aquella manera lenta e insegura que significaba que había sufrido alguna decepción. Lo primero que se le ocurrió a Willa fue que de algún modo se había enterado de su ataque de risa. Sabía que no era probable —y, de todos modos, su padre no era de esas personas que ponen mala cara en tales casos—, pero ¿cómo explicar si no su expresión?

—Hola, cariño —dijo con una voz que traslucía desaliento.

—Hola, papi.

Su padre se dio la vuelta y se dirigió al cuarto de estar sin propósito fijo; Willa tuvo que cerrar la puerta de la calle. Él todavía llevaba puestos la camisa blanca y los pantalones grises con los que iba a trabajar, pero se había cambiado los zapatos por las zapatillas de pana, de manera que ya debía de llevar un rato en casa. (Daba clases de manualidades en el instituto de enseñanza media de Garrettsville y regresaba a casa antes que otros padres.)

La hermana de Willa estaba sentada en la alfombra con el periódico abierto

por la página de las viñetas. Tenía seis años y de la noche a la mañana había pasado de ser una monada a convertirse en una criatura fea de verdad: uñas mordidas hasta dejarse los dedos en carne viva, ausencia de incisivos y trenzas de color castaño preocupantemente escuchimizadas.

—¿Cuántas has vendido? —le preguntó a Willa—. ¿Las has vendido todas? —pues Willa había dejado la caja de las chokolatinas en casa de Sonya y solo llevaba la cartera con los libros de texto.

La dejó en el sofá y se quitó la chaqueta. No perdía de vista a su padre, que no se había detenido en el cuarto de estar y se dirigía a la cocina. Willa fue detrás. En la cocina, su padre echó mano de una sartén que colgaba de un tablero de clavijas junto al fogón.

—¡Esta noche, sándwiches de queso fundido! —dijo con voz falsamente alegre.

—¿Dónde está mamá?

—Vuestra madre no cena con nosotros.

Willa esperó a que dijera algo más, pero su padre estaba muy ocupado ajustando la intensidad del fuego; luego dejó caer en ella un trozo de mantequilla y cuando empezó a derretirse ajustó de nuevo el quemador. Enseguida se puso a silbar, de manera apenas audible, una melodía sin pies ni cabeza.

Willa regresó al cuarto de estar. Elaine había terminado de leer las viñetas y estaba doblando el periódico: otra mala señal, porque lo hacía con cuidado extremo, algo muy excepcional, esforzándose por portarse bien.

—¿Está mamá arriba? —preguntó Willa en voz muy baja.

Elaine negó ligeramente con la cabeza.

—¿Se ha marchado?

—Humm...

—¿Qué ha pasado?

Elaine se encogió de hombros.

—¿Enfadada?

—Humm...

—¿Por qué?

Otro encogimiento de hombros.

Bueno, ¿cómo saber qué era lo que pasaba todas las veces, en realidad? Su madre era la más guapa de su instituto, y la más despierta y la más lista, pero luego, de repente, sucedía algo, y tenía un arrebató. A menudo empezaba con su padre. O con Willa o Elaine, pero sobre todo con él. Era de creer que su padre aprendería, opinaba Willa. Pero ¿aprender qué? A su hija mayor le parecía perfecto tal como era, y lo quería más que a nadie en el mundo. Siempre divertido y amable, nunca levantaba la voz ni era gruñón como el padre de Sonya, ni eructaba, como el de Madeline. Sin embargo, su mujer le decía: «Ay, ¡te conozco bien! ¡Te tengo más que calado! Mucho “Sí, cariño” y “No, cariño”, pero tienes más conchas que un galápago».

Willa no estaba segura de lo que quería decir aquello exactamente. En cualquier caso, su padre debía de haber hecho algo mal. Se dejó caer en el sofá y vio que Elaine colocaba el periódico, muy bien doblado y perfectamente alineado, encima de un montón de revistas.

—Ha dicho que estaba hasta las narices —comentó Elaine al cabo de un minuto. Hablaba muy bajito y casi sin mover los labios, como si no quisiera que se notara que estaba hablando—. Le ha dicho que tratara de llevar él la casa si estaba convencido de que podía hacerlo mejor. Ha dicho que papá era «la personificación de la bondad». Y le ha llamado «san Melvin».

—¿San Melvin? —preguntó Willa, frunciendo el ceño. Le sonaba a una cosa buena—. ¿Qué ha respondido él? —quiso saber.

—Al principio, nada. Luego, que sentía que se lo tomara así.

Elaine se sentó en el sofá junto a Willa, aunque casi en el borde mismo.

Habían renovado el cuarto de estar hacía poco; estaba más a la moda que antes. Después de consultar libros sobre decoración de la biblioteca de Garrettville y a una de sus amigas del Little Theatre, su madre había llegado con muestras de telas para distribuir las aquí y allá sobre el sofá y el respaldo de los dos sillones a juego. Los muebles idénticos estaban desfasados, había dicho. Ahora un tweed azulado cubría un sillón y una tela verde y azul a rayas el otro. Habían arrancado la moqueta para reemplazarla por una alfombra color marfil con flecos, de manera que a lo largo de todo el perímetro se veían las tablas de madera oscura. Willa echaba de menos la moqueta. Su hogar era una vieja casa de madera, pintada de blanco, que crujía cuando soplaba el viento, y la moqueta hacía que pareciera más sólida y cálida. También echaba de menos el cuadro encima de la chimenea que representaba un barco con las velas desplegadas en un mar descolorido. (Lo que había ahora era algo así como un círculo borroso.) Pero estaba orgullosa de lo demás. Sonya había dicho que le gustaría que la madre de Willa se ocupara de redecorar su diminuto cuarto de estar, demasiado anticuado.

Su padre apareció en la puerta con una espumadera en la mano.

—¿Guisantes o judías verdes? —les preguntó.

—¿Por qué no vamos a Bing's Drive-In, papá? ¡Por favor! —dijo Elaine.

—¡Cómo! —replicó él, haciéndose el ofendido—. ¿No preferirás la comida de un *drive-in* a mis famosos sándwiches de queso fundido *à la Maison*?

Sándwiches de queso fundido era lo único que su padre sabía hacer. Los freía a fuego fuerte y despedían un olor intenso y salado que Willa había llegado a asociar con las ausencias de su madre, con sus migrañas insoportables, con sus ensayos en el teatro y con las veces en que se marchaba dando un portazo.

—Tammy Denton va con su familia al Bing's todos los viernes por la noche —dijo Elaine.

Su padre puso los ojos en blanco.

—¿Acaso Tammy Denton ha apostado últimamente en las carreras por un caballo ganador? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Se le ha muerto una tía rica y le ha dejado una fortuna? ¿Ha encontrado, enterrado en su patio de atrás, el cofre del tesoro?

Echó a andar hacia Elaine moviendo cómicamente los dedos de la mano que tenía libre, amenazando con hacerle cosquillas, y la pequeña chilló y se encogió, entre risas, antes de esconderse detrás de su hermana. Willa mantuvo las distancias poniéndose rígida y pegando los codos al cuerpo.

—¿Cuándo vuelve mamá? —preguntó.

—Ah, muy pronto —dijo su padre, irguiéndose.

—¿Dijo adónde iba?

—No, no lo dijo, pero ¿sabes qué?, estoy pensando que nosotros tres deberíamos bebernos una Coca-Cola con la cena.

—¡Viva! —gritó Elaine, asomando por detrás de su hermana.

—¿Se ha llevado el coche? —preguntó Willa.

Su padre se pasó la mano por el cuero cabelludo.

—Bueno, sí —contestó.

Era una mala noticia. Quería decir que no se había limitado a marcharse, calle abajo, a casa de su amiga Mimi Prentice; a saber adónde se habría ido.

—Entonces, nada de Bing's Drive-In, ¿no? —dijo Elaine, entristecida.

—¡Olvídate del dichoso Bing's Drive-In! —gritó Willa, volviéndose hacia ella.

Elaine se quedó con la boca abierta.

—¡Cielos! —exclamó su padre.

Pero entonces empezó a salir humo de la cocina, y dijo: «Oh, oh» y se precipitó hacia ella, con el consiguiente estrépito de sartenes y cacerolas.

El coche de la familia era antiguo, tenía un parachoques de otro color desde que su madre chocó contra un guardarraíl en la autovía Este-Oeste, y siempre iba lleno de desechos de su padre: vasos de papel, revistas con las hojas onduladas, envoltorios de dulces y un montón de sobres con manchas circulares de café. Su madre llevaba años queriendo un coche propio, pero eran demasiado pobres. Era ella quien decía que eran demasiado pobres. Su padre aseguraba que les iba muy bien. «Tenemos lo suficiente para comer, ¿no?», preguntaba a sus hijas. Sí, y además tenían un cuarto de estar nuevo de lo más elegante, pensó Willa, que sintió desprecio y resentimiento, y se descubrió inesperadamente adulta al recordar aquellas palabras.

Los sándwiches de queso fundido tenían un aspecto escamoso donde su padre había tenido que raspar las partes quemadas, pero no estaban mal de sabor. Sobre todo con Coca-Cola. La verdura eran judías verdes congeladas que no se habían cocinado lo suficiente, por lo que, además de tener una consistencia húmeda, le crujieron entre los dientes cuando las masticó. Así que escondió la mayoría debajo de las cortezas del sándwich.

Cuando le tocaba hacer la cena, su padre no se ocupaba de los pequeños detalles, como, por ejemplo, retirar cuanto se hubiera acumulado en la mesa antes de ponerla, o doblar las servilletas de papel en forma de triángulo y colocarlas debajo de los tenedores, o bajar los estores para combatir la fría oscuridad que ya presionaba contra los cristales de las ventanas. Todo aquello le provocaba a Willa un sentimiento de vacío. Además, su padre parecía haberse quedado sin ganas de conversación. No habló mucho durante la cena y apenas probó la comida.

Cuando terminaron, él pasó al cuarto de estar y, como era su costumbre, encendió el televisor para ver las noticias. Por lo general, Elaine iba tras él,

pero aquella noche se quedó en la cocina con Willa, que tenía que quitar la mesa. Willa amontonó los platos sucios en la encimera junto al fregadero, luego retiró la cacerola del fogón y fue al cuarto de estar para preguntarle a su padre qué hacía con las judías verdes.

—¿Mmm...? —respondió él. Estaba viendo las noticias sobre Vietnam.

—¿Debo guardarlas?

—¿Cómo? No. No lo sé.

Willa esperó. Sintió tras ella la presencia de Elaine, que la había seguido como un perrito.

—¿Quizá mamá vuelva tarde esta noche y le apetezca comérselas? —dijo al fin.

—Tíralas —repuso él al cabo de un momento.

Cuando se volvió para regresar a la cocina, se dio de bruces con Elaine; así de cerca había estado siguiéndola.

En la cocina volcó las judías en el cubo de la basura y dejó la cacerola en la encimera. Limpió la mesa con un trapo húmedo, que luego dejó sobre el grifo, y apagó la luz. Después regresó con Elaine al cuarto de estar y vieron el resto de las noticias, pese a lo aburridas que les parecían. Se sentaron a los lados de su padre, muy pegadas a él, que las rodeó con los brazos y que de vez en cuando las apretaba contra sí, aunque seguía muy callado.

Al acabar las noticias, sin embargo, pareció animarse.

—¿Alguien quiere jugar al parchís? —preguntó, frotándose las manos con gran energía.

Willa, más o menos, había superado ya el parchís, pero exclamó: «¡Yo!» con el mismo tono entusiasta, y Elaine fue a buscar el tablero.

Jugaron en la mesa baja, las dos niñas en el suelo y el padre en el sofá porque, como siempre decía, estaba demasiado viejo y anquilosado para sentarse en el suelo. Se suponía que el parchís era bueno para que Elaine

aprendiese aritmética; todavía contaba con los dedos para hacer sumas. Aquella noche, sin embargo, no hizo el menor esfuerzo. Al tirar los dados y sacar un cuatro y un dos, anunció: «Un, dos, tres, cuatro; un, dos», golpeando la ficha sobre cada espacio con la fuerza suficiente para hacer saltar a las demás.

—Seis —la corrigió su padre—. Súmalos, cariño.

Elaine se limitó a sentarse mejor sobre los talones y cuando volvió a jugar, contó primero hasta cinco y luego hasta tres. Esa vez su padre no dijo nada.

La hora de acostarse para Elaine eran las ocho, y para Willa, las nueve, pero cuando su padre mandó subir a la pequeña para que se pusiera el pijama, Willa la acompañó y también se lo puso. Compartían habitación; tenían camas iguales, pegadas a paredes opuestas. Elaine se metió en la suya.

—¿Quién me va a leer? —preguntó, porque la mayoría de las noches era su madre quien se encargaba.

—Te leo yo —dijo Willa.

Se deslizó bajo las sábanas junto a Elaine, y tomó *La casa del bosque*, el libro que tenía en la mesilla.

Willa pensaba siempre que el personaje del padre de aquel libro se parecía a su padre. Era una idea descabellada, porque en la ilustración misma de la cubierta aparecía el papá de la historia con mucho pelo y barba. Pero tenía el mismo carácter tranquilo e idéntico afán por explicar las cosas, y cada vez que decía algo en el relato, Willa trataba de leer sus palabras con la voz un tanto afelpada de su padre y, como también hacía él, sin pronunciar apenas el final de las palabras.

Al concluir el capítulo, Elaine dijo:

—Otro.

Pero Willa cerró el libro con mucha decisión y replicó:

—Ni hablar. Tendrás que esperar hasta mañana.

—¿Mañana habrá vuelto mamá?

—Claro —dijo Willa—. ¿Qué te imaginabas? Me apuesto lo que sea a que volverá esta noche; es lo más probable.

Luego bajó de la cama de Elaine y fue hasta la puerta, con idea de pedir a su padre que subiera a arroparlas, pero él estaba hablando por teléfono; se dio cuenta porque alzaba la voz más de lo normal y por los silencios entre las frases.

—¡Estupendo! —exclamó él con gran energía, y luego, tras un silencio—: Las siete y cuarto está muy bien. También yo tengo que llegar pronto.

Debía de estar hablando con el señor Law, que enseñaba álgebra, o quizá con la señora Bellows, que era la directora adjunta. Ambos vivían también en Lark City y a veces pasaban a recoger a su padre para llevarlo al instituto cuando su madre necesitaba el coche.

De manera que su madre no iba a estar en casa al día siguiente, eso parecía desprenderse de la conversación. Aunque antes nunca había pasado fuera toda una noche.

Willa apagó la luz, llegó a tientas hasta su cama, se metió bajo las sábanas y se quedó tumbada boca arriba con los ojos muy abiertos. No tenía ni pizca de sueño.

¿Y si su madre no volvía?

No siempre estaba enfadada. Tenía muchos días buenos. En esos días ideaba proyectos muy emocionantes para las tres: cosas que pintar, cosas para decorar la casa, escenas cómicas que representar en vacaciones. Y cantaba con una voz maravillosa, muy nítida, que sonaba como algo líquido. A veces, si Willa y Elaine se lo suplicaban, se sentaba en el cuarto de sus hijas cuando ya estaban acostadas y les cantaba; luego, en el momento en que estaban quedándose dormidas, se levantaba y, sin dejar de cantar, aunque en voz más baja, salía del dormitorio y seguía cantando todo el rato mientras bajaba la

escalera hasta que su voz se perdía en el silencio. A Willa le gustaba sobre todo que cantase «Down in the Valley», una canción folk, en especial la parte en que se le pedía a alguien que escribiera una carta y la mandase por correo a la dirección de la cárcel de Birmingham. Era una canción tan desoladora que a Willa le dolía oírla incluso en ese momento, cantándola para sus adentros. Pero era un tipo de dolor dulcemente pesado, agradable.

A la mañana siguiente, su padre, desde la puerta, entonó el silbido especial que utilizaba para despertarlas. «Fiu, fiu», silbó..., como las dos primeras notas de «Dixie»; Willa lo pensaba siempre que las oía. Llevaba siglos despierta, pero se esforzó para que no se notara, haciendo gestos ostentosos al abrir los ojos, desperezarse y bostezar. Ya sabía que su madre no había vuelto. La casa, demasiado vacía, resonaba como un eco y parecía muy vulnerable a la luz blanca y uniforme que entraba por las ventanas.

—¡Hola, cariño! —dijo su padre—. Os he dejado dormir todo lo que he podido, pero debo marcharme antes de que llegue vuestro autobús. ¿Crees que podrás apañarte para que las dos estéis preparadas para ir a clase?

—Sí —dijo Willa.

Se incorporó y miró a Elaine, que estaba tumbada de lado pero hacia ella. En aquel momento abrió los ojos y parpadeó. Willa tuvo la sensación de que también su hermana llevaba un rato despierta.

—He dejado la llave en la mesa de la cocina —prosiguió su padre—. Cuélgatela del cuello, ¿de acuerdo? Solo por si no hay nadie en casa cuando volváis esta tarde del colegio.

—Vale —dijo Willa.

Su padre esperó hasta asegurarse de que su hija mayor bajaba de la cama; luego les dijo adiós con la mano y bajó la escalera. Un momento después sonó

fuera un claxon, y Willa oyó de inmediato que la puerta de la calle se abría y se cerraba.

Se pusieron la misma ropa del día anterior, porque a Willa no le apetecía tener que tomar tantas decisiones. Luego se tiró con fuerza del pelo con un cepillo. Elaine seguía llevando unas trenzas demasiado exiguas, pero aseguró que no era necesario tocarlas.

—¿Estás de broma? —dijo Willa—. Se te están deshaciendo.

Le soltó el pelo y se lo cepilló mientras Elaine se retorció e intentaba escapar haciendo muecas; luego volvió a trenzárselo. Al ponerle en su sitio la segunda goma con un chasquido, se sintió competente y eficaz, pero entonces Elaine dijo:

—No están bien.

—¿Qué quieres decir?

—Las has apretado poco.

—Son iguales que las que mamá te hace todos los días —dijo Willa.

Era absolutamente cierto, pero Elaine fue a mirarse en el espejo del armario empotrado y cuando se volvió tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡No son iguales! —exclamó—. ¡Están demasiado blandas!

—Bueno, ¡lo he hecho lo mejor que he podido, jolín!

A Elaine empezaron a correrle las lágrimas por las mejillas, pero no dijo nada más.

Para desayunar tomaron cereales, zumo de naranja de un tetrabrik y unas pastillas de vitaminas que se masticaban. Luego Willa recogió la mesa y la limpió con un trapo húmedo. En la encimera se acumulaban ya numerosos platos sucios, los de la noche anterior y los del desayuno, lo que resultaba muy deprimente.

Constató que si bien su padre se había hecho café, no había dejado ni cuencos ni platos, de manera que no debía de haber comido nada.

Le preocupaba la posibilidad de perder el autobús escolar —no estaba acostumbrada a calcular el tiempo—, así que a toda prisa le puso la chaqueta a su hermana y se la puso ella, además de las manoplas; luego salieron corriendo de casa y también corrieron calle arriba hasta la parada del autobús, de manera que les sobró mucho tiempo. La parada era una marquesina con un banco y un viejo anuncio de una película X medio despegado. Se sentaron muy juntas, abrazando la cartera con los libros en busca de calor; el aliento, al expulsarlo, se les convertía en aire blanco. La cosa mejoró cuando llegaron otros colegiales: Eula Pratt y su hermano, y los tres Turnstile. Entre todos abarrotaron la marquesina y se movieron arriba y abajo, estremeciéndose y resoplando; Willa empezó a sentirse ya medio reconfortada.

En el autobús, Elaine solía sentarse con Natalie Dean, pero aquel día siguió a su hermana hasta la parte de atrás, donde Sonya le guardaba a Willa un sitio, y se instaló en un asiento vacío del otro lado del pasillo, en la misma hilera. Era verdad que sus trenzas no estaban bien hechas. Y los extremos sueltos eran demasiado largos. Su madre solo le dejaba unos dos centímetros.

Sonya dijo que, después de pensarlo mucho, había llegado a la conclusión de que si vendían las chokolatinas solo a sus respectivas familias no haría falta que fueran de casa en casa llamando a la puerta de desconocidos.

—Tengo cuatro tíos por parte de mamá —dijo— y un tío y dos tías por la de papá, pero mis tías viven muy lejos. Aunque da igual, porque me pueden mandar el dinero por correo y guardarles yo las chokolatinas para la próxima vez que vengan a vernos.

—Tu familia es más grande que la mía —dijo Willa.

—Y luego está mi abuela paterna, por supuesto —siguió Sonya—. Pero mis otros abuelos ya se han muerto.

Los abuelos de Willa seguían vivos, los cuatro, pero ella apenas los veía. Bueno, a los paternos nunca, porque su mamá decía que no tenía absolutamente

nada en común con ellos. Además, eran granjeros, y no podían marcharse y abandonar a sus animales. Sus abuelos maternos iban a veces desde Philadelphia en vacaciones, pero no con mucha frecuencia ni por mucho tiempo; a su madre tampoco le gustaban en realidad ni su hermano ni su hermana, y casi nunca los visitaban. La madre de Willa decía que su hermano siempre había sido el preferido por ser chico, y que sus padres también preferían a su hermana porque era la pequeña y la más guapa; no podía estar más mimada, decía. Willa estaba casi segura de que si sugería que cualquiera de ellos le comprara chokolatinas, su madre soltaría un bufido. En cualquier caso, lo más probable era que no le comprasen nada si de verdad eran tan espantosos.

—Creo que solo probaré con gente de mi manzana —le explicó a Sonya—. Por lo menos será más fácil que si fueran desconocidos.

—Vale, pero recuerda que Billy Turnstile vive en tu manzana. Tendrás que darte prisa, porque si no llegará antes que tú.

Willa miró de reojo a Billy, que estaba forcejeando con su hermano para quitarle alguna cosa de comer envuelta en celofán.

—Billy Turnstile es uno de esos chicos que se sientan siempre al fondo de la clase —dijo—. Me juego lo que quieras a que ni siquiera se molestará en intentar vender nada.

—Ah, y también tengo una madrina —dijo Sonya.

—Tienes mucha, mucha suerte —le respondió Willa.

Cuando fuese mayor se casaría con alguien cuya familia fuera numerosa, una familia que estuviera muy unida y fuese alegre. Su futuro marido se llevaría bien con todos —sería una persona como su padre, amable y de trato fácil— y todos querrían a Willa y la tratarían como a una más. Tendría seis u ocho hijos, la mitad chicas y la mitad chicos, que crecerían jugando siempre con una multitud de primos.

—Tu hermana está llorando —señaló Sonya.

Willa la miró y vio que se limpiaba la nariz con el dorso de una mano enguantada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó desde el otro lado del pasillo.

—Nada —respondió Elaine en voz muy baja. La manopla tenía ya una raya brillante, como una mancha de pegamento.

—No le pasa nada —le dijo Willa a Sonya.

Pero a mitad de la jornada escolar, inmediatamente después del descanso para el almuerzo, la enfermera del colegio entró en el aula de Willa y pidió a la profesora que permitiera salir a la alumna Willa Drake.

—A tu hermanita le duele la barriga —le dijo mientras iban camino de la enfermería—. No creo que sea nada serio, pero no consigo localizar a vuestra madre, y tu hermana ha preguntado si podías ir tú a estar con ella.

Aquello hizo que Willa, en un primer momento, se sintiera importante.

—Lo más probable es que sea todo pura imaginación —dijo con voz de experta.

Cuando llegaron a la enfermería, Elaine se incorporó en la camilla con cara de alegrarse de verla, y la enfermera le acercó una silla a Willa para que se sentara. Pero entonces su hermana se tumbó de nuevo y se tapó los ojos con un brazo, de manera que Willa se quedó sin nada que hacer. Estuvo viendo cómo la enfermera, al otro lado del cuarto, cumplimentaba en su escritorio algún formulario. Luego observó con detenimiento un póster de colores muy brillantes sobre la importancia de lavarse las manos. Alguien llamó a la puerta —la señora Porter, de sexto grado—, y cuando salió para hablar con ella, la enfermera la dejó entreabierta, de manera que Willa vio pasar a los alumnos

de séptimo grado, que se agolpaban camino del almuerzo. Uno de ellos le dio un codazo a otro y casi consiguió tirarlo al suelo.

—¡Te he visto, Dickie Bond! —exclamó la señora Porter. Su voz resonó por el pasillo como si estuviera hablando desde el interior de una concha, y lo mismo sucedió con la voz de una chica de séptimo que decía:

—... un extraño color rosa anaranjado que hacía que mis dientes parecieran amarillos...

¿Todos aquellos niños procedían de familias perfectamente felices? ¿Ninguno ocultaba algo que estuviera sucediendo en su hogar? No lo parecía. Daba la sensación de que no pensaban más que en la comida, los amigos y el lápiz de labios.

La enfermera volvió y cerró la puerta, y los ruidos del pasillo se desvanecieron. Willa, sin embargo, oyó los ensayos de la orquesta cuando empezaron. Qué rabia. Le encantaba formar parte de una orquesta. Estaban aprendiendo las «Danzas polovtsianas», de Borodin. Las primeras notas eran tan suaves e inciertas —notas débiles, pensaba siempre Willa— que tardó unos instantes en reconocerlas, pero enseguida cobraron más fuerza en la melodía principal. Era el tema de «Extraño en el paraíso» y los chicos del fondo de la clase siempre canturreaban: «Dame la mano, soy un parásito de aspecto bien extraño», hasta que el señor Budd golpeaba el atril con la batuta. El señor Budd era muy guapo, con rizos dorados algo largos y músculos abultados. Parecía una estrella de rock. Si Willa era la que vendía todas las chocolatinas posibles e iba a cenar con él, no sería capaz de decir una sola palabra. Casi no quería ir a cenar con él.

La orquesta se interrumpió y luego empezó de nuevo. El mismo comienzo débil, el mismo «Dame la mano», pero cada vez se la oía más fuerte, más segura de sí.

—¿Va a estar mamá cuando volvamos hoy a casa? —preguntó Elaine.

Willa la miró. Su hermana había bajado el brazo y fruncía el ceño, preocupada.

—Por supuesto que sí —dijo Willa.

Su madre habría vuelto, sin duda, pero Willa le dijo a Sonya en el autobús que aun así no podría ir a su casa después de clase. «Tengo que cuidar de mi hermana», le dijo en voz muy baja para que Elaine no lo oyera. Su hermana había vuelto a sentarse sola, al otro lado del pasillo.

Mirando la fachada de su casa no era fácil saber si en el interior había alguien. Ciertamente, no se veía luz del otro lado de las ventanas, pero, a fin de cuentas, aún era de día. El césped parecía aplastado, mustio, y las hojas del rododendro que había junto al porche estaban tan enrolladas como si fueran cigarrillos, tan intenso era el frío. Willa buscó la llave que le colgaba de un cordón por debajo de la chaqueta. Podría haber pulsado el timbre, pero no quería tener a su hermana esperando sin necesidad.

En el silencio del recibidor solo se oía un tictac. En el cuarto de estar no había más movimiento que el aleteo del borde de un visillo encima de un radiador.

—No está en casa —dijo Elaine con su delgada voz.

Willa tiró su cartera sobre el sofá.

—Dale tiempo —dijo.

—¡Pero si ya se lo hemos dado! ¡Le hemos dado toda la noche!

«Tiempo para pensar», lo llamaba su padre. Su madre le gritaba y daba patadas en el suelo, o le propinaba una bofetada a Willa (una experiencia tan hiriente y tan bochornosa que a una la abofeteen..., tan humillante a ojos de la ofendida...), o zarandeaba a Elaine como si fuese un muñeco de trapo, y luego se tiraba del pelo con ambas manos de manera que cuando lo soltaba, se le

quedaba de punta a los lados de la cabeza. A continuación, antes de que nadie pudiera darse cuenta, ya se había ido, dejando la casa estremecida y temblorosa tras ella, y entonces su padre decía: «No os preocupéis, solo necesita un poquito de tiempo para pensar». No parecía nada preocupado. «Está demasiado cansada, eso es todo», añadía.

«Otras personas también se cansan mucho —le dijo Willa en una ocasión—, pero no se comportan así.»

«Sí, pero ya sabes que es una persona muy nerviosa.»

Willa se preguntaba cómo su padre podía ser tan comprensivo cuando él nunca perdía los estribos: jamás había alzado la voz, que ella recordara.

Hubiera querido que su padre se encontrara allí en aquel momento. Por lo general ya estaba en casa a las cuatro, pero no podían contar con ello aquel día porque dependía del coche de otra persona para volver.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó a Elaine—. ¿Qué tal leche y galletas?

—Bueno; galletas, quizá.

—¡Sin leche no hay galletas!

Era lo que su madre decía siempre; Willa utilizó la voz alegre, cantarina, de su madre. Supuso un esfuerzo, sin embargo.

En la cocina sirvió un vaso de leche y lo colocó en la mesa, junto con dos galletas tipo sándwich. No se preparó nada para ella porque tenía la extraña sensación de que algo se le había atravesado en la garganta. En vez de eso, recogió la cartera abandonada en el sofá y la llevó al comedor, que era donde hacía siempre los deberes. Sin embargo, antes de que hubiese empezado, se presentó Elaine con las galletas pero sin la leche y se instaló frente a ella. Los alumnos de primer grado no tenían deberes, así que Willa le preguntó:

—¿No quieres pintar en tu cuaderno para colorear?

Elaine negó con la cabeza.

Willa decidió no hacerle caso. Sacó los deberes de matemáticas y se puso

con ellos, pero en todo momento notaba los ojos de su hermana fijos en ella. De cuando en cuando, cada vez que Elaine mordisqueaba una galleta, oía un crujido, como de un ratoncito masticando.

Cuando empezó con los temas de historia, Elaine ya se había comido las dos galletas y seguía allí sentada, soltando algún que otro suspiro profundo y ruidoso que Willa fingía no oír. Luego sonó el teléfono.

—¡Ya voy yo! —dijo Elaine, pero Willa llegó antes a la cocina y se apoderó del auricular.

—¿Diga? —preguntó.

—Hola, cariño —le saludó su padre.

—Hola, papá.

—¿Todo en orden por ahí?

Willa sabía que, en realidad, era otra cosa lo que su padre le preguntaba, pero se limitó a decir:

—Claro. Estoy haciendo los deberes y Elaine acaba de merendar.

Hubo un silencio.

—Bueno, no tardaré mucho en llegar —dijo luego él—. Solo estoy esperando a que Doug Law termine de hablar con un alumno.

Eso significaba que volvía a casa con el señor Law, lo que era mejor que con la señora Bellows, porque esta se quedaba a veces en su despacho hasta las seis o incluso las siete.

—De acuerdo, papi. —Colgó y se volvió hacia Elaine, que la vigilaba muy atenta—. Dice que no tardará en volver a casa —le contó.

Elaine soltó otro suspiro.

Willa recorrió con la vista la encimera de la cocina, donde se amontonaban los platos sucios; el fregadero, donde esperaban otros, y el vaso de leche de Elaine intacto, en la mesa, junto al desorden del día anterior.

—Tendríamos que limpiar todo esto —dijo—. ¿Me ayudas a fregar? ¿Yo

lavo y tú secas?

—¡Sí! —dijo Elaine, que parecía emocionada; por lo general, era su madre quien fregaba y Willa la que secaba—. ¿Puedo ponerme un delantal? —preguntó.

—Claro que sí, por supuesto.

Willa le ató uno de los delantales de su madre justo por debajo de las axilas para que no lo arrastrara. Luego llenó los dos senos del fregadero con agua caliente y Elaine arrastró el taburete para llegar a la encimera. Después de fregar y de pasar por el agua de aclarar el primer plato, Willa lo colocó en el escurridor y Elaine lo sacó con mucho cuidado y lo secó de manera exhaustiva con el paño. Tardó siglos, pero era por una buena causa, concluyó Willa. Ella misma empezó a ir más despacio, retrasando el proceso en su totalidad, y cuando terminó de fregar pasó un trapo húmedo por todas las superficies, incluida la de los fogones, ordenó la mesa de la cocina y guardó la leche de Elaine en el frigorífico.

—Lo he hecho bien, ¿verdad? —preguntó Elaine cuando terminó de secar el último plato.

—Sí, Lainey, lo has hecho muy bien —dijo Willa.

No era tan duro, después de todo, hacerse cargo de la casa. Empezó a imaginárselo como una situación permanente: nada más que los tres ya para siempre, defendiéndose solos. ¿Por qué no? ¡Su padre y ella podían hacer que las cosas siguieran funcionando sin ningún problema! A los dos les gustaban los sistemas y los métodos. Si su madre volviera, diría: «Ah». Miraría alrededor y añadiría—: «Ya veo que lo haces mejor de lo que yo lo hice nunca».

—¿Sabes qué? —dijo Willa—, voto por que hagamos un postre.

—¡Un postre! —exclamó Elaine. Y empezó a sonreír entusiasmada, enseñando las muelas. Luego se alisó el delantal—. ¿Qué clase de postre?

—Un pastel, quizá, o un pudin. Un pudin de chocolate.

—¡Eso! ¿Sabes hacerlo?

—Seguro que encontramos una receta —dijo Willa.

La idea empezaba a gustarle cada vez más. Por lo general no tomaban postre. Siempre había envidiado a Sonya, cuya madre preparaba uno todos los días de la semana. Y el pudin de chocolate era el preferido de su padre: el pudin y la tarta de chocolate, pero Willa pensó que la masa podía resultar complicada.

—Guardaremos el secreto y no se lo diremos a papá hasta que terminemos de cenar —le dijo a Elaine— y luego lo llevaremos a la mesa. Verás qué sorpresa se lleva. —Mientras, había ido moviendo el taburete para subirse y mirar en el estante donde estaban los libros de cocina de su madre—. «La cocina de la novia» —leyó—. Ya verás como aquí está la receta más fácil. —Bajó el libro y lo abrió sobre la encimera.

Elaine se pegó a ella, los ojos en el dedo de Willa mientras se deslizaba columna abajo—. Tarta de chocolate, batido de chocolate... —siguió leyendo Willa—. Pudín de chocolate. Dos sesenta y una. —Saltó a esa página—. Azúcar, cacao en polvo, sal. Media crema, vainilla. ...Ay, ay, maicena.

No sabía siquiera cómo era la maicena, pero fue a mirar en el aparador donde su madre guardaba la harina y cosas así y la encontró. Puso el paquete en la encimera.

—¿Me dejas que lo bata yo, Willa? ¿Puedo? —preguntó Elaine.

—Claro —le aseguró Willa.

A Elaine no se le permitía aún hacer nada al fuego, de manera que Willa puso una cacerola en la mesa de la cocina para que su hermana lo mezclara todo. Elaine, por supuesto, lo hizo muy mal, salpicando sin parar llena de entusiasmo, mientras la maicena y el cacao en polvo seguían formando grumos en lugar de mezclarse, pero Willa dijo: «Muy bien, Lainey», y después puso el

recipiente al fuego y estuvo batiéndolo ella, con más calma, al tiempo que se calentaba.

Pero no tuvo mejor suerte que Elaine. Los grumos no desaparecieron, incluso después de que la mezcla empezara a hervir por los bordes. El aspecto era de leche corriente con piedrecitas blancas y marrones.

—¿Qué pasa? ¿Se está haciendo el pudín? —preguntó Elaine, porque no era lo bastante alta para verlo.

Willa no contestó. Subió el fuego y de no haberse apresurado a retirar el recipiente y a ponerlo sobre otro quemador, la mezcla se habría desbordado como la leche cuando hierve; las piedrecitas, de todos modos, siguieron allí.

—No lo entiendo —le dijo a Elaine.

Apagó el quemador de la derecha, que brillaba con un rojo muy oscuro, y luego miró fijamente el contenido de la cacerola.

—¿Qué pasa? Dime —preguntó Elaine.

—No sé.

Desde el cuarto de estar llegó la voz de su padre.

—¿Hola?

Las dos se miraron.

—¿No hay nadie en casa?

—¡Escóndelo! —susurró Elaine—. Mételo en el frigorífico.

—¡No puedo! ¡Todavía no es pudín!

—¿Qué es, entonces?

—¿Qué sucede, señoritas? —preguntó su padre desde el umbral de la cocina.

Willa se volvió de cara a él, procurando ocultar la cacerola para que no la viese, pero su padre se acercó y miró por encima de su hombro. No se había quitado aún el chaquetón y olía al aire del invierno.

—¿Cacao? —le preguntó a Willa.

—Es pudin de chocolate —le dijo Willa mirándose los zapatos.

—¿Es qué?

—¡Pudin de chocolate, papá! —gritó Elaine, feliz—. ¡Te hemos hecho un postre! ¡Iba a ser una sorpresa!

—Vaya, caramba. Sí que estoy sorprendido —dijo—. No me había enterado de que supierais cocinar. ¡Tenéis mucho mérito!

—Lo hemos echado a perder —dijo Willa.

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Está lleno de grumos! —estalló Willa—. No acaba de mezclarse, y hemos estado moviendo y moviendo...

—Ah, claro. Vamos a echarle un vistazo —dijo él.

Willa se apartó de mala gana, y su padre se acercó al fogón y se apoderó de la cuchara que, inclinada, seguía dentro de la cacerola. Como si estuviera haciendo una prueba, agitó un poco la mezcla.

—Mmm... —dijo—. Ya veo.

—¡Es un desastre! —le explicó Willa.

—Bueno, no es un desastre, exactamente; solo ha quedado un poco... ¿Dónde está la receta?

Con un movimiento de la barbilla, Willa señaló el libro de cocina, que estaba abierto sobre la encimera, y él se acercó para leer lo que decía:

—Entonces..., habéis mezclado el azúcar con el cacao y la sal. Luego lo habéis batido todo con tres cuartos de un frasco de media crema a fuego muy lento.

—Bueno...

—Después, en otro recipiente, habéis hecho una pasta con la maicena y el resto de la media crema...

—¿Cómo? No. Lo hemos batido todo junto al mismo tiempo.

—Ah —dijo él.

—¿Está así por esa razón?

—Bueno, sí; me parece que esa es la razón, cariño.

—¡Pero yo no lo sabía!

—Cuando pruebes una receta nueva, verás que es mejor leer las instrucciones hasta el final antes de empezar a trabajar.

Willa volvió a mirarse los zapatos, porque no quería que su padre viese que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Primero repasas la lista de ingredientes para asegurarte de que tienes todo lo necesario.

—Eso lo he hecho.

—Muy bien, cariño. Luego los agrupas en la encimera...

—¡También lo he hecho! ¡He tenido muchísimo cuidado!

—Luego lees todo el proceso, ¿sabes? Es muy parecido a lo que les digo a mis alumnos cuando están trabajando en un proyecto de carpintería. Averiguas qué hay que hacer en primer lugar y lo que hay que hacer después, qué paso hay que dar primero y qué paso...

Willa no soportaba aquella forma que tenía su padre de adoctrinarla, insistiendo sin tregua dijera ella lo que dijese.

—¡Lo entiendo! —exclamó—. Jolín, no soy tan tonta.

—Por supuesto, claro que no, cariño. Así es como se aprende, eso es todo. La próxima vez lo harás mucho mejor.

—¡Pero si ya sabía cómo hacerlo esta vez! He puesto un ingrediente detrás de otro... Y mira lo que ha pasado. ¡Quería darte una sorpresa!

—Cielo, no importa. De verdad.

—¿No importa?

Alzó los ojos y se quedó mirándolo. Le traía sin cuidado ya que se diese cuenta de que estaba llorando. Prefería que lo viese.

—¿Cómo puedes decir que no importa —le preguntó—, después de todas

las molestias que me he tomado?

—No, solo quería decir...

—Ay, déjalo —le interrumpió Willa, antes de dar media vuelta y salir de la cocina. Regresó al comedor, se sentó en la silla y empuñó su lápiz.

Su padre la siguió, con Elaine detrás como una sombra.

—Willa, cielo... —dijo.

—Estoy estudiando.

—Willa, no te pongas así.

—Por favor, ¿me dejas hacer los deberes? —insistió.

Su padre esperó un rato, pero ella mantuvo la cabeza baja, con el ceño fruncido y mirando fijamente al cuaderno que tenía delante. Al final, él volvió a la cocina. Elaine se quedó un poco más, observando a su hermana, pero luego giró en redondo y se marchó.

Willa tachó con una rabiosa línea negra la última respuesta de sus deberes de historia.

Cenaron sándwiches de queso fundido con guarnición de guisantes. Willa comió en silencio sin apartar los ojos del plato, pero Elaine y su padre hablaron durante toda la cena con voces demasiado alegres. Elaine contó que para el ejercicio de «enseñar y explicar» Dommie Marconi había llevado a clase un conejo.

—A propósito, cómete los guisantes, conejito —dijo su padre.

Elaine se metió un único guisante en la boca y trató de mover la nariz arriba y abajo mientras masticaba, lo que hizo reír a su padre. Repugnante.

—¿Me puedo levantar de la mesa, por favor? —dijo Willa.

—¿No te gusta el sándwich, cielo? —le preguntó su padre, porque había dejado la mitad en el plato.

—No tengo hambre —respondió ella, y tras empujar la silla hacia atrás se levantó.

Fueron su padre y Elaine quienes recogieron la mesa. Willa, desde donde estaba sentada en el comedor, oyó el tintineo y el raspar en la cocina, y luego el agua correr. Debían de estar también fregando.

Su padre no había dicho una sola palabra de agradecimiento por haber lavado los platos acumulados.

Para entonces Willa había terminado los deberes, pero siguió sentada con los libros abiertos porque eran la excusa para no ayudar en la cocina. Luego su padre apareció en el umbral.

—¿Y si jugamos al parchís? —propuso.

—Es la noche que me toca bañarme —dijo ella muy envarada.

—¿Por qué tan pronto?

Willa no contestó. Con la cabeza vuelta para no ver a su padre, se levantó, salió del comedor y subió la escalera hasta su cuarto.

En el espejo de la puerta del armario, su aspecto era el de una criatura despeinada y con la cara veteada. Los rizos se le disparaban por toda la cabeza y tenía las pestañas pegadas por las lágrimas.

Tiró con violencia de la puerta del armario y su imagen desapareció. Descolgó el pijama de la percha y fue al baño para abrir el grifo del agua caliente.

Sumergida hasta las axilas y mientras miraba cómo se le empezaban a arrugar las yemas de los dedos, comenzó a preguntarse si a su madre podía haberle sucedido algo terrible. Quizá se había marchado con la intención de volver enseguida, pero después había tenido un accidente de coche. ¿Pensaría alguien en avisarles? Podía estar en una cama de hospital, inconsciente.

O muerta.

¿Cómo era que a su padre no se le había ocurrido? ¡Claro! ¡Algo no

funcionaba en su familia! La única persona normal era ella.

Después de bañarse, se fue directa a la cama, aunque todavía no eran las ocho y no tenía ningunas ganas de dormir. Se quedó tumbada a oscuras con los brazos muy rectos a ambos lados del cuerpo, mirando al techo. En el piso de abajo oía hablar a su padre y las risitas de Elaine. Un poco más tarde oyó a su hermana cuando subía la escalera y Willa cerró los ojos. Elaine vaciló en el umbral del dormitorio antes de llegar hasta su cama y desnudarse con la luz del pasillo. Willa reconoció su silueta con los párpados casi cerrados; la vio saltar a la pata coja mientras metía primero un pie y después el otro por las perneras del pantalón del pijama. Entonces tomó de la mesilla su ejemplar de *La casa del bosque* y volvió a bajar la escalera. Willa oyó después la voz de su padre que retumbaba confusamente mientras le leía en voz alta.

Elaine y él subieron juntos cuando terminaron el capítulo. Willa tuvo el tiempo justo para volverse de cara a la pared antes de que entraran y estuvo escuchando mientras su padre arropaba a Elaine y luego le daba las buenas noches. Después se acercó hasta donde estaba su cama y susurró: «¿Willie? ¿Wills? ¿Estás despierta?». Ella no contestó y él acabó por marcharse.

Sus pasos escalera abajo sonaron tan humildes y decepcionados que Willa sintió que algo se le desgarraba en el pecho.

Cuando despertó, el sol matutino iluminaba de manera oblicua el edredón y la casa olía a beicon y a tostadas. Oyó unos pasos rápidos y ligeros escalera arriba.

—¡Arriba, patitos! —exclamó su madre al llegar a la puerta de su cuarto.

Llamaba «patitos» a sus hijas cuando estaba de buen humor, y a Willa siempre le parecía que lo decía con voz de pato, estridente y feliz, como la que las mujeres utilizaban en la radio cuando querían que se notara que

sonreían. Willa no podía evitar sentirse aclamada siempre que la oía, pero aun así aquella mañana siguió tumbada boca arriba.

Elaine, sin embargo, se incorporó y gritó:

—¡Mami!

Aquello era de verdad molesto, ya que por lo general Elaine decía «Mamá». Pero gritó «¡Cuánto te he echado de menos, mami!» antes de saltar de la cama, así que cuando Willa se incorporó, Elaine se había abrazado a la cintura de su madre y la miraba radiante, y su madre sonreía y la abrazaba. Llevaba puesta la bata con capullos de rosa, así que debía de haber vuelto a casa en algún momento durante la noche.

—¿Dónde estabas, mamaíta? ¿Adónde te habías ido? —preguntó Elaine.

—Bueno, aquí y allá —se limitó a contestar su madre con tono despreocupado; luego dirigió a Willa una sonrisa y le dijo—: Buenos días, dormilona.

—Buenas —respondió ella en voz muy baja.

—Os puedo freír huevos, hacer un revuelto o escalfarlos. ¿Qué prefieren sus Altezas Reales?

Era lo que hacía con frecuencia después de uno de sus arrebatos: fingir que nada había sucedido. No importaba que los hubiera dejado tirados sin pensárselo dos veces; parecía estar diciendo que no significaba nada. «¡Por el amor de Dios, haced el favor de olvidarlo ahora mismo!» Podría haber vuelto y haberlas encontrado muertas en sus camas, pensó Willa, y lo único que habría dicho, sería: «¡Dios mío! ¿Qué significa esto?».

Aunque algunas veces, en ocasiones de verdad terribles (como cuando había golpeado a Willa en el pómulo con una cuchara de servir y le había puesto un ojo morado, o cuando había tirado al fuego la encantadora muñeca de Elaine), se disculpaba como una heroína de película, abrazándolas con fervor y gritando: «¡Hijas de mi corazón!, ¿podréis perdonarme alguna vez?».

para después meter la cabeza entre el cuello de las dos y derramar lágrimas ardientes. En los viejos tiempos, gracias a aquello, Willa había acabado llorando también y se había agarrado a ella y le había dicho entre sollozos cuánto se había asustado y que claro que la perdonaba; pero ahora se avergonzaba al recordarlo. Ahora, en tales ocasiones se quedaba rígida entre los brazos de su madre y apartaba la cara y al final su madre se echaba atrás y decía: «¡Qué fría eres, Willa Drake!».

Aquella mañana, sin embargo, su madre parecía más radiante y atractiva que nunca, y los capullos de la bata realzaban el tono rosado y lechoso de su piel; la casa olía de una manera sumamente acogedora y el mundo era de nuevo como tenía que ser. Así que Willa dijo por fin:

—Me parece que revueltos.

—¡Revueltos serán! ¿Y tú, Lainey? ¿Qué quieres tú?

—Revueltos también, mamaíta —dijo Elaine, con su estúpida voz de bebé.

Y cuando su madre canturreó «¡Estarán listos enseguida!» y se volvió para marcharse, Elaine fue con ella aunque estaba aún en pijama.

Luego Willa se levantó, pero pasó mucho tiempo lavándose y vistiéndose y aplastándose el pelo con dos pasadores y mirándose la cara, muy seria, en el espejo del baño.

Cuando bajó la escalera, los demás estaban ya a mitad del desayuno: los tres en el comedor, como si fuese domingo. Habían puesto la mesa con la loza de más calidad y usaban incluso la rejilla para las tostadas, con el pan de costado en hilera, igual que los dientes de un peine.

—Buenos días, cariño —dijo su padre.

—Buenos días —contestó Willa, sin mirarlo. Ocupó su silla deslizándose dentro.

—Alguien se lo ha tomado con calma —dijo su madre.

Al oírla, Willa la miró de reojo para comprobar la posición de la boca. ¿Se

mantenía ligeramente torcida? ¿El labio superior no se hallaba del todo alineado con el inferior porque apretaba los dientes? Pero no, los labios de su madre estaban relajados y se curvaban y cuando se levantó para servir más café a su marido, la rozó apenas en el hombro antes de sentarse de nuevo.

Los huevos revueltos estaban ya tibios, pero todavía ricos, con un poquito de queso añadido de la manera que le gustaba a Willa, y el beicon estaba bien frito y crujiente, sin manchas blancas de grasa. Se sirvió tres lonchas.

—Imagino que tengo que avisar a Doug Law de que no hará falta que me lleve al instituto —estaba diciendo su padre.

—¡Ay! —terció su madre—. Quería decírtelo. Creo que el coche tiene, al parecer, un pequeño problemilla.

—¿Qué clase de pequeño problemilla? —preguntó él.

—Bueno, cada vez que se pone en marcha se enciende una luz roja en el salpicadero.

Su marido enarcó las cejas.

—¿Has estado conduciendo por todas partes con la luz para idiotas encendida?

—¿La luz para...? —dijo su madre, y Willa se inquietó, temiendo que se lo hubiera tomado como un insulto—. Pero lo que su madre dijo fue—: Bueno, sí; supongo que eso es lo que he hecho.

—¿Y no se te ha ocurrido que alguien lo mirase?

—¡Lo sé! Soy horrible —aseguró alegremente—. Un desastre con todas las cosas mecánicas. —Y miró a Willa y Elaine poniendo cara de «qué tonta soy».

—¿No os parece increíble? —les preguntó a las niñas su padre.

Pero se le veía divertido, más que otra cosa. Por su expresión podía haberles estado preguntando: «¿No creéis que es maravillosa?».

Elaine estaba demasiado ocupada extendiendo mermelada sobre su tostada para advertirlo. Willa se quedó mirándolo y no dijo nada.

Su madre escrutó el interior de la jarrita de la crema y la agitó un poco; luego se levantó y se la llevó a la cocina. Elaine, mientras tanto, empezó a hablar otra vez del conejo de Dommie Marconi, aunque ahora usando un diminutivo.

—Los conejitos son de verdad tranquilos y Dommie dice que no necesitan salir a pasear —explicó—. ¿Podríamos tener un conejito, papi? ¿Por favor?

Pero él estaba pendiente de su hija mayor.

—Willa, cielo —dijo—, ¿todavía estás enfadada conmigo?

Ella se encogió de hombros.

—No entiendo del todo lo que sucedió anoche —insistió él—. ¿Qué pasó? ¿Podemos hablarlo?

A Willa le pareció que su tono de voz, aunque sumiso, era en realidad prepotente y no sintió deseos de contestar, pero sabía que su padre seguiría insistiendo hasta conseguirlo. Se encogió de hombros una vez más y dijo:

—Estaba demasiado cansada, imagino.

—Ah —dijo él.

Aquello pareció satisfacerlo. Al menos no preguntó nada más.

En el silencio que siguió, los ojos de Willa se encontraron con los de su hermana, y ambas se miraron largamente, asombradas y afligidas.

1977

La universidad de Willa contaba con un minibús que hacía varios viajes al aeropuerto antes de las fiestas y de las vacaciones más importantes, aunque ella nunca lo había utilizado: los billetes de avión eran caros y cuando volvía a casa lo hacía en el autobús de línea. Pero en la primavera de su tercer año, su novio sugirió acompañarla para conocer a su familia, aprovechando el fin de semana de Pascua, y también fue idea suya viajar en avión. ¿Qué otra opción tenían?, preguntó. ¿Pasarse la noche entera en un autobús para tener que hacer el mismo trayecto de vuelta dos días después? Bueno, sí; eso era lo que ella habría hecho. Pero aceptó la propuesta sin discutir.

Derek le pagó el billete con su asignación mensual, pero Willa les dijo a sus padres que el suyo no les costaba nada, dado que habían encontrado una oferta por la que comprando uno el segundo salía gratis. A saber si existían ofertas semejantes, pero tampoco los padres de Willa estaban acostumbrados a volar y creyeron lo que su hija les dijo.

En el minibús, Derek y Willa estuvieron rodeados de amigos, sobre todo de él, de manera que casi no tuvieron ocasión para conversar. Derek era presidente de los alumnos del último curso y capitán del equipo de tenis; tenía un carácter cordial y amistoso y caía bien a todo el mundo. De modo que abundaron las palmadas en la espalda, los chistes y el intercambio de pasajeros entre distintos asientos, mientras Willa sujetaba su bolso con ambas manos y miraba al frente sin dejar de sonreír. Se había puesto elegante para viajar en avión, algo que no hubiese hecho si se hubiera tratado de un autobús.

Llevaba un traje de lana azul celeste y el pelo recogido en un moño. (Derek decía que cuando se peinaba así era la chica más guapa de la universidad.) Él, en cambio, solo llevaba unos vaqueros y su habitual chaqueta marrón de pana, porque procedía de California y volar no era nada extraordinario para él. Tenía, por otra parte, una mandíbula muy cuadrada, era muy pulcro, le sacaba una cabeza a todo el mundo —en el caso de Willa, dos— y, gracias a su pelo rubio siempre corto, no hubiera parecido desastrado ni aun proponiéndoselo, creía ella.

Kinney College estaba en el norte de Illinois, rodeado de tierras de labranza tan llanas como mesas de billar y, en aquella tarde de abril, de los pocos árboles que desfilaban a los lados de la carretera aún no había brotado ni una hoja. En el pueblo de Willa ya habría llegado la primavera. Las rosas de Cuaresma, por ejemplo, habían florecido y ya no quedaba ninguna, le había escrito su madre; siempre se acababan antes de Pascua. Seguro que, por una vez, a Derek le gustaría ver algo verde. Se le hacían insoportables los largos inviernos del Medio Oeste.

En el aeropuerto, cada uno de los amigos se fue en busca de sus diferentes aerolíneas, y Willa y Derek se encontraron por fin solos. Willa se alegró de que estuviera allí su novio para ocuparse de todo. No habría sabido qué hacer ante el detector de metales ni cómo facturar el equipaje. Cuando todo estuvo resuelto, Derek la condujo hasta la zona de espera, la instaló en una silla de plástico y se marchó a comprar unos refrescos. En su ausencia, Willa tuvo la sensación de haberse quedado sola en el mundo. A su alrededor, los pasajeros no le parecían reales del todo, y tenía conciencia de sí misma desde fuera, como a distancia: la espalda muy recta, los zapatos de charol delicadamente juntos, los ojos muy abiertos y recelosos. Ver por fin a Derek, que regresaba junto a ella con un vaso de cartón en cada mano, le produjo un alivio enorme.

—¿Cómo crees que debo dirigirme a tu familia? —le preguntó él mientras

se dejaba caer a su lado y le entregaba uno de los vasos—. ¿Señor y señora Drake? ¿O debo llamarlos por sus nombres de pila?

—Bueno, señor y señora, al principio —dijo Willa, sin pensárselo. A sus padres les horrorizaría que un joven se dirigiera a ellos de manera tan campechana y desenvuelta. O al menos a su madre—. Aunque cuando te conozcan —añadió—, quizá te sugieran que los tutees.

—¿Cómo se llaman?

Por alguna razón, Willa vaciló. Quizá le preocupaba que hiciera caso omiso de su consejo y usara los nombres desde el primer momento.

—Melvin y Alice —dijo al fin.

—¿Qué tal, Melvin y Alice? —exclamó, poniendo una voz engolada, deliberadamente lisonjera, que hizo reír a Willa—. Por favor, si son tan amables, ¿me conceden la mano de su encantadora hija?

Willa dejó de reírse. No estaba segura de si Derek hablaba en serio.

—¿Demasiado pronto? —quiso saber él. Le pasó un brazo por el cuello y la miró a los ojos—. ¿Demasiado repentino? ¿Te he sorprendido?

—Bueno...

—Se te tiene que haber pasado por la cabeza, Willa. Estoy enamorado de ti. He querido casarme contigo desde la primera vez que te vi.

Su cara estaba tan cerca que Willa veía las pecas diminutas que le salpicaban la nariz, tan exiguas como granos de arena. Willa pensaba siempre que gracias a las pecas no pasaba de apuesto. Y hacían que confiara en él. No había dudado ni un segundo en rechazar a jugadores de fútbol americano demasiado seguros de sí mismos que insistían para que tomara bebidas alcohólicas demasiado dulces; había llenado páginas de cuadernos escribiendo «Willa MacIntyre» y «señora de Derek MacIntyre», al tiempo que soñaba con recibir una noche la sorpresa de una sortija de compromiso con el

brillante de rigor. Podían prometerse durante su último año de universidad, calculaba Willa, y casarse en verano, después de que ella se graduara.

Pero Derek estaba diciendo:

—No me imagino marchándome y dejándote atrás cuando empiece a trabajar. Necesito tenerte conmigo.

—¿Cómo? —dijo Willa. Y añadió—: Pero vas a empezar a trabajar en junio.

—Exactamente.

—¿Quieres que nos casemos dentro de dos meses?

—De tres, si necesitas más tiempo para preparar la boda —concedió él.

—¿Quieres decir antes de que me gradúe?

—Puedes terminar los estudios en California.

—¿Pero en Kinney tengo una beca que lo cubre todo!

—¿Qué más da? También podrías conseguir una en California con tus notas.

En cualquier sitio les encantaría tenerte de alumna.

Willa no se molestó en decirle que las becas no se conseguían con tanta facilidad.

—¿Y el profesor Brogan? —dijo, en cambio.

—¿Qué le pasa?

—Tiene preparado todo un programa para mí, Derek. En otoño voy a matricularme en su asignatura de antropología lingüística.

—¿Crees que en San Diego no enseñan idiomas extranjeros? —preguntó él.

—No, pero...

—Willa, ¿acaso no quieres casarte conmigo?

—Sí, claro, pero...

Derek retiró el brazo que le había pasado por el hombro y se recostó en el asiento.

—Lo he estropeado, ¿verdad? —dijo—. Tendría que haberme declarado en

toda regla.

—¡No es eso! Quiero casarme contigo, Derek, de verdad; te lo juro. Pero ¿por ahora no podríamos solo prometernos, quizá?

—Por supuesto —dijo él.

Aquello no era muy satisfactorio. Willa observó su expresión, pero no sacó nada en limpio.

—¿Estás enfadado conmigo? —le preguntó.

—No.

—No quiero que estés enfadado conmigo.

—No estoy enfadado lo más mínimo, porque cuento con que a la larga te haré cambiar de idea.

—Derek...

—¡Bien! Así que a tus padres los llamo «señor» y «señora». No los tuteo hasta que ellos me lo digan. ¿Y a tu hermana? ¿Tu hermana es la señorita Drake?

—No, tonto —dijo Willa, esforzándose por reír—. Es Elaine.

—O quizá «señorita Elaine» —reflexionó él—. Señorita Elaine y señorita Willa, las dos hermanas solteras de Lark City, Pennsylvania.

Willa le dio en broma una palmada en la rodilla. Pero no pudo evitar la sensación de que aún flotaba entre ellos algo conflictivo.

En los anuncios de las compañías aéreas que publicaban las revistas, las azafatas vestían faldas ceñidas, chaquetas entalladas a juego y sombreros con aire militar. Pero la joven que les dio la bienvenida cuando subieron al avión vestía nada menos que un traje pantalón demasiado holgado y no llevaba sombrero. Los asientos tampoco estaban distribuidos de dos en dos, sino de tres en tres, lo que hacía que pareciesen menos lujosos. A ellos les

correspondieron un asiento de ventanilla y el de al lado. Derek se apartó para dejarla pasar, pero Willa dijo: «No, me quedo en el del centro», porque necesitaba menos espacio. Se instaló después que él, se abrochó el cinturón y luego apretó varias veces en vano el botón para echar atrás el respaldo del asiento, hasta que Derek le dijo que tenía que esperar a que el avión hubiera despegado.

Pese a que el viaje no se le antojaba tan glamuroso como había imaginado, seguía estando emocionada. El olor a plástico dentro del avión le resultaba poco familiar, y también los sonidos le parecieron diferentes. Una especie de silencio sellado, taponado, se adensaba por debajo de las voces de los demás pasajeros.

El individuo que se dejó caer en el asiento a su derecha era adusto y patilludo y vestía una chaqueta de leñador, negra y roja, y unos vaqueros muy gastados. Willa decidió no decirle hola. Se limitó a sonreírle sin despegar los labios, pero el otro estaba tan ocupado con abrocharse el cinturón que quizá ni se dio cuenta.

Al iniciarse el despegue Willa estaba leyendo las instrucciones de seguridad, pero cerró el folleto de inmediato y volvió a colocarlo en el bolsillo del respaldo que tenía delante. Fue una suerte que lo hiciera, porque el recorrido previo por la pista le pareció muy largo y accidentado. (Willa tendía a marearse si leía en un vehículo en movimiento.) Al cabo de un rato empezó a preguntarse si nunca abandonarían el suelo. ¿Estaba el piloto tratando de despegar pero no lo conseguía? Pasó de mirar los edificios del aeropuerto al otro lado de la ventanilla a fijarse en Derek, que ya leía el número de *Sports Illustrated* que había llevado consigo. Parecía tranquilo, de manera que decidió no preocuparse. Y justo entonces sintió un cambio de algún tipo y el avión empezó a elevarse. Vio que el paisaje se iba quedando por debajo de donde estaban ellos, pero no era posible que estuvieran ya

volando, ¿verdad? No tenía la sensación de volar. Se sentía aún pegada a la tierra; todavía se hundía en el asiento. Por alguna razón esperaba tener una mayor sensación de estar flotando. Y al recobrar la verticalidad todavía le pareció todo más decepcionante, porque de manera gradual cesó por completo la impresión de movimiento. Muy bien podrían haber estado posados en el suelo con los motores rugiendo, si no fuera porque el paisaje había desaparecido.

La azafata se colocó de pie en el pasillo y les hizo una demostración de cómo utilizar el equipo de seguridad, incluido el chaleco salvavidas inflable. ¡Chaleco salvavidas! ¿Para qué? Nadie se molestó en atender excepto Willa y el patilludo sentado a su lado. Willa se esforzó por mantener una expresión embelesada para que la azafata no se sintiera menospreciada.

Luego apareció otra azafata empujando un carrito por el pasillo y ofreciendo bebidas gratis. Derek pidió una Coca-Cola, pero Willa dijo «Nada, gracias», porque le hubiera dado vergüenza tener que pedirle a su compañero de asiento que la dejara salir si necesitaba ir al baño. Tampoco él pidió nada, limitándose a negar con la cabeza y luego siguió mirando sombríamente al frente.

—Me gustaría ir en un vuelo en el que nos dieran de comer —le dijo a Derek.

—No, no te gustaría —respondió él—. Créeme.

—Me gustaría tener uno de esos saleros diminutos como el que le dieron a mi compañera de cuarto cuando fue a Nueva York.

Derek la obsequió con una sonrisa indulgente y siguió leyendo su revista.

Willa llevaba consigo un libro, pero no creía que pudiera concentrarse, de manera que no lo sacó del bolso y siguió mirando por la ventanilla. Finos jirones de nubes pasaban como volutas de humo de cigarrillos. Trató de convencerse de que eran las borlas esponjosas que solía imaginarse saltando

de aquí para allá cuando era niña, pero no parecían tener relación alguna. Se acordó de Judy Collins, cantando «Both Sides Now». De repente le pareció que la letra tenía más sentido.

Miró de nuevo a Derek, que seguía absorto en la lectura. Su cara en reposo era tan serena que casi parecía infantil, con las pestañas proyectando su sombra sobre las mejillas aterciopeladas. ¡De manera que aquel era el hombre con quien acabaría casándose! Después de años de cábalas. Tenía que seguir analizando aquella idea, de la misma manera que ensayaba su imagen ante el espejo tras cambiar de peinado. Cada vez que volvía a pensarlo sentía de nuevo el mismo estremecimiento. Y sin embargo, nadie le había dicho nunca que era posible querer casarse con un hombre sin dejar por ello de tener pensamientos encontrados sobre su persona. (A veces, por ejemplo, la desanimaba un poco el interés tan monolítico de Derek por los deportes. Tenía además su poquito de mal genio y en dos ocasiones, por lo que Willa sabía, se había enzarzado en una pelea a empujones durante partidos de fútbol americano.) Bueno, por supuesto que una podía tener dudas. La vida real no era una película de Hollywood.

Sintió el contacto de algo duro en el costado derecho y se apartó, pero el objeto agresor la siguió. Willa observó al desconocido sentado a su derecha.

—Siga mirando al frente —le murmuró su vecino de asiento.

También él miraba hacia delante y apenas movía los labios. Lo que fuera que le presionaba el costado no cejaba, por mucho que ella tratara de apartarse.

Willa parpadeó y luego contempló fijamente el respaldo del asiento de delante.

—Es una pistola —dijo su vecino en voz muy baja— y está cargada. Si se mueve, disparo. No tiene permiso para abandonar su asiento y él tampoco.

Con un lloroso hilo de voz, que no sonaba como suya, Willa preguntó:

—¿Cómo voy a explicarle que no puede levantarse del asiento?

—¿Qué? —dijo Derek, volviéndose hacia ella.

La pistola se le clavó más.

—No he dicho nada —respondió Willa, y Derek siguió leyendo la revista.

Pocos minutos más tarde volvió a aparecer la azafata por el pasillo. Esta vez llevaba una bolsa de plástico.

—¿Basura? ¿Algo que tirar? —iba preguntando hilera tras hilera, al tiempo que agitaba la bolsa.

Willa alzó los ojos a la azafata cuando llegó a su altura y le envió un mensaje silencioso: «Por favor. Por favor».

—¿Basura? —preguntó la azafata, moviendo la bolsa.

Sin apartar los ojos de la revista, Derek extendió el brazo con el vaso vacío y Willa alzó una mano para pasarlo, pero la pistola volvió a hacerle daño. Y aunque se le escapó un jadeo, Derek se limitó a extender un poco más el brazo; la azafata, después de coger del vaso, siguió su recorrido por el pasillo.

Willa comprobó que el brazo derecho del desconocido le cruzaba el vientre, si bien la pistola quedaba oculta por el reposabrazos de su asiento. La imaginación se le había desbocado. Había oído con frecuencia esa expresión, había oído hablar de una «imaginación desbocada» sin saber en verdad qué se sentía: la velocidad frenética y estremecida de sus pensamientos. ¿Debía gritar? ¿Darle un codazo? ¿Levantarse de un salto del asiento? Pero en ese caso el desconocido podría disparar contra su novio.

En aquel momento, sin alzar los ojos de la revista, Derek dijo:

—Me van a reventar los oídos, ¿a ti también?

—¿Cómo?

—Ya sabes que hay que tragar saliva, ¿verdad?

—¿Cómo?

La presión de la pistola era ya despiadada, dolorosa e insistente, y Willa

exclamó: «¡Oh!».

Derek la miró. Luego cerró la revista, dejando dentro un dedo a modo de señal, se quitó el cinturón de seguridad y se puso en pie.

—Cámbiate de asiento conmigo —dijo.

Willa le imploró con la mirada.

—Vamos. Anda.

Willa manoseó torpemente su cinturón. Conteniendo la respiración, soltó la hebilla, luego apretó el bolso y se inclinó hacia delante, haciendo una mueca de dolor mientras se preparaba para el impacto del proyectil. No sucedió nada. Derek la tomó del brazo para ayudarla a levantarse y a que se sentara junto a la ventanilla, y luego se instaló en el asiento del centro y abrió de nuevo la revista.

Al principio Willa estaba tan tensa que no tocaba el respaldo con la espalda. Se preguntaba en qué momento sentiría Derek la presión de la pistola contra las costillas. Pero todo lo que hizo fue pasar la página y, cuando ella se atrevió por fin a mirar, vio que las manos del desconocido, descansando ya pacíficamente sobre sus rodillas, no empuñaban nada.

Se recostó en el asiento. Temblaba. Volvió el rostro hacia la ventanilla, pero solo era consciente de la pierna de Derek cerca de la suya y de su manga de pana rozando la suya cada vez que pasaba una página. Sintió una profunda gratitud ante la firmeza de su novio, ante su inquebrantable convencimiento de que podía enfrentarse con éxito a cualquiera de los muchos, de los muchísimos peligros del universo.

Con anterioridad, en lo que ahora le parecía una época remota, a Willa le había preocupado, sin que todavía tuviera en verdad motivo alguno de preocupación, el momento de aterrizar, pero de hecho solo notó la más leve de

las sacudidas, seguida de una prolongada y violenta sensación de que tiraban de ella hacia atrás. A continuación, y a través de los altavoces, una voz les dio la bienvenida, les agradeció que hubieran utilizado los servicios de aquella compañía aérea y manifestó el deseo de volver a verlos. Al otro lado de la ventanilla Willa divisó, muy a lo lejos, montañas pálidas de color espliego.

El patilludo fue el primero en ponerse en pie y en lanzarse al pasillo, y mientras Willa y Derek esperaban su turno, él ya estaba abriéndose paso entre la gente que tenía delante para llegar a la puerta delantera del avión. Tan pronto como quedó claro que ya no podía oírles, Willa tocó el codo de Derek y le preguntó:

—¿Tú sabes qué pretendía?

—¿Qué pretendía quién? —contestó Derek, volviéndose un poco para mirarla.

—El tipo sentado a nuestro lado —repuso ella, moviendo la cabeza en su dirección. En aquel momento el patilludo adelantaba a una gorda. Todo lo que veían de él era su espalda enjuta negra y roja y un instante después ni siquiera eso—. Me estaba apuntando con una pistola.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Derek, al tiempo que se incorporaba al flujo de pasajeros que se dirigía hacia la salida.

—Me ha clavado una pistola en el costado —dijo Willa, siguiéndolo muy cerca—. Me ha dicho que no me moviera porque de lo contrario dispararía.

—¿Qué clase de pistola? —preguntó Derek volviéndose de nuevo para mirarla.

—«¿Qué clase de pistola?» —repitió ella—. ¿Cómo quieres que lo sepa? ¡Me la clavaba en las costillas! No la veía.

Derek la miró asombrado, pero no hizo ningún comentario.

Al llegar a la puerta de salida, Derek dio las gracias a la azafata. Willa no estaba al tanto de que debían hacerlo, pero se apresuró a darle las gracias

también. Luego salieron a la escalerilla para bajar a tierra. Era un día templado y soleado, una suave brisa les acariciaba el rostro. Vio abajo a su compañero de asiento: una figura encorvada, tan flaca como un palo, que se dirigía a zancadas hacia el edificio de la terminal, que empujaba antes que nadie la puerta de cristal para abrirla y que desaparecía en su interior sin volver la vista atrás ni una sola vez.

Derek no hizo el menor amago de hablar mientras descendían la escalerilla, pero una vez que pisaron la pista de aterrizaje, dijo:

—No lo entiendo. ¿Te apuntó con una pistola pero no pudiste verla?

—La escondía bajo el reposabrazos del asiento —explicó ella. Caminaban ya el uno al lado del otro, y Willa tenía que apretar el paso de cuando en cuando para seguir el ritmo de su novio—. Me la clavó en las costillas y dijo: «Si se mueve, disparo». ¡Y no se me ha ocurrido ninguna manera de decírtelo! ¿Cómo has descubierto por fin que pasaba algo?

—¿Cómo he...?

—¿Qué te ha hecho pensar que teníamos que cambiar de sitio?

—Bueno, yo estaba leyendo y tú no. Solo estabas perdida en el vacío, ahí en el centro. He pensado que sería mejor que ocuparas el asiento de la ventanilla.

—¿No has notado nada raro?

—A ver si me he enterado... —dijo Derek. Se detuvo y se volvió para mirarla—. El tipo que iba sentado a tu lado te ha apuntado con una pistola.

—Exacto.

—Una pistola real, una pistola de verdad.

—Creo que sí.

—A ver, Willa... ¿Qué se proponía? ¿Obligarte a tomar los mandos para llevarnos a Cuba?

—¡No lo sé, Derek!

—Quiero decir que no me encaja nada, cariño. No entiendo cómo podría

haber funcionado algo así. ¿No te parece que tal vez no haya sido más que una broma?

—¡Una broma!

—De acuerdo, una broma de muy mal gusto, pero...

—¡Me ha dado un susto de muerte, Derek! Me he puesto a temblar. He tenido la sensación de que estábamos solos los dos, él y yo, y no sabía cómo decírtelo, así que me he alegrado muchísimo cuando te has dado cuenta sin que yo interviniera. O cuando he creído que te dabas cuenta.

—Bueno..., bien está lo que bien acaba —dijo Derek, que ya miraba alrededor.

El aire olía a flores, el sol de la primera hora de la tarde casi calentaba, y la gente que había acudido a recibir a los viajeros salía poco a poco a la pista desde el interior de la terminal para darles la bienvenida.

—¡Qué sitio tan pequeño y simpático! —exclamó él—. ¿Ves a tu familia por alguna parte?

—Estarán fuera —respondió Willa con pocas ganas de dar explicaciones. Habrían estacionado junto a la acera con el motor encendido para no tener que pagar el aparcamiento, pero no quiso decírselo a Derek.

Ya se sentía mucho menos agradecida que cuando estaban en el avión.

Entraron en la terminal, que parecía en efecto muy pequeña, y esperaron bajo el cartel de equipajes hasta que apareció un empleado con un carro cargado de maletas. Otros pasajeros aguardaban también, pero no su compañero de asiento. Quizá se había escondido para esperar a que ellos se marcharan. O viajaba sin equipaje, lo que parecía más probable.

Derek recuperó su bolso de viaje, Willa su maleta azul de vinilo y a continuación se dirigieron hacia la salida. Willa localizó el coche de sus padres tan pronto como estuvieron fuera: un Chevy que su padre le había comprado a uno de sus alumnos varios años antes. Era imposible confundir su

acabado característico, dado que lo habían pintado a mano, de un color morado mate.

—Ahí están —dijo ella evitando mirar a Derek para no ver su reacción.

Sus padres, los dos, bajaron del coche cuando su hija y su acompañante se acercaron.

—¡Willa, hija! —exclamó Melvin.

Llevaba ropa de trabajo, pero su madre se había esmerado algo más. Lucía una blusa camisera con flores que Willa nunca le había visto y se había recogido el pelo atrás con un lazo un tanto informe.

—Mamá, papá —dijo Willa—: os presento a Derek.

—¿Qué tal están, señora Drake, señor Drake? —dijo Derek, y dejó en el suelo la maleta de Willa para estrecharles la mano.

Los padres de Willa no le sugirieron que los tuteara, pero a Willa no le pasó inadvertido que ambos sonreían sin parar y se esforzaban mucho. Le dieron un poco de pena, como había ido pasándole cada vez con mayor frecuencia desde que empezara los estudios superiores. Mientras su padre metía el equipaje en el maletero, su madre la abrazó y dijo:

—Bienvenida a casa, cariño.

Luego su padre la abrazó también, a su manera tímida y reservada de siempre, y les preguntó:

—¿El vuelo sin problemas?

—Ha ido bien —dijo Willa.

Derek y ella se instalaron en el asiento de atrás y el coche ya estaba en marcha cuando añadió:

—Pero un pasajero me ha apuntado con una pistola.

—¿Cómo! —exclamó su madre, volviéndose para mirarla—. ¿Una pistola?

—Iba sentado a mi lado, he notado algo que se me clavaba y el tipo ha dicho: «No se mueva o disparo».

—¿Hablas en serio?

—Sí, completamente en serio.

—Vaya, Dios mío —dijo su padre, mientras su madre se volvía aún más para ver a Derek.

—¿Y tú qué has hecho, Derek? —preguntó.

—Ni siquiera me he enterado de lo que estaba pasando —respondió él jovialmente.

—¿Has pedido ayuda? —le preguntó su madre a Willa.

—¡No podía! No me atrevía a abrir la boca. Al final Derek ha dicho que me cambiara de sitio con él y, al parecer, eso ha puesto fin a todo.

—Bendito sea Dios —dijo su madre—. Espero que lo hayas denunciado.

—Pero ¿a quién? —inquirió Willa—. Me refiero a que ha sido la cosa más extraña del mundo. Toda la situación ha parecido quedar... como si la hubiésemos barrido debajo de la alfombra.

Derek se aclaró la garganta

—Además —dijo—, puede que no fuese exactamente lo que parecía.

La madre de Willa se volvió de nuevo hacia él.

—Imagino que el tipo no era más que un bromista —añadió Derek. Y luego le dijo a Willa—: Después de todo, cariño, no tienes ninguna prueba de que empuñara una pistola de verdad. Lo más probable es que estuviera allí sentado, más aburrido que una ostra, y se le ha ocurrido pensar: «Ya sé qué hacer: voy a divertirme un poco con esta chiquilla universitaria que se cree tan lista».

La madre de Willa miró expectante a su hija, que respondió al cabo de un momento:

—Bueno, es posible. —No estaba segura de por qué se sentía ofendida. Luego, cambiando de tema, preguntó a sus padres—: ¿Dónde está Elaine? Creía que vendría con vosotros.

—Ah, Elaine —dijo su madre, mirando de nuevo hacia delante—. Ni muerta iría con nosotros a ningún sitio. Ya la verás, Willa. Ahora se compra toda la ropa en Goodwill, escucha algo que yo jamás llamaría música y sus amigos son raros a más no poder.

—Bueno, bueno —terció Melvin—, las cosas no están tan mal.

—Ayer —contó la madre a Willa— le pedí que limpiara su habitación porque tu lado estaba completamente sepultado. Quiero decir que ni siquiera se veía tu cama dada la cantidad de ropa que se acumulaba encima. Más tarde subí a ver cómo iba y no había hecho nada de nada. Para entonces ya se había marchado con su..., no sé qué es, ¿pareja?, ¿amigo?, ¿cómplice? Un chico treinta centímetros más bajo que ella, Marcus, se llama, que va todo vestido de negro y con un pendiente, y que nunca me ha dado ni la hora. De todas formas, cuando vi el estado en que se encontraba el cuarto, ¿sabes qué hice? Abrí la ventana y tiré toda la ropa al patio de atrás.

Derek dejó escapar un silbidito admirativo y la madre de Willa le dirigió una mirada de agradecimiento.

—Vaqueros, camisetas, suéteres —le explicó—, los pijamas de ancianos muertos que tanto le gustan... Absolutamente todo. Por la ventana. Hasta el otro lado del patio. Larguísimos leotardos negros quedaron colgando de la parrilla de la barbacoa.

Esta vez Derek soltó una carcajada.

—Mi mujer es muy temperamental —le dijo Melvin.

A Willa no le gustaba nada que su padre dijera eso. Siempre conseguía que sonara como si fuese una virtud. Pronunció la palabra con orgullo, y cuando buscó la mirada de Derek por el espejo retrovisor, constató que los ojos del novio de su hija sonreían.

—A ver, perdóname, pero no lo entiendo —le dijo Willa a su madre sin

andarse con rodeos—. Lo único que has conseguido es generar más desorden. No creo que haya supuesto ninguna mejora.

—Bueno, cariño, solo espera a tener una hija adolescente por ti misma y entonces lo entenderás —replicó su madre—. Mi vida es un verdadero infierno.

Willa optó por el silencio. Derek puso una mano encima de la suya, y ella se lo permitió, pero siguió mirando por la ventanilla. Tuvo la sensación de que el campo era allí mucho más interesante que en Illinois. Confiaba en que Derek también lo notara. (Siempre hablaba como si California fuese algo singular.) Ante ellos desfilaban verdes colinas onduladas que parecían manojos de perejil fresco, así como misteriosas depresiones ya oscurecidas por las sombras del final de la tarde; más cerca de la carretera había modestas cabañas rodeadas por cercas de troncos entrecruzados y cobertizos destartalados, con lavadoras en el porche delantero, perros de caza despatarrados en los patios sin pavimentar y tractores que se oxidaban detrás de las casas. El trayecto desde el aeropuerto les llevó más de una hora, y durante todo aquel tiempo Willa contempló el paisaje sin hablar, mientras su madre, en el asiento delantero, hacía gala de ingenio, alegría y una agradable curiosidad de anfitriona. ¿Tenía Derek hermanos y hermanas? Sí, dos hermanos, ambos más pequeños. ¿Y ya estaba a punto de graduarse, o ella no lo había entendido bien? Era cierto, y en absoluto demasiado pronto, porque se sabía preparado para afrontar la vida de verdad. ¿Qué planes tenía? ¿Ya sabía qué iba a hacer? Ya había conseguido un empleo en San Diego, el hogar de su familia; un amigo de su padre era propietario de una cadena de tiendas de deporte y le había ofrecido un puesto de ejecutivo.

—¡Qué maravilla! —exclamó la madre de Willa—. Debido a lo bien que se te da el tenis, imagino —añadió, lo que resultaba embarazoso, porque ponía

de manifiesto que Willa debía de haber dado mucha información sobre él a su familia.

Derek respondió: «Sí, señora». Willa nunca le había oído decir «señora». Era como si se hubiera pasado a un idioma extranjero para congraciarse con los indígenas. Willa frunció el ceño cuando se cruzaron con una camioneta en la que tres chicos vestidos con mono ganduleaban en la parte trasera, con la espalda apoyada contra la cabina del vehículo. ¡Cómo se hubieran burlado de aquella conversación tan bien educada acerca de menudencias!

A Willa no le cupo la menor duda de que habían adecentado la casa familiar para su visita. En el porche descubrió una maceta de pensamientos que tenían que ser una adquisición de los dos últimos días, porque su madre apenas necesitaba tiempo para acabar con cualquier planta, como ella misma reconocía alegremente. En el recibidor advirtió la mezcla de olores de Pledge Lemon para muebles y de Mr. Clean, y cuando fue con Derek al piso de arriba y a la habitación de invitados notó las marcas recientes de la aspiradora en la alfombra.

—Aquí es donde vas a dormir —le dijo a su novio, entrando la primera.

La ventana estaba abierta y la brisa agitaba los visillos. Había un jarrón con narcisos sobre la cómoda. Estaba claro que su madre se había tomado muchas molestias.

Por lo general, ante aquella cama del cuarto de invitados, con varias hileras de almohadas gigantescas y de cojines abigarrados con demasiado relleno y apoyados en el cabecero, a Willa se le encogían los dedos de los pies en señal de protesta al imaginarse cómo chocarían contra el pie de la cama.

Pero Derek exclamó: «¡Qué agradable!», y colocó su bolsa de viaje en el

soporte para equipajes plegable, que también era nuevo, y entonces Willa se dio cuenta de que la habitación era de verdad agradable.

—¿Dónde está tu cuarto? —preguntó él, y mientras hablaba la asió de la muñeca y la atrajo hacia él.

—En el piso de abajo —respondió ella sin concretar.

Cuando la tuvo apretada contra sí, él murmuró:

—¿Me está permitido hacerte visitas nocturnas? —Su aliento le despeinaba lo alto de la cabeza.

—No seas tonto: comparto habitación con mi hermana —repuso ella, pero sin separarse.

—Entonces tendrás que visitarme tú.

—¡Que te lo has creído! —respondió Willa, riéndose.

Luego, al alzar los ojos, vio que su hermana pasaba por delante de la puerta y los miraba de reojo. Vestía algo parecido a un abrigo muy largo de hombre, de tweed marrón y sin duda demasiado grueso para la estación; el pelo le colgaba en dos cortinas rectas que apenas se separaban para dejar sitio a la cara.

—Eh, Lainey —dijo Willa, y se apresuró a apartarse de Derek.

Su hermana se detuvo, reticente.

—Espera quiero presentarte a Derek. Derek, esta es mi hermana Elaine.

Elaine enarcó la ceja izquierda, o, al menos, la parte de la ceja izquierda que podía verse. Llevaba los ojos tan pintados de negro que parecía un pájaro carpintero.

—No me gustaría interrumpir nada —dijo antes de continuar por el pasillo.

Derek y Willa intercambiaron una mirada irónica.

—¡A ver...! —dijo al fin Willa con voz muy alegre—. El baño está justo enfrente, y las toallas, en el estante de encima de la bañera...

Derek extendió de nuevo el brazo para tomarla de la muñeca y ella se lo

permitió, pero dijo:

—Vamos a bajar y a ver qué hay para cenar, ¿te parece?

En el cuarto de estar, la madre de Willa colocaba en la mesa de centro una bandeja con vasitos para zumo. Había además una botella ya descorchada de jerez dulce. Willa vio que su madre empezaba a servir y se sorprendió. De hecho, se escandalizó. Sus padres no bebían. Su padre jamás había dado con un licor cuyo sabor soportara, eso decía siempre, y su madre no tenía esa costumbre, aunque se sabía que en alguna ocasión había aceptado una copa de champán durante un banquete de boda.

Pero ahora su madre dijo:

—¿Jerez, Derek? —Y alzó con delicadeza, sujetándolo apenas con las yemas de dos dedos, un vasito lleno hasta el borde.

—Bueno, gracias —respondió él, aceptándolo.

—¿Tú quieres, Willa?

—Gracias, mamá —dijo Willa.

No habría soportado que Derek dejara traslucir que encontraba ridículo todo aquello: el jerez, tan dulce y espeso, servido inmediatamente antes de la cena, y los vasitos rechonchos, un tanto pegajosos. Pero su novio se comportó con gran solemnidad y respeto, alzando el vaso sin probar el contenido hasta que llegó de la cocina el padre de Willa con su bebida habitual (té helado). Luego Derek dijo: «¡Salud!», y los demás también murmuraron: «¡Salud!» antes de tomar el primer sorbo.

—¿No deberíamos llamar a Lainey? —preguntó Melvin a su mujer.

Pero esta hizo una mueca y dijo:

—Te deseo toda la suerte del mundo en esa empresa. Hoy por hoy, la hermana de Willa preferiría caerse muerta a perder el tiempo con su familia —le dijo a Derek, que soltó una risita.

Willa no entendía por qué su madre estaba haciendo tanto teatro. ¿Quizá

porque su hija mayor había logrado por fin encontrar novio? (¿A sus padres les preocupaba eso?) Era cierto que no había sido una chica popular en el instituto. Los únicos compañeros que le pedían que saliera con ellos eran tipos empollones, con gafas y poco sociables, a quienes había dicho «no» sin pensárselo dos veces, dando preferencia, en cambio, a los muchachos del fondo de la clase: tipos con aire de delincuentes juveniles y chaquetas de cuero, que durante las clases holgazaneaban en sus pupitres entre bostezos, adoptando una posición casi horizontal, con los ojos fijos en el techo, y que abandonaban el aparcamiento entre los rugidos de sus furgonetas trucadas tan pronto como sonaba el timbre que ponía fin a la última clase del día. Pero ninguno de aquellos chicos se había dignado mirarla siquiera una vez.

Quizá sus padres se habían estado preguntando, año tras año: «¿Es una chica normal? ¿Hay algo mal en ella? ¿Crees que terminará siendo una solterona?».

Derek le estaba contando a la madre de Willa que en otro tiempo él había sido como Elaine: evitaba a sus padres como si fueran apestados («Me cuesta creerlo», murmuró ella), pero ahora, fíjese: no había otras dos personas con las que pasara más a gusto una velada.

Willa tomó otro sorbo del jerez, que le impregnó la garganta como un jarabe contra la tos.

La experiencia con el tipo del avión acechaba detrás de todo, proyectando una sombra, provocándole un escalofrío en la nuca, aflorando de cuando en cuando hasta en conversaciones sin relación alguna con lo sucedido, pero ni Derek ni sus padres volvieron a mencionarlo. Parecía que también estos habían decidido aceptar la interpretación de Derek.

Aquella noche, mientras se duchaba, Willa se miró el costado derecho en

busca de un moratón, pero no había ninguno. Al acostarse hizo un gran esfuerzo para centrarse en otras cuestiones a fin de no tener pesadillas — pensó en cómo entretener a Derek al día siguiente, en cómo podía causar su novio una buena impresión a sus padres— y funcionó, más o menos, pero luego, en medio de un sueño profundo, sintió un golpe continuo en las costillas hecho con un instrumento romo, de manera que despertó con el corazón latiéndole de manera tan violenta que pese a la oscuridad creyó ver cómo la sábana de arriba le temblaba sobre los pechos. Se palpó el sitio donde había sentido el golpe y le pareció que estaba allí, un punto ligeramente dolorido, pero quizá no era más que el efecto de las veces que se había tocado ya. Después estuvo despierta mucho tiempo, mirando al techo y escuchando la respiración ruidosa de su hermana al otro lado de la habitación.

«Vale, muy bien; entonces, piensa en la petición de mano de Derek.»

Su novio no tenía ni idea de lo mucho que le pedía al sugerir que renunciase a trabajar con el profesor Brogan. El descubrimiento del lenguaje había sido para Willa la gran epifanía de su vida universitaria. No se trataba solo del español, el francés y los demás idiomas que ya había conocido en el bachillerato, sino de los orígenes del lenguaje en general, y lo que los distintos idiomas revelaban sobre las diferentes culturas que los hablaban y, lo más interesante de todo, cuantísimas cosas tenían en común todos ellos. ¿No era asombroso que la mayoría de los pueblos del mundo estuvieran de acuerdo en la necesidad de distinguir entre «él hizo» y «él hacía»? Y las frases hechas: era muy curioso con cuánta frecuencia se había llegado a la misma ilógica y nada probable frase hecha de manera independiente por parte de nacionalidades sumamente distantes. Willa podía pasarse el día entero escuchando lo que el profesor Brogan tuviera que decir sobre cuestiones como aquellas.

De todos modos, solo por un momento resultaba tentador considerar la

audaz posibilidad de renunciar a tantas cosas para casarse con Derek. Descartar cuanto le era familiar, atarse de manera casi arbitraria a aquella persona nueva con la que no tenía ningún parentesco. Lo repentino, lo extremo.

A final volvió a sumirse en el sueño y, que ella supiera, no tuvo más sueños, ni buenos ni malos, ninguno en absoluto.

A la mañana siguiente, después del desayuno, llevó a Derek a dar un paseo por el pueblo y no dejó de parlotear un solo instante.

—Ahí viven los Pearson —dijo. Los Pearson eran la familia para la que trabajaba durante los veranos, cuidando a sus dos hijos mientras los padres llevaban a gente de la ciudad a navegar por los rápidos—. Y esa es la casa de la señorita Carroll, que me enseñaba a tocar el clarinete, hasta que un día llamé al timbre y no apareció nadie y resultó que se había escapado con el señor Surrey, de la tienda de repuestos para automóviles, que estaba casado y tenía cinco hijos.

—No sabía que tocaras el clarinete —dijo Derek.

Willa respiró hondo dispuesta a hablar, pero luego lo miró. Cómo era posible? Los chicos eran unos completos extraños. (No por primera vez, echó de menos haber tenido uno o dos hermanos.) Cualquiera chica hubiese suplicado información pormenorizada sobre la fuga adúltera de la señorita Carroll.

—Bueno, ya no lo toco —dijo, al fin—. No estoy muy dotada para la música.

Willa había preparado sándwiches y un termo con limonada para el almuerzo, y se fueron de excursión hasta Bert Kane Ridge. Comieron en lo más alto, en el montículo de granito lleno de pliegues —lo llamaban «la roca del Elefante»— y cubierto de nombres, corazones e iniciales que se remontaban a los años veinte. De vez en cuando aparecían otros excursionistas, de manera que no estaban tan solos como Willa había esperado, pero sí llegaron a

sentarse muy juntos y a darse con discreción unos cuantos besos. Willa señaló la lejana carretera donde vivían sus padres y el campanario de la iglesia que frecuentaban y que estaba justo debajo de ellos.

—Parece un lugar muy agradable para una boda —dijo Derek, aunque era evidente que desde donde estaba sentado no podía saberlo.

A Willa le preocupaba que abordara de nuevo el tema de casarse aquel mismo verano, de manera que dijo:

—¡Vaya, mira! ¡Un lirio cobra! ¡Hacia siglos que no veía uno! —Y el asunto de la iglesia quedó zanjado.

Los padres de Willa los llevaron a cenar al mejor restaurante de la zona, el Nu-Deal Inn, en la autovía Este-Oeste. Willa había tenido la esperanza de que su hermana los acompañara para aligerar la conversación (así lo veía ella), pero Elaine ni siquiera estaba presente para rechazar la invitación, de manera que fueron sin ella. El restaurante Nu-Deal era de estilo familiar: largas mesas con manteles de hilo donde los comensales se sentaban juntos y se servían ellos mismos de bandejas gigantescas de pollo frito, chuletas a la parrilla, lonchas de jamón y grelos cocinados con tocino. La madre de Willa entabló conversación con una señora que dijo ser gran admiradora suya: la había visto interpretar el papel de Amanda en la obra *El zoo de cristal*, en el Little Theatre de Garrettville.

—¡Qué amable es usted acordándose todavía! —comentó la madre de Willa—. ¡Santo cielo, eso fue hace muchísimo tiempo!

Por supuesto, el padre de Willa tuvo entonces que explicar a Derek las aficiones interpretativas de su mujer.

—Estoy convencido de que podría haber hecho carrera si hubiésemos vivido en una gran ciudad —dijo—. Tiene ese don; quiero decir que cuando se sube a un escenario, el público solo la mira a ella. Por ejemplo, en *El zoo de cristal*: si uno lo piensa, no era la estrella, porque la protagonista es la joven

lisiada, pero Alice aparece como un torbellino y tiene tanta fuerza y está tan... desinhibida, ¿sabes?, tan llena de entusiasmo...

—Ay, basta, Melvin, por favor —dijo la madre de Willa riéndose, y le dio un golpecito afectuoso a su marido en el brazo.

Él le sonrió, sus ojos brillaban detrás de los cristales de las gafas, muy limpios.

—Bien, en cualquier caso —le dijo a Derek—, quizá algún día tengas ocasión de verla en alguna obra, y entonces entenderás a qué me refiero.

¿Significaba aquello que esperaba que Derek fuese su huésped en más de una ocasión? ¿Quería decir que estaba manifestando su aprobación?

Ni su padre ni su madre habían opinado sobre Derek hasta entonces. Varias veces durante el día se había esforzado por estar cerca de ellos cuando Derek no podía oírlos, pero no habían hecho ningún comentario. Tanta discreción no era normal en su caso, o, al menos, en el de su madre, que podía ser un verdadero lince cuando se trataba de los amigos de Willa. Su padre se mostraba, en general, más evasivo. Ahora, sin embargo, estaba diciéndole a Derek:

—Todos los veranos presentan una obra de Shakespeare, y sin duda le darán un papel. Deberías volver en verano.

A Willa le pareció una señal excelente. Y echó una ojeada a Derek («Por favor, que no se le ocurra mencionar ahora su deseo de estar ya casados en verano»), pero él dijo:

—Seguro que lo disfrutaría mucho.

Willa se tranquilizó.

La otra pregunta todavía sin respuesta era la de si a Derek le gustaban ellos. Willa había tenido unas cuantas oportunidades de preguntárselo, pero no lo había hecho. Quizá pensaba que sería más sincero si no trataba de forzarlo.

Mientras untaba su bollo con mantequilla, de repente se sintió importante.

Ella era la única razón de que aquellas tres personas estuviesen allí sentadas. Por una vez se había convertido en el centro absoluto de su mundo, y se lo tomó con muchísima calma, con los ojos bajos y extendiendo la mantequilla exactamente hasta los bordes del bollo con movimientos pausados y uniformes que le daban una sensación de languidez y refinamiento.

El día siguiente era Domingo de Pascua y todos fueron a la iglesia a excepción de Elaine, que dijo no ser cristiana.

—¿Qué tiene eso que ver? —preguntó su madre, pero no insistió.

Cuando regresaron a casa, sin embargo (después de un penoso entreacto social en el que Willa y Derek tuvieron que charlar a la salida de los oficios con diferentes señoras inquisitivas), la madre de Willa fue directa al cuarto de estar, donde Elaine holgazaneaba detrás del periódico dominical, y dijo:

—Solo quiero que sepas que vas a almorzar con nosotros, señorita; no valen excusas ni peros ni nada. Tu hermana se marcha esta tarde y no has comido ni una sola vez con nosotros durante todo el tiempo que ha estado aquí.

—Vale, como quieras —dijo Elaine sin salir de detrás del periódico.

Derek no estaba presente en aquella conversación —había subido a hacer la maleta—, de manera que cuando entró más tarde en el comedor y vio la mesa puesta para cinco comensales, enarcó las cejas:

—Vaya —dijo—, ¿Morticia nos honra con su presencia?

—¿Quién sabe? —dijo Willa con tono desolado.

Empezaba a sentirse un poco herida por el comportamiento de su hermana. Había imaginado que podrían tener alguna conversación en privado; compadecerse, como antiguamente, por la locura materna o tal vez hablar de Derek. Pero parecía que Elaine había empezado a meter a Willa en el mismo saco que a sus padres a la hora de alimentar su resentimiento.

Cuando se avisó de que la comida estaba lista, se presentó en el comedor y se dejó caer en su silla. Iba todavía con un pijama de franela de rayas y un enorme cárdigan apolillado que le colgaba por encima, si bien las cortinas que formaban sus cabellos estaban bien peinadas, además de que acababa de pintarse las densas manchas negras alrededor de los ojos.

—Conejo estofado —le informó a Derek cuando su madre alzó la tapa de la cacerola de hierro fundido que tenía delante.

—¿En serio? —dijo él.

—¿No te gusta el conejo? —le preguntó la madre de Willa.

—No, eh..., claro, sí que me gusta —dijo.

—Es una receta de mi tía Rachel —dijo ella, empuñando un cucharón de servir—. *Civet de lièvre*. —Pronunció la R con un curioso sonido gutural que hizo que a Willa le entraran ganas de esconderse debajo de la mesa—. La tía Rachel era la cocinera *gourmet* de mi familia. Los demás... Nadie puede imaginar las espantosas comidas que hacía mi madre.

Willa y Elaine habían oído innumerables historias sobre aquellas comidas.

—Un pegote pegajoso de puré de guisantes secos en una fuente —empezó Willa.

—... coronado por una ensalada de lechuga iceberg empapada en salsa comercial color naranja... —continuó Elaine.

—En ocasiones especiales, se añadía a la ensalada trozos de piña en conserva —dijo Willa.

—En ocasiones nada especiales, la cena consistía en alubias de bote sobre una rebanada de pan de molde.

Estaban pasándolo bien: era una especie de diálogo pensado para divertir. Hasta su madre sonreía, aunque terminó por decir:

—Vamos, chicas, no os burléis de vuestra pobre y anciana abuela.

Le pasó a Derek su plato y alcanzó el de Willa.

—A mí siempre me gustó lo que cocinaba —dijo su padre, nostálgico.

—Vaya, a ti lo que te gustaba era que estuviese pendiente de ti —le dijo su mujer.

—¿Estaba pendiente de él? —preguntó Willa.

No lo sabía. Siempre había imaginado que sus abuelos maternos (vecinos de Philadelphia durante muchos años), menospreciaban a su padre por sus orígenes campesinos.

—Bueno, yo había estado saliendo con un chico al que no soportaban —dijo su madre— y que estaba obsesionado con volar. En una ocasión me montó en el Piper Cub de su padre y tuvimos que hacer un aterrizaje forzoso en la autopista de Nueva Jersey.

Había terminado ya de servir a todos. Luego se sentó y les obsequió con una sonrisa antes de desdoblar la servilleta. Derek parpadeó, pero los demás se limitaron a empezar a comer. (Ante historias como aquella, la familia de Willa siempre reaccionaba avergonzándose. No era exactamente que no se las creyeran, sino que el entusiasmo de Alice los incomodaba; su alegría enfebrecida, los saltos dramáticos en el relato. Daba la impresión de que en cualquier momento, tal como Willa se decía para sus adentros, podía pasarse de la raya.)

—Hablando de volar —dijo el padre de Willa al cabo de un momento—, estaba pensando, hija mía, que cuando os llevemos al aeropuerto quizá te gustaría parar un momento a hablar con los de seguridad.

—¿Con los de seguridad? —preguntó Willa.

—Solo para informarles del comportamiento de aquel tipo del avión. Imagino que tendrán alguna información sobre quienquiera que fuese que ocupaba aquel asiento, ¿no crees?

—¿Qué tipo del avión? —preguntó Elaine al mismo tiempo que Willa decía:

—¿Por qué supones que nuestro aeropuerto dispone siquiera de un servicio de seguridad?

—Supongo que no querrás que vaya por ahí haciendo lo mismo a otros pasajeros —dijo su padre.

—¿De quién habláis? —le preguntó Elaine a su hermana.

Mientras Willa buscaba las palabras adecuadas (para no sonar como su madre contando una de sus historias), su padre dijo:

—El individuo que estaba sentado junto a tu hermana le clavó algo en las costillas que dijo que era una pistola y le ordenó que no se moviera.

—¿Que hizo qué?

—Seguramente solo era una persona con algún trastorno —le explicó Derek.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Elaine.

—Bueno..., nada —respondió Willa.

—¿Nada?

—Derek me pidió que intercambiáramos los asientos justo entonces, de manera que eso hicimos y ya no pasó nada más.

—¿No se lo contaste a nadie? ¿No apretaste el timbre para pedir ayuda?

—¿El timbre para pedir ayuda? —preguntó Willa.

Elaine soltó un resoplido de indignación y dejó el tenedor que estaba utilizando.

—Uf, y después ¿qué? —preguntó—. ¿Te limitaste a seguir leyendo la misma revista?

—Bueno, en realidad no tenía ninguna...

—No me lo puedo creer —dijo Elaine, dirigiéndose a todos—. ¿Cómo es posible que no montara un escándalo?

—Bueno, no es tan difícil de entender —terció su padre—. En primer lugar, en un avión lleno, seguramente lo mejor es no darle importancia. No tendría

sentido armar un alboroto. Además, ninguno de nosotros sabe cómo reaccionaríamos en una situación así.

—Yo sí sé cómo reaccionaría —dijo Elaine.

—Pero eso podría empeorar más las cosas —dijo Willa.

—En mis tiempos de estudiante en Philadelphia —les contó su padre—, estaba sacando una noche la basura cuando apareció un tipo y me amenazó con una navaja. Me puso la punta justo debajo del esternón; la notaba a través de la camiseta. «Dame la cartera», dijo, y yo le respondí: «No la llevo encima». Es que solo había salido a tirar la basura, ¿vale? «No me mientas», dijo él. «¡Te lo juro!», dije, «lo único que llevo en los bolsillos es un paquete de chicles», y él me dijo: «¿Qué demonios?», y a continuación: «No eres más que un blanquito *cagao* y debilucho», y yo le contesté: «¿Te crees que no lo sé?», y él dijo: «¿Cómo?», y yo: «¿Crees que no me siento demasiado blanco, demasiado flaco, demasiado anglosajón y demasiado protestante?». El tipo cerró la navaja y dijo: «Sal por piernas, muchacho (aunque no utilizó esas palabras, precisamente), no eres más que un *fracasao*», y se alejó negando con la cabeza.

Willa se rio, pero Elaine exclamó:

—¡Madre mía!

Y Derek añadió:

—Un momento. ¡No puedes permitir a nadie que se vaya de rositas después de hablarte de esa manera!

El padre de Willa lo miró con aire benévolo, pero no se molestó en discutir. A continuación, cuando Willa estaba a punto de intervenir (se identificaba con el relato de su padre; también ella había tenido la sensación de ser demasiado blanca), su madre dijo:

—Estoy de acuerdo, Derek. Esa historia siempre me pone furiosa.

Al parecer, todos los demás estaban contra Willa y su padre, pero él no

parecía molesto. Incluyó la silla sobre las dos patas posteriores (otra cosa que enfurecía a su madre) y dirigió a todos una sonrisa divertida, sonrisa que solo su hija mayor le devolvió.

Willa estaba metiendo los últimos artículos de aseo en la maleta cuando apareció Derek, con la bolsa de viaje colgada del hombro.

—Así que esta es tu habitación —dijo, mirando alrededor.

—Ajá.

Derek dejó la bolsa de viaje y se acercó a mirar el tablón de anuncios. En otro tiempo estaba lleno de las cosas de Willa, pero cualquier vestigio de sus días de instituto había quedado enterrado bajo las señales procedentes de la desconcertante vida de Elaine: un adhesivo de parachoques en que se leía «No queremos presidente», entradas usadas de conciertos con nombres de grupos de los que Willa nunca había oído hablar, un dibujo a lápiz que representaba a Blancanieves fumando un porro.

—Imagino que antes de marcharnos deberíamos decirles que estamos prometidos —sugirió Derek, dirigiéndose aparentemente a Blancanieves.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó Willa.

Derek se volvió y la miró.

—¿Quieres decir ahora? —insistió ella.

—¿Es que has cambiado de opinión? —preguntó él.

—No, claro que no —dijo ella—, pero vamos a estar prometidos muchísimo tiempo. No nos van a faltar ocasiones para contárselo.

—¿Y qué? —dijo él—. Imagino que se alegrarán de saberlo, ¿no crees?

—Bueno, seguro que sí, supongo —dijo ella.

—¿Supones?

—Quiero decir que..., por supuesto que sí, pero..., ¿sabes?, podrían

objetar que solo estoy en tercer año de carrera.

—Tienes veintiún años, por el amor de Dios. Y yo veintitrés.

—Ya, pero...

En aquel momento, Elaine apareció en la puerta con una lata de zarzaparrilla. Se detuvo en seco y los miró.

—Uy —dijo—. Lo siento.

Por su expresión despectiva, cualquiera habría pensado que los había sorprendido completamente desnudos.

—¿Qué sientes? —le preguntó Willa, cerrando la maleta—. Vámonos —le dijo a Derek.

Ladeó la maleta para esquivar a Elaine, que se apartó de mala gana. Derek cogió su bolsa y la siguió. Lo mismo hizo Elaine, al cabo de un momento. Willa oyó el ruido cuando abrió la lata de zarzaparrilla mientras bajaba la escalera detrás de ellos.

En el cuarto de estar, la madre de Willa estaba recogiendo las secciones desperdigadas del periódico dominical, mientras su padre, delante del televisor, miraba el mapa del tiempo.

—Vais a daros de bruces con una línea de tormentas, mirad —les dijo a Willa y a Derek—. ¡Vaya, vaya! Ya sabía yo que teníais que haberos quedado hasta el Lunes de Pascua.

Derek soltó su bolsa de viaje y dijo:

—Señor Drake, señora Drake...

No hizo falta más para que todo quedara en suspenso. La madre de Willa dejó de ordenar la sección de deportes y se quedó quieta. Melvin miró a Derek y luego dio un paso al frente para apagar el televisor. Elaine, que se dirigía hacia el comedor, se detuvo de golpe y regresó hasta el umbral del cuarto de estar con aspecto de estar más interesada por lo que sucedía en aquel momento que durante el resto de la visita de su hermana.

—Willa y yo estamos prometidos —dijo Derek.

Nadie reaccionó. Ni siquiera Willa habría podido decir qué pensaban sus padres. Depositó la maleta en el suelo muy despacio, sin hacer el menor ruido.

—Nos queremos —dijo Derek—, y hemos decidido, mmm..., que deseamos pasar el resto de nuestras vidas juntos. —Algo en su manera de expresarse, las palabras, que salían en breves ráfagas, sugerían que hablaba casi al azar, tratando de llenar lo que empezaba a convertirse en un silencio elocuente—. Se lo he pedido y ella ha dicho que sí, pero quiere esperar hasta graduarse, aunque yo creo que este verano sería el mejor momento; quiero decir que en California podría terminar sus estudios igual que en Kinney, de manera que confío en hacerle cambiar de opinión, pero en cualquier caso...

—¿Melvin? —dijo la madre de Willa.

Su padre se movió, como si estuviera despertándose muy despacio. Se aclaró la garganta.

—Bueno, Derek, vamos a ver —dijo—. Son muy buenas noticias, por supuesto, pero no sé si te das cuenta de que Willa solo...

—¿Buenas noticias? —repitió la madre de Willa—. ¿Te parecen buenas noticias que quiera «hacerle cambiar de opinión»?

—No... —dijo Willa.

—No, solo quería decir que... —intervino Derek— estaba pensando en que podemos valorarlo los dos juntos, por así decirlo, pero en cualquier caso...

—Sí; olvidemos la opinión de Willa al respecto —dijo su madre—. Olvidemos que no ha terminado sus cuatro años de facultad y apenas ha cumplido los veintiuno, porque tú, producto de la Escuela de Negocios Wharton, tú, con tu empleo de ejecutivo, entre comillas...

—Vamos, cariño —dijo el padre de Willa—, cálmate, hazme el favor. — Pero nadie mejor que él tenía que saber que aquella era la estrategia

equivocada—. Debemos aceptar la posibilidad de que nuestra hija sepa lo que está haciendo.

Willa sintió una descarga de pánico. Abrió la boca para hablar, pero entonces su madre le dijo a su padre:

—Hazme el favor, Melvin. —Y luego a Willa—: ¿Quieres acabar como tu amiga Sonya, o la chica de los Barnes, o Maddie Lennox? ¿Todas esas chicas a las que engancharon todavía adolescentes y ya tienen una casa llena de críos?

—Ya no soy... —dijo Willa.

—¿Se trata de alguien que te ha llamado «chiquilla universitaria que se cree muy lista»!

—¿Cómo? —preguntó Derek, aunque a continuación, al parecer acordándose, dijo—: Perdóneme, señora Drake. No fui yo quien la llamó eso. —Habló sin alterarse, tal vez alzando la voz un poco más de lo habitual. No parecía amilanado en absoluto, mientras que incluso el padre de Willa estaba más o menos poniendo cara de dolor y parpadeando de la manera en que solía hacerlo cuando lo único que deseaba era que algo desapareciese sin más—. Fue el tipo del avión quien la llamó así —siguió Derek—. O quien quizá podría habérselo llamado; quien quizá tenía esa opinión de ella.

—Viene a ser lo mismo, ¿no? —repuso la madre de Willa—. No le diste ningún crédito desde el primer momento. Mi hija te dice que un hombre la ha amenazado con una pistola y tú no le haces ni caso.

Willa miró a Derek, porque su madre, de hecho, tenía razón.

—De acuerdo —respondió Derek—; admito que no dramaticé sobre el asunto. No como usted, señora Drake, con sus maneras de actriz y su carácter «temperamental», robándole la escena a una pobre chica lisiada que era, en teoría, la protagonista.

—De eso se trataba, estúpido —replicó la madre de Willa. En realidad

parecía divertida. Sonreía de un modo terrible, llena de amargura, y en los pómulos, tan marcados, le habían aparecido dos manchas, como de colorete, demasiado brillantes—. Amanda tiene que robarle la escena; esa es la esencia de la obra.

Willa nunca había visto a su madre revelar su verdadera naturaleza ante extraños. Se volvió hacia Derek, esperando que se acobardara, pero también él sonreía, si bien de forma agradable, serena.

—¡Amanda! —exclamó—. Pruebe con Lady Macbeth. ¿A quién, si no, se le ocurriría ofrecer conejo el Domingo de Pascua?

Willa lo miró con fijeza. Elaine, silenciosamente extasiada hasta aquel instante, apenas pudo contener la risa.

—Vamos a ver —terció entonces el padre de Willa—, esperad un momento. ¿No podemos sentarnos y hablar todo esto con calma?

Pero Willa dijo:

—¿Hablar de qué con calma? Me voy a casar con él y punto.

Cogió la maleta que había dejado en el suelo, Derek se colgó de nuevo la bolsa de viaje al hombro, y se dirigieron hacia la puerta principal.

La madre de Willa no los acompañó al aeropuerto. En cambio, por extraño que parezca, Elaine sí fue, aunque dio un poco igual, porque no dijo una sola palabra durante todo el trayecto; se limitó a repantigarse en el asiento delantero, todavía en pijama y con el cárdigan dado de sí, y estuvo mirando todo el tiempo por la ventanilla. Aunque cuando se detuvieron delante de la terminal, dijo:

—Hasta la vista, chicos. —Y luego, con otra de sus risas contenidas—: Procurad que no os secuestren.

Derek soltó una risita, pero Willa no.

Willa, sin embargo, pensaba en el secuestrador después de que Derek y ella hubieran hecho los trámites del embarque. Se preguntó si la pistola había sido real y cuál habría sido el móvil de aquel tipo. Las dos preguntas que Derek le había hecho y que en su momento la habían irritado, aunque no ahora. Ahora tenía una sensación de..., más que de gratitud, de verdadero deslumbramiento, al recordar cómo Derek se había levantado y luego se había inclinado para tomarla del brazo, ponerla resueltamente en pie y rescatarla.

1997

Willa y Derek viajaban por la autopista, camino de una fiesta en Coronado. Un vicepresidente de Sports Infinity tenía una casa con piscina olímpica. Según Derek, rechazar la invitación no era factible, pero a Willa se le ocurrían montones de ocupaciones más interesantes para una tarde de domingo. Le confesó a su marido que le costaba hablar con sus colegas. Todos parecían tener la misma superficie suave, resbaladiza, sin salientes a los que agarrarse, le dijo. («¿Eh?», repuso Derek.) Además, a Willa tampoco le parecía que nadar fuese una actividad social. Aquel día había pensado mucho en la ropa que llevaba —pantalones de seda ajustados, chaqueta color melocotón, huaraches mexicanos—, y ahora iba a tener que tomarse la molestia de ponerse un traje de baño en el vestuario demasiado estrecho de un desconocido y de mojarse el pelo, cortado a lo paje y cuidadosamente alisado, con cloro líquido.

Sin embargo, aún era más importante que estuvieran viviendo una pequeña crisis familiar, y Willa consideraba que tenía que ocuparse de ella. Ian, su hijo de dieciséis años, insistía en dejar el instituto un año. Willa había oído hablar a veces de alumnos que hacían un alto en el camino entre secundaria y la universidad, pero nunca durante la secundaria. ¡Y, además, Ian ni siquiera tenía un plan! Lo único que decía era que quizá se dedicara a hacer autostop por todo el país para llegar así a conocer «a la gente». También hablaba de acampar en el desierto y aprovechar la experiencia del cometa *Hale-Bopp* de una manera que le resultara reveladora. No inspiraba ninguna confianza que

con frecuencia equivocara el nombre del cuerpo celeste y lo llamara el cometa «Hale-Boggs».

—Una cosa que podríamos hacer —le dijo Willa a Derek en aquel momento — es hablar con la consejera académica para la admisión universitaria del instituto. Recuerda lo mucho que nos ayudó con las solicitudes de Sean. Ya sé que en este caso no se trata de nada relacionado con una universidad, pero quizá logre convencer a Ian de que los centros de enseñanza superior no ven con buenos ojos las solicitudes de candidatos con un certificado de estudios irregular.

—Eres muy blanda —dijo Derek. En ese instante estaba conduciendo muy mal, como le pasaba siempre que se enfadaba. Pisó el acelerador del Nissan como si el coche le hubiera ofendido personalmente—. Ese chico está delinquiendo, ni más ni menos. A nadie le está permitido abandonar la secundaria. Podría detenerlo cualquier funcionario que investigue absentismos.

—¿Aunque tenga dieciséis años? —preguntó Willa—. Creía que se podía dejar de estudiar una vez que se cumplen.

—Willa, ¿por qué estás tratando de contemporizar? Somos sus padres. Le decimos: «No, maldita sea, vas a seguir en ese instituto al que te hemos llevado». Bien sabe Dios que nos cuesta un ojo de la cara.

—Solo pienso que parece muy desgraciado. Me da la impresión de que nunca ha encajado bien en ese instituto. Quizá haya sido adecuado para Sean, pero Ian es más..., no sé.....

—Más holgazán —dijo Derek, terminando la frase por ella.

Ian no era holgazán, exactamente. Pero Willa sabía que era mejor no discutir. Quienes tampoco encajaban bien eran Ian y su padre. Simplemente, no se entendían.

—¿Has mirado cuánto falta para la salida? —le preguntó Derek.

—Vaya —dijo Willa, y se apresuró a consultar el mapa de carreteras que llevaba en el regazo.

—No me digas que nos la hemos pasado...

—No, no...

Derek amonestó con un bocinazo al coche deportivo que tenían delante y que, a juicio de Willa, no estaba haciendo nada mal.

Willa consultó el mapa un momento y luego alzó otra vez la vista hasta el parabrisas para evitar marearse. Era una tarde tibia y soleada de mayo, una prueba más del tiempo invariablemente perfecto del sur de California. Willa estaba cansada de tanto sol. Echaba en falta las estaciones; le apetecía una tormenta con truenos y relámpagos o incluso una intensa nevada durante la que todo el mundo se quedara en casa, acurrucados con un libro. Pero no: allí lo que había siempre era el mismo cielo azul, el aire a la temperatura del cuerpo, un estridente fulgor amarillo que rebotaba en la autopista.

—Ese imbécil rematado debe de estar dormido —dijo Derek.

Se refería al conductor de la ranchera de su izquierda. Willa no le veía la cara, pero advirtió que aquel vehículo estaba demasiado pegado al de ellos. Derek tocó el claxon y la ranchera se apartó sin apresurarse.

—Lo que Ian necesita es una meta en la vida —dijo Derek—. ¿Por qué no la tiene? Es tan condenadamente flojo. Si se hubiera decidido a practicar un deporte, como le he venido repitiendo que debería.....

—A Ian no le interesan los deportes —dijo Willa.

—Ya; y ¿por qué diantres no? A su edad me chiflaban los deportes. A Sean también.

—Ian no es como tú —replicó Willa—. Y tampoco como Sean.

Ian no se parecía físicamente ni a su padre ni a su hermano. Había salido a la familia de Willa; era menudo y llevaba gafas. Puesto al lado de Derek —tan

recio y de mandíbula cuadrada—, cualquiera pensaría que eran ejemplares de dos especies distintas.

—Ese tipo debe de estar diciéndose: «Ya sé, ¿por qué no me echo una siestecilla mientras conduzco?». Si es que a eso se le puede llamar conducir. —Derek pisó el acelerador para adelantar a la ranchera, aunque en aquel preciso instante el otro vehículo empezó a derivar de nuevo hacia su carril—. ¡Maldita sea! —exclamó Derek, dando un largo bocinazo. Luego frenó con violencia cuando la ranchera se situó por completo delante de ellos. Willa extendió el brazo hasta el salpicadero, más como protesta que otra cosa, dado que estaba convenientemente sujeta por el cinturón de seguridad—. ¿Has visto eso? —le preguntó su marido.

—Sí, lo he visto. Pero no te alteres, Derek.

Porque lo conocía demasiado bien. Si llegaba a enfadarse lo suficiente, convertiría el viaje en una competición de coches de feria.

—Apunta la matrícula —ordenó Derek.

—¿De qué va a servir eso?

—Habría que retirarle el carnet, te lo digo yo. Apúntala.

Willa suspiró y se agachó hacia su bolso. Pero mientras tenía la cabeza baja, notó que la velocidad del Nissan aumentaba de nuevo, y al incorporarse se dio cuenta de que estaban torciendo bruscamente hacia la izquierda y que adelantaban entre rugidos a la ranchera. Aunque sin pasarla en realidad, porque el otro vehículo también había acelerado. Willa, desde su lado en el asiento delantero, estaba muy cerca del conductor, y vio que era un individuo delgado, de perfil aguileño y con los ojos fijos en la carretera. De repente, para su sorpresa, descubrió en ella una repentina urgencia competitiva. «¡Más deprisa!», quería decirle a Derek, aunque se contuvo porque aquello era lo último que su marido necesitaba oír. Por fortuna, el carril por el que iban

estaba despejado en un buen trecho, de manera que no había ningún peligro real. Pero a continuación Derek puso el intermitente para torcer a la derecha.

—No lo hagas —dijo Willa.

Él no le hizo caso. Metió el Nissan en el espacio inmediatamente anterior al ocupado por la ranchera con solo un par de centímetros de distancia. O menos de dos. De hecho, sin sitio suficiente. Willa notó que se hacía una raspadura. Oyó un horrible aullido metálico y luego el tiempo empezó a ralentizarse, estirándose de manera tan interminable que se imaginó ver, al fondo su cabeza, la palabra «e-s-t-i-r-a-m-i-e-n-t-o» escrita letra a letra. Cada elemento concreto del desastre pareció suceder en su particular eternidad. El guardabarros posterior derecho se rompió. (Aunque aquello podía repararse sin mayor problema.) La portezuela posterior del lado derecho cedió. (Caramba, eso era un poco más serio.) La portezuela que ella tenía a su lado se hundió. (¿Y si no podía salir después?) Y luego todo el coche giró con enorme violencia hasta terminar perpendicular a la autopista y parcialmente en el arcén, la parte delantera enterrada en altas hierbas ondulantes bañadas por el sol.

Willa sintió una especie de tirón en el cuello de cuando habían girado en redondo, pero por lo demás estaba ilesa. Ni siquiera se había asustado. Parecía encontrarse en una especie de burbuja, completamente aislada.

Completamente sola. Porque sin duda la forma del todo inmóvil que tenía a su lado, con la cabeza sobre el volante, ya no era una persona.

Derek tenía cuarenta y tres años: demasiado joven para haber pensado en funerales y entierros. De manera que todo aquello tuvo que decidirlo Willa, cuando lo único que deseaba era acurrucarse en la oscuridad, abrazada a sus dos hijos. Experimentó la pérdida de su marido como un dolor físico. Se sintió

vaciada, ahuecada por completo. También rabiosa, para ser sincera. ¿En qué estaba pensando Derek aquella tarde? ¿Cómo podía haberle hecho algo así? ¿Por qué no estaba allí presente para sentirse profundamente avergonzado y arrepentido?

La rabia le dio fuerzas. No tuvo inconveniente en reconocer ante la policía que el accidente había sido culpa de su marido; se había metido demasiado pronto en el carril de la derecha después de adelantar. A sus hijos les dijo: «Ya sabéis cómo se ponía cuando creía que alguien conducía mal». Los dos asintieron, sin necesidad de más explicaciones. (Casi seguro que Sean le dio incluso su aprobación.)

El único funeral que Willa había supervisado hasta ese momento había sido el de su madre, unos doce años atrás, y entonces había contado con su familia y sus antiguos vecinos, además de la iglesia donde había crecido. En esta nueva ocasión solo la acompañaban los dos hermanos de Derek y sus mujeres, a quienes apenas conocía; ella, por su parte, tampoco pertenecía a ninguna Iglesia en concreto. Se vio obligada a depender de sus amigas —solidarias, pero sin mucha experiencia en defunciones— y de un empresario de pompas fúnebres apellidado Percival, un joven pálido y de aspecto frágil sin opiniones muy firmes. Si ante alguna opción que le presentaba Willa decía: «No sé; sencillamente, no lo sé», entonces él explicaba, indeciso, que mucha gente prefería esto y aquello, y entonces ella decía: «De acuerdo». «Pero quizá usted prefiera», aventuraba él. «No, eso está bien», zanjaba ella.

De hecho, solo estaba completamente segura de que se debía incinerar a Derek, porque los cementerios que había visto en California no se parecían en nada al camposanto de la pequeña iglesia de su pueblo. Y en cuanto a la recepción en la funeraria después de la ceremonia religiosa, quería que se sirvieran bebidas y algo de picar, nada de comida de verdad y, sin duda, no

deseaba que ningún invitado volviera con ella a casa. Necesitaba librarse de todo el mundo tan pronto como concluyera la ceremonia.

Aunque el curso académico aún no había terminado, Sean dejó de ir a clase, pero no pasó nada porque estaba en el último año de secundaria y le faltaban pocos días para graduarse. Ian, por el contrario, siguió yendo a clase, aunque solía aprovechar cualquier excusa para no asistir. Lo más probable era que tratase de sustraerse al ambiente familiar. No hablaba de Derek en absoluto y evitaba todo contacto con Willa o con su hermano, además de pasarse las últimas horas del día encerrado en su cuarto, rasgueando desafinadamente la guitarra. Sean era todo lo contrario: seguía a Willa por todas partes, incomodándola con su deseo de saber hasta el último detalle sobre la muerte de su padre. ¿Había tenido tiempo de darse cuenta de que iban a estrellarse? ¿Había dicho unas últimas palabras? Y el otro conductor, ¿había resultado herido?, ¿habló después con ella?, ¿se había disculpado por la parte que le tocaba? «No lo sé —le repetía Willa—. No lo sé; no me acuerdo.» «Porque, admitámoslo: ese tipo también tuvo algo de culpa», decía Sean.

Si Derek hubiese vivido para contarlo, habría opinado justo lo mismo.

Willa tardó dos días en hablar con su padre, la primera persona a quien llamó sin éxito. Ahora que se había jubilado, pasaba la mayor parte del tiempo en su taller del sótano, donde no tenía teléfono. En una ocasión le había dicho a su hija que evitaba el teléfono porque se trataba casi siempre de algún vecino o similar que quería invitarlo a comer para sacarlo de casa. Y tampoco tenía contestador. Pero Willa insistió, llamándolo a primera y a última hora hasta que por fin el martes por la noche hablaron.

—¿Diga? —preguntó, con voz reticente, temerosa, como siempre que contestaba al teléfono, arrastrando la segunda sílaba como si ya estuviera preparándose para colgar.

—Papá —dijo Willa.

Pero no le salían las palabras. Los ojos se le llenaron de lágrimas y empezaron a temblarle los labios.

—¿Wills?

—Papá, Derek ha muerto —dijo, y al instante Derek llenó la habitación: su paso rápido y confiado; la manera en que se alisaba un mechón de pelo que tapaba la mejilla de Willa antes de darle un beso; la costumbre de abrocharle a su mujer el primer botón del abrigo tras haberla ayudado a ponérselo. Nadie volvería jamás a concentrar toda su atención en ella. Nadie le dirigiría aquella mirada vigilante, apreciativa, cuando Willa entraba en una habitación.

—No entiendo —dijo su padre.

Ella tampoco, quería decirle, pero se forzó a contestar:

—Un accidente en la autopista.

—Ay, cariño...

—¿Puedes venir?

—Claro, por supuesto que puedo. ¿Cuándo es el funeral?

—El jueves —respondió ella—. ¿Es muy justo para encontrar un vuelo? He intentado localizarte antes, pero...

—Allí estaré. ¿Has llamado a tu hermana?

—Sí —dijo, porque para entonces ya había hablado con ella.

Era casi tan difícil contactar con Elaine como con Melvin; trabajaba en un laboratorio de Michigan con horarios impredecibles. Pero al final se puso al teléfono y dijo al instante que asistiría al funeral, aunque no reaccionó de ninguna manera concreta ante la noticia de la muerte de Derek.

—Gracias —le dijo Willa.

Aunque se habían relacionado muy poco en los últimos tiempos, Willa se dio cuenta de que le apetecía disfrutar de la presencia fría y pragmática de su hermana.

De hecho, resultó que Elaine era tan fría y pragmática que se las arregló

para llegar la noche antes del funeral y marcharse tan pronto como terminó. No fue algo que agradara a Willa. Pero tuvo que reconocer que su petición literal había sido que acudiera al funeral, nada más. ¡Estaba claro que nunca serían como las hermanas de *Mujercitas*!

Le había dolido que Elaine se distanciara tanto de sus padres y volviera tan pocas veces a casa cuando comenzó los estudios superiores, que nunca se le ocurriera seguir en contacto con Willa, escribir o llamarla de cuando en cuando, por lo menos, o ir a visitarlos a Derek y a ella en vacaciones. ¿No tendría que haber entendido que, de todo el mundo, Willa era la única persona que comprendía su manera de ver las cosas? Pero no, Elaine había renunciado básicamente a toda su familia y, en las escasas ocasiones en que se veían, su conversación era la obsesiva repetición del mismo relato que prodigan los supervivientes de algún desastre natural.

«Estaba delante de la cómoda —le había contado una vez—. Era muy temprano. Llevaba un pijama con calcetines incorporados. Tenía tres años y nunca me había vestido sola, pero pensé que daría una sorpresa a mamá si aquel día me las apañaba sin ayuda. De manera que abrí el cajón donde guardaba la ropa interior y empecé a buscar mis braguitas preferidas, las que tenían volantes. Y entonces entró mamá y dijo: “Espero que no estés revolviendo las cosas que he doblado con tanto cuidado”. Yo dije: “¡Qué va!”, y me apresuré a alisarlo todo, pero mamá vino a colocarse muy cerca detrás de mí y dijo: “¡Vaya que no! ¡Lo has revuelto todo!”. Llevaba en la mano el cepillo para el pelo, porque imagino que se estaba peinando, y entonces empezó a pegarme con él, cataclás en un lado de la cabeza, cataclás en el otro, y yo tratando de escapar y de protegerme de los golpes...»

«Sí, bueno —dijo Willa—, es verdad que mamá podía ser...»

«¿Sabes lo más triste que les pasa a los críos cuyas madres son crueles con

ellos? Pues que, incluso a pesar de eso, después siguen extendiendo los brazos para que sean ellas quienes los consuelen. ¿No te parece patético?»

«Elaine, por favor. Tienes que superarlo», dijo Willa.

Pero después se sintió culpable por haberle dado una respuesta tan cortante.

Por alguna razón, siempre se sentía culpable con respecto a Elaine. Pero ¿qué podría haber hecho de otra manera? Además, ¿acaso no había tenido también ella una infancia desconcertante?

Tal vez la culpa era su estado natural. Porque también se sentía culpable por la muerte de Derek, y es que tendría que haber evitado abordar el tema conflictivo de Ian mientras Derek conducía. Y también culpable por el arrebató de competitividad que la había dominado al adelantar a la ranchera. De hecho, había sido algo más fuerte incluso que competitividad. Casi podría llamársele rabia. Sí, una rabia que le atravesó el pecho como una víbora. «¡Más deprisa!», había pensado. Y Derek aceleró.

Se dobló en la silla y se apretó con fuerza los ojos con las palmas de las manos. Luego uno de sus hijos entró en la habitación, le puso una mano en el hombro un momento y luego se marchó. Supuso que era Sean, pero, al erguirse para verlo alejarse, descubrió que era Ian.

El propietario de Sports Infinity, la cadena de tiendas para la que Derek trabajaba, asistió al funeral junto con varios vicepresidentes y sus esposas. Las amigas de Willa se presentaron con sus maridos y también aparecieron unos cuantos compañeros de clase de sus hijos, lo que a Willa le resultó conmovedor, y asimismo algunas otras personas que acudieron solas, como el amigo que jugaba al squash con Derek, su secretaria e incluso la mujer que había sido empleada del hogar de su familia cuando era pequeño.

Willa se sentó en el primer banco, hecho con maderas de tonos claros, como

el resto de la capilla, flanqueada por su padre, a la derecha, y por Ian, a la izquierda. Elaine se sentó junto a su padre, y Sean, al lado del pasillo, para poder salir con facilidad, porque iba a hablar. De hecho, fue la única persona de la familia que intervino. Willa no habría podido hablar.

Se sentía orgullosa de sus hijos, ambos con aspecto de ser muy responsables con su traje oscuro y su camisa blanca bien planchada. ¿Cómo era posible que ya se hubieran convertido en hombres, en personas que sabían hacerse el nudo de la corbata y cuyos zapatos parecían escarabajos largos y relucientes? Pero a Willa le preocupaba su padre. Su manera de envejecer hacía pensar en una especie de borrado; su reducida aureola de cabello no encanecía sino que desaparecía, al tiempo que sus facciones se emborronaban y perdían precisión. Y Elaine, pensó, podía ser una desconocida vislumbrada al azar: una mujer de aspecto sensato y pelo castaño corto y un tanto despeinado, sin maquillar, con pantalones marrones y una blusa holgada y arrugada, todo tan poco favorecedor que parecía un reproche deliberado a Willa por su elegante traje negro.

Mientras llegaban los invitados, el organista tocó algo poco conocido que parecía elegido por su insulsez. Willa no soportaba los órganos. Debería habérselo dicho al señor Percival.

—Suenan como si estuviera gimiendo, ¿no te parece? —le murmuró a su padre al oído.

—¿De quién hablas, cariño? —dijo él, volviéndose.

—Del órgano.

—Ah.

—Me hace echar de menos la iglesia presbiteriana de Bert Kane —dijo ella. (En la iglesia de su pueblo solo había un piano vertical.)

—Bueno, podríamos haber celebrado allí el funeral —repuso su padre, muy poco convencido.

—Habría sido un poco difícil explicar las razones por las que todos estos californianos hubieran tenido que ir en avión a Pennsylvania, creo yo.

—Sí, claro, y además está el problema de que yo no soy ya miembro de la Iglesia presbiteriana.

—¿No? —Willa se volvió para mirar a su padre.

—Desde hace bastante —dijo Melvin—. Escribí al reverendo Sands para decirle que renunciaba por falta de fe.

—¿Falta de fe! ¿Qué te hizo dejar de creer? —preguntó Willa.

—Bueno, en realidad nunca he creído.

—¿En serio?

—El reverendo Sands llegó a llamarme para preguntarme si sería posible que lo reconsiderase. No para que reconsiderase mi falta de fe, dijo, sino mi renuncia. Es probable que muchos de los demás miembros tampoco creen, pero en la iglesia uno se pone al menos en situación de creer. De lo contrario esa posibilidad se reduce.

—No estaba mal pensado —dijo Willa, con tono reflexivo.

—Sí, nada mal. Pero para entonces yo ya le había concedido sesenta y pico años a esa posibilidad y calculé que podía descartarse que hubiera cambios en el futuro.

Willa se rio y luego puso las manos sobre las de su padre, pero solo un instante. Estaba tan agradecida por tenerlo allí que casi sentía la necesidad de contener la respiración para no asustarlo, no fuera a marcharse.

El elogio fúnebre de Sean fue justo como debía ser: afectuoso y pesaroso, sin caer en absoluto en la sensiblería. Dio la bienvenida a los asistentes, les agradeció su presencia y rememoró la disponibilidad de Derek para jugar al escondite con sus hijos siempre que se lo pedían. Mientras hablaba, Ian se miraba las rodillas. Quizá ahora se arrepentía de no haber querido hablar, pero se había negado de lleno cuando ella se lo propuso. (Willa pensó, no por

primera vez, que, en cierta manera, la relación entre sus dos hijos se hacía eco de la suya con Elaine. Lo visualizaba del siguiente modo: «Sean=Ian; Yo=Elaine». Pero ¿cómo explicar que con quien se sentía más compenetrada en aquel momento era con Ian?)

El dueño de Sports Infinity se esforzó por hacer revivir la imagen del «joven brillante y ambicioso» al que había contratado nada más terminar sus estudios. Y uno de los hermanos de Derek pronunció unas breves palabras sobre lo buen hermano que había sido. Siguieron un par de testimonios de viejos amigos del difunto, en que describieron sobre todo fechorías juveniles y bromas pesadas. Willa los agradeció de manera especial, porque habían sido las únicas intervenciones que presentaban a su marido como alguien distinto del Virtuoso Recién Fallecido. A continuación, el pastor de la funeraria añadió una breve oración impersonal, todo el mundo se puso en pie para cantar «No me abandones», y eso fue todo.

El vuelo de Elaine salía a las siete de la tarde, una hora tan próxima a la recepción que Willa organizó las cosas para que un taxi la llevase al aeropuerto. Eso hizo que sintiera otra punzada de culpa. En el pueblo de sus padres la gente llevaba a sus huéspedes al aeropuerto, acompañados por toda la familia. Pero, en cualquier caso, razonó, el único coche que tenían en aquel momento era un Toyota de dimensiones reducidas que Willa (una conductora nerviosa) solo utilizaba cuando no le quedaba más remedio. Incluso habrían tenido problemas para meterse todos dentro.

Willa lamentaba reconocerlo, pero de todas formas sería hasta cierto punto un alivio deshacerse de su hermana. Ya había empezado a sentir el peso de las críticas silenciosas de Elaine; o no tan silenciosas, a veces. Le había preguntado si existía alguna normativa que obligase a las californianas a llevar

pantalones blancos. También había aludido, supuestamente en broma, al «peinado clonado» de Willa. Y se mostraba muy distante con su padre. Al final, Willa se había atrevido a preguntarle:

—Lainey, ¿es que estás enfadada con papá?

—¿Enfadada con don Buena Persona? ¿Yo? —le había respondido su hermana con sarcasmo, lo que desconcertó a Willa, porque su padre era sin duda una buena persona, y ¿qué tenía eso de malo?

De manera que cuando el taxi tocó el claxon al detenerse delante de su casa, Willa casi se alegró. Abrazó un momento a su hermana y dijo:

—Adiós, Elaine. Gracias por venir.

Aunque tan pronto como la puerta principal se cerró tras ella, Willa experimentó la desagradable sensación de haber perdido una oportunidad.

Pero luego se puso la bata más vieja y más cómoda que tenía; su padre se quitó la chaqueta y la corbata y se calzó unas zapatillas; ella calentó algunos de los guisos que le habían llevado sus amigas y los colocó sobre la mesa de la cocina. Primero reaparecieron Ian y Sean, ya con vaqueros, y anunciaron que no iban a cenar en casa, pero a Willa no le importó tanto como quizá le habría importado en otras circunstancias. Estaba agotada de hablar, de responder, de parecer animada y agradecida. Su padre y ella comieron sin decir una sola palabra hasta que Melvin preguntó, al final:

—¿Qué tal si preparo un poco de chocolate?

—Muy bien —dijo ella.

No movió un dedo para ayudar, sino que esperó sentada mientras Melvin buscaba los ingredientes y un cazo.

Su padre le había dicho que se quedaría unos días, y Willa, de manera casi supersticiosa, había evitado preguntarle cuántos exactamente. Se dejaba acunar por el ensueño de que quizá se quedara para siempre. Podrían pasear juntos sin prisa muy cómodamente, imaginaba. Lo conocía demasiado bien

para no atosigarlo y permitirle que mantuviera su ritmo tranquilo. Y, además, se entendía de maravilla con sus nietos.

Cuando era niña, Willa a menudo dejaba volar la imaginación y pensaba que su madre podía morirse plácidamente, y que después su padre se casaría con una mujer serena y encantadora que se sentaría junto a la cama de Willa cuando tuviera una pesadilla y le pondría una mano en la frente para tranquilizarla. Por alguna razón, se la figuraba vestida con varias capas de tafetán blanco y vaporoso. Se llamaría Clara o Claire, por ejemplo. Un nombre tranquilo.

Bien, de acuerdo, aquello no había sucedido. Pero ahora se presentaba ese plan alternativo.

Su padre le colocó delante una taza de chocolate y luego se sentó con la suya al otro lado de la mesa.

—Va a resultar duro algún tiempo —le dijo.

—Va a ser insoportable —repuso ella. Lo que quería decir era: «Entonces, ¿por qué no te quedas y me ayudas?».

—Cuando perdí a tu madre, ni siquiera me parecía posible levantarme por la mañana. Una mañana tras otra. No veía cómo superarlo.

Willa lo miró. Sabía hasta qué punto le había destrozado la muerte de su madre (totalmente inesperada: un derrame cerebral fulminante). Willa había vuelto en avión a Lark City y se lo había encontrado enmudecido, con la cara cenicienta y apenas capaz de aparentar que seguía vivo. Pero en la siguiente visita, meses después, daba la impresión de que se hubiera recuperado, lo que a ella no la había sorprendido mucho. Melvin era un hombre muy autosuficiente.

—Iba a usar el cepillo de dientes y pensaba: «¿Qué sentido tiene?» —dijo, sin embargo, en ese momento—. Abría la nevera y me decía: «¿Para qué molestarme?».

Willa conocía esa sensación. Al pintarse los labios antes del funeral, se había quedado inmóvil para mirarse en el espejo, pero llegó a la conclusión de que ya no había ninguna razón por la que cuidar de su aspecto. Pero no lograba dejar de pensar del todo que la pérdida de su padre no había sido tan dura como la suya. A ver, ¡su madre había sido un torbellino! Melvin, sin embargo, no parecía darse cuenta de eso. Incluso ahora se le humedecieron los ojos y se quedó mirando la taza un rato antes de volver a hablar.

—Solo voy a contarte, de las cosas que he probado, lo que me ha ayudado —dijo—. ¿Te parece bien?

—Sí, cuéntamelo —repuso ella, quedándose muy quieta.

—Dividí los días en diferentes momentos, ¿entiendes? Es verdad que no tenía ya muchas cosas que me sirvieran de estímulo. Pero, por otra parte, había momentos sueltos que todavía seguían gustándome. Como beber la primera taza de café por la mañana. Trabajar en algo interesante en el taller. Ver un partido de béisbol en la televisión.

Willa reflexionó.

—Pero... —dijo.

Su padre aguardó.

—Pero... ¿es eso suficiente? —preguntó ella.

—Bueno, sí; resulta que lo es —respondió su padre.

Al final no se quedó para siempre. Se marchó el miércoles siguiente. Willa y sus dos hijos lo llevaron al aeropuerto —condujo Sean—, pero no permitió que entraran con él en la terminal. De manera que, en la misma acera, Willa se despidió de su padre con un abrazo y los chicos le estrecharon la mano; luego Melvin recogió la maleta y entró solo.

A partir de entonces, Willa se instaló en la cotidianidad del dolor: no

aquella primera cuchillada tan profunda, sino un dolor estable, persistente, la ausencia que se siente como una presencia. Sean acabó el instituto, pero Derek no estaba allí para aplaudir y vitorearlo. Ian, por su parte, no volvió a hablar de dejar los estudios un año, y tampoco Derek llegaría a enterarse.

Una tarde mientras paseaba vio a una mujer joven que, con sus tres hijos pequeños, daba patadas a un balón en la parcela de césped de delante de su casa. Mientras Willa se acercaba, un coche torció por el camino de entrada hacia el garaje, la mujer se volvió, se le iluminó la cara y exclamó:

—¡Mirad quién ha llegado ya, chicos!

El padre de familia se apeó del coche y los niños corrieron hacia él.

Willa recordó aquella sensación, la alegría que se siente cuando tu marido vuelve a casa del trabajo.

Sus amigas la invitaban a almorzar, a ir al cine y a cenas con sobremesa, y ella ponía todo de su parte para seguir la conversación sin desentonar. A algunas de sus amigas la muerte las incomodaba y fingían que no había sucedido nada, lo que le provocaba un irreprimible y perverso deseo de sacar a relucir a Derek con motivo o sin él: «Derek siempre insistía...» y «Derek solía decir...». Algunas se pasaban de solícitas, la telefoneaban con demasiada frecuencia y la trataban como si fuese una inválida que necesitara cuidados especiales. Pero de todos modos sabía que era importante mantener las relaciones sociales. O al menos eso le habían dicho.

Durante el verano, Sean trabajó de socorrista en la piscina municipal, y Ian consiguió un empleo de camarero. Willa, por su parte, asistió a dos cursos en la universidad más cercana a su casa. Estaba pensando en terminar la licenciatura, ya que no había llegado a graduarse debido a su primer embarazo. Después quizá pudiera encontrar trabajo como profesora de francés o español en algún centro docente local. No tenía apuros económicos, gracias al fideicomiso que le había dejado a Derek su abuelo, pero le preocupaba

cómo iba a ocupar el tiempo una vez que Ian terminase también la secundaria y se fuera de casa.

Se preguntaba si sus hijos seguirían en contacto con ella después de emanciparse. ¿Recordarían su infancia con afecto o habrían estado acumulando rencores? Ella se había esforzado al máximo en ser una buena madre, lo que para ella significaba ser una madre predecible. Se había propuesto que a sus hijos nunca tuvieran que preocuparles sus estados de ánimo; que jamás tuvieran que mirar por la mañana a hurtadillas en el dormitorio de su madre para saber qué tal les iba a ir durante el día. No conocía a ninguna otra mujer cuyo principal objetivo fuera que siempre se supiese de antemano lo que cabía esperar de ella.

Aquel verano, Sean tuvo una novia estable y Ian empezó a tocar en un grupo musical de aficionados, de manera que casi nunca estaban en casa por la noche. Cuando Willa se iba a la cama, dejaba una luz encendida en el piso bajo y más tarde se despertaba y comprobaba que toda la casa estuviera a oscuras, y así sabía que sus hijos habían vuelto. Lo más difícil era dormirse después. Según Willa, la palabra «insomnio» no hacía justicia a su situación; sencillamente, se pasaba despierta el resto de la noche. Mientras que en otro tiempo se desesperaba si al despertarse eran las cuatro de la madrugada y, por tanto, demasiado pronto para levantarse (en su opinión, las cinco era la hora más temprana posible para empezar el día), ahora, cuando sus hijos no habían vuelto aún a casa, se despertaba primero a las dos, luego a la una y algunas veces incluso a medianoche. Quizá se debiera a que, por primera vez en su vida, dormía sola. Había pasado sin transición de la habitación compartida con su hermana, a la compartida con su compañera de cuarto durante los años de universidad y después a la cama de matrimonio con su marido. Un marido con quien podía darse la vuelta, pasarle un brazo por encima, apoyarle la mejilla contra la espalda y acurrucarse hasta conciliar de nuevo el sueño. Al

estar sola, únicamente podía reflexionar, y preocuparse y avergonzarse de algo que había dicho el día anterior y temer algo que podría hacer al siguiente.

Con frecuencia se acordaba del momento en que Derek y ella se conocieron. Fue en una fiesta que llamaban La Lotería, y que los chicos de segundo curso organizaban todos los años para dar la bienvenida a las chicas que empezaban. Un chico sacaba un número de una pecera, y la chica que tuviera el mismo número se convertía en su pareja durante la velada. Willa tenía el número cuarenta y cinco. Cuando Derek lo leyó en voz alta, se sintió consternada; era tan guapo y se le notaba tan seguro de sí mismo que no dudó de que lo decepcionaría. Pero alzó su número, tímidamente, y él fue a su encuentro de inmediato.

—¡Eres tú! —exclamó.

Después supo que lo que quería decir era que ya la había visto antes, estudiando en la biblioteca, y le había preguntado a alguien quién era. La persona interrogada se encogió de hombros y dijo: «No tengo ni idea». Y a continuación, apenas un día después, allí estaba ella, alzando la mano con el número cuarenta y cinco. Pero Willa, por supuesto, en aquel instante no sabía nada de todo aquello. A ella le sonó a «¡Eres tú la chica que llevo buscando toda la vida!». Y bien podría haber sido cierto, porque fueron pareja desde entonces.

Algo así no sucede dos veces. Willa lo sabía. Una amiga bienintencionada le había dicho que aunque en aquel momento no pudiera ni imaginarlo, algún día otro hombre la querría de nuevo y ella le correspondería. Willa se limitó a mirarla, perpleja. Incluso le costó entender lo que le decía.

La sugerencia de su padre para que dividiera la vida en momentos aislados resultó no funcionarle a ella, pese a intentarlo una y otra vez. Lo que más la ayudaba, en cambio, era caminar a veces por una acera llena de gente, o por un centro comercial muy concurrido y reflexionar sobre el hecho de que casi

todas las personas que estaban allí habían sufrido alguna pérdida terrible. Más de una en algunos casos. Muchos habían perdido a quien más querían, pero bastaba con verlos: se las apañaban. Ponían un pie delante de otro. Algunos incluso sonreían.

Se podía conseguir.

Un día en que estaba estudiando para participar en un concurso sonó el timbre de la puerta, y al abrir se encontró con un desconocido de unos cincuenta años, alto, de cabello oscuro y rostro anguloso.

—¿La señora MacIntyre? —preguntó.

—¿Sí?

Estaba claro que no se trataba de un vendedor porque iba vestido de manera más bien deportiva, con pantalones caqui de buen corte y un polo como los que usaban los hombres de su barrio. Sin embargo, había algo sospechosamente esperanzado en su actitud: sin duda quería algo de ella.

—Soy Carl Dexter —dijo.

—¿Y?

—El... Soy el conductor de la...

Buscaba las palabras, pero no era necesario: Willa sabía ya quién era. Escenas completas reaparecieron, procedentes de alguna habitación cerrada a cal y canto dentro de su cabeza: aquel hombre le había puesto una mano en el hombro y estaba diciéndole: «¿Se encuentra bien? ¿Está herida? Por favor, salga del coche». De pie en el terraplén cubierto de hierba, hablaba con dos policías y un brillante reguero de sangre le goteaba por un lado de la cara.

—Oh —dijo Willa.

—Me han dado su dirección en la empresa de su marido. Espero que no le importe.

—No —dijo ella—, no me importa.

—No es mi intención molestarla.

—No me está molestando —dijo Willa—. ¿Quiere pasar?

Algo en su manera de cruzar el umbral le hizo pensar que llevaba un sombrero en las manos, aunque, por supuesto, no era así; solo se mostraba muy vacilante. Willa se disponía a acompañarlo a la sala de estar, pero lo pensó mejor y le preguntó:

—¿Le puedo ofrecer café? ¿O té?

—Agua —repuso él de inmediato. Eso la sorprendió, hasta que cayó en la cuenta de que tenía los labios muy secos y que parecía hablar con dificultad. Debía de ser porque estaba nervioso—. Por favor —añadió; luego se aclaró la garganta y dijo—: Si no es demasiada molestia.

—En absoluto —respondió ella, y lo llevó a la cocina—. Siéntese, ¿quiere? —preguntó al ocurrírsele que estaría más cómodo allí—. ¿Le gustaría con un poco de hielo?

—No hace falta, gracias.

Apartó una silla y se sentó a la mesa. Estaba tan tenso que no se apoyó en el respaldo.

Willa le sirvió un vaso de agua de la botella que tenía en el frigorífico y se lo tendió. Luego retiró ella misma otra silla y se sentó frente a él. Carl Dexter casi apuró el vaso y luego lo dejó en la mesa.

—Nunca me interesé por sus heridas —dijo ella—. O al menos creo que no pregunté al respecto. La verdad es que no recuerdo gran cosa.

Carl Dexter se limitó a girar una mano sobre la mesa, desechando el tema.

—Necesitaba decirle lo mucho que lo siento —dijo—. Me refiero a lo mucho que siento que perdiera a su marido.

—Gracias —dijo ella.

Al principio de su viudedad, Willa tenía que luchar contra la tentación de

decir: «Bueno, no pasa nada». Pero ya tenía más experiencia.

—No dejo de pensar en ello —le confesó él—. ¿Fui yo el responsable, de alguna manera? Es verdad que se pasó a mi carril antes de tiempo, pero ¿fue por algo que yo hice? No parecía esperar una respuesta de Willa. Miraba un punto situado a un lado de ella, como si estuviera repasando la escena mentalmente—. Sé que me volví un mal conductor —añadió—. O un conductor menos bueno. Distráido. De eso me he dado cuenta. Puedo estar viajando y de pronto pensar: «¡Caramba, qué cerca está ese coche!». Luego me meto en el garaje y doy gracias a Dios por haberme permitido llegar a casa sin tener un accidente.

—Yo hago eso cada vez que me pongo al volante —dijo Willa.

No bromeaba, pero él debió de suponer que sí, porque alzó una comisura de la boca en una leve sonrisa, nada divertida.

—Antes era un conductor bastante pasable —prosiguió—. No estaba siempre distraído. Pero luego me... ¿Sabe?, esto no es una excusa ni nada parecido, no es eso lo que quiero decir, pero el invierno pasado mi mujer me dejó.

—¡Qué pena! —exclamó Willa.

—No se lo cuento para que me compadezca, créame.

—No, claro que no —asintió ella.

—Llevábamos veintiocho años casados. Yo creía que nos iba muy bien. No teníamos hijos, pero... siempre me había parecido que nuestro matrimonio funcionaba a la perfección. Luego, un buen día me dijo: «Tengo que contarte una cosa: me he enamorado de otra persona».

Willa ladeó la cabeza, mostrándose compasiva.

—Al principio quise razonar con ella. «Mira», me propuse decirle, «todos nos encaprichamos, por el amor de Dios.» Pero no lo hice, porque..., no sé, creo que pensé que se me vería el plumero, ¿no? En cambio, le dije: «Quizá se

te pase». Y ella repuso: «No, quiero casarme con él. Ya he ido a ver a un abogado».

—Vaya —dijo Willa—; eso es muy, muy duro.

—¡Dios mío! —exclamó él—. He venido para decirle cuánto siento lo de su marido y aquí me tiene, parloteando sobre problemas míos sin importancia.

—Yo no diría que un divorcio sea algo sin importancia —dijo Willa.

Dexter alzó su vaso y se bebió el agua que quedaba en él; luego volvió a dejarlo y se quedó mirándolo.

—¿Quiere más? —le preguntó ella.

—Lo que estoy tratando de decir es que aunque creía que las cosas no me iban mal, en realidad seguía adelante por inercia. Incluso ahora. La mayoría de mis comidas salen de una caja de cereales.

—Vaya, eso no es bueno —dijo Willa.

—Se me olvida echar las cartas al correo, y se me caen cosas o derramo vasos, y varias veces me he perdido cuando iba a algún sitio al que ya he ido un millón de veces.

—También pasa todo eso después de una muerte —le explicó Willa—. He estado así desde que murió mi marido. ¡A veces creo que tengo alzhéimer! Le aseguro que el divorcio me parece también un tipo de pérdida.

—Salvo por que los amigos no saben qué decir —replicó él.

—Tampoco saben qué decir cuando se muere alguien.

—Antes me irritaba que la gente que se divorciaba dijera: «Bueno, es que nos hemos ido distanciando» o «Sencillamente, hemos decidido seguir cada uno por nuestro lado». «¡Qué me cuentas!», me habría gustado decirles. «¿Y si reconoces que tu mujer era tan mandona que no la soportabas, o que tu marido se acostaba con todo el mundo?»

—¡Es verdad! —dijo Willa—. ¿Quién se cree que una pareja se molesta en

divorciarse si lo único que les sucede es que han adquirido aficiones diferentes o algo así?

—De manera que cuando mis amigos me preguntan, lo cuento sin andarme con rodeos: «Se ha enamorado de otro». Me refiero a que, de todas formas, más tarde o más temprano se enterarán, ¿no?

—Sí; al final siempre acaba sabiéndose la verdad —dijo Willa.

—Pero entonces se ponen nerviosos y cambian de tema. O alguno llega a decir algo así como: «Vaya, ¡menuda zorra!». Miriam no es una zorra.

—Claro que no —dijo Willa.

Él la miró directamente a los ojos, quizá por primera vez.

—¿Sabía él que yo estaba allí? —preguntó.

—¿Qué...?

—¿Me vio? Mi coche, quiero decir. ¿O se cruzó para ponerse delante sin percatarse de que yo estaba tan cerca?

—Ah —dijo Willa—. No, sí que lo vio. Pero creo que estaba... molesto con usted.

—¡Molesto! ¡Dios santo! Entonces es verdad que yo provoqué el accidente.

Willa se había sentido más a gusto cuando hablaban de su divorcio. Hacía tanto tiempo que todas sus conversaciones se centraban únicamente en la muerte de Derek —qué cosa tan tremenda había sido, cómo demonios podía haber sucedido— que estaba harta del tema.

—Mire —dijo—, no tenía mucha paciencia conduciendo, eso es todo. Era de los que siempre iba hablando a los demás coches. «Decídate de una vez: ¿el carril de la derecha o el de la izquierda?», decía; «No puedes ir por los dos.» O: «A ver, pensemos: semáforo verde. ¿Qué significa exactamente, en tu opinión?».

Carl Dexter alzó una vez más la comisura de la boca, pero no pareció más contento.

—En una ocasión, cuando estaba enseñando a conducir a nuestro hijo menor, paró el coche y le hizo bajarse y volver a casa andando. Y estaban muy lejos. A kilómetros. Luego comentó que Ian había dejado que le adelantara hasta el último mono.

—Es usted una mujer encantadora —le dijo Carl Dexter sin que viniera a cuento.

—Bueno. Demasiado encantadora, según dicen siempre mis hijos.

—No, lo digo en serio. Entendería que me hubiera dicho que no soportaba tenerme delante. «Si usted hubiese estado atento, ahora todo sería diferente», podría haber dicho.

—Bien, eso se puede decir de cualquier situación —le respondió Willa.

Luego se puso en pie, y Carl Dexter la imitó y le tendió la mano.

—Gracias por recibirme —dijo.

—Gracias a usted por venir —repuso ella.

En septiembre fue con Ian a llevar a Sean a la Universidad de California, en Santa Bárbara —Sean condujo a la ida e Ian a la vuelta, un Toyota que a Willa de pronto se le antojó demasiado vacío—. Ian, por su parte, empezó su penúltimo año de secundaria y Willa se matriculó en un curso completo en su facultad. Había metido la ropa de Derek en cajas de cartón y la había donado a una organización caritativa. Convirtió el estudio de su marido, que este utilizaba sobre todo para ver la televisión, en un lugar donde Ian pudiera reunirse con sus amigos y, una vez que su hijo supo, además, que a su madre no le importaba que ensayara allí con su grupo, empezó a pasar más tiempo en casa.

Por la noche, Willa seguía despertándose, todavía pensaba y se preocupaba y rumiaba y se arrepentía, pero al cabo de una hora, más o menos, volvía a

dormirse y por la mañana tenía la sensación de haber descansado bien. De hecho, ya casi se sentía normal.

Se acordaba de los días lluviosos de su infancia, cuando se resignaba a quedarse en casa, leyendo o viendo programas de televisión no demasiado interesantes y luego, por la tarde, de repente el sol se abría paso entre las nubes y entonces pensaba: «Supongo que ahora puedo salir. ¿No es eso... algo bueno?».

En octubre fue con Ian en avión a visitar a su padre, que seguía poniendo excusas para no ir a California. Él pareció alegrarse bastante de verlos, aunque siempre a su manera silenciosa, y Willa disfrutó sintiéndose útil: le dio un buen repaso a la casa y le llenó el congelador de raciones individuales de comida. Solo se quedaron el fin de semana largo de la festividad del 12 de octubre, tres días en un torbellino de actividad, y el martes, ya de vuelta, a Willa le había sentado tan mal el desfase horario que a media tarde se quedó dormida en el sofá.

Soñó con Derek, algo que no solía sucederle a pesar de que ella lo deseara. Soñó que en realidad no había muerto; todo había sido un malentendido. Alguien llamaba al timbre de la puerta y al abrir allí estaba él, igual que siempre: el rostro pecoso tan entrañable y, alrededor de los ojos, las arrugas causadas por el sol. Parecía molesto, sin embargo. Willa conocía muy bien aquella expresión.

«En serio, Willa —decía él—, ¿cómo has podido deshacerte de toda mi ropa?»

«¡Ay, Derek! —respondía ella—. ¡Lo siento muchísimo! Creía...»

«¿Desaparezco un momento y tiras todas mis cosas?»

Mientras tanto, el timbre de la puerta seguía sonando. Willa no lo entendía.

Se despertó y era verdad que llamaban al timbre. Soñolienta, se incorporó y se alisó el pelo. Tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse, llegar hasta la puerta de la calle y abrirla. Carl Dexter estaba en el escalón de la entrada.

—Oh —dijo ella.

—Hola —dijo él.

—Hola.

—Espero no venir en un mal momento.

—No.

Supuso que debía invitarlo a entrar, pero no había emergido aún de su sueño. Parpadeó.

—Me preguntaba —dijo él— si habría alguna posibilidad de que estuviera interesada en cenar conmigo. Me refiero tanto a esta noche como a cualquier otra; podría elegir usted el momento.

—Oh —repitió Willa. Reflexionó un instante—. Gracias —dijo—, pero creo que no.

—De acuerdo.

—Lo siento.

—No, no. Lo entiendo.

Carl Derek le dirigió un breve y desmañado saludo con la mano, se dio la vuelta y desapareció.

Willa cerró la puerta y regresó al cuarto de estar. Primero se sentó en el sofá y luego se tumbó, cerró los ojos y trató de recuperar su sueño, rebobinarlo, por así decirlo. Evocó el sonido tintineante de Derek al llamar a la puerta; revivió el acto de levantarse y salir al recibidor. Pero su cabeza seguía obcecadamente despierta, tan espabilada como si se hubiese bebido una cafetera entera.

Aun así, siguió intentándolo. Cruzó el recibidor. Abrió la puerta y vio a Derek en el escalón de la entrada, con aire de estar muy enfadado.

—¡Cómo cojones has podido, Willa! —dijo.

—Eres tú —respondió ella antes de dar un paso al frente, echarle los brazos al cuello y apoyar la cabeza en su pecho.

SEGUNDA PARTE

2017

Willa recibió la llamada a mediados de julio, un martes por la tarde. Había estado ordenando sus cintas para el pelo, extendiéndolas primero encima de la cama, agrupadas por colores, para luego alisarlas con los dedos y alinearlas en los compartimentos de una caja, forrada de tela, que había comprado expresamente a tal fin. Entonces, de repente, ¡ring!

Se acercó a donde estaba el teléfono y consultó la identidad de la persona que llamaba: el prefijo era de Baltimore. El número de Sean también tenía prefijo de Baltimore, aunque aquel no era el suyo, de manera que, por supuesto, notó en el pecho una leve punzada de ansiedad.

Luego descolgó.

—¿Diga?

—¿La señora MacIntyre? —preguntó una voz de mujer.

Willa había dejado de ser la señora MacIntyre hacía ya más de una década, pero respondió:

—Sí.

—No me conoce —dijo la mujer. (Era un comienzo poco tranquilizador.) Tenía una voz monótona pero potente, «una voz con exceso de peso», pensó Willa, y un acento tan típico de Baltimore que casi se masticaba—. Me llamo Callie Montgomery y soy vecina de Denise.

—¿Denise?

—Denise, su nuera.

Era triste decirlo, pero Willa no tenía ninguna nuera. En todo caso, Sean había vivido con una Denise, de manera que prefirió seguirle la corriente a su interlocutora.

—Sí, claro —dijo.

—Y ayer le pegaron un tiro.

—¿Cómo dice?

—Una bala en la pierna.

—¿Quién le disparó?

—Eso no se sabe —respondió Callie. Luego dejó escapar una especie de resoplido que en un primer momento Willa confundió con risa, hasta que se dio cuenta de que debía de estar fumando. Había olvidado las pausas sibilosas que se producen durante las conversaciones telefónicas con fumadores—. Fue algo fortuito, imagino —añadió Callie—. Cosas que pasan.

—Ah.

—De manera que cuando la ambulancia se marchó, como soy muy buena persona, me llevé a la hija de Denise a casa, aunque no la conocía de nada, si le soy sincera. ¡En realidad tampoco conozco a Denise! Me trasladé aquí el día de Acción de Gracias, cuando dejé a mi patético marido y necesitaba alquilar algo a toda prisa. Bueno, esa es otra historia muy diferente que no creo que le interese, seguro que no, pero, en cualquier caso, imaginé que tendría que aguantar a Cheryl solo un par de horas, ¿se hace cargo?, pues una bala en la pierna no parecía nada demasiado serio. Pero resulta que a Denise han tenido que operarla, así que un par de horas se convirtieron en pasar la noche en mi casa y luego, hoy por la mañana, Denise me llama y me cuenta que tiene que quedarse en el hospital a saber por cuánto tiempo.

—Qué contrariedad...

—¡Y yo soy una mujer trabajadora! ¡Trabajo en el banco PNC! Ya me había vestido para salir cuando me ha telefoneado Denise. Además, no estoy

acostumbrada a tratar con niños. Así que este martes está siendo el día más largo de mi vida, se lo aseguro.

Willa sabía que Denise era madre soltera, aunque había olvidado los años que tenía su hija, y tan solo conservaba el vago recuerdo de que el padre había desaparecido «hacía ya mucho», sin mayor precisión sobre lo que eso significaba. Sintiendo impotente, dijo:

—Vaya..., sí que parece un problema.

—Y además está Avión, al que creo que podría ser alérgica.

—¿Perdone?

—De manera que he ido a casa de Denise y he repasado los números de la lista que tiene colgada encima del teléfono: médicos, veterinarios y eso, pensando que, si no me quedaba otro remedio, llamaría a Sean, aunque todo el mundo sabe que Denise no le dejaría entrar en su casa ni para hacer la maleta, pero lo que me he encontrado es que Denise había escrito «Mamá de Sean», así que me he dicho: «Bueno, voy a llamar a la mamá de Sean y a pedirle que venga y se ocupe de su nieta».

Willa no lograba imaginar por qué su número de teléfono estaba en la lista de Denise.

—En realidad... —empezó a decir.

—De todas formas, ¿qué estado es ese?

—¿Perdone?

—¿Qué estado tiene el prefijo cinco-dos-cero?

—Arizona —dijo Willa.

—Entonces, ¿cree que podría encontrar un vuelo para llegar aquí esta noche? Quiero decir que allí debe de ser todavía por la tarde, ¿no?, y yo me estoy volviendo loca, créame. Me muero por tenerla aquí, no lo sabe usted bien. Cheryl, Avión y yo, los tres, vamos a estar con la nariz pegada a la ventana a la espera de verla aparecer.

—En realidad, yo no soy... —dijo Willa.

Pero ahora dejó de hablar por decisión propia, y hubo una breve pausa. Luego Callie lanzó otra bocanada de humo y prosiguió:

—Vivo dos puertas más allá de Denise. Trescientos catorce de Dorcas Road.

—Tres catorce —dijo Willa con un tono muy bajo.

—Ahora ya tiene usted mi número en su teléfono, ¿verdad? Cuando sepa a qué hora llega, hágame saber.

—¡Espere! —dijo Willa.

Pero Callie ya había colgado.

Estaba claro que no iba a ir a Baltimore. Sería una locura. Tendría que volver a llamar a Callie y confesarle que no era la abuela de la niña. Pero antes dedicó unos agradables momentos a fantasear con que en realidad sí podía hacer lo que se le pedía.

La verdad era que últimamente le ocurrían más bien pocas cosas. El otoño anterior se había mudado con su segundo marido a una urbanización situada junto a un campo de golf, en las afueras de Tucson. (A Peter le apasionaba el golf. Willa ni siquiera sabía jugar.) Había tenido que renunciar a un trabajo — que le gustaba mucho— de profesora de inglés como segundo idioma y abrigaba la esperanza de encontrar otro similar, si bien no había hecho aún nada para conseguirlo. En realidad tenía la sensación de estar como un poco paralizada. Peter pasaba muchas horas fuera, con los amigos con quienes jugaba al golf, y sus dos hijos vivían muy lejos —Sean dirigía en Towson, Maryland, la filial de Sports Infinity, y Ian trabajaba en algo relacionado con el medioambiente en las montañas de Sierra Nevada—; su madre y su padre

habían muerto, y a su hermana la veía muy de tarde en tarde. Ni siquiera tenía amigas en Tucson, al menos ninguna que considerase íntima.

¿Qué metería en la maleta, se preguntó, alguien que estuviera pensando en viajar a Baltimore? Claro, no era un sitio donde hubiera que respetar mucho la etiqueta. Trató de recordar si el vestido acampanado que le gustaba para viajar había vuelto de la tintorería. Fue a su armario a comprobarlo.

Cuando su marido regresó de jugar al golf, ya tenía un billete para la mañana siguiente en el primer vuelo disponible.

—No lo entiendo —dijo Peter.

La miraba desde la puerta del dormitorio mientras ella hacía la maleta, abierta sobre la cama de matrimonio.

—Ni siquiera te he oído nunca mencionar a esa tal Denise —dijo.

—Caramba, ¿si he hablado de ella un millón de veces! Ha vivido con Sean un par de años, ¿recuerdas?

—Bien, pero aun así no es nada tuyo. ¿Por qué iba a pedirte que fueses?

—¿Me has estado escuchando? —exclamó Willa—. Es Callie, su vecina, quien me lo ha pedido. Denise está en el hospital, y su hijita es...

—Pero no es hija de Sean.

—Bueno, no.

—A ver, ¿cuántos años tiene esa niña?

—No estoy segura —respondió Willa.

Peter cerró la boca y la miró, esperando pacientemente a que Willa acabara dándose cuenta de lo ilógico que era todo aquello.

Tenía once años más que ella y era un hombre de piel bronceada, esbelto, de aspecto serio, con un rostro nítidamente esculpido y el pelo plateado muy corto, además de ser una persona que conseguía, en ocasiones, que Willa se

sintiera un tanto ingenua e inexperta. Con frecuencia se dirigía a ella llamándola «peque», por ejemplo, cosa que hizo en aquel momento.

—Peque, me doy cuenta de que desde que nos mudamos no sabes muy bien qué hacer. Y sé que te gustaría estar más en contacto con tus hijos. Pero esto no tiene ningún sentido. ¡Ni siquiera has tratado nunca a esa mujer!

—Bueno... He hablado con ella —dijo Willa.

—¿De veras?

—He hablado con ella por teléfono un par de veces, cuando llamaba a Sean para saber cómo estaba.

Peter volvió a mirarla con paciencia.

—Vamos, Peter —dijo ella—, ¿por qué no aceptas mi punto de vista? No me he sentido útil desde... ¡nunca! Y ahí hay unas personas que dicen necesitarme. Callie y Cheryl y Avión, ¡con la nariz pegada a la ventana! ¡Seguro que lo entiendes!

—¿Avión? —preguntó Peter.

—Avión, el perro —dedujo ella.

Hubo un silencio.

—De acuerdo —dijo él al fin—. Yo también voy.

—¿Vienes a Baltimore?

—¿Cuánto tiempo hace que no viajas sola, eh? ¿Acaso has viajado sola alguna vez? Y alguien tiene que asegurarse de que esas personas no vayan a aprovecharse de ti.

Aquel era el momento en que debería decirle a Peter que, por el amor de Dios, tenía sesenta y un años y que conservaba todas sus facultades intactas. Además, había viajado sola varias veces en su vida. Aunque tenía que reconocer que no recientemente. Y que era un consuelo enorme la idea de tenerlo a él al lado para que la cuidara. De manera que se limitó a decir, sin mucha convicción:

—Pero si ni siquiera sabemos si vas a encontrar billete...

—Claro que sí —dijo él—. Esas cosas siempre pueden arreglarse.

De manera que se marchó para ocuparse de ello.

Willa esperó hasta más tarde, cuando Peter estaba viendo en la televisión las noticias de la noche, para llamar a Sean. Marcó el número desde el teléfono de su dormitorio y luego salió a la terraza que daba al campo de golf. Gracias a Dios, empezaba a refrescar un poco. Nunca acabaría de acostumbrarse a que se necesitara el aire acondicionado a todas horas. La gente de Tucson dependía de él tanto como los astronautas de sus depósitos de oxígeno. En caso de que fallara la electricidad, parecía posible incluso que murieran. Si Willa pensaba demasiado en ello, llegaba a ponerse un poco nerviosa.

Al tercer timbrado, Sean contestó.

—¿Mamá?

—Hola, cariño. Espero no estar llamando demasiado tarde.

—No, estoy bien —dijo él. Tenía la misma manera de hablar que su padre: distraída, tranquila. A Willa siempre la entristecía.

—Solo quería decirte que mañana voy a Baltimore.

—¿A Baltimore? ¿Para qué?

—Bueno, ¿te acuerdas de Denise? —dijo ella.

—Denise... Denise... ¿Mi Denise?

—Exacto. Le han... Supongo que nadie te lo ha contado, pero le han disparado en una pierna y me he comprometido a...

—¿Le han disparado!

—Parece que fue un accidente. No conozco los detalles. Pero, en cualquier caso, me he comprometido a ocuparme de su hija hasta que ella salga del hospital.

—¿Qué?

—Su hija, Cheryl. Y... Avión, ¿es un perro?

—¿Cómo? ¿Quién es Avión?

—Eso es lo que te estoy preguntando.

—Mamá —dijo Sean—, ¿por qué estás haciendo esto?

Willa suspiró.

—Ya sabía yo que no ibas a entenderlo —dijo.

—¿Cómo demonios se ha puesto en contacto contigo?

—Ha sido su vecina, Callie.

—¿Callie como-se-llame? ¿La gorda?

—Me telefoneó —dijo Willa.

Willa salió de la terraza al jardín, o a lo que llamaban «jardín» en aquellas latitudes: senderos de grava cuidadosamente perfilados que discurrían entre grupos de cactus. Se notaba un poco tensa; apretó con fuerza el teléfono porque ahora Sean le estaba preguntando:

—¿Por qué tú? ¿Y cómo sabía tu número?

—Estaba en la lista de teléfonos de Denise.

—¿Cómo es que lo tenía?

—Bueno, no lo sé con exactitud —dijo ella.

—Todo esto es bastante absurdo —dijo Sean, y Willa supo que estaría pasándose los dedos por el pelo de la misma manera como lo hacía Derek.

—En cualquier caso —se apresuró a decir ella—, tendríamos que vernos mientras esté en Baltimore.

—Bueno, vale —dijo él.

—Llegamos mañana en avión a primera hora de la tarde.

—¿Te acompaña Peter?

—Sí. Te llamaré cuando nos hayamos instalado y podemos salir a cenar juntos.

—Vale —repitió él—. Me parece bien. Así conocerás a Elissa.

—¿Quién es Elissa?

—La chica con la que salgo.

—Claro. Por supuesto —dijo—. Estoy deseándolo.

Era agotador mantenerse al día en cuestión de novias. Pero antes o después Sean acabaría por encontrar una que le gustara de verdad. Entonces Willa podría empezar a albergar esperanzas de ser abuela. Cuánto deseaba tener nietos.

Después de hablar con su hijo no entró de inmediato en la casa, sino que se acercó a un saguaro gigante, por lo menos tres veces más alto que ella, cuyos dos brazos simétricamente colocados se alzaban hacia el cielo oscurecido. A Willa le gustaban mucho los saguaros. Le encantaba su dignidad, su resistencia. Eran lo único de Arizona por lo que sentía un afecto sincero. La primera vez que vio uno —en realidad un grupo de ellos, que montaban guardia a la salida del aeropuerto el verano anterior, cuando Peter y ella llegaron a Tucson en busca de casa—, fue como si hubiera conocido a una raza mitológica. Allí mismo le dijo a Peter que la casa que compraran, fuera cual fuese, debería tener un saguaro en el jardín. A Peter le pareció divertido. Lo interpretó como una especie de capricho femenino, ¡las mujeres y sus jardines! Pero a Willa nunca le había interesado mucho la jardinería. Sencillamente, le encantaban los saguaros, eso era todo. Puso una mano sobre el tronco del que tenía delante, en un espacio liso entre las púas. La sensación era como la de un pepino, fresco, suave y robusto. Daba la impresión de percibir la presencia de Willa. Willa casi llegó a creer que había estado preparándose para sentir la presión de su mano.

Peter salió a la terraza y la llamó:

—¡Peque!

—Ya voy —dijo ella.

Le dio una palmadita al saguaro a modo de despedida y volvió a la casa.

—La primera vez que viajé en avión, un individuo me clavó una pistola en el costado —le contó Willa a su marido.

—Repíte eso, por favor —dijo Peter.

Estaban sentados a ambos lados del pasillo del avión, pero lo más probable era que la hubiese oído perfectamente, así que Willa se limitó a sonreírle.

—¿Una pistola? —preguntó él.

—Al menos eso dijo. No llegué a verla.

—¿Qué hiciste?

¡Vaya por Dios! En aquel momento recordó que nunca lo contaba porque aquello la hacía parecer una persona completamente pasiva.

—Mmm..., ¿nada? —dijo.

—¿Nada?

—Era muy complicado.

Peter se la quedó mirando. Una azafata pasó entre ellos, empujando, de vuelta hacia la reducida cocina del avión, el carro de las bebidas; Willa perdió de vista a Peter un instante, pero cuando reapareció seguía mirándola fijamente.

—Dijo que me dispararía si me movía, así que no me moví y él no disparó —relató.

—Pero ¿qué pretendía?

—No sé qué pretendía.

—Y ¿cómo acabó el asunto?

—Bueno, viajaba con Derek, era cuando empezábamos a salir, y a él se le ocurrió justo entonces que debíamos intercambiar los asientos, y ya no pasó nada más.

Peter se recostó y reflexionó un momento.

La razón de que Willa hubiese recordado el incidente era que Peter había estado refunfuñando, molesto con las medidas de seguridad. Tendía a discutir con los agentes de la Administración de Seguridad en el Transporte.

—¿Lo ves? —dijo ella ahora—. Creo que la seguridad es una buena cosa. Si entonces hubiéramos contado con agentes de la AST, aquel individuo no me hubiese amenazado con una pistola.

—Pero has dicho que no estabas segura de que fuese una pistola.

—Es cierto, no.

—La AST no le hubiera impedido fingir que llevaba pistola.

—No, pero..., bueno, yo sí que habría sabido que estaba fingiendo si hubiera pasado antes un control.

—No entiendo por qué dices eso —protestó Peter—. Una vez que te das cuenta de que todos los agentes de la AST son idiotas, ¿por qué deberías confiar en ellos lo más mínimo? —Entonces se inclinó hacia el pasillo y alzó su vaso vacío en dirección a la azafata.

Era su vertiente de abogado quien hablaba; le encantaban los debates encarnizados.

Otra razón de que Peter hubiera estado rezongando era que al principio había intentado cambiar de asiento, para que Willa y él pudieran volar juntos, pero nadie se había ofrecido. Todo el mundo parecía conocer muy bien sus derechos. El muchacho que iba sentado junto a Peter —poco más que un adolescente, a juzgar por su aspecto— había dicho que quería mirar por la ventanilla. Peter le había dirigido una mueca a Willa. (Ella, por su parte, se

había negado a pedirle nada a su compañero de asiento; no le gustaba molestar.)

—¿Qué demonios hace un crío en primera clase, me lo puedes decir? —había comentado Peter en voz baja.

—Ah, ¿es que se necesita un mínimo de edad? —había replicado ella, fingiendo suma inocencia.

A Peter no le había hecho gracia.

Luego resultó que el compañero de asiento de Peter y el de Willa se conocían, porque una vez que estuvieron ya en el aire. El vecino de Peter se inclinó hacia delante y se comunicó con el otro a través del pasillo:

—¡Tío! ¿Vas a pedir algo de beber?

Y el vecino de Willa también se inclinó hacia delante y respondió:

—Sí, he pensado: «¿Por qué no?». ¿Eh?

Peter miró a Willa y enarcó una ceja. ¿Aquellos dos eran amigos? Y, sin embargo, ¿habían rechazado la posibilidad de sentarse juntos?

—Una bebida para hombres, ¿no? —estaba preguntando el vecino de Peter.

—Desde luego.

Hasta entonces, Willa había evitado mirar al pasajero que tenía al lado para no verse atrapada en una conversación, pero enseguida comprobó que no era mayor que el otro muchacho, y que lucía un esmerado y sedoso bigotito rubio y una camiseta con el nombre de un equipo de baloncesto. (No existía la menor posibilidad sobre la faz de la tierra de que aquel chico tratara de hablar con una mujer que llevaba alegremente atado al cuello un pañuelo de gasa con estampado de flores.)

—¿En los aviones no piden algún documento de identidad a la gente? —le preguntó Peter a Willa, alzando la voz un poco más de la cuenta.

Willa le dirigió una sonrisa comedida y sacó un libro del bolso.

Toda la noche anterior y aquella mañana había tenido una sensación como

de víspera de Navidad. No sabía qué esperar de aquel viaje. Se sentía al mismo tiempo entusiasmada, asustada y llena de esperanza: un torbellino de emociones, todas simultáneas. Y luego, de cuando en cuando, se preguntaba qué demonios creía que estaba haciendo. Por otra parte, agradecía que Peter hubiera decidido acompañarla, pero también le preocupaba que no fuese a pasarlo bien, y que eso empañara su propio disfrute personal de..., bueno, no era su nieta, por supuesto, pero...

—¡Tío! —exclamó el vecino de Peter. Se había inclinado otra vez hacia delante y con una mano blandía la revista de a bordo—. ¡Hay una revista gratis en el bolsillo del asiento!

—¿Sí? —preguntó el muchacho que estaba sentado junto a Willa.

—¡Y tiene un crucigrama!

—¿Sí?

Peter estaba trabajando ya en su portátil; no había acabado de desvincularse de su antiguo bufete de abogados. Se recostó un poco más para facilitar la conversación entre los jóvenes, pero siguió tecleando. Mientras tanto, el vecino de Willa localizó su ejemplar de la revista y empezó a pasar las páginas. Se detuvo al llegar al crucigrama, dobló la revista y se agachó para rebuscar en la mochila que tenía a los pies. Cuando se incorporó de nuevo, tenía el rostro enrojecido; era una de esas personas de piel casi transparente.

—¿Me podría prestar un bolígrafo? —le preguntó a Willa.

—Por supuesto —dijo ella. Sacó uno de su bolso y se lo tendió.

—Gracias.

El muchacho se concentró en el crucigrama. Empezó a escribir una palabra, pero cambió de idea y siguió pensando. Al cabo de un rato escribió algo, y luego otra cosa más. Willa miró de reojo pero no consiguió ver las letras utilizadas. En cambio, descubrió que el chico tenía grupos de verrugas diminutas en dos dedos, igual que Ian a su edad. Willa pasó distraídamente una

página del libro que estaba leyendo: una novela policíaca que no le parecía muy interesante.

—¡Ya tengo una! —exclamó el vecino de Peter.

—¿Sí? ¿Qué tienes?

—Equipo de béisbol de Detroit.

—Ah, esa también la tengo yo.

—¿En serio? Qué lata.

De hecho, el vecino de Willa parecía estar haciendo progresos considerables. Tenía una manera curiosa de contener la respiración mientras trataba de pensar y también de expulsar después el aire, como en una pequeña explosión, cuando se le ocurría una respuesta. «¡Sííí!», susurró una vez.

—¡Tío! —llamó el vecino de Peter.

Peter volvió a recostarse. Había pegado la barbilla al pecho y se mantenía ostentosamente rígido.

—«Estar en París» —exclamó el vecino de Peter—. Cinco vertical.

—Ah, sí, no consigo saber qué es.

—Quiero decir, ¿de qué va? ¿Es, pongamos, «paraíso»? ¿O «romántico»? ¿Crees que es un verso de una canción?

—«Être» —sugirió Willa.

—¿Disculpe?

—«Être». «Estar», si estuvieras en París.

—Sí, claro.

Se inclinó sobre su revista. El vecino de Willa empezó a escribir también, y Peter se volvió y la miró, como diciéndole: «¿En serio?». Willa le sonrió.

—Oiga, señora, ¿qué pongo para «Estuche donde se guardan agujas»? —preguntó el vecino de Peter—. Tiene que empezar por E, y son cuatro letras.

—«Etui» —le respondió Willa. Tenía que tratarse de un crucigrama muy antiguo.

—¿«Et» qué?

—«Etui», E-T-U-I.

—Gracias.

—Por el amor de Dios, Willa —dijo Peter.

—¿Quieres que te preste unos taponos para los oídos? —le preguntó ella—.

Llevo unos en el bolso.

Su marido se limitó a suspirar y siguió tecleando.

Willa se dio cuenta de que otra de las emociones que estaba experimentando era la felicidad.

Cuando aterrizaron el sol se ponía, y al salir de la terminal en busca de un taxi, el aire se había enfriado lo suficiente para que la temperatura fuera agradable. El taxista, que llevaba turbante, se pasó todo el trayecto hablando con el manos libres en un idioma musical y enrevesado sin ningún vocablo que Willa lograra identificar. De todos modos, parecía estar familiarizado con Baltimore. Aceleró hacia las afueras de la ciudad, donde tejados de almacenes y chimeneas de fábricas seguían bañados por un pálido resplandor amarillo que los hacía parecer misteriosamente hermosos. Rodeó el puerto y avanzó entre grupos de personas con ropa festiva que se dirigían hacia el campo de béisbol con bebés, paquetes de pañales, cojines para sentarse y pósters de fabricación casera. Al final, el taxi dejó atrás el centro y, después de un largo recorrido hacia el norte, penetró en una barriada de destartaladas casitas blancas con porches delanteros de poca altura, en algunas de las cuales se anunciaban agencias de seguros o consultorios de podología. Peter miraba por su ventanilla sin hacer comentarios. Willa se llevó una mano al pelo como para evaluarlo. Le preocupaba que Cheryl fuera, como era muy probable, lo bastante mayor para saber que ni Willa ni Peter eran sus abuelos.

—¿Quiénes has dicho que son? —le preguntaría a Callie, su vecina—. ¡No los he visto en mi vida!

El taxi se detuvo delante de una casa como todas las demás.

—¿Aquí? —preguntó el taxista.

—Supongo que sí —dijo Willa. En una columna del porche se leían los números tres, uno y cuatro, colocados en vertical.

Peter pagó la carrera y el chófer se apeó para sacar el equipaje del taxi. La maleta de Willa era del tamaño máximo que se permitía como equipaje de mano —le gustaba vestir bien cuando viajaba—, y mientras la arrastraba hacia la casa por el camino de la entrada le pareció penosamente grande. Parecía una refugiada, pensó, que llegaba al umbral de un desconocido con cuanto poseía en el mundo. Anochecía ya, pero la luz del porche no estaba encendida, y después de que Peter tocara el timbre, Willa sintió cierta ansiedad hasta oír los pasos dentro.

Callie resultó ser justo como Willa había imaginado: una rubia sumamente voluminosa de poco más de cincuenta años, embutida en unos ajustados pantalones elásticos de los que emergían unos delicados piecitos calzados con bailarinas.

—¡Por fin! —dijo agradecida, alzando hacia el cielo un rostro sonrosado, dulce y redondo—. ¡Lo ha conseguido!

Quería decir que llevaba demasiado tiempo defendiendo el fuerte, por supuesto, pero Willa prefirió creer que se alegraba de verlos, sin más.

—Me alegro de estar aquí —dijo, entrando en la casa.

Un perro, más bien pequeño, blanco y leonado, apareció detrás de las pantorrillas de Callie, sus ridículas y desmedidas orejas sobresalían, sí, como las alas de un avión, y no dejaba de mover la cola. Y al fondo Willa vio también a una niña expectante, de unos ocho o nueve años, con una media melena color caramelo. De rostro mofletudo, la barriga con forma de barrilete

le tensaba la camiseta, y tenía las piernas tan regordetas que las perneras del pantalón corto se le subían hasta los muslos. Para ser sinceros, Willa se había imaginado a una niña un poquito más delgada y más linda, pero se apresuró a desechar aquella idea sintiéndose culpable. Seguro que una abuela de verdad no habría permitido que le pasara una idea así por la cabeza.

—Hola, Cheryl —saludó.

—Hola.

—Soy Willa.

—Lo sé.

—Y este es Peter, mi marido.

—Hola —repitió Cheryl.

—¿Qué tal? —dijo Peter.

Su maleta era más pequeña y la llevaba colgada del hombro con una correa. Parecía menos implorante que Willa: más bien un turista convencional que casualmente pasara por allí.

—Oiga, me siento muy estúpida —dijo Callie—. Telefoneé anoche a Denise para que supiera que usted venía y dijo: «¿Quién?». Dijo: «¿Cómo se te ha ocurrido!». Dijo: «¡Dios mío, no puedo creer que hayas hecho eso! La madre de Sean no es nada de Cheryl». Bueno, ¿cómo quería que yo lo supiera, no? Quiero decir que yo lo único que sé es que la madre de Sean está en su lista de teléfonos.

—Claro, por supuesto —dijo Willa, conciliadora.

—Denise me pidió que la llamara de inmediato para decirle que no viniera, pero, hágase cargo, entonces era ya muy tarde y además...

Callie no había querido renunciar a su única posibilidad de rescate, eso quería decir.

—¡Yo estaba hecha polvo! —añadió, confirmando la hipótesis—. Y ya había perdido un día de trabajo, tal como iban las cosas. ¡Hoy ha sido mi

segundo día de baja por enfermedad! Además, supuse que si usted no quería venir, lo habría dicho, ¿a que sí?

—Por supuesto que sí —repuso Willa—. Estamos encantados de haber venido. ¿Qué tal está Denise?

—Bueno, dice que todavía le duele un montón. Solo he hablado con ella por teléfono, pero nuestro vecino Ben ha llevado hoy a Cheryl a verla, y asegura que está saliendo adelante muy bien, si se tiene en cuenta lo que le ha pasado.

—¿Cómo es que le dispararon? —preguntó Peter.

—Ay, ¡eso ha sido de lo más extraño, ya lo creo! Cheryl, ve a recoger tus cosas —dijo Callie.

Cheryl, que había estado observando a Willa y a Peter con una mirada serena pero evaluadora, se dio la vuelta a regañadientes para subir la escalera que tenía detrás. El perro también se giró y la siguió.

—Es una niña bastante buena, creo —murmuró Callie en voz muy baja—, pero no deja de ser una niña, ¿me entienden? ¡Santo Dios, estoy agotada! Bueno, el caso es que —continuó, cambiando a un volumen normal— el martes a última hora, casi todos los vecinos de la manzana habíamos salido afuera porque se oía un ruido increíble al otro lado de la calle. Un ruido de máquina que repiqueteaba, tan fuerte que podría reventarle los tímpanos a cualquiera. Primero no sabíamos qué era, pero al salir vimos un camión enorme, viejo y oxidado, con un rótulo pintado en la portezuela: «Limpieza a presión - Más potencia». ¿Sabían que hay gente que limpia a presión? Unos de la acera de enfrente tienen una especie de terraza cubierta añadida por ellos, la cosa más estúpida que se ha visto jamás; una terraza tan grande como el resto de la casa, aunque parece que no la utilizan nunca, y estaban limpiándola a presión a las seis de la tarde. ¡Bueno! Ya se imaginan que empezamos todos a decirnos: «Uy, uy, uy, ¿no te gustaría tener una terraza que necesitase un baño?». Luego, de repente, se oyó un ruido aún más fuerte, como el petardeo

de un camión, y Denise se sentó en el suelo. Pero dejándose caer, como si le hubieran pegado un tiro. Y empezamos a reírnos. «Esta Denise es todo un personaje», decíamos. Hasta que vimos que le sangraba la pantorrilla y dijimos: «¡Un momento! ¡Le han disparado! ¡Te digo que le han pegado un tiro!». Y entonces apareció Cheryl corriendo y gritando: «¡Mamá!». Y Denise con cara de «¿Cómo? Espera un momento: ¿qué ha pasado?». Estábamos todos cortadísimos.

—Pero ¿quién haría una cosa así? —preguntó Willa.

Fue Cheryl quien contestó. Bajaba la escalera con una bolsa verde de basura que sujetaba con ambas manos y que le golpeaba las piernas a cada paso; el perro iba tan pegado a sus tobillos que era un milagro que no le hiciera tropezar.

—Seguro que algún delincuente —le dijo a Willa—. Tenemos a un tipo, Dave, que es detective privado, vive en nuestra misma manzana; en la ventana tiene un cartel, para que lo vea todo el mundo, donde dice que es detective. Ni siquiera intenta esconderlo. Algún delincuente al que tenía acorralado debe de haber disparado y herido a mamá por accidente.

—Bueno, eso no lo sabes con seguridad —intervino Callie—. Son puras suposiciones —le explicó a Willa—. Dave ni siquiera estaba en casa en aquel momento.

—Pero el delincuente podría haber creído que sí —alegó Cheryl.

—Claro, ¡por supuesto! —coreó Willa—. ¡No podría estar más de acuerdo!

¡Vaya por Dios! Justo lo que había decidido antes que no tenía que hacer: usar, para hablar con niños, esa voz falsamente alegre que tanto le desagradaba. (Solo lo había hecho porque le había gustado mucho que Cheryl le dirigiese la palabra.) Y Cheryl lo notó. Entornó los ojos un momento al mirar a Willa y luego se volvió hacia Peter, que le dijo:

—No debe de ser un delincuente con todas las de la ley, diría yo, si no es

capaz de manejar mejor una pistola.

Peter no recurrió a una voz alegre. Cheryl lo miró, con aire aprobador, y dijo:

—Claro que no, y por eso Dave lo estaría acorralando, seguro. Porque tampoco es que Dave sea un detective de primera.

—Buena observación —dijo Peter.

Ambos se sonrieron.

A los niños les encantaba Peter. Cosa que resultaba irónica, si se piensa que era Willa quien había tenido hijos, mientras que Peter y su primera mujer habían decidido no tener.

—Pues a mí eso no me convence —terció Callie—. Yo creo que fue Sir Joe, eso me parece mucho más probable.

—¡Sir Joe jamás lo haría! —protestó Cheryl.

—¿Sir Joe? —preguntó Willa.

—Vive en la casa de al lado —le contó Callie—. Un tipo con una Harley muy ruidosa y un paquete de cigarrillos en la manga de la camiseta, muy al estilo de *Rebelde sin causa*.

—No lo haría nunca, ni en un millón de años —dijo Cheryl con firmeza.

—Y con un tatuaje de alambre de espino en los bíceps, por si fuera poco. No te olvides de las cosas de tu perro, Cheryl.

La niña dejó la bolsa de basura en el suelo al pie de la escalera y se dirigió hacia la parte trasera de la casa, no sin antes hacer una mueca a Callie.

—Estoy deseando que salga de aquí todo ese barullo —le comentó Callie a Willa, antes de bajar la voz y preguntar—: ¿Cuál es la situación, en todo caso? ¿Sean y Denise no estaban casados? ¡Nunca lo supe! Aunque he de decir que eso da otra perspectiva al hecho de que la dejara. No hablo del método para marcharse, no me refiero a eso, pero, ya sabe...

Willa no tenía ni idea de a qué método se refería Callie. Se moría de ganas

de preguntarlo: Sean, en su momento, se había limitado a anunciar que se había mudado y que, por tanto, Willa no tenía que telefonarle ya a casa de Denise, pero un significativo carraspeo por parte de Peter la advirtió de la conveniencia de no hacerlo. ¡Los hombres eran tan mojigatos en materia de cotilleo! (O sensatos, aseguraría el mismo Peter.)

—Cosas de parejas, ya sabe —se limitó a decir Willa—. ¿Quién puede saber desde fuera qué está sucediendo entre dos personas?

Cheryl reapareció con una bolsa grande de pienso para perros y dos cuencos de plástico; Peter se adelantó para cogerlo todo, y todos dieron las buenas noches a Callie, que estaba muy ocupada en encenderse un cigarrillo, por lo que simplemente agitó los dedos de una mano mientras aspiraba la primera bocanada.

Fue el perro el que, de prisa y muy resuelto, los condujo por la acera hasta la casa de Denise. Cheryl iba detrás con la bolsa de la basura, Willa empujaba su maleta y Peter cerraba la marcha.

—¿Avión no necesita una correa? —preguntó Willa.

—No; se las arregla si no salimos del barrio —dijo Cheryl.

—¿Nunca baja a la calzada?

—Nunca. Mamá dice que antes de quedárnoslo nosotras tuvo que ser el perro de un tipo muy mandón. Uno de esos que dan por sentado que los perros harán lo que ellos les digan, y eso es lo que pasa. Nos lo dieron en una perrera. Mamá me dejó elegir el que quisiera, para que me sintiese mejor después de que Sean se marchara.

Willa no se había parado a pensar que a Cheryl pudiera importarle la desaparición de Sean, y sintió una especie de punzada de vergüenza por su hijo, aunque, claro, no conocía su versión de lo sucedido.

La oscuridad era tibia, la propia de las noches de verano, de manera que, incluso sin luz eléctrica, Willa pudo constatar el aire de dejadez de la casa de Denise: los descascarillados en la pintura de los pilares del porche, las manchas de óxido en los números de metal negro que había junto a la puerta principal. El felpudo estaba tan desgastado que largas hebras fibrosas se extendían por la tarima del porche.

Cheryl sacó una llave de la cadena que le colgaba por dentro de la camiseta, abrió la puerta y se adelantó para encender la luz del techo. De inmediato se vio un recibidor, con una escalera a la derecha y un arco a la izquierda, que daba al cuarto de estar. De algún modo la casa conseguía parecer al mismo tiempo abarrotada y vacía. Había un puñado de cartas esparcidas por la alfombra situada junto a la puerta principal. En el recibidor, el único mueble era una mesa plegable sobre la que descansaban un teléfono pasado de moda de cable negro y una caja de galletitas saladas Ritz.

Peter dejó su maleta en el suelo y preguntó:

—¿Dónde quieres que ponga las cosas del perro?

—En la cocina —le indicó Cheryl, y los llevó a la parte trasera de la casa, a una cocina con un linóleo inspirado en un diseño de Mondrian de los años cincuenta y equipada con electrodomésticos demasiado grandes y con demasiados años.

«En la época de mis padres las cocinas tenían este aspecto», pensó Willa. Admirada, paseó la vista alrededor y luego se acercó a la hoja de papel pegada con cinta adhesiva a la pared, por encima del teléfono.

En ningún sitio de la columna de nombres vio escrito «Mamá de Sean». Para ello tuvo que repasar el margen derecho, donde su número de teléfono trepaba como un añadido: un garabato escrito a mano sobre otro garabato con el número de Prince of Pizza.

Peter dejó las provisiones del perro en la mesa. Avión se enroscó en una

cama de franela de cuadros junto a la puerta trasera y soltó un gruñido de satisfacción.

—¿Has cenado? —le preguntó Willa a Cheryl.

—Más o menos —dijo Cheryl.

—¿Más o menos?

—He tomado un poco de comida china que había en la nevera de Callie.

—¿Quieres que te prepare algo?

—No hace falta.

—¿Y tú, Peter?

—No, no; no podría probar un bocado más después del suntuoso festín del avión —dijo él.

Se refería al tentempié que les habían servido poco antes de aterrizar: queso y galletitas saladas.

—Muy gracioso —dijo Willa. Luego le preguntó a Cheryl—: ¿Tenéis una habitación de invitados?

—Claro. Os la enseño.

Cheryl los llevó al recibidor, donde Willa y Peter recogieron sus maletas y subieron al piso de arriba. La habitación de invitados se encontraba al fondo del pasillo, junto al baño. Dos camas idénticas la ocupaban casi por completo, con una cómoda baja entre ambas. No había ningún otro mueble. El papel de las paredes era rosa con margaritas blancas.

Peter le puso a Willa una cara cómicamente apenada.

—Estupendo: camas separadas —le dijo.

Willa le dio una palmadita de consuelo y preguntó a Cheryl:

—¿Tenemos que buscar las sábanas?

—Ya están puestas —dijo Cheryl, y levantó una de las colchas para demostrarlo—. Mamá dice que siempre hay que tener el cuarto de invitados

preparado por si, por ejemplo, se quema la casa de los vecinos en plena noche y necesitan un sitio donde dormir.

—¿Sucede con frecuencia? —preguntó Peter.

—Por ahora, no —dijo Cheryl.

A Willa le gustó que la niña nombrara tanto a su madre. Eso significaba que Denise era alguien que se involucraba y dedicaba tiempo a su hija, no una progenitora fría y siempre ausente.

Cheryl abrió la puerta de un diminuto armario empotrado.

—Perchas —dijo, con un gesto un tanto afectado—. Estante para zapatos.

—Perfecto —dijo Willa. Colocó su maleta en una de las camas y la abrió.

—¿Tenéis televisor? —le preguntó Peter a Cheryl.

—Claro, abajo, en el cuarto de estar.

—¿Se puede ver la CNN?

—No lo sé.

—Iré a ver —dijo él, y salió de la habitación.

Willa y Cheryl se miraron.

Vista de cerca, se apreciaba que Cheryl tenía los ojos de un gris perla y la piel suave, rojiza, aunque, desafortunadamente, le abultaba un poco por debajo de la mandíbula. Entretanto, la niña debía de haber estado haciendo también su valoración personal, porque de repente preguntó:

—¿Usas lápiz de labios?

—Bueno, sí —dijo Willa.

—Me lo parecía.

Willa tuvo que reprimir el deseo de preguntarle si lo desaprobaba.

Cuando Willa tenía la edad de Cheryl, las mujeres mayores le parecían amenazadoras. Casi le daban miedo. Solía encogerse cuando se encontraba con una, y desviaba la mirada. Una vez, en un supermercado, no se había amilanado —se había enfrentado, llena de valor, a una dependienta que la

acusaba de «tocar las peras»— y más adelante se dio cuenta de que su éxito se había debido a que llevaba gafas de sol en aquel momento, de manera que sus ojos quedaron protegidos. Ahora que ella misma era una mujer mayor, le preocupaba la posibilidad de asustar a cualquier niño. Por eso, casi le pareció un milagro que Cheryl mirara dentro de su maleta sin tratar de ocultar su curiosidad.

—¿Por qué empaquetas la ropa con clínex? —preguntó.

Se refería al papel de seda.

—Bueno, eso es algo que las mujeres solo hacen cuando les sobra tiempo.

—¿En serio?

Willa se echó a reír.

Viajar a Baltimore no había sido un error. Willa no sabría decir exactamente por qué, pero estaba segura de que era cierto.

«Mujer del noreste de Baltimore herida por un disparo de un agresor desconocido», leyó Willa. Era el titular de un recorte de periódico que había recogido en la alfombra del recibidor junto con folletos de supermercados y la factura de la luz. De hecho, había tres recortes, pero todos eran el mismo. Seguramente los habrían metido los vecinos por la ranura del buzón.

En otro incidente con armas de fuego, la policía de Baltimore informa de que a una mujer de treinta y un años le han disparado en la pierna hacia las 5.45 de la tarde del martes, cuando se encontraba en el jardín de su casa en la manzana 300 de Dorcas Road.

La víctima ha sido hospitalizada, pero se espera que se recupere por completo. No se ha identificado a ningún sospechoso.

«Estamos llegando a un punto en que ya ni siquiera puedes salir de tu casa para ver una simple limpieza a presión —opina un vecino—. «¿Hasta cuándo tendremos que aguantar estas cosas?»

Se ruega a todo aquel que tenga información sobre el incidente que se ponga en

contacto con la policía.

Willa colocó los recortes, junto con el correo, en la mesa del recibidor, donde Cheryl y ella estaban reuniendo cosas que había que llevar a Denise la mañana siguiente. Por el momento, tenían unas zapatillas de felpa, un cuaderno de crucigramas y una lista de mensajes telefónicos reproducidos con la meticulosa letra de imprenta de Cheryl. «La señora Mitten ha llamado para informarse sobre tu estado de salud.» «Ha llamado el dentista para decir que ya nos toca pasar la revisión anual.» «Ha llamado Howl.»

¿Howl?

De pronto Cheryl se precipitó escalera abajo, con un sonoro repiqueteo de chancletas, y solo se detuvo poco antes de llegar al final para preguntar:

—¿Podemos ver *Space Junk*?

—¿Qué es *Space Junk*?

—¿No sabes lo que es *Space Junk*?

—Debo de habérmelo perdido.

—Vaya, seguro que te gustaría, Willa. Es así como el mejor programa del mundo. ¡Por favor, ven a sentarte conmigo para verlo! Por favor.

—¿A qué hora lo dan?

—¡Eso es igual! —dijo Cheryl—. Está grabado, tonta.

Willa podría haberse ofendido, pero le pareció esperanzador que Cheryl hubiera intimado tan deprisa que ya hubiera hecho un gesto de exasperación.

—Vamos a ver si Peter ha terminado de ver las noticias —se limitó a decir.

Y fueron al cuarto de estar.

Peter tenía aún sintonizado el canal de la CNN, pero no lo veía. Miraba su móvil con el ceño fruncido y los pies sobre la mesa de centro. Cuando ellas entraron, alzó los ojos y le preguntó a Cheryl:

—¿Tenéis wifi en esta casa, por casualidad?

—Claro.

—Supongo que no te sabes la contraseña.

—Cheryldosmilochos —dijo—. ¿Quieres ver *Space Junk* con nosotras?

—No, gracias. —Se puso en pie, todavía concentrado en su móvil, y fue a sentarse en el sillón de la esquina.

Cheryl se dejó caer en el sofá y dio unas palmaditas en el cojín que tenía a su lado.

—¡Siéntate! ¡Siéntate! —le dijo a Willa.

El sofá, de pana marrón, estaba salpicado de migas y manchas. Hacía más o menos juego con el sillón marrón con flores donde se había sentado Peter, y había además una mecedora y una alfombra de ganchillo de tonos marrones y verdes y con forma oval, todo ello descolorido y con aspecto de ser de segunda mano. El televisor, sin embargo, era bastante nuevo —de pantalla plana, al menos— y descansaba en un carrito con ruedas, en cuyo estante inferior había un revoltijo de equipamiento electrónico. Cheryl se apoderó de un mando a distancia que había junto a un filodendro amarillento en la mesa de centro, y apretó los botones con aire de entendida. Al instante apareció en la pantalla un platillo volante plateado que se recortaba sobre un fondo azul marino al tiempo que empezaba a oírse una inquietante música de la era espacial, uuu-ju, uuu-ju. Como si lo hubieran llamado, Avión entró trotando en la sala y se subió al sofá, donde se colocó entre Cheryl y Willa.

—Es su programa favorito —dijo la niña.

Era cierto que el perro tenía los ojos fijos en la pantalla y las orejas bien erguidas, aunque también era cierto que las llevaba siempre así.

—La mujer de Bob Graham ha sufrido un derrame cerebral —dijo Peter, alzando los ojos del móvil.

—Ay, cuánto lo siento —dijo Willa, tratando de recordar quién era Bob Graham.

—Voy a ponerte al día de lo que está pasando —le explicó Cheryl—. Mira,

un grupo de gente que no se conoce de nada está almorzando en una hamburguesería. Son personas que van allí durante la pausa para la comida. Entonces llegan unos extraterrestres, los secuestran y se los llevan para estudiarlos, porque creen que son parientes. ¿Entiendes? Quieren saber cómo funciona una familia y creen que eso es lo que son los clientes de la hamburguesería. ¿Está claro?

—Clarísimo —dijo Willa.

En la pantalla, un alienígena que se parecía muchísimo a un terrícola, si se prescindía de las antenas que le salían de la frente, estaba escuchando a una mujer negra de mediana edad con traje de calle y a un hombre trigueño con un mono de rayas, los dos hablando al mismo tiempo, él en español.

Entonces empezó a sonar el teléfono del recibidor.

—Vaya—dijo Cheryl sin apartar los ojos de la pantalla.

El teléfono siguió sonando.

—¿No deberíamos contestar? —sugirió Willa.

Cheryl soltó un sonoro suspiro, apretó el botón de pausa y se levantó. Avión siguió en su sitio, observando la pantalla congelada con suma atención, como si así fuese a obligarla a ponerse otra vez en movimiento.

—Ron dice que en agosto me necesitan en San Diego para que esté en una reunión con unos clientes —le dijo Peter a Willa, alzando de nuevo los ojos del móvil.

—Casa de los Carlyle —dijo Cheryl en el recibidor. A continuación añadió —: Hola, mamá. —Y—: Sí, está aquí. Y él también... ¿Cómo...? Él, su marido. Peter. Mi abuelo. —Denise había debido de explicárselo, porque acto seguido dijo—: Sí, lo sé, pero es como un abuelo... ¿La habitación...? Sí, lo he hecho y les he explicado que las sábanas estaban puestas y todo lo demás.

Willa esperó a que la llamaran, ¿no querría Denise hablar con ella? Pero lo siguiente que dijo Cheryl fue:

—De acuerdo, se lo diré. Hasta luego.

Y Willa oyó el ruido del auricular cuando colgó.

—Mamá dice que las llaves de su coche están colgadas junto a la puerta de la cocina —dijo de vuelta en el cuarto de estar—. Y que podemos ir a visitarla mañana por la mañana después de las diez.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Willa.

—No lo ha dicho. —Cheryl se acomodó de nuevo en el sofá y pulsó el «Play»—. ¿No es un programa genial?

—Sí que lo es —contestó Willa.

Aunque ahora había aparecido un adolescente con delantal blanco y casi todo lo que decía eran palabrotas. Pero Cheryl no se inmutó y Aviión tampoco.

Cheryl dijo que no tenía una hora fija para irse a la cama, pero cuando, a las nueve, Willa sugirió que quizá quisiera acostarse ya, no protestó.

—De todas formas, Aviión tiene que hacer pipí —dijo—. Mamá siempre lo saca antes de que suba a dormir conmigo.

—Muy bien, de acuerdo, pero ¿por qué no lo saco yo mientras tú te pones el pijama? —preguntó Willa.

Peter alzó la vista del portátil, con el que estaba trabajando en aquel momento.

—¿Estás en tus cabales? —le preguntó.

—¿Cómo?

—¿Vas a sacar al perro tú sola de noche en un sitio donde acaban de pegarle un tiro a alguien?

Cheryl, que acababa de salir de la habitación, regresó y dijo:

—El que disparó no va a estar todavía ahí, ¿sabes?

—Te acompaño —le dijo Peter a Willa. Dejó a un lado el portátil y se puso

en pie.

Willa no imaginaba cómo se proponía protegerla de disparos fortuitos, pero le agradeció que quisiera hacerlo.

Fuera, el aire era cálido y denso, y algún tipo de cigarras cantaban sin descanso a lo lejos.

—No me explico cómo la gente soporta tanta humedad —dijo Peter.

—Bueno, me he fijado en que hay un aparato de aire acondicionado en la ventana de nuestro dormitorio —le explicó Willa—. Podemos encenderlo, si quieres.

—No te quepa duda de que quiero.

Willa llevaba la bolsita de plástico que le había dado Cheryl para recoger las cacas del perro. Esperaba que no hiciera falta utilizarla. Por otra parte, también le parecía raro llevar de paseo a un perro sin correa. ¿Y si no la consideraba una persona con autoridad? ¿Y si se escapaba?

Pero Avión caminó dócilmente unos pasos por delante de ellos, deteniéndose una o dos veces para investigar algo invisible. En una ocasión, junto al bordillo, se encontró con un gato —poco más que una sombra que flotaba en el crepúsculo—, aunque apenas lo miró; el gato, a su vez, tampoco le prestó la menor atención. Se detuvo delante de la casa de Callie y levantó una pata, después se volvió y alzó la cabeza para mirar a Willa. Sin duda aquello era todo, así que ella dijo:

—Buen chico.

Y los tres se encaminaron de vuelta a casa.

—¿Cuándo calculas que le darán a Denise el alta en el hospital? —preguntó Peter.

—Tal vez nos lo diga mañana cuando vayamos a verla.

—No tengo mucho que hacer aquí, ya lo sabes.

—¿Y entonces, Peter? —dijo Willa.

No le había pedido que la acompañara, eso iba a decirle. Pero semejante contestación habría sonado descortés, de manera que se cogió de su brazo y le dijo:

—Seguro que no será mucho tiempo.

Regresaron a la casa y Peter se puso a trabajar de nuevo con el portátil mientras Willa y Avión subían la escalera camino del cuarto de Cheryl. Para ser el dormitorio de una niña, estaba muy arreglado. El único desorden, si podía considerarse tal, era el despliegue bien alineado de estatuas de caballos encima de la cómoda. Sentada con la espalda apoyada contra la cabecera de la cama, Cheryl jugaba a algo en un aparato portátil. Llevaba un pijama color rosa de manga corta que le dejaba los brazos al descubierto, brazos carnosos y blandos como los de una mujer adulta. Willa volvió a sentirse culpable por fijarse en algo así.

—Willa —dijo Cheryl—, como eres la mamá de Sean, quizá lo sepas.

—¿El qué?

—Pues si vendrá a verte, ya que estás en Baltimore.

—No estoy segura, corazón —repuso Willa, aunque sintió el deseo de hacer todas las promesas que fueran necesarias.

Avión saltó delicadamente para situarse al pie de la cama. Willa les dio a los dos las buenas noches y volvió a bajar la escalera.

—Estoy avergonzada —dijo Denise—. ¿Cómo se le ocurrió a Callie llamarla a usted?

Sentada en su cama del hospital, parecía muy sana, excepto por la abultada escayola que le cubría una pierna de rodilla para abajo. Conocerla proporcionó a Willa un punto de vista muy distinto acerca de Cheryl, porque probablemente cuando la niña creciera llegaría a ser así: nada rolliza, solo de formas curvas y atractivas, en ese punto perfecto en que un kilo más habría sido uno de sobra, pero en que nadie hubiese querido tampoco que pesara un gramo menos. El pelo de Denise, de un rubio oscuro entreverado, le caía recto hasta el cuello de la bata de hospital y la raya un poco torcida aumentaba su aire de naturalidad; eso y la ausencia total de maquillaje.

—Me encantó que me llamara —dijo Willa.

Luego fue a sentarse en una silla de plástico, ralentizando el proceso al máximo para disimular el hecho de que Peter no se había apresurado a mostrarse de acuerdo con ella. De pie junto a la puerta, parecía a punto de marcharse en cualquier momento. Cheryl se había colocado al pie de la cama de su madre. Había otra cama, pero estaba desocupada de momento. En conjunto, la habitación era bastante agradable: pequeña pero aireada, y muy iluminada por la luz que penetraba por una gran ventana que daba a un aparcamiento.

—De todas formas—dijo Willa—, me preguntaba cómo es que tenías mi

número de teléfono.

—¡No sabía que lo tuviera! Cuando Callie me lo contó, le dije: «¿Cómo demo...?». Luego me acordé de que una vez, después de que usted se mudara a Tucson, llamó para darle a Sean su nuevo número y era yo la única que estaba en casa para anotarlo.

—Lo apuntó en su lista de urgencias —le contó Cheryl a Willa—. Médico, dentista, centro de información toxicológica..., como si yo fuese de esas que se tragan las pastillas de mamá para la alergia.

Cheryl parecía diferente en presencia de su madre. Se la veía relajada y comunicativa; con aire despreocupado se sujetaba un tobillo y tenía la barbilla sobre una rodilla descubierta. Una al lado de la otra, madre e hija eran de un parecido impresionante: tenían la piel del mismo dorado rojizo y los ojos del mismo gris perla, aunque la boca de Cheryl, que era más delicada y de curvas más pronunciadas, debía de ser una aportación de su padre, quienquiera que fuese.

—No entiendo por qué Callie ha dicho que le costaba tanto estar un poco pendiente de una niñita —se quejaba Denise—. ¡Cheryl no da ninguna molestia! Muchas veces se queda en casa sola, incluso. Habría bastado con que Callie la llamara por teléfono durante el día para ver qué tal estaba y luego se la llevara a casa por la noche.

—¡O podría haberme quedado con Sir Joe! —exclamó la niña, alzando la cabeza.

—No desbarres —le dijo Denise.

Cheryl se aquietó.

—Bueno, en cualquier caso —dijo Willa—, aquí estamos. Peter, ¿dónde has dejado las cosas que hemos traído?

Su marido se adelantó para darle una bolsa de papel marrón de esas que se usan para llevar el almuerzo.

—Crucigramas —dijo Willa al tiempo que sacaba el cuaderno—, zapatillas...

—Una zapatilla sería suficiente —le dijo Denise, y movió los dedos, la única parte del pie izquierdo que no quedaba cubierta por la escayola.

—Sí, lo he pensado —dijo Willa—, pero Cheryl no se acordaba de cuál era la pierna mala. —Metió de nuevo la mano en la bolsa—. Correo, lo que hay.....

—¿Quién crees que fue? —le preguntó Peter a Denise.

—¿Perdón?

—¿Quién crees que te disparó?

—Ay, no lo sé. Incluso tardé en darme cuenta de lo que había pasado. Primero tuve una sensación muy rara, al notar que la pierna dejaba de sostenerme. Así que me senté. Y no me dolía en absoluto, ¿se lo puede creer? Al principio, nada. Pero más adelante, caray, vaya si... El dolor de hueso es algo completamente distinto. —Se volvió de repente hacia Cheryl—. ¿No sería un buen título para una canción? «Dolor de hueso», por Fulano de Tal y su orquesta. Número uno del ranking.

Cheryl soltó una risita.

—Pero, en serio —insistió Peter—, ¿crees que fue alguien que conoces?

—Puede preguntarme cuanto quiera —repuso Denise—, pero no tengo respuesta. En esta ciudad nadie espera identificar a todas las personas que disparan con un arma de fuego.

Peter guardó silencio.

Denise empezó a repasar el correo.

—La mayoría de las cartas ni siquiera necesito abrirlas —dijo. Enseguida pasó a la lista de mensajes telefónicos.

—¿Ha llamado Hal? —le preguntó a Cheryl.

—Mmm...

—¡Ah, Hal! —exclamó Willa.

Madre e hija la miraron.

—Eso es lo que significaba «Howl» —concretó.

La peculiar pronunciación de Cheryl quedó de pronto explicada, y al parecer era común en Baltimore.

—¿Qué quería? —le preguntó Denise a Cheryl.

—No lo dijo.

—Bueno, no me siento con ánimos en estos momentos —dijo Denise, y dejó con cierta violencia la lista encima del correo.

—Hal es, digamos, nuestro vecino —le explicó Cheryl a Willa—. Está deprimido y amargado de verdad.

—¿Por qué está amargado? —preguntó Willa.

—¿Por qué no debería estarlo? —dijo Denise—. Vamos a ver. La mujer de Hal y yo éramos amigas en otra época. Al menos yo trataba de hacer amistad con ella, porque no había ninguna otra chica de mi edad en nuestra manzana. Me puse contentísima cuando Hal y ella se mudaron aquí. Aunque la verdad es que él no es como para tirar cohetes... De todos modos, la invité unas cuantas veces a tomar una copa de chardonnay después del trabajo, y cuando Sean llegaba a casa, le decía: «¡Mira quién está aquí, cariño!», pero él solo respondía: «Ya veo», y acto seguido preguntaba que a qué hora cenábamos. Así que..., ¿de verdad no conoce la historia?

—¿Cómo? No —dijo Willa.

—Vale. Pues un día llamo a Sean y le digo: «Oye, no entiendo por qué eres tan brusco con mi amiga. ¿Qué te ha hecho? Y no tenemos ni una sola pareja de amigos», le digo, «así que el sábado la he invitado a cenar con su marido y espero que seas amable con ella, ¿me oyes?». Y él dice: «Muy bien, como quieras». Y el sábado por la noche vienen y Sean no puede ser más cortés en

toda la velada. Pero el domingo por la mañana me deja y se va a vivir con ella.

—¿Cómo? —dijo Willa, y la entonación de su voz pareció conseguir que Peter empezase a prestar atención—. Lo siento, ¿con quién se fue a vivir? —preguntó.

—Con Elissa.

—Espera, ¿quieres decir que Elissa era la mujer de Hal?

—Ah, la conoce usted.

—No, no. Solo acabo de enterarme de que existe una Elissa. Bueno, a ver si lo entiendo...

—Es como si Sean hubiera dicho: «¿Amable con Elissa? ¡Te vas a enterar de lo que significa ser amable!». Y va y se larga con ella. Bueno, claro que no fue así en realidad. Después me he dado cuenta de que debían de llevar algún tiempo viéndose, y se mostraba tan frío justo para que no se le notara. Pero ¿no le parece que podía haber sido un poco más sincero? ¡Los hombres son un desastre para esas cosas! Y ahora me he quedado sin ninguno de los dos. No tengo a nadie.

—Me tienes a mí, mamá —dijo Cheryl.

—Así que eso es lo que amarga a Hal —le dijo Denise a Willa de manera tajante.

—¡Dios mío! —exclamó Willa.

—Voy a ver si consigo el *The New York Times* —dijo Peter de repente, y se dispuso a irse.

No se podía negar: los hombres eran un desastre para esas cosas. Willa se giró en la silla para verlo marcharse, y cuando se volvió de nuevo, Denise estaba enjugándose los ojos a escondidas con una esquina de la sábana. Willa buscó un clínex en su bolso y se lo pasó en silencio.

—Estúpida, estúpida, estúpida —dijo Denise antes de sonarse la nariz—.

No lloro porque esté triste —se explicó—. Lo que estoy es muy enfadada, eso es lo que me pasa.

Parecía dirigirse a Cheryl, que le daba palmaditas en la escayola a la altura del tobillo.

—Bueno —dijo Willa—, yo solo estoy horrorizada.

Aquello era de lo más incómodo, y se quedaba corta. Willa ni siquiera tenía derecho a disculparse en nombre de Sean, aunque era lo que más le apremiaba. Miró, impotente, a Cheryl.

—Vamos, vamos, mamá —la consoló la niña—. Volverá, ya lo verás.

—Por el amor de Dios, ¡no quiero que vuelva! —exclamó Denise—. ¿Estás de broma? ¡No me quedaría con él aunque me lo sirvieran en bandeja de plata! Lo siento —añadió dirigiéndose a Willa.

—No, tienes toda la razón. Sean nunca ha sido muy... sincero, es verdad...

—¿Qué está pasando? —preguntó una enfermera negra que llegaba en aquel momento arrastrando un aparato. Era una mujer enorme que caminaba trabajosamente, de cara ancha, con un uniforme que parecía un pijama, todo él adornado con ositos de peluche—. ¿Las cosas te desbordan, cariño?

—Solo estoy teniendo una crisis nerviosa, nada más —dijo Denise, sin retirarse el clínex de los ojos.

—Revive recuerdos tristes —le dijo Cheryl a la enfermera.

—Recuerdos tristes, ¿eh? No se pueden tener —sentenció la enfermera, antes de meterle a Denise en la boca un termómetro digital—. ¡Deberías dar gracias por la suerte que has tenido! Podrías estar muchísimo peor. La bala podría haberte dado en la espina dorsal y haberte dejado paralizada. ¿Sabes cuántos tetraplégicos jóvenes he visto ya?

Denise negó con la cabeza, sujetando bien el termómetro con la boca.

—Jóvenes de color, heridos de bala en la calle —prosiguió la enfermera—, y tan acostumbrados a como son las cosas que cuando los traen a urgencias ya

te están contando qué tipo de silla de ruedas de alta tecnología y de qué marca en concreto tienen en la cabeza, una silla que es exactamente como la de su primo, o la de su hermano o la de su mejor amigo.

Willa emitió un sonido de angustia, y la enfermera se volvió a mirarla.

—No sucede con frecuencia que alguien dispare contra una víctima caucásica —dijo. Pronunció la palabra «caucásica» con suma delicadeza, igual que podría haberla pronunciado Willa...; bueno, en todo caso, igual que Willa podría haber pronunciado «afroamericana».

El termómetro trinoó y la enfermera se lo sacó a Denise de la boca; lo miró apenas antes de quitarle la funda para arrojarla a la papelera y de incrustar el termómetro en un recipiente con otros muchos.

—¿Cómo de intenso es el dolor? —le preguntó a Denise—. De uno a diez.

—Once —dijo Denise.

—No, te has pasado —repuso la enfermera—. Por el aspecto que tienes, sé que no te duele tanto. No voy a aumentarte la dosis de los medicamentos, que lo sepas.

—No se lo estoy pidiendo. No me calman el dolor y además me hacen vomitar.

La enfermera negó con la cabeza, desaprobadora, y se afanó con su aparato, ajustando un par de diales y pulsando botones.

—Ni siquiera quiero saber lo que me va a costar todo esto —le dijo Denise a Willa.

—¿No tienes seguro?

—Bueno, algo parecido.

Willa decidió no preguntar qué significaba «algo parecido».

—Y aunque es verdad que estamos en verano, incluso en esta época tengo que aparecer por el trabajo de vez en cuando.

¿Cómo no se le había ocurrido a Willa que Denise tenía que trabajar? Por

supuesto que trabajaba: era madre soltera.

—¿A qué te dedicas? —preguntó.

—Soy ayudante administrativa en la escuela elemental Linchpin. El centro donde estudia Cheryl.

—Vaya, es práctico.

—Sí, son muy amables; dejan que se quede en la escuela todos los días hasta que yo termino. Y la señora Anderson, la directora, ha telefonado esta mañana y ha dicho que no me preocupe si tengo que seguir aquí algún tiempo. Pero ¡debería estar ayudando a prepararlo todo para el otoño!

—Por lo menos trabajas —intervino la enfermera, al tiempo que enrollaba un cable eléctrico.

—¿Le importaría dejar que me deprima con lo que yo quiera, por favor? —dijo Denise.

La enfermera soltó unos ruiditos de desaprobación y salió de la habitación con su aparato.

—Un policía ha estado yendo al barrio, mamá —dijo Cheryl—. Va de puerta en puerta y pregunta a todo el mundo si estaba presente cuando te dispararon.

—Sí, vino aquí también —dijo Denise—. Un tipo corpulento, que se comportaba como si se aburriese lo indecible —informó a Willa—. Quería saber si le debía dinero a alguien. «¿Está usted en sus cabales?» le dije. «Cree que ha sido mi camello, que me reclama la deuda por consumo de cocaína o algo parecido, ¿no?» «Señora», me contestó, «solo estoy preguntando lo que me mandan que pregunte. No se me ponga nerviosa».

—Vaya —dijo Willa.

—No me gusta nada que me llamen «señora».

Durante el silencio que se hizo a continuación, Willa oyó a una mujer en el pasillo: «Bueno, la verdad es que no estaba sobrecogida. Ni infracogida,

ninguna de las dos cosas. Estaba solo... cogida, imagino que no sería equivocado decirlo así».

—Podría haber sido peor —le dijo Willa a Denise—. Podría haber dicho «señora mía».

—¡Qué horror! —exclamó Denise. Pero aquello pareció animarla—. ¿Te has portado bien, señorita? —le preguntó a Cheryl.

—Claro.

—Nos ha sido de gran ayuda —aportó Willa.

—Y ¡adivina, mamá! Esta mañana Willa me ha hecho para desayunar una cosa que se llama huevos con puntillas.

—¿Eso ha hecho? ¡Vaya! —dijo Denise.

—Derritió un buen trozo de mantequilla en la sartén, luego cascó un huevo encima y fue rociándolo con la mantequilla líquida mientras se freía, y le salieron burbujas que eran como... ¡globos! Es lo mejor que he comido nunca.

—Bueno, qué suerte que tienes, parece que te lo estás pasando en grande —dijo Denise—. Tendrían que dispararme más a menudo.

Willa se agitó, disponiéndose a intervenir (parecía necesario decir algo en aquel momento), pero Cheryl se limitó a reírse.

—¡Qué mamá tan tonta! —exclamó, dándole a su madre unas palmaditas afectuosas en la escayola.

Willa pensó que Cheryl era una niña admirablemente equilibrada.

Peter entró de nuevo con un periódico y una macetita de plástico.

—Mira lo que he encontrado en la tienda de regalos —le explicó a Willa mientras alzaba el tiesto diminuto para enseñarlo. Dentro había un saguaro de apenas seis o siete centímetros de alto, su único brazo rechoncho no era más grande que un pulgar.

—¡Oh! —exclamó Willa, cogiéndole el tiesto.

Sin duda, cuando los saguaros eran tan pequeños, sus pinchos estaban

mucho más juntos, porque aquel era decididamente hirsuto, como un ancianito de canosa barba recortada. Lo alzó para enseñárselo a Denise.

—¿Has visto alguna vez un saguaro?

—No en la vida real.

—Suelen ser enormes. Miden de ocho a diez metros, como mínimo. —Lo dijo como para protegerlo, casi como defendiéndolo. Sentía el mismo tipo de compasión que hubiera sentido por un tigre enjaulado. ¡No se suponía que los saguaros fuesen bonitos! ¡No tenían nada de bonitos! Los saguaros eran tranquilos y pacientes; lo habían soportado todo de manera estoica, desde las flechas de los apaches hasta los centros comerciales. Pero Peter parecía tan contento con su compra que tuvo que decirle—: Gracias, cariño.

—No hay de qué —respondió él. Luego se golpeó la pierna con el periódico y dijo—: Bueno, Denise, ¿cuándo te van a dejar que vuelvas a casa?

—Dentro de par de días, más o menos, supongo.

—¡Un par de días! ¿Dos días contando hoy?

—Imagino.

Peter miró a Willa.

—Y todo el mundo habla siempre de que los hospitales echan a sus pacientes demasiado pronto —dijo—. No parece que tenga mucho fundamento.

—Bueno, acaban de operarme —le dijo Denise—. ¿Qué esperaba?

—¿Cheryl tiene abuelos? —le preguntó Peter.

Willa lo habría matado. ¡Iba a echarlo todo a perder! Pero Denise se limitó a contestar:

—Sí, claro; pero mi madre, su abuela, está enferma de Parkinson, de manera que vive con mi hermano y mi cuñada en Rhode Island.

Ni siquiera Peter era lo bastante descarado para preguntar sobre los abuelos paternos de Cheryl. Solo miró a Willa. Su mujer sabía lo que estaba pensando: que todo era culpa suya. Estaban atrapados. Willa respondió con la más

agradable y luminosa de sus sonrisas y le preguntó a Denise si se acordaba de alguna otra cosa que pudieran llevarle al hospital en su próxima visita.

Avión tenía una cara de lo más atractiva. Los ojos eran reflexivos, de un intenso tono castaño, coronados por prominentes cejas negras que le daban un aire preocupado. El hocico era de un color caramelo aterciopelado y los bigotes brotaban de puntos tan simétricamente situados que a Willa le recordaban el cuero cabelludo de la muñeca con «pelo de verdad» que le habían regalado de pequeña.

Después estaban las orejas, su rasgo más distintivo: las de Avión se alzaban tan rectas que podría pensarse que las sostenía un andamiaje. No había en ellas, sin embargo, la menor rigidez. Cuando Willa le acarició una, resultó casi demasiado suave para que la piel de sus dedos la detectara.

Luego le acarició también la otra, por una cuestión de simetría, y acto seguido le colocó la punta de la nariz sobre la suya antes de preguntarle:

—¿Qué tienes que decir en tu favor, Avión?

El perro respondió con una entusiasta bocanada de un aliento que olía a carne, y que hizo que Willa volviera a sentarse muy erguida en el sofá.

Con la mano izquierda Willa sostenía el móvil, un teléfono que raras veces usaba para llamar, pero que ahora necesitaba porque en su lista de contactos estaba el número de Sean y quería hablar con él. Con el móvil apretado contra la oreja, escuchaba atenta. Era todavía por la tarde, momento en que resultaba más fácil localizarlo que por la noche, como había llegado a descubrir cuando

con frecuencia parecía imposible conseguir dar con él. De todos modos, quizá sus cálculos habían fallado, porque Sean no contestaba.

Pero al final descolgó.

—Mamá... —dijo.

—Hola, cariño. Siento llamarte al trabajo, pero he pensado que deberíamos quedar para cenar un día juntos.

—¿Estás en Baltimore?

—Sí.

—¿Qué tal Denise?

—Parece que se encuentra bien —dijo Willa. Se alegró de que a su hijo se le hubiera ocurrido preguntar por ella; eran detalles que no podían darse por sentados con Sean—. De todas formas, sigue en el hospital, así que vamos a quedarnos aquí con Cheryl.

Sean no preguntó cómo estaba la niña.

—Cena, entonces —dijo, enérgico—. Estamos bastante pillados el fin de semana, pero ¿qué tal el lunes?

—Oh —dijo Willa. Faltaban cinco días para el lunes. Ni siquiera estaba segura de que aún siguieran en Baltimore—. ¿Es eso lo más pronto que puedes? —le preguntó.

—Bueno, tampoco es que tú nos hayas avisado con mucho tiempo.

—No, ya... De acuerdo, entonces. El lunes —dijo ella.

—Ya me encargo yo de llamar y reservar —dijo él—. ¿Para cuatro, no? ¿Peter vendrá?

—Sí, claro, y además quizá tengamos que llevarnos a Cheryl, si Denise no ha vuelto a casa para entonces.

—¡Cheryl! —exclamó él—. ¿No puede quedarse sola en casa un par de horas?

Aquello entristeció a Willa.

—Tengo la sensación de que le gustaría verte —le dijo.

—Sería un tanto incómodo, mamá.

—Oh.

—Y te puedo asegurar que a Denise no le parecería bien.

Willa entendió las razones de su hijo.

—Lo siento, supongo que no había pensado en eso —dijo.

—¿Qué tiene de malo que se quede sola? Por lo general sabe cuidar de sí misma sin problema.

—¿De noche también? ¡Solo es una niña! —dijo Willa.

—¿Y? Cenaremos pronto y habrás vuelto antes de que anochezca.

—De acuerdo, Sean —dijo ella—. Ya pensaremos algo. Espero a que me digas algo, entonces.

—Te llamaré más tarde —dijo, y colgó.

Willa apagó el móvil y lo dejó a su lado en el sofá. Acercó de nuevo su nariz a la del perro.

—¡Ay, Avión! —dijo.

Avión soltó un gemidito, y Willa apoyó la mejilla sobre su sedosa cabeza tibia y lo abrazó, acercándose más.

A lo largo del día había conseguido hacerse una idea más precisa de aquel hogar y, en consecuencia, de sus habitantes. Cheryl había resultado ser una niña pulcra, de costumbres asentadas, de señora mayor. (Prefería hacer ella misma su colada, porque su madre dejaba las cosas en la secadora tanto tiempo que salían muy arrugadas.) Denise era algo caótica: en su habitación, la cama sin hacer y un mar de ropa tirada por el suelo, ejemplares de la revista *People* y latas de Pepsi Light. La cocina estaba equipada de manera rudimentaria, con unas pocas cacerolas y sartenes, y algunos platos y

cristalería de distintas procedencias, aunque contaba con una batidora eléctrica y numerosos recipientes para bizcochos y tartas, así como bandejas de horno para galletas porque a Cheryl, como pronto se supo, le encantaba la repostería. A Willa le dijo que de mayor quizá abriera una pastelería para vender tartas de cumpleaños.

Aquel era un hogar con solo lo imprescindible, y sus habitaciones, pequeñas, estaban muy poco amuebladas, y con piezas que parecían haber tenido ya una larga existencia en otras casas. En la sala de estar, los dos únicos cuadros que había eran una reproducción enmarcada de *Los girasoles* de Van Gogh y un póster de los Ramones. Los únicos libros en la estantería, libros infantiles, algunos para niños muy pequeños y otros (en su mayoría relacionados con los caballos) para los de más edad. Willa tendría que haberse compadecido por lo exiguo de todo aquello, pero en realidad lo que más sintió fue envidia. Deambuló, absorta, por las habitaciones, disfrutando con el sonido hueco de sus tacones sobre el gastado parquet. Desde una ventana contempló el patio de atrás, repleto de maleza, donde Peter se sentaba con el portátil a una mesa de hierro forjado con manchas de óxido. Escuchó escondidas la conversación telefónica de Cheryl en el recibidor: una llamada de su madre, la tercera de aquella tarde. «Sí, mamá, estamos bien. Peter, Willa y yo hemos ido a Giant y hemos comprado un montón de comida. Vamos a cenar chuletas de cerdo.» Denise les había dicho que no se molestaran en volver a visitarla, pero Willa se preguntó si no deberían haber ido de todos modos. Era evidente que Denise, ociosa en su cama de hospital, se preocupaba por lo que sucedía en la casa. En el jardín delantero, también descuidado y que no medía más de cuatro metros desde la casa hasta la acera, Willa descubrió a un adolescente podando el seto bajo de boj que bordeaba el camino hacia la calle. Incluso desde lejos se veía que no se trataba de un jardinero profesional. En primer lugar, se asemejaba a un elfo. Estaba tan

delgado que recordaba a una judía verde, vestía vaqueros de pitillo, un jersey de rayas azules y blancas, y un puntiagudo gorro de punto de rayas rojas y blancas del que sobresalían, casi en horizontal, una maraña de dorados tirabuzones, lo bastante largos para tocarle los hombros si no le hubieran crecido desafiando tanto la gravedad. Además, no parecía que supiera lo que estaba haciendo. Sujetaba torpemente unas enormes podaderas y cercenaba un diminuto brote aquí, otro allá, con largas pausas intermedias. Cortar, pensar un rato; cortar, pensar otro rato. De cuando en cuando miraba hacia la casa, como si esperara que alguien se fijara en él.

Willa abrió la puerta mosquitera y salió al porche.

—Hola —saludó.

—Ah, ¡hola! —respondió él. Su tono animado sonaba artificial.

—Así que, estás... estás podando un poco, ¿no? —le preguntó Willa.

—Sí, señora —respondió él. Su barbilla era tan puntiaguda como el gorro, lo que confería a su cabeza una especie de forma romboidal. No podía tener mucho más de quince años, según calculó Willa—. Sólo quería ayudar a Denise, ¿sabe? —añadió—. Vivo en la puerta de al lado. —Y con un pulgar señaló hacia la casa que quedaba a la derecha de Willa.

—Muy amable por tu parte —dijo ella.

Como constató, era cierto que el seto necesitaba una poda: brotes descontrolados crecían en todas direcciones, aunque a Willa no le inspiró mucha confianza la habilidad como paisajista de aquel espontáneo.

—Se lo contaré a Denise —dijo—. Te quedará muy agradecida.

—¿Volverá pronto a casa?

—Es posible que dentro de un par de días.

—Primero he pensado que podía segar la hierba, pero la verdad es que no tiene nada de hierba. No la suficiente al menos para que llegara a notarse que he hecho algo.

—No, imagino que no sería...

—¿Erland? —llamó Cheryl. Había salido como una exhalación de la casa, y la puerta mosquitera se había cerrado de golpe—. ¿Se puede saber qué haces?

—Podar vuestro seto; ¿es que parece otra cosa?

—No tienes por qué hacerlo.

—Quería echar una mano.

Cheryl bajó como un rayo los escalones del porche, dejando a Willa a su espalda, y fue a colocarse, con los brazos en jarras, delante del adolescente.

—¿De qué habéis estado hablando? —preguntó, imperiosa.

—¡De nada! Solo le estaba contando que quería hacer algo por tu mamá.

—¿Y quién ha dicho que necesita que nadie le haga nada?

—Yo creo que a Denise le parecerá muy bien —terció Willa.

—¡Eso no lo sabemos! Quizá quiera que el seto sea más alto —dijo Cheryl.

Willa pensó que parecía una hermana pequeña en pleno ataque de celos, pero antes de que pudiera salir en defensa del chico, alguien gritó:

—¡Hola a todos!

Los tres se volvieron hacia el jardín situado a la izquierda de Willa, donde una anciana en bata, muy encorvada, se sostenía con ayuda de un andador. Junto a ella había un basset, con la correa enrollada en torno a una de las patas del andador.

—Erland Erikson, eres una criatura encantadora —dijo—. ¡Denise se va a emocionar!

—Solo quería echar una mano —repitió Erland.

—¡Y luego la gente dice que los adolescentes son unos egocéntricos! —le dijo la anciana a Willa—. Me llamo Lucinda Minton, por cierto.

—Y yo Willa Brendan. He venido para quedarme con Cheryl mientras su madre está en el hospital.

—¿Te das cuenta? Todo el mundo está siendo de lo más amable —le dijo a

Cheryl la señora Minton—. ¿No es una suerte para ti? Yo me habría ofrecido, ¿sabe usted?, pero no tengo facilidad para trasladarme.

—Estamos bien —dijo Cheryl. Y dirigiéndose a Erland, repitió—: Estamos bien, de verdad.

—Bueno, si es lo que quieres... —respondió él, bajando la podadera. Parecía decepcionado.

—¿Cuándo van a darle el alta a Denise? —le preguntó la señora Minton a Willa.

—No lo sabemos con seguridad. Quizá dentro de un par de días.

—Yo estaba justo aquí, ¿sabe?, con mi perro. Ví cómo sucedía todo. Bueno, no literalmente; quiero decir que ninguno de nosotros vio al que disparó, pero yo estaba aquí de pie, en este jardín, y vi a la pobre chica caer al suelo. «¡Me han disparado!», dijo.

—No dijo: «Me han disparado» —intervino Cheryl.

—¿No?

—No dijo nada. Al principio no sabía que le habían disparado.

—Juraría que dijo: «¡Me han disparado!».

—Bueno, pero no lo dijo.

—En cualquier caso —intervino Willa—, me parece que ya es hora de que empecemos a preparar la cena, Cheryl.

—Sí, claro —dijo Cheryl—. Tenemos chuletas de cerdo —le contó a la señora Minton.

—¡Qué suerte! —exclamó la anciana.

—Yo voy a hacer los bollitos. Peter encontró una receta en su ordenador y Willa me la ha escrito.

—¿Ves? ¿Te das cuenta de lo amable que es todo el mundo? —le preguntó la señora Minton a Erland.

A continuación se separaron y cada uno regresó a su casa.

Era Peter quien había sugerido las chuletas de cerdo para la cena, porque aquella mañana había visto en el patio trasero una parrilla que funcionaba con gas, y se enorgullecía de su habilidad en materia de chuletas a la plancha. «¡Qué idea tan estupenda!», había exclamado Willa, casi cantando. (Le hacía feliz verlo participar de forma activa en un proyecto.) Resultaba que Cheryl nunca había comido chuletas de cerdo, o al menos no lo recordaba. Willa añadió aquella información a las otras pistas que había ido reuniendo; sospechaba que Denise estaba especializada en latas de espaguetis con tomate y queso y palitos de pescado congelados.

Mientras Peter trasteaba con la parrilla, Cheryl se puso a trabajar en los bollitos. Primero estudió la receta con una concentración casi cómica, reuniendo los ingredientes uno a uno a medida que iba leyendo. Willa, que seguía el progreso de la lectura por encima del hombro de la niña, le señaló que si añadían a la masa otra cuarta parte de una taza de leche podrían hacer los bollitos dejando caer la mezcla en la sartén, lo que era mucho más fácil que amasarlos y cortarlos. Pero Cheryl dijo: «Me gusta amasarlos y cortarlos», y sacó de un cajón un rodillo de un blanco mármol y aspecto muy profesional.

Así, Willa la dejó trabajar sola y se puso a limpiar lo que Peter ensuciaba. Su marido era partidario de la salmuera, y todo lo que había usado para hacerla estaba aún en la encimera de la cocina: una botella destapada de vinagre, un paquete abierto de azúcar moreno, un recipiente con sal... «¡No me puedo creer que no tengan sal kosher! —había protestado—. Ya sabía que iba a tener que comprar bayas de enebro, pero no se me ocurrió que tampoco tuvieran sal kosher, por el amor de Dios.»

Los cubiertos, de acero inoxidable, se guardaban en un cajón, dentro de un

cubertero de madera con compartimentos, en los cuales había restos de migas, arenilla y hojas secas de perejil que ensuciaban las separaciones. Willa experimentó un intenso deseo de vaciarlo y fregarlo a fondo, pero le preocupaba que Denise se ofendiera. Luego se dijo que lo más probable era que ni siquiera se diese cuenta, por lo que se lio la manta a la cabeza y lo hizo. Cheryl, mientras tanto, mezclaba eficazmente la mantequilla con la harina. Se había puesto un delantal y su camiseta estaba manchada de blanco en el sitio donde le sobresalía la barriga.

—¿Cómo es que Erland lleva un gorro de punto en un día tan caluroso? —le preguntó Willa.

—Porque es medio tonto, imagino —respondió Cheryl.

—¿Cómo son sus padres?

—No tiene padres. Solo a Sir Joe.

—¿Quién es Sir Joe? —quiso saber Willa, que llevaba algún tiempo preguntándose.

—¿El medio hermano de Erland, quizá? O como se llame a los hijos que un hombre y una mujer tienen cada uno por su cuenta antes de volver a casarse con otra persona.

—Hermanastro —dijo Willa.

—Eso; y luego se murieron y a Sir Joe le cayó encima Erland. Sir Joe tiene moto —añadió Cheryl, con un tono que traslucía cierta adoración—. Todo lo que se pone es de cuero negro, hasta los pantalones.

—¿Lleva pantalones de cuero en verano? Caramba, debe de ser cosa de familia.

Willa bromeaba, pero Cheryl le lanzó una mirada muy seria; luego volcó la masa sobre la encimera y echó mano del rodillo. Estaba claro que a Sir Joe había que meterlo en una categoría muy distinta a la de su hermanastro.

Peter entró en la cocina por la puerta trasera, limpiándose las manos con

gran energía.

—¿Tu mamá tiene un cepillo para la parrilla? —le preguntó a Cheryl.

—Lo tuvo hace tiempo, pero no sé adónde habrá ido a parar.

—Todo el aparato es un amasijo de hollín y telarañas —le dijo Peter a Willa—. Debe de llevar meses sin usarse.

—Sean era quien la usaba —dijo Cheryl—. A mamá le da miedo el gas.

Peter soltó una exclamación burlona, pero Cheryl no se dio cuenta. Había empezado a cortar los bollitos. La receta decía que podía usar el borde de un vaso, pero de un cajón sacó un molde de verdad.

—Estás bien equipada —dijo Willa, con admiración.

—También tengo moldes para muffins de distintos tamaños.

—¡Madre mía!

—Siempre pido material de repostería por Navidad y en mi cumpleaños.

Peter había estado rebuscando entre el caos que había debajo del fregadero, con la esperanza de encontrar aún el cepillo para la parrilla, pero en un momento dado se sentó sobre los talones y se quedó mirando fijamente a Cheryl.

—¿No tienes ninguna amiga? —le preguntó.

—Claro que sí —repuso ella, sin inmutarse—. Montones, durante el curso.

—Me refiero a aquí, en el barrio.

—Bueno, en Dorcas Road, no. Pero siempre me junto con Patty y Laurie Dumony, que viven en Briscoe, solo que ahora están pasando una temporada con sus primas. —Estaba colocando los bollitos en un papel de horno, todos a la distancia precisa de un centímetro y en línea recta—. En Dorcas Road solo viven personas mayores, excepto Erland y yo —dijo—. Pero yo no soy tan niña. Soy mucho mayor de lo que parezco.

—Eso lo piensas ahora —comentó Peter—. Espera a cuando, más adelante, recuerdes estos años.

Pero Willa entendía lo que Cheryl quería decir. Había experimentado lo mismo en su infancia; sentía que era una persona adulta, atenta y cautelosa, alojada en el cuerpo de una niña.

Y sin embargo, resultaba paradójico que en la actualidad a menudo tuviera la sensación de que detrás de su rostro de persona adulta se escondía una niña de unos once años que continuaba contemplando el mundo.

El vecino que vivía al otro lado de la casa de la señora Minton les hizo una visita después de la cena, cuando Willa, Cheryl y Avión estaban viendo *Space Junk*. Se suponía que Peter también estaba viéndolo. «Por favor», le había suplicado Cheryl, y Willa había añadido: «Inténtalo, Peter», pero él no tenía interés, se notaba enseguida; no paraba de consultar el teléfono. De manera que cuando sonó el timbre de la puerta, dijo: «¡Yo abro!» y se levantó del sofá con cara de alivio. Cheryl apretó el botón de pausa, y dos alienígenas quedaron inmovilizados en plena conversación, mientras Peter salía al recibidor, seguido de Avión. Regresó acompañado de un hombre de sesenta y tantos años, cabello cano, larguirucho y de rostro rubicundo, que llevaba una desteñida y arremangada camisa de cuadros y pantalones grises con bolsas en las rodillas.

—Buenas noches —dijo, con voz algo cavernosa—. Hola, Cheryl.

—¡Hola, Ben! —saludó Cheryl.

Se acercó a tenderle la mano a Willa, que se puso en pie para estrechársela.

—Soy Ben Gold —le dijo—. Y usted es la persona que ha venido nada menos que desde Arizona para cuidar de esta jovencita.

—Willa —dijo ella.

Ben Gold tenía unos ojos azules que casi desaparecieron bajo los párpados caídos cuando le sonrió; sus gafas eran del mismo tipo que las que solían

llevar en la época de Willa algunos alumnos de primaria, con montura transparente de suave color rosa y cristales sucios.

—He ido a ver a Denise —dijo—, y le he prometido que me pasaría a verlos a ustedes para saber qué tal les iba.

—Nos va muy bien, gracias. ¿Cómo está Denise?

—Bien, bien... Está en buenas manos. Hice la carrera con el cirujano que la trata, hace ya un millón de años. No es muy amable, pero sabe lo que se trae entre manos.

—¿Es usted médico? —preguntó Willa. Aunque no lo habría pensado, de repente se dio cuenta de que sí lo parecía. Tenía un aire de divertida resignación.

—Dentro de mis modestas posibilidades —respondió.

—Su casa tiene, en la parte trasera, una pequeña consulta médica —apuntó Cheryl.

—De manera que soy la persona a quien habrá que llamar si Denise tiene cualquier problema cuando haya vuelto a casa —le dijo a Willa—. Aunque no creo que sea necesario.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —le preguntó Peter de repente.

Willa no sabía qué esperaba poder ofrecerle, dado que las reservas de bebidas alcohólicas de Denise parecían limitarse a un tetrabrik de chardonnay en el frigorífico, pero Ben respondió:

—No, muchas gracias. Será mejor que vuelva a casa y me haga algo de cenar. Parece que voy una vez más con retraso, como de costumbre.

—¡Nosotros hemos cenado chuletas de cerdo! —dijo Cheryl.

—Bueno, yo me comeré una lata de chile con carne —dijo Ben. Luego, dirigiéndose a Willa, añadió—: Estoy muy cerca, en el trescientos seis; vayan a verme cuando quieran.

—Muchas gracias, es bueno saberlo —respondió Willa.

Fue Peter quien lo acompañó hasta la puerta —Peter y Avión—, mientras Willa y Cheryl se instalaban de nuevo en el sofá y la niña reiniciaba *Space Junk*. Uno de los alienígenas estaba diciéndole a otro que los terrícolas parecían extrañamente contrarios a relacionarse con el sexo opuesto. «Pusimos juntos en una habitación durante una semana a la mujer de pelo blanco y zapatos de tacón alto y al hombre de rostro sonrosado que llevaba delantal y no copularon ni una sola vez», explicó. A Cheryl aquello le parecía hilarante; se desternillaba, aunque, como ella misma reconocía, había visto el episodio media docena de veces.

—¡Te lo has perdido! —le dijo a Peter cuando volvió al cuarto de estar—. ¡Te has perdido lo mejor!

—Procuraré soportar la decepción —dijo él.

Avión subió al sofá para colocarse de nuevo junto a Cheryl, pero Peter no volvió a sentarse.

—¿Quieres que lo veamos otra vez? —le preguntó Cheryl.

—No, no hace falta.

En aquel momento en su móvil sonó un tuit-tuit, y Peter se lo sacó del bolsillo y se acercó a la lámpara para leer el mensaje.

—Nunca se enterará bien de lo que pasa si sigue haciendo otras cosas —le dijo Cheryl a Willa.

—Bueno, seguro que consigue ponerse al día —respondió Willa.

—Pero ¡este episodio se ha acabado ya! Eso era el final.

Cheryl se medio tumbó y dejó que el mando a distancia le cayera en el regazo. En el televisor fueron apareciendo los títulos de crédito y a continuación se presentaba a los telespectadores el siguiente episodio —¿cuántos había en el DVD?—, pero la niña no hizo amago de ponerlo.

—No me gusta nada que los mensajes de texto lo interrumpen todo —le dijo a Willa.

—A mí tampoco. —Willa apenas sabía cómo enviar un mensaje de texto; ni siquiera mandaba correos electrónicos, a no ser que tuviera algo muy específico que decir.

—Mamá no para de recibir mensajes —dijo Cheryl—. Pero su teléfono suena como un repique de campanas.

—Confieso que a mí me gusta el tuit-tuit de Peter —dijo Willa—. Me recuerda la manera en que mi padre solía despertarme por las mañanas. Silbaba esas dos mismas notas, dos notas muy alegres, como de canto de pájaros. Siempre pensé que se parecían a las dos primeras notas de «Dixie».

Cheryl reflexionó un momento.

—O de «Hey Jude» —sugirió.

—Sí, tienes razón. Pero «Hey Jude» no se había compuesto todavía.

—Tampoco se habían inventado los mensajes de texto —dijo Cheryl.

—Sí, eso seguro —dijo Willa.

Y, muy discretamente, Willa se acercó un poco más a Cheryl para aspirar a fondo el agradable olor a palomitas con mantequilla que desprendía su pelo.

Tuvo que ser la mención del silbido de su padre cuando la despertaba lo que hizo que se acordase de él aquella noche mientras trataba de dormirse. ¡Tuit-tuit!, oyó de nuevo, y allí estaba: su rostro tan entrañable, tan tierno, su sonrisa rebotante de amabilidad, y la manera que tenía de ponerse en la puerta del dormitorio de sus hijas con las rodillas un poco dobladas y la cabeza tan torcida como la de alguna ave zancuda desmañada.

Durante toda su infancia, la posibilidad de que su padre se muriera era lo que más había temido, y ahora que había sucedido ya, aún le costaba asimilarlo. (Melvin se había desplomado al apearse de su coche cuando iba a abrir en el garaje: por fortuna no le había sucedido estando solo en el sótano,

gracias a Dios.) De hecho, su muerte había supuesto, en algunos aspectos, un golpe más duro que la de Derek. Lo cierto era que para Willa el mundo había descansado siempre y por completo sobre los hombros de su padre. Era la persona estable, segura, en quien apoyarse cuando su madre tenía una crisis.

Pero incluso el recuerdo de su madre le producía ahora un sentimiento desgarrador de pérdida, y a menudo se descubría echando de menos la mirada tímida que su madre les dirigía, alzando mucho las cejas, con la esperanza de que se le perdonara algo, y su risa desenfadada y juvenil, y su envolvente voz de soprano cuando cantaba: «Escríbeme una carta, échala al correo...».

¡Los sonidos eran, sin duda, lo que hacía revivir el pasado con mayor claridad! «Dame la mano —oía canturrear a los chicos del fondo del aula—, soy un parásito de aspecto bien extraño...» Y luego otras voces, más anónimas, borrosas y con interferencias sonoras, como aquellas antiquísimas ondas radiofónicas de las que se rumoreaba que viajarían interminablemente por el espacio. «Una patata, dos patatas, tres patatas, cuatro...» y «¡Aaaquí está Johnny!» y también «De manera instintiva, el enfermo de artritis se frota la zona afectada».

Desde su cama, al otro lado de la habitación, Peter soltó un repentino suspiro, muy agudo, y Willa se sobresaltó. Tardó un segundo en acordarse de quién era él.

Se saltaron la visita matutina del viernes al hospital porque Denise telefoneó durante el desayuno y les contó que iban a darle una sesión de fisioterapia.

—Va a aprender a usar las muletas —anunció Cheryl después de colgar—. Pero nos espera por la tarde.

—Por la tarde me van a llamar para una conferencia —le dijo Peter a Willa—. Tendréis que ir sin mí.

—Vaya, ¿seguro que no puedes venir? No sabría ir hasta allí.

—Pues ya va siendo hora de que aprendas —dijo él.

Para Peter era pan comido encontrar la manera de llegar a cualquier sitio, pero a Willa parecía faltarle esa sección particular del cerebro. Y el GPS de su teléfono no era ninguna ayuda, porque no le permitía ver más allá de cinco centímetros por delante; y de todos modos, Willa detestaba conducir y, en especial, no le gustaba nada conducir un coche con el que no estuviera familiarizada.

Pero en lugar de recordarle todo aquello, Willa se limitó a decir con su voz más dulce:

—Bien. De acuerdo, cariño.

—La llamada lleva semanas programada ya —dijo Peter con tono defensivo.

—No tiene importancia. Sé que he sido pesadísima —contestó ella.

—No he dicho que fueses pesada, solo que voy a estar ocupado.

—Entiendo.

Se produjo un breve silencio. Peter bebió un sorbo de café.

—Bueno, imagino que podría llevaros cuando termine —dijo luego—. Si no os importa esperar.

—¡No nos importa en absoluto! —respondió ella—. ¿Verdad que no, Cheryl?

—Mmm..., no —dijo la niña.

—Gracias, cariño —le dijo Willa a Peter.

—Como quieras —dijo él, con aire resignado.

Pero Willa se dio cuenta de que no estaba tan molesto como parecía.

Según su experiencia, el matrimonio era a menudo una cuestión de destreza.

Después del desayuno, Cheryl y ella sacaron a Aviión para dar un paseo más largo de lo habitual. Por una vez le pusieron la correa, porque Cheryl dijo que se ponía nervioso si tenía que cruzar cuando había tráfico.

El aire parecía como cargado de agua, aunque la previsión del tiempo no había mencionado la lluvia, y la brisa, parecía cargada de promesas. Willa llevaba sandalias y un vestido recto de algodón. Cheryl, por supuesto, pantalones cortos. Por alguna razón se había puesto en la mejilla derecha la calcomanía de un cangrejo.

Pasaron por delante de la casa de la señora Minton, que tenía los estores de papel echados, lo que le confería una expresión ausente. La señora Minton nunca se levantaba hasta las doce, explicó Cheryl de manera confidencial, y luego se preparaba una sola comida abundante para todo el día, porque era muy difícil cocinar apoyada en un andador.

—¿Cómo se las apaña para comprar? —preguntó Willa.

—Se encarga Ben. La señora Minton le da una lista todos los viernes por la tarde.

(Cheryl decía «la señora Mitten».)

Pasaron por delante de la casa de Ben, con su letrero blanco descascarillado, suspendido de un pilar: «Benj. Gold, Médico. Se atiende sin necesidad de cita previa». Una pareja muy mayor caminaba con dificultad hacia la parte de atrás, donde estaba la consulta; la mujer iba agarrada con las dos manos al codo del marido.

—Artritis, seguro —dijo Cheryl con aire de experta—. Una inyección de cortisona lo arregla.

En la ventana de la casa siguiente a la de Ben había otro letrero: «Investigador Raeburn», y debajo, en letras más pequeñas, se leía: «Especialidad en adulterios domésticos».

—Ahí vive Dave, el que es detective privado —dijo Cheryl.

Willa se preguntó si habría algún tipo de adulterio que no fuese doméstico. (Y ¿había estado Dave al corriente de las citas secretas de Sean con Elissa?)

En la última casa de la manzana florecían abundantes hortensias azules.

—Barry y Richard —informó Cheryl—. Son gais, ¡pero eso está muy bien!
—Las últimas palabras quedaron unidas en una breve salmodia reflexiva.

Esperaron en la esquina a que pasara un coche de la policía que iba a toda velocidad, lanzando destellos con sus luces, pero sin utilizar la sirena, y luego siguieron andando por la manzana siguiente. Los letreros se multiplicaban: marcos y molduras, reparación de ordenadores, arreglos de ropa. Todas aquellas pequeñas y esperanzadas empresas en el reducido espacio de un cuarto de estar o de un porche encristalado. Más adelante las casas daban paso a las tiendas de verdad —*delicatessen* y tintorerías—, y Willa y Cheryl torcieron a la derecha para regresar a una zona más residencial.

—Por allí está Briscoe Road, donde viven Patty y Laurie —dijo Cheryl cuando un semáforo en rojo las obligó a detenerse—. ¡Tienen muchísima suerte! En el edificio de apartamentos donde vive su abuela hay una piscina.

—Sí que parecen afortunadas —admitió Willa.

—A las dos, además, les arregla las uñas una manicura. ¿Me llevarás alguna vez a que me las arreglen a mí?

—Ay, cielo, ni siquiera sabría adónde ir —dijo Willa.

—A Patty y a Laurie las lleva su abuela —comentó Cheryl.

El énfasis que la niña puso en el posesivo hizo que sonara como si su abuela fuese Willa, que no pudo evitar sentirse halagada. De inmediato se imaginó buscando una manicura para Cheryl.

—Mamá dice que no tenemos dinero para manicuras —dijo la niña cuando reanudaron la marcha—. Las uñas nos las arreglamos nosotras.

—Yo también —le dijo Willa.

—Mamá incluso se corta ella el pelo y me lo corta a mí.

—Pues lo hace muy bien —dijo Willa.

—¿Y tú qué haces? —le preguntó Cheryl.

—¿Yo?

—¿Te cortas tú el pelo?

—No, me lo corta otra persona —concedió Willa. Casi sintió la necesidad de disculparse.

—¿También te lo tiñen?

—Bueno, lo retocan un poco.

Cheryl se lo miró entornando los ojos.

—No es que lo tenga gris, pero está empezando a perder color, más o menos —le explicó Willa.

—No pasa nada —dijo Cheryl—, para ser una persona tan mayor eres guapa de verdad.

—Bueno, muchas gracias.

—¿Eras guapa cuando tenías nueve años?

—¿Cuando tenía nueve años? Qué va, Dios santo, ¡no!

Cheryl le sonrió.

Torcieron una segunda vez a la derecha para regresar a casa. Avión se encontró con otro perro, una diminuta mopa gris que saltó directamente a la calzada desde la acera y se puso a ladrar frenéticamente, mientras Avión se limitaba a lanzar un resoplido indiferente antes de alejarse. La dueña del otro perro era una anciana encorvada con un informe vestido negro. A Willa se le ocurrió que parecía el momento del día que elegían las personas ancianas para salir a la calle. El resto de la gente tenía otras cosas que hacer.

Cuando llegaron de nuevo a su manzana, Willa preguntó:

—¿También conocéis a los vecinos del otro lado de la calle?

—No. Ninguno de nosotros los conoce —contestó Cheryl—. La gente del otro lado de la calle son de verdad unos estirados; se creen muy distintos y todo eso porque tienen una familia afroamericana. Y los chicos de la casa donde limpiaron la terraza a presión van a un colegio privado y nunca saludan a Erland, aunque son de la misma edad.

Willa rio entre dientes.

Habían descrito un círculo en su paseo, de manera que regresaban desde la dirección opuesta. Cruzaron por delante de una casa que Cheryl señaló como la de Hal; en la ventana de la sala de estar había una pegatina roja en la que se leía: «El agente de seguros de Safehome en el que se puede confiar». Luego estaba la casa de Callie y, al final, la de Erland. Un hombre que quizá no estaba aún en la treintena avanzaba hacia la calle por el camino de entrada de la casa mirando, con el ceño fruncido, su móvil: era un individuo bajo, moreno y musculoso con denso pelo negro que parecía muy compacto.

—¡Sir Joe! —exclamó Cheryl con voz emocionada.

El otro alzó la vista y relajó la frente.

—Vaya, qué tal —saludó.

Sir Joe no era el camorrista que Willa había supuesto. Sus pantalones no eran de cuero, sino unos sencillos vaqueros, y el vehículo aparcado delante de

la casa no era una moto, sino una furgoneta blanca con el rótulo «cvac para todas las estaciones» pintado en un costado.

—Sergio López —le dijo a Willa, guardándose el móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

—Ah, Sergio —dijo Willa, entendiendo al fin.

Debió de sonar como si también ella fuese algún tipo de seguidora —igual que Cheryl, de hecho—, porque Sir Joe le dirigió una sonrisa muy amplia y agradecida.

—El mismo, preciosa —dijo.

—Willa —le corrigió Cheryl con severidad.

—¿Cómo está tu mamá? —preguntó él a Cheryl.

—Bien. Hoy le toca aprender a usar las muletas.

—Qué cosa tan terrible —dijo. Luego se volvió hacia Willa y le dirigió un saludo fanfarrón, llevándose dos dedos a la sien—. Nos vemos —le dijo antes de encaminarse con paso tranquilo hacia la furgoneta, con el ruido de las gastadas botas de cuero resonando con fuerza en la acera y acompañado invariablemente del tintineo de la cadena de acero que le colgaba del cinturón.

A Willa se le antojó divertido. Cheryl se quedó mirándolo con expresión embelesada, tenía la boca ligeramente abierta. Incluso Avión lo miraba.

—¿Seguimos hasta casa? —preguntó Willa.

Cheryl suspiró.

—Supongo que sí —dijo.

Después del almuerzo, Peter subió al piso de arriba a esperar a que lo llamaran para su conferencia, y Willa y Cheryl hicieron un buen número de galletas de mantequilla de cacahuete para llevárselas a Denise. A Willa no le sorprendió que Cheryl tuviese un recipiente especial de Tupperware para

galletas, en el que las alineó cuidadosamente una vez que se enfriaron. Mientras tanto, Willa repasó sus correos electrónicos: solo tenía correo basura y el anuncio de que la hija de una antigua amiga de San Diego había dado a luz. No perdía la esperanza de recibir noticias de Ian. Bueno, quizá a lo largo del fin de semana, porque de cuando en cuando su hijo menor aprovechaba sábados y domingos para ir en coche a algún pueblo donde tenía cobertura telefónica. Le escribió un breve mensaje para comunicarle dónde estaba, por si trataba de llamarla a su casa de Tucson, aunque eso no era probable. Luego envió casi el mismo mensaje a su hermana. Elaine podía pasar muchos meses sin enterarse de que Peter y ella se habían marchado, pero a Willa le gustaba mantener la ilusión de que seguían en contacto. Solo tenía una hermana, como le respondía con frecuencia a Peter cuando él le preguntaba por qué demonios se molestaba. Su marido solo había coincidido con ella en una ocasión, cuando Elaine pasó por San Diego hacía varios años, y más adelante había dicho que no podía creer que las dos hermanas procedieran de la misma familia. «Desangelada», fue la palabra que utilizó para definirla.

Hubo algún problema con la llamada que Peter esperaba; al parecer, los organizadores se habían olvidado de incluirlo en el grupo. El problema acabó solucionándose, pero el contratiempo lo sumió en uno de sus estados de ánimo «enfurruñados», como Willa los calificaba mentalmente, que durante algún tiempo se tradujo en farfullar, gruñir y quejarse contra la incompetente chica de la oficina, causante del malentendido. Casi eran las cuatro cuando por fin se decidió a arrancar y poner rumbo al hospital. Las cuatro de la tarde de un viernes: la gente salía ya del trabajo, y cuando los tres se presentaron en la habitación de Denise, se encontraron con que estaba celebrándose una pequeña fiesta. Dos mujeres jóvenes llenaban de vino blanco vasitos de plástico, y otra mujer negra de más edad y apariencia de ejecutiva extendía queso brie sobre galletitas saladas.

—¡Atención todo el mundo! —dijo Denise, alzando mucho la voz—. Os presento a Peter y a Willa, que es la madre de Sean. Bueno, esta de aquí es Ginny, del colegio, la otra es Sharon, y la de ahí es la señora Anderson, nuestra directora.

Las dos colegas más jóvenes se limitaron a sonreír y a saludar, pero la señora Anderson se volvió sujetando una galletita entre el pulgar y el índice y dijo:

—Ah, siempre me gusta conocer a los abuelos. Los consideramos una riqueza para la enseñanza. ¿Poseen ustedes algún talento que les gustaría transmitir a nuestros alumnos?

—En realidad, no somos de Baltimore —dijo Willa, pasando por alto la referencia a su condición de abuelos—. Vivimos en Arizona.

Y así, sin más, Peter y ella desaparecieron del radar de la señora Anderson. Ginny les entregó un vasito de plástico, Cheryl ofreció a todo el mundo sus galletas y la señora Anderson propuso brindar por Denise. Peter ni siquiera llegó a probar el vino, pero Willa confió en que nadie se diera cuenta de que había dejado el vaso sin tocarlo cuando le dijo a su mujer:

—Voy a comprar el periódico.

—Te acompaño —dijo ella.

Tal vez lograra tranquilizarlo un poco por el camino. Dejó su vaso y los dos salieron al pasillo, que parecía muy amplio y tranquilo comparado con la habitación de Denise. Mientras se dirigían hacia los ascensores, Peter dijo:

—¿No crees que alguna de ellas podía haberse hecho cargo de la niña?

—Se ganan la vida trabajando, Peter. Trabajan en el colegio de Cheryl.

—Aun así... —dijo él, mostrándose muy poco razonable. Y pulsó el botón del ascensor.

La tienda de regalos era un cuartucho desorganizado, en el que se entraba desde el recibidor de la planta baja. Allí se podían comprar periódicos,

prensa del corazón, ramilletes de flores envueltos en celofán, tazas de café con eslóganes chistosos... En una repisa situada detrás de la caja registradora había una hilera de hirsutos saguaros, idénticos al que Peter había regalado a Willa. No estaban cerca de ningún sitio al que llegara la luz del sol, ni tampoco bajo una lámpara que estimulase su crecimiento. Willa sintió la absurda necesidad de comprarlos todos y liberarlos.

Mientras Peter pagaba el periódico entró una mujer muy embarazada, envuelta en un albornoz de franela color rosa, con el pelo, lacio y revuelto cayéndole a ambos lados de la cara. Empezó a deambular por la tienda, mirando diversos objetos con aire distraído, insatisfecho. El cajero —un joven que apenas había cumplido los veinte— se dirigió a ella:

—¿Puedo ayudarla en algo?

La mujer se volvió y lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué me lo pregunta? —le dijo.

—¿Disculpe?

—¿Qué le hace pensar que necesito ayuda?

—Señora, solo me preguntaba si estaba usted buscando algo.

—¿No piensa que soy capaz de encontrarlo yo sola? —dijo.

El cajero se volvió hacia Peter y Willa con expresión desconcertada. Willa enarcó las cejas para mostrar que lo compadecía, pero Peter dijo:

—Vámonos. —La agarró por el brazo y la llevó hacia la puerta.

En el vestíbulo, que era un mar de sillas y sofás agrupados para facilitar la conversación, no se dirigió hacia los ascensores, sino que soltó el brazo de su mujer y se dejó caer en un sofá tapizado de plástico verde.

—Detesto esta ciudad —dijo.

Willa se sentó a su lado con mucha cautela y discreción, casi sin llegar a apoyar todo su peso en el cojín del asiento.

—¿Es por la mujer de la tienda? —le preguntó.

Peter no contestó.

—No entiendo —dijo ella.

—Me refiero a todo. Detesto este calor, la humedad; el acento es atroz...

No sé qué hacemos aquí.

—Pero, bueno, cariño, solo estamos ayudando a Denise unos días.

—¡Ni siquiera conocemos a Denise!

A Willa no se le ocurría qué era lo que tanto le molestaba. Hizo memoria de lo que les había sucedido desde su llegada. Tuvo la sensación de que se le había escapado alguna clave importante.

—¿Es algo relacionado con tu bufete? —preguntó—. ¿Con la persona que se ha liado con tu participación en la conferencia?

—¿Es que acaso te importa algo lo que pasa en el bufete?

Willa se quedó petrificada.

—Willa —dijo él—, creo que te estás desmoronado.

—¿Cómo?

Peter no repitió lo que había dicho.

—Yo me preguntaba si no serás tú el que está desmoronándose —dijo ella al cabo de un momento.

Peter lanzó un bufido. Luego se golpeó con fuerza la rodilla con el periódico doblado y dijo: «Bueno, volvamos al manicomio», antes de ponerse en pie y dirigirse hacia los ascensores.

Willa se levantó y lo siguió. Sentía un peso enorme en el estómago.

En el ascensor no hablaron. Subieron acompañados de un silencio sonoro, se deslizaron hasta detenerse en el segundo piso y salieron al pasillo. Incluso desde allí Willa oyó ya las crecientes oleadas de júbilo procedentes de la habitación de Denise.

El sábado la despertó el teléfono. Era poco probable que la llamada fuese para ella, pero la insistencia del timbrado, al prolongarse, le provocó nerviosismo. Incluso cuando por fin cesó, no logró relajarse, porque en la ventana el aparato de aire acondicionado seguía funcionando a toda pastilla y no supo si Cheryl había contestado ya o si la persona que llamaba se había cansado de esperar. Siguió tumbada, mirando al techo con los ojos entornados, esforzándose por oír. Ningún sonido conseguía atravesar aquel infernal zumbido mecánico.

Eran casi las nueve, según el proyector reloj eléctrico situado sobre la cómoda. La cama de Peter estaba vacía, las sábanas apartadas y el pijama en el suelo. La luz que entraba por las ventanas era de un dulce color dorado, y no tenía ya la acostumbrada palidez de la primera hora de la mañana. Willa se incorporó, se alisó el pelo y se calzó las zapatillas. Cuando se disponía a ponerse el kimono, Peter abrió la puerta del dormitorio y asomó la cabeza.

—Estás despierta —dijo.

—No sé por qué he dormido hasta tan tarde —respondió ella.

—Acaba de llamar Denise. Le han dicho que puede volver hoy a casa.

—¡Estupendo!

—Le ha explicado a Cheryl que estará lista para marcharse en cuanto el médico pase a verla. Más o menos hacia las diez.

Willa se puso en pie y se ató el ceñidor del kimono.

—Entonces, ¿vas a...? ¿Nos llevas? —preguntó.

—Debería, supongo. Necesitaréis ayuda para subirla al coche.

Willa se sintió aliviada, pero no lo dejó traslucir.

—Y luego, tan pronto como Rona esté en su despacho, voy a llamarla —dijo Peter.

Ah. Rona era su agente de viajes.

—Bueno, quizá deberíamos esperar —dijo Willa—. No sabemos si Denise se las arreglará ya sin nosotros.

—¿Arreglárselas? —preguntó Peter—. Tiene a Cheryl; tiene a sus vecinos; solo es una pierna rota, por el amor de Dios.

—Sí, pero...

—De hecho, podría entrar yo mismo en internet y reservar los billetes —dijo.

—No, no, que lo haga Rona, ¿no te parece? —sugirió ella—. Siempre me dices que es muy buena a la hora de conseguir los mejores precios.

—Bueno, supongo que tienes razón. Esperaré. ¡Dichosos husos horarios!

Peter sostenía a veces —en broma, suponía Willa— que todo el país debería poner los relojes a la misma hora, aunque eso significara que en determinados estados dirigieran los negocios a oscuras.

Willa no estaba segura de que Denise, una vez de vuelta en casa, pudiera subir la escalera, pero de todos modos después del desayuno Cheryl y ella cambiaron las sábanas de la cama y ordenaron un poco la habitación. Cheryl sacó su vena autoritaria y primero decidió que Denise necesitaría una almohada más y después que mejor retiraba del tocador todo lo que no fuera estrictamente necesario, incluso cosas que podrían haber seguido allí, como un cepillo para el pelo y un frasco de perfume.

—Mamá es un verdadero desastre —dijo afectuosamente.

La calcomanía del cangrejo en la mejilla se le había ido destiñendo hasta no dejar más rastro que unos puntitos de color naranja. Cheryl se había puesto las botas de *majorette* —blancas con borlas—, sus habituales pantalones cortos que se le subían hasta la entrepierna y una camiseta también corta que dejaba al descubierto la redondez de su barriguita. Willa se sorprendió admirando la ausencia de sentido del ridículo de aquella niña.

Cuando los tres se dirigían hacia el coche, vieron a Callie cruzar su jardín en dirección a su coche, corriendo alegremente con sus pies diminutos calzados en unos tacones de vértigo. Les saludó con la mano y preguntó:

—¿Qué tal está Denise?

—Vamos a recogerla para traerla a casa —dijo Willa.

—Bueno, salúdenla de mi parte, ¿de acuerdo? ¿Necesitan algo del supermercado?

—Creo que no, pero gracias.

Callie agitó los dedos de una mano a modo de despedida y subió a su coche.

—Tendríamos que comprarle una planta —dijo Cheryl— por haberme cuidado.

—¡Qué buena idea! —aprobó Willa.

—Se lo comenté a mamá y dijo: «De acuerdo», pero me preocupa que se olvide.

—Podríamos encargarnos nosotros —dijo Willa—. ¿No te parece, Peter?

Peter se limitó a emitir un «Mmm» y a abrir la portezuela del coche; el de Denise era lo bastante antiguo para necesitar una llave tradicional. Una vez acomodadas, Willa en el asiento del acompañante y Cheryl en el posterior, esta última se inclinó hacia adelante y dijo:

—Aunque como a Callie no le gustaba cuidarme creo que no debería ser una planta muy cara.

—En realidad debería ser una planta más cara —dijo Peter mientras se ponía al volante—. Si cuidarte hubiera sido algo que le gustara, la dejaríamos que lo hiciese gratis, como Willa, aquí presente.

Willa se volvió para calibrar la reacción de la niña y se encontró, casi nariz con nariz, ante una Cheryl que la escrutaba, desde detrás de sus pestañas, con una expresión extrañamente tímida.

—Tiene razón —le dijo Willa—: yo te pagaría a ti por disfrutar de este privilegio.

A Cheryl se le escapó una risita y luego se recostó en el asiento para ponerse el cinturón. El trayecto hasta el hospital les resultaba ya vagamente familiar: la sucesión de porches venidos a menos, las piscinas y las norias para niños que afeaban los jardines, los letreros de Tamaqua's House para extensiones capilares y de Fix-It Fred. Estaba empezando a hacer calor, y al cabo de dos o tres kilómetros Peter buscó en el espejo retrovisor el rostro de Cheryl para pedirle que subiera el cristal de la ventanilla porque había puesto el aire acondicionado. La niña le obedeció sin interrumpir lo que estaba diciendo: contaba su proyecto de poner en marcha una biblioteca con animales de compañía.

—Ya sabéis que la gente no siempre puede tener animal en casa —explicó—. Por ejemplo, un viajante de comercio o algo parecido que tiene que pasar mucho tiempo fuera de casa. Esa persona acudiría a la biblioteca de animales de compañía y alquilaría un perro o un gato simpático y sociable durante un par de días.

—Bueno, te deseo buena suerte con el proyecto —le dijo Peter—. Piensa en las cuestiones de responsabilidad.

—¿Cómo?

—¿Qué sucede si un perro muerde a alguien? Siempre habrá un pleito al acecho.

—Haría que la gente firmase algo antes. Tendrán que prometer que no demandarán a la biblioteca.

—Una exención —dijo Peter.

—Eso.

—A mí me preocupa más desde el punto de vista de los animales —dijo Willa—. ¿Cómo sabes que los clientes los tratarán bien?

—Tendrían que traernos tres referencias —se apresuró a contestar Cheryl—. Y si alguien nos dijera de otro: «Bueno, no sé, suele irle bastante mal todo», lo rechazaríamos.

—Yo no me preocuparía por esa clase de personas —dijo Willa—. A veces son las que más necesitan un animal de compañía y las que mejor se portan con ellos.

—No hagas caso de Willa —le dijo Peter a Cheryl—. Es de esas personas de corazón demasiado tierno.

—Bueno, eso ya lo sé —dijo Cheryl.

Willa se echó a reír. Por un momento, tuvo la sensación de haber vuelto a los días en que sus hijos eran aún unos parlanchines, muchos años atrás.

El aparcamiento del hospital estaba más lleno esta vez, quizá por tratarse de un fin de semana, y Peter habría tenido que dejar el coche en un terreno auxiliar, detrás del edificio.

—Os voy a dejar delante de la puerta principal y esperaré a que bajéis con Denise.

—¿No vas a entrar? —le preguntó Willa—. Piensa que podríamos tardar un buen rato.

—No importa. Me pondré al día con el correo electrónico.

Willa decidió no insistir. Estaba siendo diplomática en grado sumo desde el día anterior.

—Pero no nos echéis la culpa a nosotras si el médico de Denise no ha

aparecido todavía —le dijo a su marido mientras se apeaba del coche.

Sin embargo, el médico ya había aparecido y se había ido. Denise estaba esperando en una silla de ruedas, vestida de calle —una minifalda vaquera blanca y un top atado en la nuca—, además de una sandalia con tacón de cuña. Había extendido la pierna lesionada sobre un reposapiés muy levantado, y el respaldo de la silla sostenía un par de muletas de metal, con apoyos para las manos.

—¿Por qué os habéis retrasado? —preguntó de inmediato, aunque no eran mucho más de las diez—. ¡Llevo siglos esperando! —Alargó el brazo para pulsar el timbre que colgaba de un cable a la cabecera de la cama y unos segundos después una voz preguntó:

—¿Sí?

—¡Ha llegado mi transporte! —gritó Denise. Luego soltó el timbre y se volvió hacia Cheryl—. ¿Has traído la bolsa que te pedí?

—Ay —se lamentó la niña.

—¡Cheryl! De verdad... —A Willa le dijo—: Le pedí que me trajera una bolsa para llevar mis cosas.

Se refería a un montón de objetos que había al pie de la cama: revistas, cuadernos de crucigramas, la caja de las galletas, las zapatillas y la otra sandalia, y una cartera beis de piel sintética.

—Lo siento mucho —dijo Willa—. Tendría que haberlo pensado. Le pediremos una a la enfermera.

—Desde luego, los tipos de la ambulancia no se ofrecieron a esperar para que pudiera hacer la maleta —dijo Denise.

De inmediato, Cheryl empezó a abrir cajones y, una vez revisado su contenido, a cerrarlos de golpe; a continuación abrió un armario muy estrecho. En el suelo había una cuña de plástico color turquesa dentro de una bolsa transparente que procedió a liberar con gran eficacia y que trasladó hasta la

cama, donde fue llenándola con las pertenencias de su madre. Willa quedó impresionada, pero Denise dijo:

—Supongo que podría llevarme también la cuña si en realidad quisiera. Me han dicho que se deshacen de todo cuando un enfermo se marcha.

—¡Caramba! ¡Qué derroche! —comentó Willa.

—Cierto, este es un buen ejemplo del mundo moderno. ¡Por fin! —exclamó, dirigiéndose a la enfermera que entraba en aquel momento.

—¿Ya nos dejas? —preguntó. Era una pelirroja menuda, con un uniforme de color espliego que desentonaba violentamente con su rostro sonrosado.

—¿Te han dado ya todas las recetas?

—Solo la importante; está en mi bolso —dijo Denise. Y, dirigiéndose a Willa añadió—: Querían que tomase analgésicos, pero les he dicho: «¡Nada de analgésicos! Me hacen vomitar».

La enfermera chasqueó la lengua y se inclinó para soltar los frenos de la silla de ruedas.

—¿Dónde está aparcado el coche? —le preguntó a Willa.

—Peter nos espera delante de la entrada principal.

Avanzaron por el pasillo. Cheryl balanceaba la bolsa transparente, haciéndola crujir. Al llegar a los ascensores, la enfermera pulsó un botón.

—Fíjate bien en lo que me han dado para que camine —le dijo Denise a Cheryl. Volvió la cabeza en dirección a las muletas—. ¿No son espantosas? Hacen que me sienta como una anciana. Yo quería las largas, las de madera, elegantes, para que la gente pensara que había estado esquiando.

—¿En verano? —preguntó Cheryl.

—No es imposible.

Llegó el ascensor; la enfermera giró en redondo la silla de Denise y la hizo entrar hacia atrás. El único ocupante, además de ellas, era un anciano con una

bata de hospital que no llegaba a taparle las rodillas. Observó a Cheryl por un momento y luego preguntó:

—¿Cómo vas, jovencita?

—Bien —le respondió Cheryl.

—Ya veo que no te va a faltar trabajo —dijo, señalando a Denise con un movimiento de la cabeza—. Y que lo diga.

Denise lanzó a su hija una mirada asesina, y Cheryl le devolvió una sonrisita de satisfacción.

Cuando llegaron a la planta baja, la enfermera empujó la silla por el vestíbulo y cruzó con ella las puertas automáticas de la entrada. Peter salió del coche y fue a su encuentro para ayudar a subir a Denise al asiento trasero, mientras Willa colocaba en el maletero las muletas y la bolsa que llevaba Cheryl. Durante el tiempo que Denise estuvo maniobrando para meterse en el asiento de atrás, no paró de decir: «¡Ay!» y «Maldita sea, duele» y «¡Cuidado!», coronándolo todo con un sonoro resoplido al aterrizar por fin; la enfermera le sostuvo la pierna escayolada en horizontal mientras ella se deslizaba hacia atrás hasta ocupar en toda su longitud el asiento de atrás. Luego Cheryl subió tras ella al interior del automóvil, alzó los pies de Denise y se los colocó sobre el regazo.

—Gracias —le dijo Willa a la enfermera antes de sentarse junto a Peter.

—¡Mucha suerte! —respondió la enfermera. Willa se preguntó si se lo diría a todos los pacientes que dejaban el hospital o solo a las personas con familiares gruñones.

Cuando Peter puso el coche en marcha, Denise dijo:

—A saber cuánto tiempo pasará antes de que pueda volver a conducirlo.

—Bueno, es la pierna izquierda —dijo Peter— y el cambio es automático, de manera que podrías empezar de inmediato, diría yo.

—¡De inmediato! ¡Ni de casualidad! ¡Llevo una escayola enorme! ¡No tengo

sitio donde meterla! ¿Cómo se arregla eso?

Nadie le respondió.

La llegada de Denise a Dorcas Road fue todo un espectáculo. Necesitó servirse de las muletas para ir del coche hasta la casa, y no dejó de tambalearse y de hacer eses y de derrumbarse sobre Peter, que se esforzaba con el mejor de los ánimos por sostenerla. Willa trató de ayudar, pero solo conseguía estorbar y en un momento dado casi hizo que a Denise se le cayera una de las muletas.

—¡Ay! —exclamó Denise, jadeante—. ¡El dichoso fisioterapeuta! Solo lo he visto una vez, nada más que una. ¡Cómo pueden pensar que ya sé manejar estos trastos!

No habían recorrido más que unos pocos pasos cuando apareció Erland, con su gorro de elfo y su camiseta llena de agujeros, pero todo lo que parecía capaz de hacer era rondar, presa de la indecisión, retorcerse las manos y decir:

—¡Oh, mierda! ¡Oh, mierda!...

—Cállate —le dijo Denise.

—Lo siento, Denise... —repuso él.

Y entonces se oyó otra voz, que preguntaba:

—¿Se necesita ayuda?

Era un hombre de unos cuarenta años, con pantalones caqui, que procedía del jardín contiguo al de Callie.

—Estupendo, Hal, lo que me faltaba —le dijo Denise a Willa, con un tono de profundo desaliento.

Willa miró al recién llegado con curiosidad, porque tenía que ser el marido al que Elissa había plantado.

—Yo me encargo de esto —anunció tranquilizador el recién llegado.

Denise dirigió a Willa una discreta mueca irónica.

Hal se apoderó de su brazo libre, y entre Peter y él consiguieron mantenerla erguida hasta llegar a la casa. Pero al enfrentarse a los escalones del porche, Denise gimió.

—Me parece que no voy a poder —se lamentó.

—Bien, vamos a pensar cómo —dijo Peter.

—¡Esperen! —gritó alguien a sus espaldas.

—¡Sir Joe! —exclamó Cheryl.

Willa se volvió para verlo acercarse. Esta vez llevaba pantalones de cuero, quizá porque no era un día laborable.

—Háganse a un lado —les ordenó a Peter y a Hal; dio unas zancadas, alzó a Denise en brazos y la llevó escalones arriba sin aparente esfuerzo, mientras los otros dos se quedaban sosteniendo cada uno una muleta.

Denise miró a los demás por encima del hombro de Sir Joe, con una divertida expresión de sorpresa.

—Puerta —dijo él.

Cheryl se apresuró a abrirla, y del interior surgió Avión como el muñeco de una caja sorpresa, aunque enseguida, al reparar en Denise, se dio la vuelta y corrió de nuevo adentro para vigilar muy atento a Sir Joe mientras entraba con ella. Sir Joe avanzó por el recibidor con sus pesadas botas, torció hacia la izquierda, entró en el cuarto de estar y depositó su carga en el sofá. Denise dijo: «¡Uf!», y Sir Joe dio un paso atrás y se sacudió las manos, muy seguro de sí mismo.

—¿Cómo subirá a acostarse por la noche? —preguntó Cheryl.

Se había quedado en el umbral del cuarto de estar, abrazada a la bolsa de plástico. Los demás se habían reunido en torno a la recién llegada: Peter y

Hal, Willa, Erland y ahora, además, Ben Gold, que entró cojeando tras ellos y dijo:

—No debe hacerlo. Es imposible que suba sin peligro todos esos escalones.

—Sí, eso me preguntaba yo —dijo Willa.

—Pero ¿dónde voy a dormir? —se lamentó Denise.

Estaba sentada en el sofá con las piernas extendidas delante de ella y con Avión husmeándole la escayola inquisitivamente. Cuando Ben se acercó para alzarle los pies y colocárselos encima del sofá para que pudiera tumbarse, Denise soltó un «Ay».

—Cheryl, ve a buscar un par de almohadas para tu mamá.

La niña salió corriendo, siempre abrazada a la bolsa de plástico.

—Tenemos que alquilarte una cama de hospital —le dijo Ben a Denise.

—No quiero una cama de hospital —protestó Denise.

—No es nada vergonzoso, ¿sabes? Hay mucha gente que alquila camas de hospital.

—Me da lo mismo; me deprimiría —insistió Denise.

—¿Aunque la escondamos en el comedor?

—No vas a conseguir que cambie de opinión.

—Además —prosiguió Ben—, deberíamos pensar en un inodoro portátil.

—¡Qué asco!

—Sólo un par de semanas, hasta que te pongan una escayola que te permita andar.

—¡Un par de semanas! —dijo Peter, con expresión consternada.

—Voy a dormir aquí, en el sofá, y me contentaré con el aseo.

—O —dijo Sir Joe— vendré yo todas las noches y te llevaré escaleras arriba.

—De eso nada —dijo Ben.

—¿Por qué no? —protestó Cheryl—. ¡Podría hacerlo sin problemas! —

Había vuelto al cuarto de estar, con una almohada debajo de cada brazo, y miraba fascinada a Sir Joe.

—Lo último que necesitamos —dijo Ben— es que se caiga y se rompa la otra pierna.

Sir Joe se encogió de hombros. Luego se volvió hacia Peter.

—¿Qué tal? —dijo—. Soy Sergio López.

—Peter Brendan. Y esta es Willa, mi mujer.

—Ya la conozco —dijo Sir Joe, y la miró arqueando una ceja en un gesto cordial.

—Si ponemos la cama de hospital en el comedor —insistió Ben—, las visitas ni siquiera la verán.

—Yo la vería —protestó Denise—. Haría que me sintiera como una impedida.

—Estás impedida —le dijo Cheryl—. Acéptalo.

Denise le puso mala cara.

—A juzgar por cómo se comporta esta niña —le dijo a Ben—, cualquiera pensaría que a las madres les están pegando tiros a todas horas.

—De hecho, eso es lo que sucede —dijo Ben. Luego suspiró—. De acuerdo. Haz lo que te parezca oportuno.

—Esta chica sabe lo que quiere —le dijo Sir Joe a Ben, antes de guiñarle un ojo a Willa.

Entretanto, Hal se había vuelto hacia Peter.

—¿Es usted el padre de Sean? —preguntó.

Willa se puso tensa.

—Padraastro, más bien —contestó Peter.

—Soy Hal Adams. Pues sucede que Sean se fugó con mi mujer.

—Encantado de conocerle —dijo Peter con gran cordialidad.

Willa siguió su ejemplo.

—Yo soy la madre de Sean —le dijo a Hal, tendiéndole la mano.

Hal vaciló, pero acabó por estrechársela. Tenía los ojos hundidos y un rostro taciturno —con la barbilla muy marcada— de curiosa semejanza con el basset de la señora Minton. Parecía que en algún momento le hubieran pillado la cara entre dos puertas corredizas.

Denise empezaba a relajarse, por fin, con la cabeza sobre una de las almohadas y la pierna lisiada sobre la otra.

—Al menos —le dijo al techo— aquí no hay altavoces. No tenemos que oír: «Doctor Smith, por favor, venga a resucitar a Fulano de Tal, que se ha muerto». Me parece que incluso podría dormir. De manera que, ¡a ver si lo consigo!

Aquello pareció la señal para que los vecinos empezaran a despedirse. Uno tras otro fueron trasladándose al recibidor, aunque Hal se retrasó un momento para dar a Denise unas indecisas palmaditas en los dedos descubiertos del pie izquierdo. (Denise se apartó, enfadada.)

—Solo tienes que telefonar si me necesitas, ya lo sabes —le dijo—. ¡De noche o de día! Puedo plantarme aquí en un segundo.

—¡Yo también, Denise! —dijo Erland desde el recibidor.

—Ajá —se limitó a decir Denise.

—¿Sabe si le han recetado algún medicamento? —le preguntó Ben a Willa.

—Sí, uno —respondió ella—. Voy a mandar a Peter a comprarlo.

—Veamos qué es quieren que tome; quizá tenga yo muestras gratuitas.

Willa buscó con la vista la cartera de Denise, y luego le preguntó a Cheryl:

—¿Dónde está la bolsa que llevabas?

Cheryl había seguido a Sir Joe y a Erland hasta la puerta de la calle. Se volvió distraída y contestó:

—Ah, no sé, ¿arriba?

De manera que Willa fue a buscarla.

—¿Vendrás más veces a verla? —le estaba preguntando Cheryl a Sir Joe.
Willa no oyó la respuesta.

Recorría el pasillo del primer piso cuando oyó hablar por teléfono a Peter en la habitación de invitados; hasta ese momento no se había dado cuenta de que su marido había abandonado el cuarto de estar.

—Vamos a intentarlo el lunes por la mañana —estaba diciendo—. Cualquier vuelo directo, aunque aceptaremos lo que se pueda conseguir.

Willa fue hasta el umbral de la habitación y dijo:

—¿Peter?

Su marido se paseaba entre las dos camas, con el móvil pegado al oído.

—¡El lunes no! —dijo con un susurro penetrante—. Por la noche vamos a cenar con Sean.

—¿Cómo? Espera un momento, Rona. —Bajó el teléfono y miró a Willa con el ceño fruncido.

—Y quizá Denise todavía nos necesite, estoy casi segura —le dijo.

—Si nos necesita, cambiamos el vuelo y ya está —dijo Peter, que no mencionó la cuestión de la cena con Sean.

—Pero entonces, ¿por qué reservar ya los billetes? —preguntó ella, aunque sabía que era la estrategia equivocada. Nunca tenía que enfrentarse directamente con su marido.

—Willa —dijo él—, estoy hablando por teléfono. Podemos decidirlo después. —Volvió a llevarse el móvil al oído—. Lo siento, Rona, ¿qué me decías?

Willa no se movió de donde estaba, pero como él no volvió a mirar en su dirección, al final dio media vuelta y se fue al cuarto de Denise. La bolsa de plástico estaba al pie de la cama; hurgó en su interior hasta encontrar la cartera que buscaba. Al cruzar de nuevo por el pasillo, oyó decir a Peter:

—De acuerdo, reserva pasajes en ese.

Ben esperaba al pie de la escalera. Willa sacó la receta de la cartera de Denise y se la entregó.

—Bien —dijo él al tiempo que se ajustaba las gafas para estudiarla—. Es un antibiótico corriente. Podemos ahorrar a Peter el viaje a la farmacia.

—Vaya, muchas gracias —dijo ella.

Aunque precisamente en ese momento no sentía el menor deseo de hacerle ningún favor a Peter.

—¿No le parece a usted que Cheryl se comporta con demasiada frialdad respecto a mi situación? —dijo Denise.

—No, ni por asomo —le respondió Willa—. Creo que eso no es verdad en absoluto.

Estaba rehaciendo la cama en el sofá, y alisaba las sábanas que Denise había arrugado durante la noche, mientras la convaleciente, que acababa de regresar del aseo tras un arduo viaje con Willa a través del recibidor, se sentaba en el sillón y apoyaba las muletas en uno de los brazos.

—Muy bien: pongamos que mi hija está en el jardín —dijo Denise— y oye el estruendo que es como una explosión. Vuelve la vista y ve a su madre sentada en el suelo con una pierna ensangrentada. ¿Cómo pensar que no vaya a resultarle traumático? Pero, ah, no. Ah, no. Lo que a Cheryl se le ocurre es preguntar: «Entonces, ¿puedo pasar la noche en casa de Sir Joe?».

—Es una niña sensata, nada más —le dijo Willa—. Se dio cuenta de que ibas a recuperarte y se lo tomó con calma.

Denise no pareció muy convencida.

Personalmente, a Willa le parecía que eran otras las cosas que deberían preocuparle. Por ejemplo, la fascinación de la niña por Sir Joe y lo mucho que echaba de menos a Sean. Era una criatura que sentía la ausencia de una figura masculina en su vida. Y había momentos en que parecía que tampoco tenía

madre, porque sin duda ninguna madre corriente esperaría que una niña de nueve años se las apañara sola tanto como, al parecer, esperaba Denise.

—La mayoría de los niños —estaba diciendo Denise— ahora tendrían pesadillas. Preguntarían si su madre se iba a poner bien. Les preocuparía que sufriera, en lugar de hacer un gesto de exasperación cada vez que se quejara, por poco que fuese.

Willa no pudo evitar sonreír. Era verdad que Cheryl se impacientaba con las quejas y los gemidos de su madre.

—¡Y yo soy todo lo que tiene! —se lamentó Denise—. ¿Adónde habría ido Cheryl si me hubieran matado? ¡Me gustaría saberlo!

—Bueno, ¿y su padre?

—Ay, su padre —dijo Denise, con ligereza—. Su padre no sabe que existe.

—Ah —dijo Willa.

—Demasiadas cervezas una noche, en mi segundo año de facultad.

—¿Fuiste a la universidad?

—A la de Towson. Parece sorprendida.

—No, no, solo quería decir... que tuvo que ser duro.

—No lo sabe usted bien.

Willa retiró la sábana de arriba y luego se acercó al sillón para ayudar a Denise a levantarse. Desde el día anterior empleaban un procedimiento que daba buenos resultados: Willa se colocaba frente a ella, extendía las dos manos, Denise se agarraba bien a ellas y tiraba hasta incorporarse. Luego Willa retrocedía hacia el sofá con ella, una distancia de apenas unos pocos pasos, de manera que no se molestaban en recurrir a las muletas.

—Nunca he sido una persona muy organizada —dijo Denise una vez que se dejó caer en el sofá—. Así que iba por el quinto mes cuando me enteré de que estaba embarazada, y por entonces ya era demasiado tarde para hacer nada.

En opinión de Willa, aquello era bastante más que falta de organización,

pero se inclinó en silencio para alzarle los pies y ayudarla a girarlos hasta que quedaron sobre el sofá. Denise se tumbó lanzando un suspiro y se tapó con la sábana de arriba. Llevaba puestos unos pantalones cortos que abultaban mucho y una camiseta que le quedaba grande, su único atuendo tanto de día como de noche. Willa y ella se habían decantado por aquellas prendas la noche anterior cuando Denise se preparaba para acostarse.

—Lo que pensé fue que tendría el bebé y después terminaría mis estudios —contó Denise mirando el techo—. Pero en la vida real eso no funcionó.

—Yo hice lo mismo —dijo Willa—. Dejé de estudiar cuando me quedé embarazada de Sean y pensé que volvería a las aulas en cuanto naciera el niño. Pero terminé quedándome en casa hasta que mis dos hijos fueron adolescentes.

—Bueno, eso es muy diferente —dijo Denise.

Porque Willa no había necesitado ganarse la vida, quería decir. Y porque disponía del dinero para volver a la universidad una vez que decidió seguir estudiando. En realidad, la situación de las dos no podía compararse, era lo que Denise decía.

Peter y Cheryl habían salido a comprar el almuerzo. Era ya la tercera vez. Peter parecía alegrarse de tener algo que hacer y a Cheryl le gustaba acompañarlo. (Otro hombre más con quien estar.)

Peter había seguido adelante con las reservas para el avión del lunes, que ya estaban confirmadas, aunque eso supusiera cambiar de avión en Denver. Lo que daba una idea de las muchas ganas que tenía Peter de marcharse. Daba igual que Denise todavía necesitase ayuda, que Cheryl fuese demasiado joven para hacerse cargo sola de todo y que ninguno de los vecinos pareciese capaz de aceptar tanta responsabilidad.

Encima, cuando Denise telefoneó a su familia después del desayuno, ni siquiera mencionó su situación.

—Sí, las cosas van muy bien por aquí —les había asegurado—. ¡Muy bien! Estaba claro que no eran personas a quienes pensara que se podía pedir ayuda.

—Ojalá no nos marcháramos mañana —dijo Willa a continuación—. Me preocupa cómo te las arreglarás.

—A mí también me gustaría que no se fueran. Pero, oiga, ustedes tienen su vida, imagino.

—En realidad, no. Yo no. En cuanto a Peter, se supone que está jubilado, o a punto de jubilarse. Pero ya ves cómo son las cosas: todavía no es capaz de poner punto final.

—Bueno, es hombre —dijo Denise.

—Cierto.

A veces Willa tenía la sensación de haberse pasado media vida disculpándose por el comportamiento de algún varón. Más de media vida, en realidad. Primero Derek y luego Peter, siempre arremetiendo contra esto y aquello, y Willa detrás, recogiendo los pedazos, excusándose y dando explicaciones.

—¡Vaya! Se me ha olvidado apuntar el helado en la lista —dijo Denise de repente.

—¿Quieres que los llame?

—No, no; nadie necesita tantas calorías, ¿no es cierto?

—Voy a llamarles —dijo Willa, y se encaminó al recibidor en busca de su bolso.

—Dícales helado de menta con pepitas de chocolate, pero no el verde, ¿eh? A mí me gusta el blanco. Nada de colorantes artificiales.

—Helado blanco de menta con pepitas de chocolate —dijo Willa. Sacó el móvil y marcó el número de Peter.

—¿Sí? —contestó él.

Willa oía voces de fondo y el pitido de un lector de código de barras.

—Denise olvidó pedirnos que comprarais helado —le dijo—. De menta con pepitas de chocolate, el blanco.

—¿Chocolate blanco?

—Helado blanco.

—De acuerdo —dijo él—. Ya estamos en la cola para pagar, pero no importa.

—Lo siento.

—No pasa nada.

Peter se mostraba tan considerado porque obligarla a marcharse tan pronto hacía que se sintiera incómodo. Era como un libro abierto para ella.

—Cheryl sabrá cuál es —dijo Denise cuando Willa colgó—. No es una niña de Chuck E. Cheese, se lo aseguro.

—¿Chuck E....?

—Ni de McDonald's, ni de Burger King. Es una niña a la que le gusta el marisco más que ninguna otra cosa.

—Ah —dijo Willa.

—No sé de dónde le viene.

—Bueno, ahí estás tú: eres la persona que no quiere colorantes artificiales.

—Solo por miedo al cáncer.

—Aun así —dijo Willa.

—No debería tomar helado bajo ningún concepto. No es que esté haciendo mucho ejercicio aquí tumbada.

—Bueno, yo siempre pienso que la tensión, el dolor y la ansiedad queman más calorías que el ejercicio —dijo Willa antes de volver a guardar el móvil en el bolso.

—Sí, pero luego resulta que usted es muy pequeñita y delicada y tiene

huesitos menudos y todo eso. Y un metabolismo completamente distinto. Además, ya está casada y puede relajarse. Yo todavía estoy de caza.

—¿De verdad? ¿Querrías casarte? —le preguntó Willa.

—Claro que sí. ¿Está de broma? Se da por sentado que la gente se casa. Que va por el mundo de dos en dos.

¿No era una cita de *Nuestra ciudad*? Willa recordaba algo parecido de cuando su madre había trabajado como directora de escena. Se acordaba de haber asimilado la verdad de aquella frase incluso de niña.

Todo lo más delicadamente que pudo, le preguntó a Denise:

—Sean y tú, ¿alguna vez... pensasteis en casaros?

Se hacía aquella pregunta desde que había conocido a Denise. Y es que la madre de Cheryl era tan diferente del tipo habitual de las novias de Sean — animadoras en el instituto y chicas de una fraternidad en la universidad, todas tan estiradas y coquetas— que Willa no conseguía deducir cuáles eran los verdaderos sentimientos de ambos.

—Yo sí lo pensé —respondió Denise—. Pero no puedo decir que Sean se lo planteara nunca.

—Ah —dijo Willa, entristecida.

Bueno, probablemente fuera lo más sensato.

Por la tarde, Callie se presentó con un jamón enlatado.

—Lo siento, pero no soy cocinera —le dijo a Willa mientras le entregaba el regalo. Llevaba un vestido muy vistoso con gran cantidad de joyas, y nada más entrar en el cuarto de estar anunció que había ido a la iglesia por la mañana—. Propuse tu nombre durante el ofertorio —le dijo a Denise—. He dicho: «Alguien disparó contra mi vecina Denise, y tiene una hija que depende de ella porque es todavía una niña».

Luego llegó hasta el sillón y se dejó caer pesadamente.

—En realidad, ya soy más preadolescente que niña —puntualizó Cheryl. Estaba sentada en la alfombra con las piernas cruzadas, acariciando a Avión.

—No pareces una preadolescente —le dijo Callie.

—En enero tendré una edad con dos cifras. Y además no soy dependiente.

—Bueno, lo que tú digas —dijo Callie, sin interés.

Willa se fijó en que a plena luz del día su pelo era de un rubio excesivo que la hacía parecer mucho mayor de lo que probablemente era. No paraba de tirarse de los rizos rebeldes, como si de algún modo sintiera que dejaban mucho que desear.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Denise.

—Me estoy volviendo loca —respondió esta.

—Enciende el televisor. No entiendo por qué no lo tienes encendido.

—He visto la televisión hasta quedarme bizca.

—¿Puedo ofrecerle un vaso de té helado? —le preguntó Willa a Callie.

Buscaba una excusa para dejarlas solas, pero Callie respondió:

—No, muchas gracias. Dígame, ¿dónde está ese marido suyo tan apuesto?

—Por ahí anda—dijo Willa.

Peter se había encerrado en la habitación de invitados y había puesto el aire acondicionado, pero ella no quería reconocerlo.

—Voy a... —dijo y, para que se entendiera mejor, alzó el jamón enlatado que todavía tenía en las manos y rápidamente desapareció en la cocina.

Tras dejar la lata en la encimera, echó un vistazo a la tierra en la que crecía el diminuto saguaro que descansaba en el alféizar. Luego pasó a interesarse por el patio trasero de la casa vecina, donde Erland, para matar el tiempo, hacía rebotar un volante de bádminon sobre una raqueta. En el patio del otro lado, la señora Minton se apoyaba en el andador con una sola mano mientras con la otra, y con gran esfuerzo, colgaba una enagua en el tendedero.

Cheryl entró en la cocina y dijo:

—Willa, ¿es verdad que os vais mañana?

Willa se volvió, apartándose de la ventana.

—Eso es lo que se supone que vamos a hacer, sí —dijo.

—Creo que no tengo suficiente fuerza para llevar yo sola a mamá hasta el aseo.

Willa la observó.

—Eso mismo opino yo —dijo.

—Y tendré que hacer la compra y la comida.

—Bueno —dijo Willa—, quizá deba preguntar a Peter si puede cambiar los billetes.

Tendría que haber bastado, pero Cheryl siguió mirándola, expectante, de manera que al final Willa añadió:

—Voy a hacerlo ahora, ¿por qué no? —Aunque en verdad no le apetecía.

Al salir de la cocina oyó que Callie le decía a Denise:

—Estás mejor sin él, qué quieres que te diga. Cuando me libré de Darwin fue como si me hubieran quitado un peso de encima. ¡Libertad! ¡Aire fresco! En mi opinión, se sobrevalora a los hombres.

Willa se detuvo para escuchar la respuesta de Denise, pero no hubo ninguna..., tan solo una especie de resoplido por parte de Callie, que debía de estar fumando. De hecho, olía el humo. Miró hacia el cuarto de estar cuando al pasar y pilló a Callie en el instante en que sacudía la ceniza en la maceta del filodendro.

Subir la escalera era como adentrarse en un clima cada vez más cálido, en progresión incesante. Al abrir la puerta de la habitación de invitados, la embistió una ráfaga de aire frío y el rugido del acondicionador le llenó los oídos. Peter, recostado contra el cabezal de la cama y sin zapatos, leía el *Times Magazine* del domingo. Levantó la vista y preguntó:

—¿Cómo van las cosas ahí abajo?

—Callie ha venido de visita —le respondió Willa.

—Estupendo —dijo él, volviendo a su revista.

—Peter —dijo ella—, estoy pensando que no deberíamos marcharnos todavía.

En un primer momento pareció que él no fuera a contestar, porque siguió leyendo. Pero luego, con los ojos todavía fijos en la página, dijo:

—Si quieres que te diga la verdad, no estoy de acuerdo.

—Es que no sé cómo se las arreglarán madre e hija solas —argumentó Willa.

—No están solas. Tienen vecinos. Y Denise, a sus compañeras de trabajo.

—No es suficiente —insistió su mujer.

Esta vez sí la miró.

—Mira, se me ocurre una cosa —dijo.

Willa se animó. Pero lo que Peter dijo a continuación fue:

—Denise podría llamar a una de esas agencias. Contratar a alguien para que la ayude.

—Sabes que no se lo puede permitir.

—¿Y? Quizá puedas contribuir a ello, si solo se trata de una semana, más o menos.

—De acuerdo —dijo ella—, pero...

No le parecía una buena solución. Sabía que tal vez fuese más práctico, pero por alguna razón la entristecía mucho.

—Peque —dijo él finalmente—, escúchame un momento.

Willa se forzó a mirarle a los ojos, al tiempo que se retorció la correa del reloj.

—Sin duda sabes lo que te está pasando —dijo él—. Tus dos hijos ya son

mayores, se han ido de casa y, en cierto modo, han resultado ser un poco decepcionantes...

—¡Decepcionantes! —exclamó ella. Dejó de retorcerse la correa del reloj —. ¡No son una decepción!

—Bueno, no se relacionan mucho contigo; digámoslo así.

—¡Sí que se relacionan! ¡Se supone que vamos a cenar con Sean mañana por la noche!

—Willa, ¿aún no le has dicho que nos vamos?

Su mujer guardó silencio.

—Y esa cena fue idea tuya, no de Sean. En cuanto a Ian, bueno, acéptalo, con Ian no tienes casi ningún contacto.

—¡Porque no tiene cobertura donde está, por eso! Llama todas las veces que regresa a la civilización. Claro, hablas así porque no has tenido hijos —le reprochó—. Los hijos crecen. Eso es lo que se supone que hacen. Y además, son hombres. No cabe esperar que sean tan habladores como las chicas y tan amigos de hacer confidencias, por si no lo sabes.

—En cualquier caso —dijo él—, ¿no será, sencillamente, que echas de menos hacer de madre? Lo entiendo. Pero míralo de otra manera: ahora me tienes a mí. Disponemos de la libertad necesaria para disfrutar de nuestros años dorados.

Usaba aquella expresión irónicamente, pero Willa no sonrió.

—Por ejemplo —continuó Peter—, te he sugerido varias veces que te aficiones al golf.

—Lo he intentado —dijo ella. Había asistido incluso a un par de clases y se había comprado un surtido de falditas deportivas inarrugables y de calcetines blancos de algodón con borlas detrás.

—Pero luego lo dejaste —dijo él.

—¡Porque no le cogí el tranquillo! ¡No tengo la culpa de no ser una persona

atlética! En cualquier caso —dijo, porque le pareció que se apartaba del tema principal—, si de verdad insistes en que nos marchemos mañana, quizá lo que haga sea quedarme yo. —Hizo una pausa, pero Peter no dijo nada—. Solo se trataría de que volvieras a casa sin mí y de que me quedara yo hasta que Denise se defiende mejor sola. Ben dice que le pondrán pronto una escayola que le permita andar. Luego ya estará en condiciones...

—¿De qué Ben hablas? —preguntó Peter.

—Ben, su vecino, Peter. El médico, ¿no te acuerdas de él? Una escayola para andar le permitiría subir y bajar la escalera y esas cosas, y entonces ya no me importaría irme.

Por desgracia, Willa recordó justo en aquel momento que Ben había dicho que eso ocurriría al cabo de unas dos semanas. Pero decidió no comentárselo a Peter.

—De acuerdo, Willa —dijo él—. Si eso es lo que tú quieres... —Y volvió a enfrascarse en la lectura de la revista.

Willa se quedó allí parada un instante. Experimentaba cierto aturdimiento. ¿De verdad iba a obligarla a quedarse sola?

—En ese caso, ¿podrías, por favor, cancelar mi billete de avión?

Peter asintió con la cabeza y pasó una página.

Willa salió de la habitación y cerró la puerta. El calor la abofeteó como una toalla caliente, pero el bochorno disminuyó mientras bajaba la escalera.

En el cuarto de estar, Denise estaba metiendo por el interior de la escayola el cabo enderezado de una percha de alambre.

—El cirujano asegura que he tenido suerte —le contaba a Callie mientras se rascaba para calmar el picor—. Dice que podría haber sido una de esas balas que rebotan dentro del cuerpo. Yo le dije: «¿Suerte? ¿A esto lo llama usted suerte?».

Entretanto, Callie hacía la maniobra de algunos fumadores consistente en

girar la cabeza para expulsar el humo y luego abanicar inútilmente el aire con la mano a fin de despejarlo.

—Típico —comentó Callie, y Willa no supo si se refería a los cirujanos o a los hombres en general.

Apenas acababa de marcharse Callie cuando llamó al timbre Ben Gold; a su lado se encontraba la señora Minton. Willa les abrió la puerta mosquitera y se apartó para que la anciana entrara, arrastrando los pies, con Ben muy cerca detrás, por si acaso se tambaleaba. Había dejado el andador al pie de los escalones del porche; era evidente que solo lo utilizaba para mantener el equilibrio. Se repetía, una y otra vez: «Cuidado ahora. Cuidado ahora». Su falda era indecorosamente corta, apenas le llegaba a la rodilla, de manera que quedaban al descubierto sus canillas de un blanco azulado llenas de manchas; la blusa sin mangas también dejaba al descubierto unos brazos excesivamente delgados. Era la primera vez que Willa la veía sin la bata de ir por casa.

Al llegar al cuarto de estar se detuvo para echar un vistazo a Denise.

—Vaya, tienes un aspecto muy saludable —dijo.

—De salud estoy bien —le respondió Denise—, si no fuese por esta dichosa pierna. Cheryl, cédele el sillón a la señora Minton.

—¿Qué se siente cuando te disparan? —preguntó la recién llegada. Se estaba acercando poco a poco al sillón, con Ben sirviéndole de guía—. Siempre me lo he preguntado.

—Al principio no se siente nada. Es como una sacudida. Pero ahora me dan algo así como ataques. Parece que el dolor está sometido a la gravedad; si me levanto, baja a toda velocidad por la pierna y me golpea el talón.

La señora Minton emitió una especie de chasquido antes de agarrarse a la mano de Ben para sentarse en el sillón.

—Espero que estés ayudando a tu madre —le dijo a Cheryl mientras se tiraba de la falda.

—Sí —dijo Cheryl. Se había arrodillado junto a Avi3n y le estaba rascando detr3s de las orejas.

—¿Alguien quiere un poco de t3 helado? —pregunt3 Willa.

Pero la se±ora Minton dijo:

—Yo no, muchas gracias, cielo.

—Yo tampoco, gracias —dijo Ben, antes de instalarse en la mecedora.

—¿D3nde est3 ese marido suyo? —pregunt3 la se±ora Minton.

—Creo que est3 arriba haciendo el equipaje —respondi3 Willa—. Se marcha ma±ana por la ma±ana.

Cheryl y Denise se la quedaron mirando.

—¿No se va usted con 3l? —pregunt3 Denise.

—He pensado que podr3 quedarme unos d3as m3s, si os parece bien.

Cheryl susurr3 un «¡S3!» que prolong3 todo lo que la respiraci3n le permiti3.

—Bueno, caray —dijo Denise—. S3 que deber3 decirle que se lo piense, pero, caray, ¡muchas gracias, Willa!

—No hay de qu3 —dijo Willa—. No tengo nada urgente esper3ndome en casa.

—Aun as3, seguro que no quiere usted descuidar a su marido —le dijo la se±ora Minton con severidad.

—Ser3n solo unos d3as.

—No deje usted de demostrarle su aprecio.

—No, no; desde luego que no —le asegur3 Willa.

—H3game caso: perd3 a mi marido hace muchos a±os, pero no pasa ni un solo d3a sin que lamente no haberle prestado m3s atenci3n. Muri3 en Gettysburg.

La sorpresa de Willa fue evidente

—¿En el Gettysburg... de la guerra de Secesión? —preguntó.

—Justo allí. Le gustaba ponerse el uniforme de los rebeldes y participar en batallas famosas, y en aquella ocasión, cuando parecía que había caído en combate y ya no se levantó, descubrieron que había muerto de un ataque al corazón.

—Una recreación —le murmuró Ben a Willa.

—Vaya, ¡cielo santo!

—De todas formas, es justo como a él le habría gustado despedirse de este mundo; eso es algo que siempre me conforta —añadió la señora Minton.

—Aun así... —dijo Willa.

—Y ahora, sin marido, ando por la casa como un alma en pena. Y a este lado de la calle nos pasa a todos lo mismo; parecemos personas solitarias.

—Excepto mamá y yo —dijo Cheryl—. Y Sir Joe y...

—En cualquier caso, nadie que esté casado —le recordó la señora Minton, que se puso a contar con los dedos—: A Hal lo dejó su mujer. Callie se divorció. Dave, también. La mujer de Ben, aquí presente, nos dejó... Espera un momento, ¿Barry y Richard están casados?

—No, que yo sepa —dijo Denise—. Barry y Richard son gais —le contó a Willa—, ¡lo que está muy bien!

—De manera que cuando me encuentro a alguien con marido —continuó la señora Minton—, le digo: «Valóralo, ¿me oyes? ¡Valóralo mientras lo tengas!».

—Yo también perdí a un marido, hace ya tiempo —dijo Willa.

Willa supuso que quizá Denise lo sabría, pero todos los demás parecieron interesarse.

—El padre de Sean murió en un accidente de tráfico muy poco antes de que mi hijo mayor empezase a estudiar en la universidad.

—Bueno —dijo la señora Minton, con una complacida inclinación de la cabeza—. En ese caso no hace falta que le cuente nada.

—No.

—A veces te levantas, preparas el desayuno y entonces dices: «¡Qué cabeza tengo! Me parece que he puesto la mesa para dos».

—Así es —dijo Willa, aunque a decir verdad nunca había hecho nada semejante. Pero entendía a qué se refería la señora Minton.

—Estás sentada al final de la tarde y dices: «¿No es hora de irse a la cama?». Y entonces miras el reloj y ni siquiera son las siete y media.

—Y hablas solo —terció Ben desde la mecedora—. Dices: «¡A ver! ¡Supongo que tendría que hacerme algo de cenar!». Y la voz te suena así como oxidada porque hace muchísimo que no la usas.

Willa se volvió para mirarlo. Ben se encogió de hombros, a modo de disculpa, como si las palabras se le hubieran escapado sin querer.

—Hace diecisiete años que murió Lizzy —le dijo a Willa—, y mi único hijo está en Uganda. ¿Por qué cree que todavía trabajo en esa maldita fábrica de papeleo a la que llamo consulta médica? Necesito ver algún ser humano de cuando en cuando.

—Su hijo trabaja para Médicos Sin Fronteras —le dijo a Willa la señora Minton.

—Eso es estupendo —dijo Willa.

—Lo sería si no significara que está en las antípodas —repuso Ben.

—Claro —aceptó Willa. Luego añadió—: Mi padre me dijo en una ocasión que, a raíz de la muerte de mi madre, empezó a dividir el día en momentos. Digamos que dejó de preocuparse por cómo superaría lo que le quedaba de vida, y en cambio se limitó a disfrutar con el partido de béisbol que estaba viendo en la televisión en aquel instante.

—Eso está muy bien si funciona —comentó la señora Minton.

—Eso es, si funciona. No sé, a mí me parece que no me sirve. Creo que no soy capaz de disfrutar del momento sin más —admitió Willa—. Ni siquiera ahora; soy de esas personas que cuando se van de vacaciones se pasan todo el tiempo preguntándose si se acordó de apagar el horno, y si cuando vuelva a casa conseguirá no perder esa conexión de vuelos demasiado ajustada.

Denise se echó a reír.

—Caramba —dijo—. Lo único que me preocuparía a mí sería cómo alargar el viaje al máximo.

—¿Te das cuenta? —dijo Willa—. Tú sí sabes cómo disfrutar del momento sin necesidad de esforzarte.

—Tengo que irme, Ben —dijo luego la señora Minton—. Me toca regar las violetas africanas.

Ben se palmeó los muslos y se puso en pie para ayudarla a levantarse.

Habían comentado que Peter haría su pollo a la parrilla para cenar, pero cuando se vio que no bajaba a la hora en que hacía falta precalentarla, Willa optó por tomar la iniciativa y asar el pollo en el horno. Peter no hizo ningún comentario cuando su mujer los llamó a todos a la mesa; se limitó a ocupar su asiento con expresión adusta y a extenderse la servilleta sobre el regazo. También dejó que Willa se ocupara de trinchar el ave, algo que solía insistir en atribuirse como una de sus habilidades más destacadas. No cabía duda de que estaba de mal humor.

Ahora que eran cuatro, cenaban en el comedor. Por la mañana Ben les había llevado una butaca de mecanógrafa, con ruedas, para que Denise se sentara, de manera que incluso Cheryl podía llevar a su madre desde el sofá hasta la mesa del comedor o hasta el rincón donde estaba el pequeño escritorio con el

ordenador. Según Ben, los sólidos brazos de la butaca la hacían más segura, pero durante la cena Denise se quejó de que eran un estorbo.

—Por ejemplo, cuando intento pasar del sofá al asiento son un obstáculo, ¿me entienden? —preguntó—. No sé si habría una manera de quitarlos. —Miró a Peter. Aguardó—. Desatornillándolos o algo parecido —sugirió al final.

—No sabría decirte —respondió Peter, y se llevó un trozo de pollo a la boca y empezó a masticar.

Denise miró a Willa.

—¿Qué te parece si busco una solución cuando terminemos de cenar? —le propuso Willa.

Peter se metió en la boca otro trozo de pollo.

Fue sobre todo Cheryl quien mantuvo viva la conversación. Estaba muy contenta porque sus amigas Patty y Laurie volvían a casa al día siguiente.

—¡Qué ganas tengo de verlas! —exclamó—. ¡A Patty siempre se le ocurren cosas fantásticas que hacer! Laurie y yo podemos estar holgazaneando, aburridas a más no poder, y entonces Patty va y dice: «¡Ya sé qué podemos hacer!», y nos enseña algo que acaba de aprender, un juego de manos con las cartas o una aplicación nueva para el móvil. De mayor quiere ser presentadora de concursos televisivos.

—Esa niña parece demasiado mayor para la edad que tiene, qué quieres que te diga —intervino Denise—. No me podía creer la ropa que llevaba aquella vez que vino al cine con nosotras.

—¡Era un conjunto súper!

—Parecía una fulana.

Peter alzó los ojos al techo con paciencia infinita.

—Un top de nailon de lo más vulgar —le contó Denise a Willa—, con solo un hombro. ¿Por qué les gusta tanto el efecto de un solo hombro? Como si

estuviera diciendo: «Vaya, ¿te lo puedes creer? Alguien ha intentado arrancarme la ropa hace un momento». Vaqueros cortados tan justos que los bolsillos sobresalían por debajo del borde y zapatos de charol con tacón. ¡Con tacón! ¡Una niña de once años! ¡Para ir al cine!

—Eran zapatos de claqué, que lo sepas —le dijo Cheryl—. Zapatos para bailar.

—Ah, soy yo la que se equivoca; pido humildemente perdón. Como es de sobra conocido, todo el mundo tiene que bailar en una película de Pixar.

—¿Quién quiere un poco más de pollo? —preguntó Willa.

Nadie contestó.

A Willa empezaba a dolerle la cabeza.

Después de fregar los platos con Cheryl, Willa fue a ver la nueva butaca de Denise y, después de inspeccionarla, concluyó que los brazos podían quitarse.

—¿Tenéis un destornillador de estrella? —le preguntó a la dueña de la casa.

—Bueno —dijo Denise—, si lo tenemos estará en el cajón de las herramientas, casi seguro.

No sonaba muy prometedor, pero Willa fue a la cocina y se puso a rebuscar entre el revoltijo de herramientas, cinta de embalaje y alambre para colgar cuadros que había en el cajón en cuestión. De repente acudieron a su memoria las ocasiones en que sus padres iban a visitarlos, a Derek y a ella, después de que nacieran sus dos hijos. Su padre se le acercaba, negando con la cabeza con aire apenado. «Creo que el váter del cuarto de invitados tiene un escape —decía—. Pero probablemente te lo pueda arreglar.» O: «No sé si te has dado cuenta de que la puerta de la despensa está torcida. ¿Te importa que me ocupe de enderezarla?». Era una manera de demostrarle su cariño, Willa lo

sabía bien. Incluso cuando ella suspiraba quedamente al enterarse de otro fallo más en su casa, le conmovía ver lo mucho que su padre se esforzaba.

Y ahora era ella quien negaba con la cabeza ante el deplorable estado del cajón de las herramientas, pero sintiéndose satisfecha por haber localizado por fin un destornillador de estrella, lo que le permitiría arrodillarse junto a la butaca con ruedas y arreglar el mundo.

Peter se fue a la cama inmediatamente después de ver *60 Minutos* en la televisión, alegando que un taxi pasaría a recogerlo a las cinco de la mañana. Se despidió de Denise, deseándole una pronta recuperación, y a Cheryl le dijo que cuidara de su madre.

—Bueno —dijo Denise—, gracias por permitir que sigamos disfrutando de su esposa, ¿me oye?

Peter no dijo: «De nada» ni hizo ningún otro comentario.

Luego Denise, Cheryl y Willa jugaron unas cuantas manos de Lo Dudo, Denise sentada en el sofá, Cheryl en el suelo y Willa en la mecedora que había arrastrado hasta colocarla cerca de la mesa de centro. Resultó que ya no se decía: «Lo dudo», sino: «¡Mentirosa!». La primera vez que Willa trató de echarse un farol y Cheryl gritó: «¡Mentirosa!», Willa se sorprendió tanto que se quedó con la boca abierta. Miró de reojo a Denise, pero esta se limitó a hacer un gigantesco globo de chicle sin dejar de estudiar sus cartas. Willa, en consecuencia, se dio por enterada, aunque cuando sospechaba de un farol se limitaba a decir: «¡Ejem!», lo que a Cheryl y a Denise les pareció divertidísimo.

Cuando terminaron, Cheryl se fue a la cama y Willa sacó a pasear a Avión. Al volver instaló a Denise en el sofá, le dio las buenas noches y, finalmente, subió la escalera para acostarse.

Primero se detuvo en el baño a lavarse la cara y las manos antes de entrar de puntillas en el cuarto de invitados, aunque bien podría haber hecho todo el

ruido que le hubiera venido en gana, porque el aire acondicionado funcionaba a tope. Todas las luces estaban apagadas y Peter dormía, o fingía dormir, no sabía decirlo. Había esperado vagamente que le sugiriera que se acurrucara a su lado en aquella última noche juntos, pero tampoco tenía mayor importancia. Se desnudó a oscuras y se metió en la cama, tapándose bien con la manta para protegerse del aire refrigerado. Temía dormir mal, pero las tensiones del día debían de haberla dejado exhausta, porque cuando volvió a abrir los ojos Peter se movía en la penumbra recogiendo sus cosas. Luego, cuando salió de la habitación, la maleta rozó el marco de la puerta. Estuvo despierta, imaginándoselo mientras se afeitaba y se vestía en el baño; después se lo imaginó bajando la escalera y saliendo a la calle para esperar el taxi, aunque, por supuesto, no pasaban de ser suposiciones, porque con el aire acondicionado encendido no oía absolutamente nada. Igual podría estar encerrada en una caja, pensó: sellada herméticamente, sin aire. Empezó a experimentar una ligera sensación de pánico. «¿Qué estoy haciendo aquí? — pensó—. ¿Dónde estoy, si puede saberse?»

Al cabo, se repuso y se levantó para apagar el aire, que se estremeció y murió. Cruzó la habitación para abrir la otra ventana y luego volvió a acostarse. El canto de las cigarras se metió en el dormitorio junto con la sirena de una ambulancia lejana. Pocos minutos después, Willa oyó que un automóvil se detenía. Dos hombres hablaron brevemente, la portezuela del coche se abrió primero y se cerró después, y el vehículo al fin se alejó. A partir de aquel momento Willa solo oyó cantar a las cigarras. Sus cantos eran los chirridos de alguien que restriega algo adelante y atrás, de alguien que lija un trozo de madera, y que luego se detiene un momento antes de seguir lijando.

Willa recibió un correo electrónico de Sean, en el que le decía: «Hola, mamá, qué tal si quedamos en el Café Antoine hoy a las seis».

«Muy bien —escribió ella en respuesta—, pero te comunico que iré sola.» Abrigaba la esperanza de que su hijo se ofreciera a recogerla. Le mandó el mensaje después del desayuno y a continuación Cheryl y ella sacaron a pasear a Avión. Tal vez su hijo habría contestado cuando volvieran.

Era una hermosa mañana, y varios vecinos estaban en la calle: la señora Minton, siempre con su andador, instaba a su perro a hacer sus necesidades, y Sir Joe, que lavaba con la manguera su furgoneta, hizo una pausa para dirigir a Willa una sonrisa seductora, mientras Dave, el detective, miraba ceñudo las malas hierbas de su jardín. Dave era un tipo flácido, panzudo, que vestía un chándal arrugado; Willa lo había conocido el día anterior cuando se presentó en casa de Denise con una gigantesca bolsa de patatas fritas de la marca Utz. Ahora Willa le saludó levemente con la mano, pero él siguió con el cuello hundido entre los hombros como un pájaro al que una tormenta le hubiera ahuecado las plumas.

—Está de mal humor —le dijo Cheryl a Willa—. Los lunes siempre está de mal humor.

—¿Qué tienen los lunes de malo? —preguntó Willa.

—No recibe llamadas telefónicas debido a Facebook.

—¿A Facebook? —dijo Willa.

—La gente ya no lo necesita para localizar a nadie.

Willa se echó a reír.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —preguntó Cheryl.

—Bueno, no sé... —respondió Willa.

Se sentía muy alegre. Por supuesto, se le hacía extraño estar sin Peter, pero al menos podría quedarse todo el tiempo que quisiera sin estar preocupada por si lo desatendía.

Cuando volvieron a casa, Willa miró su correo electrónico, pero no había ningún mensaje de Sean. En cambio, Elaine había mandado algo: la fotografía de la cumbre de una montaña espectacularmente escarpada que asomaba por entre unas nubes con forma de anillo de humo. Muy típico de su hermana. Elaine creía que a la gente le gustaba ver los sitios a los que iba de viaje. Nunca se le ocurría que quizá quisieran verla a ella. Ni siquiera había añadido unas letras; solo «Monte Alana» en la casilla del asunto.

Willa buscó en Google la dirección del Café Antoine por si tenía que ir en coche. Vio que estaba en Towson, pero cuanto sabía de Towson era que quedaba inmediatamente al norte de Baltimore. Fue al comedor, donde Denise hacía un solitario en su ordenador.

—¿Podrías prestarme el coche para ir a cenar esta noche con Sean? —le preguntó.

No tenía sentido mantener aquella cita en secreto: era lógico que quisiera ver a su hijo.

—Por supuesto —dijo Denise sin apartar los ojos de la pantalla.

Había conseguido pasar por sí sola del sofá a la silla con ruedas mientras Willa y Cheryl estaban de paseo. Explicó que se había impulsado hasta el comedor sin más ayuda que el talón del pie bueno, esquivando con las manos las paredes y los muebles que se encontraba por el camino. Quedaba bien claro que estaba haciendo progresos.

—Tenemos que encontrarnos en este local de Towson —le dijo Willa—. Me preguntaba si, cuando termines, podría comprobar el recorrido en tu ordenador. No me gusta nada estudiar mapas en la pantallita del móvil.

Esta vez Denise la miró.

—¿Qué local de Towson? —preguntó.

—¿Café Antoine?

Denise hizo una mueca.

—¡Qué típico, pero qué típico! —exclamó—. Sean no sabía que existía el Café Antoine hasta que lo llevé yo.

—Vaya —dijo Willa con gesto de impotencia.

—Y fíjese en lo que se pida Sean. Apuesto a que los buñuelos de carne de cangrejo. Yo fui la primera que los pidió, le dejé que los probara y casi se los comió todos.

—¡Qué rabia! —exclamó Willa. Sí, sin duda, debía de dar mucha rabia. Sintió una familiar punzada de vergüenza por el comportamiento de su hijo.

—Pero, bueno —dijo Denise, pulsando unas cuantas teclas en el ordenador hasta poder señalar un punto en la pantalla—, aquí tiene el mapa; échele una ojeada.

Willa se inclinó sobre el hombro de Denise. Hasta ella estaba en condiciones de comprobar que el camino era más o menos directo. Primero había que ir hacia el oeste durante cierto tiempo y después recorrer hacia el norte una distancia parecida. Pero Towson en sí era un laberinto de callejuelas, difíciles de diferenciar.

El pelo de Denise, que Willa había ayudado a enjabonar la noche anterior en el fregadero de la cocina, desprendía el olor de su champú a fruta pasada. A Willa solía molestarle aquel aroma, pero en el caso de Denise lo encontraba extrañamente agradable.

—Puede que Sean se ofrezca a llevarme —dijo—, pero he pensado que

debo estar preparada por si no se le ocurre.

—¿Por qué no se lo pide, sin más? —dijo Denise.

—Oh...

—¿Irá ella?

Willa no se molestó en fingir que no sabía de quién hablaba.

—Creo que sí —respondió.

—Bueno, dígame que espero que esté satisfecha —dijo Denise.

La idea de transmitir aquel mensaje hizo reír a Willa y Denise la miró con dureza, pero luego sonrió a su pesar y añadió:

—O no se lo diga, si no se presenta la ocasión.

A lo largo de la mañana una parte de Willa volaba con Peter hacia el oeste. Primero habría cruzado las llanuras del centro del país; luego aterrizaría en Denver. Sabía que Peter tendría que esperar antes de embarcar en el avión para Tucson, y se preguntó si la telefonaría, aunque en realidad no esperaba que lo hiciera.

Patty y Laurie, las amigas de Cheryl, habían ido a jugar con ella. Después las tres fueron a pie a la tienda de comida preparada DuWayne y regresaron con el almuerzo: sándwiches de rosbif para los mayores y unos submarinos para ellas que se llevaron a la mesa del patio, mientras Willa y Denise comían en la cocina. Desde donde estaba sentada, Willa oía las agudas voces de Patty y Laurie compitiendo por describir una fiesta de pijamas con las locas de sus primas y una película de terror que habían visto, así como el centro comercial al que las habían llevado sus tías para comprar unos pendientes. A Cheryl no se la oía mucho. Willa habría pensado que comentarían algo sobre el incidente de Denise, pero no salió a relucir. Cuando, al llevar los platos vacíos a la cocina, Patty tropezó con la pierna escayolada y Denise dijo, con un gesto de

dolor: «¡Ten cuidado!», la culpable se limitó a murmurar: «Lo siento», sin detenerse siquiera. Era la mayor de las dos y, aunque llevaba un conjunto reducidísimo —un *bustier* fruncido que cubría el pecho plano y los cortísimos pantalones de los que Denise se había quejado—, tanto ella como su hermana eran dos menudencias rubias tan enjutas que Willa no veía el problema por ningún sitio.

Después del almuerzo las tres subieron a la habitación de Cheryl. A juzgar por el ruido que hicieron, más que subir por la escalera pareció que se caían hacia arriba, y después se oyeron una sucesión de golpes y raspones, como si estuvieran moviendo los muebles. Luego jugaron a algo que requería muchas discusiones y revisión de reglas, y al rato empezó a oírse una música.

—Ese debe de ser el móvil de Patty —dijo Denise, poniendo una de sus caras típicas—. ¿Puede usted creer que alguien le regale un teléfono a una niña de once años?

—De todas formas, parece que están divirtiéndose —dijo Willa. Luego ladeó la cabeza para escuchar—. ¿No es interesante constatar que todos los niños suenan igual desde lejos? Apuesto a que incluso en África utilizan ese tono «na-na-ná» cuando se burlan, y que sus voces se vuelven agudas y quebradizas cuando exclaman: «¡No es justo!».

—¿Cuánto quiere apostar a que Patty está enseñando a las otras dos a hacer *striptease*? —dijo Denise. Pero se permitió una sonrisa muy discreta cuando Willa se echó a reír.

Más tarde, al cruzar el pasillo del piso de arriba con el cesto de la colada, Willa echó una ojeada al cuarto de Cheryl para ver qué hacían. Patty, de pie, con los brazos abiertos, estaba de cara hacia la puerta y Laurie y Cheryl se habían colocado detrás. Lo único que se veía de las dos más pequeñas eran los brazos, igualmente abiertos, de manera que Patty parecía tener seis, y todos

se movían mecánicamente dibujando arcos antes de volver a detenerse, siempre al son de los sonidos rítmicos que, puntuando la música, Willa oía ya.

—¡Es el baile del reloj! —gritó Cheryl, asomándose de repente desde detrás—. ¿No te has dado cuenta?

Claro, aquellos sonidos rítmicos eran el tictac de un reloj. Los brazos, sus manecillas, moviéndose al unísono con los relojes tartamudos que presiden las aulas de una escuela elemental.

Willa sonrió a las niñas y dijo:

—Sí que me he dado cuenta.

Al volver al piso de abajo, le comentó a Denise:

—Me gustaría que vieras el baile tan divertido que están interpretando.

—Empiezo a pensar que nunca volveré a subir la escalera —dijo Denise con aire sombrío.

—No te preocupes, todo se andará —dijo Willa.

Luego consultó su reloj. Eran las cuatro menos cuarto. Peter estaría ya en la segunda etapa de su vuelo, así que perdió toda esperanza de recibir una llamada suya.

Utilizando el mapa del ordenador de Denise, Willa dibujó un detallado diagrama del itinerario hasta el Café Antoine. Además del nombre de todas las calles por las que tenía que torcer, apuntó también el de las que las precedían, para estar advertida con mucha anticipación. A Denise, que la miraba, le pareció gracioso.

—¡No es más que Towson! —repetía—. ¡La pequeña e insignificante Towson de toda la vida!

—No tienes idea de lo que dices —le explicó Willa—. Las personas que saben orientarse ni se lo imaginan.

—Sigo sin entender por qué no le pide a Sean que venga a recogerla.

—Esperaba que se le ocurriera a él —dijo Willa.

—Pero ¿por qué limitarse a esperar? ¿Por qué andarse con tantos miramientos? ¿Por qué se enfrenta usted a las cosas tan de costado?

Denise tenía razón. Willa se daba cuenta. Observó en silencio el diagrama.

—¿O quizá le preocupa que yo me moleste si viene a recogerla aquí? —preguntó Denise.

—No, no...

—Porque no me molestaría en absoluto. ¡Lo juro! Lo que sucedió cuando vino a por sus cosas fue pasajero. Lo tengo superado por completo. ¡No hay ningún problema!

—Ni siquiera estaba pensando en eso —dijo Willa. (Aunque en realidad ignoraba lo que había sucedido cuando Sean se habían presentado a recoger sus cosas, podía imaginárselo.)

—Es él quien se sentirá mal, con el tiempo, por tener que soportar a esa remilgada de Elissa. Ya la conocerá. Es tan exquisita... De esas que llevan un clínex impoluto metido en la manga. ¿Qué se apuesta a que seguramente ya lo está volviendo loco? Lo más probable es que Sean se esté tirando ya de los dientes.

—De los pelos —dijo Willa, echándose a reír.

—Lo que sea —replicó Denise.

—Rechinar el pelo y tirarse de los dientes —dijo Willa, y rieron juntas.

Willa no contó que también ella, a veces, cuando llevaba ropa sin bolsillos, se metía un clínex en la manga.

¿Por qué se enfrentaba siempre a las cosas tan de costado? A última hora de la tarde, cuando ya sabía que su marido habría llegado a casa pero seguía sin

llamar, ¿por qué, sencillamente, no le llamaba ella y le preguntaba: «¿No has llegado aún?» y «¿Qué tal el viaje?».

Pero quizá estuviera echando una cabezadita, se dijo, porque había tenido que madrugar mucho. A Willa no le gustaría nada despertarlo.

Willa sabía que no era más que una excusa.

Había previsto ponerse el vestido acampanado, pero se dio cuenta de que hacía demasiado calor. Tendría que conformarse con el sencillo vestido recto de algodón que ya había llevado varias veces. Para quitarle las arrugas, y a falta de una verdadera tabla de planchar, recurrió a la mesa de comedor de Denise. Era cierto, ya estaba sufriendo las limitaciones de vivir con una maleta a modo de ropero. (¡Y sin embargo, Peter se quejaba siempre de que ella llevaba demasiado equipaje!) Aquella tarde se había visto obligada a hacer una colada de blusas y ropa interior, y el reducido frasco de maquillaje que llevaba en los viajes no iba a durarle mucho más. Se aplicó una cantidad exigua, frunciendo el ceño delante del espejo del cuarto de baño. Luego se alisó el pelo con ambas manos. En Tucson iba a un sitio donde le domaban el pelo, muy crespo, con productos químicos; ya estaba siendo hora de someterse a un nuevo tratamiento.

Cheryl estuvo pendiente de ella un buen rato, atenta a sus preparativos, pero cuando sonó el timbre de la puerta dijo: «¡Voy yo a abrir!», y salió disparada. Barry y Richard se habían ofrecido, como ellos mismos explicaban, para hacer de «niñeras», aunque al oír aquella palabra Cheryl resoplaba indignada. Horas antes se habían presentado con un cesto de fruta y se habían horrorizado al enterarse de que Cheryl y Denise iban a quedarse solas aquella noche. Cuando Willa bajó la escalera se los encontró en el comedor, sacando unas pizzas de sus cajas. Eran dos hombres cómicamente disparejos: Barry, panzudo, rubio, con barba y arrugados pantalones de deporte; y Richard, alto, moreno y elegante, todavía con su traje de oficinista. (Richard era agente inmobiliario y

Barry, carpintero.) Se habían presentado con su tablero de Scrabble para jugar después, aunque Denise les estaba diciendo que a ella se le daba muy mal aquel juego.

—Todo lo que se me ocurre son palabras de tres o cuatro letras.

—No te preocupes, mamá —dijo Cheryl—. Yo te ayudaré.

Pero Denise hizo un gesto de desaliento.

—Apuesto a que a Willa se le da muy bien el Scrabble —comentó Richard.

—La verdad es que no —repuso Willa—, pero me gusta jugar.

Rechazó la porción de pizza que Barry le ofrecía (aceitunas negras y champiñones; el aspecto era delicioso) y buscó su bolso para marcharse.

—¡Pasadlo bien! —les dijo. La mitad de ella habría preferido quedarse.

Aún era de día, lo que le facilitaría la conducción. Le llevó su tiempo instalarse en el automóvil: empujar hacia delante el asiento del conductor y ajustar todos los espejos antes de ponerlo en marcha. Sonó la radio —la NPR, la emisora pública que Peter siempre elegía— y buscó el botón para apagarla por temor a distraerse. Abrió un poco el cristal de la ventanilla para aligerar el olor a moho, y acto seguido se fue apartando de la acera con mucha precaución.

Llegar a su destino no le resultó una tarea tan desalentadora como había temido. En Dorcas Road solo se cruzó con un coche y Reuben Road le era ya familiar debido al conejo disecado que llevaba dos días en la esquina con un letrero de cartón en el que se preguntaba: «¿Es usted quien me ha perdido?». Antes casi de que pudiera darse cuenta, y con un simple giro a la izquierda, ya estaba entrando lentamente en Northern Parkway; después avanzó sin problemas durante un tiempo. Es verdad que había algo de tráfico, pero no lo suficiente para tener que preocuparse por si hacía ralentizar a otros

conductores. Prosiguió sin sobresaltos hacia el oeste y luego hacia el norte por York Road, esta vez mediante un giro a la derecha, lo que no le supuso ninguna dificultad. Entonces se relajó un poco. Dejó atrás una sucesión de tiendas y locales de comida rápida, luego hileras de casas modestas y por fin un distrito comercial que ya debía de formar parte de Towson. Una vez allí necesitó comprobar los nombres de las calles, pero el tráfico era tan intermitente que consiguió leerlos. Sí, allí estaba la última calle antes del siguiente giro, luego el sitio mismo donde tenía que doblar... Torció a la izquierda y casi de inmediato localizó el café, cuyo nombre en letras de neón sobre un ventanal con parteluces se reconocía claramente. Pero no había ningún espacio libre delante para aparcar, qué contrariedad. En el cruce siguiente, giró hacia la derecha sin pensárselo dos veces y casi de milagro descubrió un estacionamiento con parquímetro. Gracias a Dios. Ni siquiera le hizo falta dar marcha atrás: pudo meter el coche de frente en un espacio vacío.

Apagó el motor y se quedó allí, respirando hondo un momento. Luego se rehízo, cogió el bolso y se apeó. Se acordó incluso de echar monedas en el parquímetro.

Al retroceder camino del café, tuvo la más extraña de las experiencias. Reparó en un individuo que, a lo lejos, se dirigía hacia ella: un tipo rubio, con camisa de manga corta y pantalones de color caqui. En un primer momento, solo se fijó en que se acercaba, pero luego, un algo brioso en su manera de andar le llamó la atención. Willa se detuvo en seco. Era Sean. Era su querido Sean, tan familiar, con treinta y ocho años ya y del todo a sus anchas en una ciudad desconocida, acompañado por una rubia muy delgada que llevaba un vestido veraniego de lunares. Al ver a su madre, Sean se limitó a sonreír y alzó una mano; no se paró en seco como le había sucedido a ella.

—Hola, mamá —dijo al llegar a su altura, y se inclinó para besarla en la

mejilla—. Esta es Elissa —anunció, girándose hacia la mujer que había a su lado.

Elissa le tendió la mano a Willa.

—¿Qué tal está, señora Brendan? —dijo.

—Willa, por el amor de Dios —respondió la madre de Sean.

Los dedos de Elissa eran largos, fríos y delgados. Parecía más joven que Sean —quizá no había cumplido aún los treinta—, y aunque en su vestido de verano no había lugar para un clínex, llevaba echado sobre los hombros un cárdigan, lo que en opinión de Willa causaba casi el mismo efecto.

—¿Entramos? —preguntó Sean, y las precedió para abrir una puerta de cristal y pasar a un pequeño salón donde la mayoría de las mesas ya estaban ocupadas—. MacIntyre, para las seis —le dijo a la recepcionista.

También aquello le produjo a Willa una sensación extraña: el recuerdo de los días en que también ella había sido una MacIntyre.

Les dieron una mesa esquinera: Sean se sentó junto a Elissa y Willa frente a los dos. Willa dejó el bolso en la silla vacía que tenía al lado y unió las manos sobre el regazo.

—¡Bueno! —dijo—. Llegar hasta aquí no me ha costado tanto como temía.

—Ya imagino—dijo Sean. E informó a Elissa—: A mamá no le gusta mucho conducir.

Elissa manifestó su comprensión con una especie de cloqueo.

—De hecho, algunos de sus amigos de más tiempo se sorprenden cuando se enteran de que tiene carnet de conducir —dijo Sean.

—Bueno, ya vale —dijo Willa—. Se lo está inventando todo —le explicó a Elissa. Ya estaban encasillándola de nuevo en el papel de madre titubeante y desafortunada que sus hijos le habían adjudicado al llegar a la adolescencia—. ¿Eres de Baltimore? —le preguntó a Elissa.

—No, no. Llegué aquí hace pocos años —dijo Elissa—. Soy de Nueva

York.

Aunque, a decir verdad, no tenía lo que Willa hubiera considerado un acento de Nueva York. Hablaba con mucha claridad, pronunciando con cuidado todas las palabras. Su boca era pequeña, pintada de un rojo brillante y perfilada con mucha precisión. (Cheryl le habría preguntado si usaba perfilador.) Y llevaba las mangas del cárdigan, más que anudadas entre sí, cuidadosamente aplastadas una sobre otra, de manera que debía estar pendiente de cómo movía los hombros.

Willa empezó a echar de menos a Denise.

La camarera les tendió unos menús de color crema, un poco manchados, y con borlas.

—Te recomiendo los buñuelos de carne de cangrejo —le dijo Sean a Willa.

—Ah, sí, los buñuelos de cangrejo —dijo Willa.

—¿Vas a querer vino, mamá?

—Creo que mejor no, ya que tengo que conducir. Quizá un té helado —dijo.

—Para nosotros, una botella de pinot grigio —le dijo Sean a la camarera.

—¿Está disfrutando de su visita? —le preguntó Elissa a Willa.

La madre de Sean estaba experimentando uno de los momentos de arrobamiento que a menudo se apoderaban de ella cuando estaba con sus hijos. Admiraba el perfil de Sean mientras hablaba de vinos con la camarera; su hijo mayor tenía una nariz recta muy elegante y unas pestañas rubias encantadoramente densas. Pero dirigió su atención a Elissa y dijo:

—Sí que estoy disfrutando, muchas gracias.

—No me puedo creer que alguien disparase a Denise —comentó Elissa—. ¿Se sabe quién fue?

—No, y creo que han renunciado a seguir investigando —dijo Willa.

La sorprendió que Elissa pudiera hablar de Denise con tanta naturalidad.

Empezó a preguntarse cómo era posible que las dos hubieran sido amigas: Elissa, tan estirada, y Denise, tan afable.

Sean había terminado ya de hablar con la camarera.

—Es increíble —le dijo a Elissa—. Aunque hay que tener en cuenta que ese barrio no es el más sofisticado de la ciudad.

—Aun así, me parece un barrio muy seguro —comentó Willa—. No me produce ningún temor salir a dar un paseo ya muy de noche.

—Bueno, quizá acabes replanteándotelo —le dijo Sean—. Fíjate en los vecinos. Un matón a bordo de una motocicleta, un detective privado de mala muerte, un médico que no es ya más que la sombra de sí mismo con un montón de pacientes sin recursos...

Willa pensó que su hijo estaba viéndolos desde un ángulo equivocado. No eran como Sean los describía. O quizá sí, aunque también había otras cosas en ellos. Pero no quería discutir.

—¿Qué tal el trabajo, cariño? —le preguntó—. ¿Te van bien las cosas?

—¿Cómo? Sí, por supuesto —respondió Sean.

Willa no sabía en qué consistía su trabajo exactamente, pero tampoco había sabido nunca lo que hacía su padre.

—¿Crees que te vas a quedar aquí para siempre? —le preguntó.

—Imagino que sí —respondió él, y se puso a consultar el menú.

—Y tú, Elissa, ¿trabajas también? —preguntó Willa.

—Sí, soy representante de una empresa de tratamiento de ventanas.

—¿Qué interesante!

—Se requiere un poquito de sentido estético y también de estilo —dijo Elissa—. Por no hablar de mucho tacto. No se imagina lo que algunas personas quieren poner en sus ventanas.

—Sí, me lo imagino —dijo Willa.

En aquel momento llegó la camarera con las bebidas, y tuvieron que pedir

la comida. Sean y Willa se decidieron por los buñuelos de cangrejo, Sean con patatas fritas, Willa con ensalada de col. Elissa, por su parte, pidió pechuga de pollo sin piel a la *rémoulade*, pero sin la *rémoulade*, además de una ensalada con el aderezo aparte. A Willa le habría gustado que pidieran un primer plato, solo por prolongar un poco más la velada, pero ambos rehusaron.

Cuando la camarera se fue, hubo un prolongado silencio durante el cual los tres se volvieron para ver a un niño muy pequeño que se tiraba debajo de una mesa vecina y cruzaba los brazos sobre el pecho obstinadamente.

—¡Georgie! —repetía su madre—. Georgie, corazón. Vamos, Georgie.....

—Siento que Peter no haya podido venir —dijo Willa al fin.

—Yo también —respondió Elissa—. Me habría gustado conocerlo.

—Ha considerado que tenía que volver a Tucson —explicó Willa—. Ya sabes... —añadió, dirigiéndose a Sean.

—Creía que se había jubilado —dijo este.

—Bueno, sí, pero... aun así sigue en contacto con el bufete.

—Seguro —dijo Sean. Y, dirigiéndose a Elissa, añadió—: Mi hermano y yo llamamos a Peter «el regalo inagotable».

Elissa emitió un sonido silbante como si lo encontrara divertido, pero a Willa la desconcertó la frase.

—¿Qué quiere decir eso? —le preguntó a su hijo.

—Bueno, ya sabes: Peter es un tema interminable de conversación, con sus resoplidos y objeciones más recientes.

—¡No sé de qué estás hablando! —protestó Willa.

—Por ejemplo, imaginemos que estuviese ahora con nosotros —dijo Sean, volviéndose hacia Elissa—. Peter nunca acepta la primera mesa que le ofrecen. Siempre tiene que pedir otra y a veces, incluso, una tercera en vez de la segunda. Luego está la cuestión del vino. Se lo sirven para que lo cate y él hace algo como filtrarlo entre los dientes y gargarizarlo; luego se queda

inmóvil, con el ceño fruncido, mientras todo el mundo espera a que dé su veredicto.

—Vamos, Sean, nunca llega a ese extremo —dijo Willa.

—Y si te parece que ya eso es todo un show, no te pierdas el proceso de pedir lo que quiere comer. La camarera ahí quieta, espera que te espera, bolígrafo y bloc preparados...

—Está exagerando —le dijo Willa a Elissa.

—Al final, la camarera dice: «Vuelvo dentro de unos minutos, será lo mejor», pero Peter contraataca: «No, no...», y la tiene ahí esperando un rato más. Luego pregunta: «Los espárragos, ¿los cultivan ustedes? ¿Los han recogido mientras aún conservaban el rocío?».

—Se lo está inventando todo —le dijo Willa a Elissa—. Peter es muy buena persona. Y divertido, además; tiene un sentido del humor muy... sarcástico.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Elissa.

—¡Oh! —exclamó Willa, agradecida—. Bueno, yo estaba haciendo cola en Correos, y llevaba una botella de agua. Y Peter, que estaba detrás, se inclinó hacia delante y preguntó: «¿No tendría que llevársela su sherpa?».

Willa rio al recordarlo. Elissa pareció desconcertada, y Sean le dijo:

—Ya ves a qué me refería.

—¿Qué? —quiso saber Willa—. ¿Qué tiene eso de malo?

Llegó la comida y se la sirvieron en silencio. La camarera pareció darse cuenta de que aquel no era el momento más oportuno para preguntar si tenían todo lo que necesitaban.

—Es un tipo al que le gusta pavonearse —le dijo Sean a Elissa—. Le gusta pontificar. ¿Recuerdas, mamá, aquella vez que se alteró tanto a propósito del paquete de galletas saladas? Estaba informándose sobre las instrucciones de uso —le contó a Elissa—, leía las «Sugerencias para recetas». Recomendaban *panini*, término que utilizaban para los sándwiches de galletas saladas hechos

con lonchas de queso de más de ocho centímetros de espesor, pimientos, rodajas de calabacín y cosas por el estilo, pero, claro, habían escrito «paninis». Y Peter exclamó: «¡“Paninis”! ¡Llaman a esto “paninis”! ¿Cómo suponéis que escribirán el singular? ¿Y cómo piensan que la gente se las apañará para metérselos en la boca, por el amor de Dios? Para qué molestarse en comprobar un detalle tan insignificante, ¿a quién le importa?».

—Dios mío —dijo Elissa.

—Es lo que se conoce como una «persona difícil» —le dijo Sean. Luego se metió en la boca una enorme cantidad de comida, y empezó a masticarla con aire de ser él también una persona bastante difícil.

—Estás siendo injusto, Sean —intervino Willa—. Todo el mundo tiene derecho a opinar de cuando en cuando.

Sean se limitó a meterse en la boca otra buena cantidad de comida.

Elissa hizo un delicado ruido para aclararse la garganta. Todavía no había tocado la pechuga de pollo.

—Siento mucho no haber podido conocer al padre de Sean —le dijo a Willa.

—Yo también lo siento —respondió Willa, agradeciéndole que cambiara de tema.

—Seguro que te habría gustado. ¡Era tan buen padre! Estaba conmigo en la sala de partos cuando nació Sean, y se emocionó tanto que exclamó: «¡Es un bebé!», en vez de decir: «¡Es un niño!». ¿Te das cuenta? Pero...

—Murió en un accidente de tráfico por indignarse demasiado —le dijo Sean a Elissa.

—Sí, te he oído comentarlo —murmuró Elissa.

Willa se inclinó sobre su plato y probó uno de sus buñuelos de carne de cangrejo. Le supo a masa de *crêpe* frita con mucho aceite.

—¿Está todo a su gusto? —les preguntó la camarera.

—Muy rico todo —le contestó Sean.

Sin querer, Willa recordó que Peter sentía un profundo desprecio por la expresión «a su gusto».

—Gracias, pero háganme saber si les apetece alguna cosa más —dijo la camarera antes de alejarse.

Ruido de tenedores, entrechocar de cubitos de hielo. Elissa estaba comiendo ya, y después de cada bocado se limpiaba los labios delicadamente con la servilleta. Sean había terminado con los buñuelos de cangrejo y estaba empezando con las patatas fritas. Seguía aquel método desde pequeño: se enfrentaba a la comida de manera sistemática: cada vez un alimento, hasta terminarlo.

—Decidme, ¿hace mucho que os conocéis? —les preguntó Willa.

La cuestión estaba cuidadosamente planteada. (Willa no podía interesarse por cómo se habían conocido, porque sin duda a ellos no se les escapaba que Denise se lo habría contado.)

Hubo un silencio antes de que Elissa respondiera por los dos:

—Bueno, hará cosa de un año, creo. Pero eso no quiere decir que llevemos un año como pareja. Viviendo juntos no llevamos... mucho.

—Ah.

—No soy mala persona, créame.

Aquello fue tan inesperado que Willa tardó un segundo en reaccionar.

—¡Claro! Por supuesto que no —dijo luego.

—Estaba muy decidida a seguir con mi marido, créame. Pero es que..., bueno, entonces apareció Sean.

Willa lo encontró razonable. Sean era infinitamente superior a Hal, y era normal que también Elissa lo reconociera.

—Después de que nos trasladáramos a Dorcas Road, siempre veía a Sean en el gimnasio —estaba diciendo Elissa—. Durante un tiempo no supe que

vivía en la misma manzana que nosotros. Y Denise nunca aparecía por el gimnasio. Y tampoco Hal. Estábamos solos Sean y yo, uno al lado del otro en las cintas de correr.

En ese momento, Willa recordó hasta qué punto mujeres jóvenes como Elissa podían ser de ayuda al proporcionarle algún atisbo de la vida privada de sus hijos. Asintió muy animada; estaba tratando de no decir nada que pudiera hacer callar a Elissa. Pero Sean sin duda quería que dejara de hablar, porque dijo:

—En cualquier caso...

—Por ejemplo —le contó Elissa a Willa—, seguro que usted ni se imagina que todavía voy a cenar todos los domingos a casa de mis suegros.

Debía de estar volviendo al tema de que en realidad no era mala persona.

—No, no me lo imaginaba —dijo Willa.

—Es un detalle que tengo con Hal. No quiere que sus padres lo sepan.

—¿Que lo sepan...?

—Sus padres creen que seguimos juntos. Su madre me pregunta: «Dime, cariño, ¿todavía usas el mantel que te regalé?», y yo le contesto: «Sí, lo uso siempre. Lo usé precisamente el otro día, cuando invitamos a mi jefe y a su mujer». No sé qué haré el Día de Acción de Gracias. Hasta ahora los padres de Hal siempre habían venido a nuestra casa.

—Bueno, para entonces ya les habrás explicado lo que pasa —le dijo Sean.

—¿Por qué tengo que ser yo quien se lo explique? Son los padres de Hal.

—Sí, pero eres tú quien se fue de casa —le recordó Sean.

—¡No me fui de casa! En un principio se lo íbamos a contar a los dos, a Hal y a Denise, mientras cenábamos —le aclaró Elissa a Willa—. Denise nos invitó a cenar, ¿se hace cargo?, y le dije a Sean: «Es el momento de contárselo, cuando estemos los cuatro. Con calma y de manera civilizada». Pero a Denise se le quemó el *boeuf bourguignon*.

Willa asintió de nuevo, alentándola.

—Todas las tajadas estaban pegadas a la cazuela. Denise trataba de servirnoslas, pero no había manera. Tuvo que hacer cuña con el cucharón y luego golpear el mango con el puño, y entonces, cuando una tajada cedía por fin, a veces salía volando, e incluso la cazuela también se deslizaba unos cuantos centímetros sobre la mesa. Y Denise se iba poniendo cada vez más colorada y repetía: «Maldita sea...». El caso es que cuando ya tuvimos la carne en los platos, no eran más que unos bloques negros, duros y fibrosos, ¿sabe?, nada en lo que poder clavar el tenedor, así que le di un toque a Sean con el pie y fruncí el ceño mirándolo, porque era imposible decírselo en ese momento a Denise. Habría sido como echar sal sobre una herida. Seguro que sí: primero la cena es un desastre y después tu marido te deja, todo la misma noche. ¿No tengo razón?

—Te equivocas —le dijo Sean—. Una cosa no tenía nada que ver con la otra —le puntualizó a Willa—. Claro que me di cuenta de por qué Elissa me daba un toque..., aunque en realidad lo que hizo fue darme patadas. Por supuesto que sabía qué trataba de decirme. Así que no dije ni pío, pero, si he de ser sincero, solo era retrasarlo, y ya está. Porque a la mañana siguiente, cuando me levanté, tuve que decirle a Denise: «No me hagas el desayuno, me voy de aquí», y pasar luego por casa de Elissa para explicárselo a Hal entre los dos.

—Menuda papeleta —dijo Willa.

No podía dejar de imaginar la escena desde la perspectiva de Denise.

O incluso de Hal, pese a lo poco atractivo que era.

—Supongo que podría organizar la comida del Día de Acción de Gracias como de costumbre —decía Elissa, reflexionando—. Darle a Hal la lista de la compra a principios de semana; luego presentarme allí ese día al amanecer...

—Por favor, Elissa, solo tienes que descolgar el teléfono y llamar a tus

dichosos suegros —dijo Sean.

Elissa lo miró, temblorosa, y empezó a retorcer la servilleta.

—Bueno, entonces, contadme —se apresuró a decir Willa. No tenía la más remota idea de lo que iba a preguntarles, pero sintió una punzada de ansiedad al ver la expresión de Elissa—. ¿Estáis...?, mmm..., ¿vivís en una casa o en un piso?

—En un piso —respondió Sean—. A cierta distancia de Loch Raven. —Lo que para Willa no significaba nada, por supuesto—. Está muy bien —continuó su hijo—. Tiene una terraza, un espacio separado donde comer, un estudio que podemos utilizar como cuarto de invitados...

—Y, al parecer, Ian va a ser el primer invitado que duerma en nuestra casa —intervino Elissa.

—¡Ian!

—Sí —dijo Sean—, creo que casi lo he convencido para que venga a visitarnos en septiembre.

—¿Va a venir... aquí?

—Tiene una semana libre para entonces, según nos dijo.

—No lo sabía —dijo Willa.

—Sí, bueno, dice que si no gasta pronto parte de sus vacaciones las va a perder.

—Entiendo —dijo Willa.

Había previsto invitar ella, aunque cuando les llevaron la cuenta (Sean y Elissa no habían querido postre ni café, para decepción de Willa), Sean dijo:

—Es cosa mía.

—No, no, quiero invitaros yo —dijo Willa.

—Bueno, no parece correcto que Peter tenga que pagar por una cena en la

que ni siquiera estaba.

—¿Peter? —preguntó su madre, desconcertada—. Soy yo quien va a pagar, no Peter.

—¿Cómo? ¿No estás usando su tarjeta de uranio o de lo que sea, de persona rica de alto standing?

—No, no la estoy usando —respondió Willa con brusquedad. Ahora sí se había enfadado—. Tengo mi propio dinero, por si no lo sabes. He trabajado muchos más años que tú, no hay ni comparación.

Sean alzó las manos.

—¡Lo siento! —dijo—. Uf.

De manera que pagó Willa, dejando una propina más que exagerada, como una especie de declaración de independencia, pese a que Sean ni siquiera iba a enterarse.

Cuando los tres salieron a la acera, aún no había anochecido.

—¿Qué coche tienes ahora? —le preguntó Willa a Sean.

Se trataba solo de una táctica dilatoria. Se había fijado en que era una pregunta que los hombres solían considerar importante, pero su hijo no se la tomó en serio. Se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, el mismo cacharro de siempre.

Fuera lo que fuese eso.

—He aparcado a la vuelta de la esquina —dijo Willa.

—Nosotros por ahí —explicó él, señalando en la dirección opuesta—. Bueno, mamá, me alegro mucho de verte. —Y se inclinó para besarla en la mejilla.

Luego Elissa avanzó un paso para estrecharle la mano, pero Willa le dio un beso, porque esa era la fórmula, después de todo. ¿De cuántas novias de Sean se había despedido con un beso? Y también de unas cuantas de Ian.

—Cuídese —le dijo Elissa.

Peter habría dicho: «¿Existe acaso una recomendación más innecesaria?».

Sean y Elissa se alejaron por la izquierda y Willa por la derecha.

La mayoría de las personas habrían sabido de manera automática hacer el camino de vuelta hasta el punto de partida, pero Willa no era de esas. Había anotado todos los giros a la inversa en la otra cara de la hoja con las instrucciones y los estudió en detalle antes de poner el coche en marcha.

En el espejo retrovisor vio que le habían aparecido arrugas nuevas alrededor de los ojos y que el maquillaje de base se le había secado en los poros, desintegrándose en el transcurso de una sola velada.

Emprendió el regreso a través de la zona comercial y luego de la residencial y del batiburrillo de tiendecitas. Torció por Northern Parkway y siguió hacia el este, sin el inconveniente del tráfico con el que había tenido que enfrentarse al venir. Las casas se hicieron más pequeñas y humildes, y el paisaje se tornó más familiar.

¿Ian iba a visitar a Sean?

¡Podría haber pensado en ir a ver a Willa y a Peter!

Y además Sean y él ni siquiera estaban muy unidos.

Por ejemplo, una vez, hacía ya mucho tiempo, cuando sus hijos eran todavía adolescentes, Willa iba con ellos por la calle cuando se dio cuenta de que se había quedado sola. Al volverse vio a Ian tumbado en la acera sin más ropa que los calzoncillos, y a Sean, de pie sobre su hermano, agitando con aire triunfal unos vaqueros y una camiseta. ¡No habían pasado más de tres minutos desde la última vez que se había vuelto a mirar! Entonces Willa se enfadó, pero ahora las comisuras de la boca se le contrajeron y no pudo evitar sonreír.

Bueno, no importaba. Tenía que pensar en el sitio al que se dirigía, pensar en Dorcas Road. Muy pronto estaría en casa jugando al Scrabble. E incluso quizá probará una porción de pizza, si es que aún quedaba.

El miércoles Denise consiguió subir a la planta de arriba sentándose en el primer escalón y ascendiendo de espaldas, uno tras otro, hasta arriba. «¡Por fin mi cama!», exclamó alborozada. De manera que Willa y Cheryl subieron sus cosas al dormitorio, que al instante quedó sumido en su anterior estado de caos. En el tocador reaparecieron el cepillo para el pelo y los frascos de productos cosméticos, algunas prendas usadas quedaron tiradas por el suelo y surgieron, esparcidas por encima de la cama, un buen número de revistas del corazón, todo antes de que Denise hubiera dormido allí una sola noche.

Por la tarde, dado que ya tenía más movilidad, dijo que iría a trabajar un par de horas.

—Cheryl y usted podrían llevarme al colegio —le propuso a Willa—, dejarme allí y recogerme después.

—Siempre que te encargues tú de decirme por dónde ir —puntualizó Willa.

Pero lo que resultó más difícil fue lograr que Denise entrara en el coche. Primero casi perdió el equilibrio al salir al porche con las muletas; luego prescindió de ellas y, apoyándose pesadamente en Cheryl y en Willa para sostenerse, consiguió sentarse en lo alto de los escalones del porche. Después se dejó caer escalón a escalón hasta llegar abajo, momento en que Willa la agarró con ambas manos para levantarla de nuevo, Cheryl le devolvió las muletas y Denise se dirigió como pudo hacia la acera. No era una gran distancia (Willa había tenido alfombras más grandes que el jardín de Denise),

pero necesitó todo el tiempo del mundo y cuando llegó al coche ya se había congregado un modesto núcleo de espectadores, que manteniéndose inútilmente alrededor daban consejos y ánimos: Erland, la señora Minton, Dave Raeburn y una diminuta anciana muy arreglada que iba camino de la consulta de Ben.

—¿Dónde se mete Sir Joe cuando se le necesita? —se preguntó la señora Minton en voz alta, pero eran las dos de un día laboral y Sir Joe se había marchado con su furgoneta.

—Aquí estoy yo —dijo Dave, con aire ofendido. Sin embargo, Dave tenía complexión de globo medio desinflado, de manera que nadie se apartó para permitirle que cogiera en brazos a Denise.

Luego, instalada ya en el coche —en el asiento de atrás como siempre para que pudiera extender la pierna—, se acordó de que se había dejado el bolso en casa y envió a Cheryl a recogerlo. Willa y Denise esperaron en un cómodo silencio, sin más ruido que la sonora respiración de Denise mientras recuperaba el aliento. Por el espejo retrovisor, Willa vio a la anciana que recorría, pasito a pasito, el camino lateral hasta la consulta de Ben. Debía de haber llegado en autobús, porque no se veía ningún automóvil cerca. O quizá hubiera acudido andando desde algún sitio próximo. Aquel barrio tenía una buena colección de ancianos tambaleantes y dubitativos.

—Peter aseguraba que podría conducir solo con un pie —dijo Denise desde detrás—, pero seguro que es una de esas cosas que parecen fáciles hasta que intentas hacerlas. Creo que un solo pie no basta. Tienes que hacer algo así como sujetarte con el otro cuando pisas los pedales.

—Pero bueno, a ver, ¿qué sabrá Peter de esto? —repuso Willa.

Solo había hablado una vez con él desde su marcha, y por iniciativa de ella. Después de esperar todo el lunes a tener noticias suyas, le había telefoneado el martes por la tarde, evitando las horas matutinas por si se levantaba tarde.

—¿Diga? —había respondido él con entonación interrogativa, aunque por supuesto tenía que haber visto quién llamaba.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal el viaje? —había dicho ella.

—Horrible.

—Vaya, cuánto lo siento.

—Ya sabes que tuve que hacer el primer trayecto en clase turista.

—No, no lo sabía.

—Rona no consiguió cambiármelo. Además, me tocó el asiento del centro. El tipo de la ventanilla se pasó todo el vuelo durmiendo y roncando como un camión de gran tonelaje, con esos ronquidos que se interrumpen y se produce un bendito silencio, pero el potente ronquido inesperado que sigue causa un infarto generalizado. La mujer sentada junto al pasillo pesaba como mínimo cien kilos y en el momento en que se instaló en el asiento se puso a rebuscar en una bolsa gigantesca, que apenas me dejaba sitio para los pies, hasta que sacó un bocadillo de salami de medio metro de largo con suficiente cebolla para matar a un caballo...

—Suena fatal —lo interrumpió Willa.

Y antes de que apagarán la señal de abrocharse los cinturones ya había llamado dos veces para preguntar cuándo iban a ofrecer bebidas a los pasajeros, y al aparecer el carrito, pidió dos Bloody Mary (era antes de la hora del desayuno de la mayoría de la gente, date cuenta), además de una segunda bolsa de aperitivos surtidos. ¡Aperitivos surtidos! No tenían nada que ver con alimentos procedentes de la naturaleza; eran una especie de objetos, más o menos con aspecto de galletas, aunque recubiertas con la sal que se echa en las aceras cuando nieva. Después del bocadillo sacó de la bolsa una porción de tarta de crema de Boston envuelta en papel vegetal, bolsa que salía volando una y otra vez de su bandeja y acababa en mi regazo porque, claro, mi vecina tenía encendido el ventilador del techo, y luego, a la altura de Kansas o

por ahí, pidió un almuerzo que incluía la ensalada más misteriosa que puedas imaginar; te juro que no había nada verde, solo una viscosa salsa blanca, picatostes y eso que llaman «trocitos de beicon». Cuando ya nos acercábamos a las montañas desenvolvió una...

—¿Tú comiste algo? —preguntó Willa.

—Dios mío, no.

Luego dijo que tenía que colgar porque se iba a jugar al golf. No preguntó por nadie de Baltimore, ni por la cena de Willa con Sean.

Tampoco Denise había preguntado por Sean; era cierto que Richard y Barry no se habían marchado aún cuando Willa regresó de la cena, y en todo el día siguiente su única alusión fue: «Así que ya conoce usted a Elissa, imagino».

«Mmm... mmm...», había dicho Willa antes de cambiar de tema.

Ahora, sin embargo, justo cuando Cheryl salía corriendo del porche con el bolso de su madre colgado del hombro, Denise dijo:

—Imagino que Sean y Elissa no dijeron nada de invitarla a su casa, ¿a que no?

—No —respondió Willa—. No me invitaron.

—¿Puede creer que en todo el tiempo que fuimos amigas no entré en su casa ni una sola vez?

—¡Cielos!—exclamó Willa.

En aquel momento Cheryl abrió con fuerza la portezuela del copiloto, se dejó caer en el asiento y ya no se dijo nada más sobre aquel tema.

Resultó que llegar en coche al colegio era bastante sencillo. Denise le explicó a Willa que tenía que recorrer tres manzanas hacia el sur por Dorcas Road, dejar atrás el conejo disecado que todavía preguntaba: «¿Es usted quien me ha perdido?», y el letrero de «El mago de las bicis», para luego torcer a la izquierda a la altura del campo de béisbol dibujado sobre las malas hierbas de un solar. Un par de manzanas más adelante, y en una calle sin salida, se

toparon con uno de esos anónimos edificios escolares de ladrillo que datan de los años cuarenta del siglo xx. Un letrero blanco de madera que parecía nuevo y en el que se leía «Escuela primaria Linchpinn» casi tapaba por completo las antiguas letras, grabadas en granito, sobre la entrada principal; en algunas de las ventanas se habían colocado pósteres y pinturas de alumnos que habían ido perdiendo el color durante el verano. Willa aparcó lo más cerca que pudo. Apenas había conseguido sacar a Denise del asiento trasero cuando dos mujeres jóvenes salieron corriendo para ayudar; de hecho, las dos que Willa conocía ya del hospital.

—¡Con calma! ¡No hay ninguna prisa! Ya la tengo —dijeron, agitadas, retorciéndose las manos y estorbándose mutuamente.

Willa se hizo a un lado y les dejó que se hicieran cargo; Cheryl las siguió con las muletas. Cuando llegaron a la entrada, la puerta principal se abrió como por arte de magia y del interior salió la señora Anderson, gritando:

—¡Con mucho cuidado, por favor, señoritas! ¡Déjenle un poco de espacio!

Fue ella quien recogió las muletas que llevaba Cheryl, mientras las otras dos armaban un gran revuelo para lograr que Denise subiera los escalones de la entrada y cruzara la puerta.

—Hola, cariño —le dijo la señora Anderson a Cheryl.

—Hola, abuela.

—Hola —dijo Willa.

—Ya veo que todavía sigue usted por aquí.

—Sí..., hasta dentro de unos días.

—Las clases empiezan justo dentro de cinco semanas, ¿sabe? ¿Se va a quedar hasta entonces?

—¡Sí! —contestó Cheryl, volviéndose hacia Willa, que sonrió pero dijo:

—Me temo que no. —Y una vez más la señora Anderson dejó de interesarse por ella.

—Vamos a ver, Ginny —le dijo a una de las jóvenes—, ve a llamar a Lawrence, del cuarto de calderas, y dile que está aquí Denise.

—No necesito que me lleven —dijo Denise—. Solo necesito una silla con ruedas. —Luego se volvió a Willa y le preguntó—: ¿Quiere que la llame cuando sea la hora de venir a recogerme?

—Sí, lo que prefieras —dijo Willa.

—Seguro que sabrá volver, ¿verdad?

—¡La acompañaré yo! —dijo Cheryl muy indignada.

—Sí, de acuerdo.

Denise desapareció en el edificio, rodeada por sus colegas.

—Las clases empiezan dentro de cinco semanas —le dijo Cheryl a Willa cuando regresaban al coche. Utilizaba un tono persuasivo, tentador, como alguien que promete algo muy apetecible.

—Sí —dijo Willa—; siempre parece que el verano pasa volando, ¿no es cierto?

Aunque, sin duda, se le había escapado lo más importante, porque Cheryl pareció deprimirse y le dio una patada al neumático delantero antes de subir al coche.

Peter llamó mientras Erland estaba sentado en la cocina. Se había presentado por si podía ayudar a traer a Denise de vuelta a casa. Willa no había oído una excusa más inverosímil en toda su vida. (¿Podía ser quizá que Erland estuviera enamorado de Denise?) Mientras miraba la pantalla de su móvil, el chico le preguntó con gran descaro: «¿Quién llama?», pero Willa ni siquiera se molestó en contestarle. Sintió que se quitaba un peso de encima al ver el nombre de Peter, de manera que apretó la tecla para responder y dijo:

—¡Hola, cariño!

—¿Qué tal te va por ahí? —Su tono era muy cordial.

—Muy bien —respondió ella—. Estoy ahora mismo haciendo la lista de la compra para la cena. Cheryl se ha ido a nadar a la piscina de la abuela de sus amigas y Erland está aquí conmigo en la cocina.

—Muy hogareño —dijo Peter.

—Estoy pensando en hacer mi arroz con pollo.

—Yo voy a cenar en el club —dijo—. El habitual algo relleno de otro algo, imagino. Me han invitado Jim y Sarah Burns.

—Estará bien.

—Bueno, estará bien si Sarah no se enrolla hablando de esos hijos suyos que son unos fuera de serie —dijo.

—¿En casa todo en orden?

—Sí. Manuela ha venido a limpiar esta mañana. Creo que me ha preguntado por ti, pero ya sabes que no entiendo ni una sola palabra de lo que dice.

—Aun así le has dado el dinero, ¿verdad?

—Claro. ¿Qué tal van las cosas con Denise?

—Muy bien. —Pero no le dijo que ya podía subir y bajar la escalera. Ni que había vuelto al trabajo.

—¿Quién era? —preguntó Erland cuando colgó.

—Peter, por supuesto —respondió—. ¿A quién más iba a llamar yo «cariño»?

—Bueno, quizá a Sean.

—No —dijo Willa, y acto seguido se preguntó por qué tenía Erland que meter la nariz donde nadie lo llamaba y qué le daba derecho a despatarrarse allí de manera tan desconsiderada, con las largas piernas filiformes que ocupaban la mitad del suelo de la cocina y el gorro de elfo tan calado que le tapaba las orejas. Lo miró con el ceño fruncido, pero el chico estaba

demasiado interesado en curiosear en los asuntos de Willa para darse por aludido.

—¿Por qué Peter se ha marchado antes? ¿Se han peleado?

—No, no nos hemos peleado —respondió ella—. Peter tenía que volver a su trabajo.

—Trabaja de abogado, ¿verdad?

—Así es —dijo ella. Estaba arrastrando un taburete con peldaños hasta el armario situado encima de los fogones, con la esperanza de localizar el arroz.

—¿Es un abogado de delincuentes o más bien de otras cosas?

—De delincuentes, no; se ocupa de fusiones y absorciones.

—¿Qué es eso?

Willa no le contestó, porque no creía que de verdad quisiera saberlo. Se subió al taburete y miró en el fondo del armario.

—Sería más útil como abogado criminalista —dijo Erland con tono reflexivo.

—¿Más útil en qué sentido? —preguntó ella.

Ah, bien: arroz. Una taza más o menos en una bolsa transparente. Se apoderó del botín y se bajó del taburete.

—Si, por ejemplo, la detuvieran a usted —dijo Erland—, cuando los polis le dejaran hacer una llamada telefónica, tendría alguien a quien llamar.

—Eso me tranquiliza de verdad. —Willa devolvió el taburete al armario de las escobas.

—Porque, de lo contrario, ¿qué haría el detenido? Yo, por ejemplo, no tendría ni idea de a quién llamar.

—¿Por qué no a Sir Joe? —preguntó Willa.

—¡Sir Joe no es abogado!

—No, pero podría buscarte uno.

—¿A quién iba a conocer?

—¿Sabes, Erland? —dijo ella—, creo que lo que vas a tener que hacer es conseguir que no te detengan.

Erland se hundió en el asiento.

—Según mi receta se usan pechugas —dijo Willa, casi para sus adentros—, pero estoy pensando que voy a cambiarlas por muslos y, sencillamente, los dejaré más tiempo en el horno. Los muslos son mucho más sabrosos.

—Cuando era un chaval —dijo Erland—, coleccionaba todos los consejos útiles para delincuentes que aparecen en las últimas páginas de los tebeos. Bueno, allí no se decía que fueran para delincuentes, pero ¿quién si no iba a necesitarlos, no le parece? Explicaban cómo ocultar las huellas de los zapatos y esas cosas; cómo no dejar las digitales. Por ejemplo, ¿sabe que se puede hacer una copia de una llave metiéndola en una tableta de chocolate reblandecida? En caso de que alguien quisiese robar unas llaves sin que su propietario llegara a enterarse, pongamos por caso. El único detalle que no conseguí aclarar era que, cuando le pides a un cerrajero que te haga una llave a partir del molde en una tableta de chocolate, ¿no querrá saber el motivo?

—Bueno, pero aunque no lo preguntara —dijo Willa—, ¿cómo podría encajar la tableta en la máquina para duplicar llaves?

—Ahora que lo pienso, me juego algo a que se inventaron esa patraña para engañar a los chavales —dijo Erland.

Empezó a morderse una uña. A Willa no le gustaba nada que la gente hiciera eso. Apartó la vista y escribió «Muslos de pollo» en la lista de la compra.

—¿Podría ser Peter un abogado criminalista ahora mismo si quisiera, o tendría que volver a la universidad? —preguntó Erland hablando de tal manera que casi no se le entendía.

—No lo sé —dijo Willa. Volvió a mirarlo—. Deja de hacer eso —le reprendió.

Erland se sacó el dedo de la boca y la miró, intimidado.

—Lo siento —le dijo ella—. Me da dentera ver a alguien mordiéndose las uñas.

—Vale —dijo él dócilmente.

—Lo siento —repitió Willa. Lo sentía de verdad, sabía que se había comportado de una forma grosera. Para arreglar la situación, añadió—: ¿No te gustaría quitarte el gorro? Debes de estar asándote.

—No, estoy bien.

—¿Cómo es que llevas gorro de punto en verano, si puede saberse?

—Tengo el pelo muy, muy rizado —respondió él.

—Bueno, te aseguro que sé lo que es eso.

Evidentemente, Erland no la creyó.

—Seguro que no: mis rizos incluso tienen rizos —le explicó—. Si llegara a quitarme el gorro, mi pelo provocaría al instante una tormenta. Parecería uno de esos payasos de circo con grandes mechones rizados que les salen por los dos lados.

Los rizos se le veían de todos modos, pero Willa no quiso decírselo.

—En mi adolescencia —le dijo, en cambio—, me encasquetaba una media de nailon en la cabeza todas las noches al acostarme. Aunque no me sirvió de nada. Ahora solo uso tratamientos.

—¿Tratamientos?

—En mi salón de belleza.

Erland entornó los ojos, escéptico.

—Sabrás a qué me refiero si me quedo aquí mucho más tiempo —le dijo—. Ya empiezo a notar que tengo el pelo un poco más rizado de la cuenta.

Alzó una mano hasta tocárselo, e hizo breves gestos de estirarlo para demostrárselo, pero Erland no pareció nada convencido. Empezó a morderse las uñas de nuevo y luego se contuvo.

—Ojalá fuese ya una persona mayor —dijo.

—Bueno, los jóvenes también se aplican tratamientos, ¿sabes? Aunque no estoy diciendo que debas hacerlo.

—Es que no me gusta nada que otra persona esté a cargo de mi vida —dijo él.

—Ya. Bueno. De acuerdo —dijo Willa. Nunca había sido de esas personas mayores que les dicen a los jóvenes la suerte que tienen por ser jóvenes.

—¿Les ha llamado el poli ese? —preguntó él de repente.

—¿Qué poli?

—El que iba por ahí preguntando quién estaba presente en el momento del disparo.

—No —dijo Willa—. Creo que no.

—Llamó a Sir Joe anoche. Dijo que estaba comprobando si a alguno de nosotros se le había ocurrido algo nuevo al respecto.

—Denise no lo ha comentado —dijo Willa.

Erland se dio un golpe violento en la nariz con el revés de la mano.

Willa lo miró atentamente.

—¿Erland? —dijo. No tuvo respuesta—. ¿Erland? ¿Qué te pasa?

El chico sorbió por la nariz haciendo un tremendo ruido. Willa le pasó una servilleta de papel de un cestillo que había en la mesa y él la aceptó sin mirarla y se sonó la nariz.

—Fui yo —dijo con voz ahogada.

—¿Perdona?

Dobló la servilleta hasta encontrar un sitio seco y se sonó de nuevo.

—Yo disparé a Denise —dijo.

Willa apartó una de las sillas de la mesa y se sentó.

—No lo hice aposta, se lo juro —dijo—. Solo estaba intentando evitar que un tipo cogiera la pistola. No tenía la menor intención de disparar contra ella.

—Será mejor que empieces por el principio —le sugirió Willa.

Erland respiró hondo y dijo:

—Bueno, tengo un amigo, ¿sabe? O una especie de amigo. Se llama Magnus. Lo conozco desde la clase de química; era el Revienta Taquillas.

—¿El qué?

—Pero no se lo cuente a nadie, ¿de acuerdo? Quiero decir que ya no lo hace. El caso es que el día del que estoy hablando me lo encontré en la tienda de comida preparada. Y cuando salimos me acompañó, y eso fue para mí el no va más, ¿entiende? ¡Magnus, el Revienta Taquillas, iba a mi lado! Porque nunca se había mostrado conmigo tan cordial hasta entonces, oiga. Y a mí me hacía ilusión que no se despidiera en la siguiente esquina o algo parecido, de manera que, no sé cómo, acabé diciéndole que mi hermano tenía una pistola.

—¿Sir Joe tiene una pistola?

—Sí, entonces ...

—¿Para qué la quiere?

—¿Qué quiere decir? Tiene una pistola, y punto. Y yo, no sé, estaba dándole conversación a Magnus y se lo dije. Y él me dijo que le gustaría verla. Al principio me alegré, porque eso significaba que me acompañaría a mi casa, y dije: «Claro». Así que vinimos a casa, abrí la puerta y Cheryl estaba...

—¿Cheryl estaba allí?

—Sí, claro, estaba delante de su casa como otras muchas personas, montones de ellas, todas mirando un ruidoso camión que había al otro lado de la calle, y ella y Avión también miraban, pero Cheryl dejó de mirar y vino detrás de nosotros diciendo: «¡Oye, Erland! ¿Qué haces? ¿Quién es ese que va contigo? ¿Adónde vais?», y cosas por el estilo. Pero yo le dije: «No te metas donde no te llaman», y Magnus y yo entramos en casa. Sir Joe guarda la pistola en sus *mukluks*, de manera que...

—¿En sus qué?

—Unas zapatillas esquimales que parecen botas que una chica le regaló una

Navidad. Sir Joe dice que solo los tontos guardan la pistola en la mesilla de noche, porque ahí es donde primero mira un ladrón. Así que subimos al cuarto de Sir Joe, saco la pistola de los *mukluks* y Magnus me la quita sin pensárselo dos veces. Se comporta como un experto, comprobándolo todo, mirando dentro del cañón... Se la mete en la cintura de los vaqueros y yo le digo: «Está bien, pero devuélvemela ya, ¿vale?». Pero no hace el menor caso; sale de la habitación con la pistola todavía a la cintura. «¡Magnus!», le digo. Y lo sigo. Empiezo a enfadarme. Le digo: «Vamos, Magnus, estoy hablando en serio», pero él responde: «¿Por qué estás tan nervioso?», y baja la escalera hacia la puerta principal, que está abierta, y Cheryl sigue allí, protegiéndose los ojos del sol con una mano y mirando a través de la puerta mosquitera con Avión al lado.

—¡Cheryl! —dijo Willa.

—Sí. Ya le he dicho que estaba allí. Así que Magnus dice: «Apártate, gorda», refiriéndose a Cheryl (como lo oye), y ella se hace a un lado muy deprisa y él sale al porche. Yo voy detrás de él; le digo: «Hablo en serio, Magnus», pero él dice: «Bueno, Erikson, no seas tan mariquita. Tranquilo». Agarra la pistola y la saca con el brazo extendido como apuntando al otro lado de la calle. Sé que en realidad no habría apretado el gatillo, no está tan tarado, pero yo estaba muy cabreado, ¿entiende? Sentía que la situación se me escapaba de las manos. ¿Sabe cuando estás cabreado y oyes esa especie de ruido de agua corriéndote por los oídos...? De manera que oigo el ruido y extendiendo el brazo y trato de quitarle la pistola a Magnus por las bravas. Pero ¡ni siquiera se me pasó por la cabeza que fuese a conseguirlo! ¡Creí que la tenía bien sujeta! Aunque imagino que Magnus tampoco esperaba que se la quitara, así que de repente la tenía ya en la mano y luego, de algún modo, ¿sabe?... Se disparó.

A Willa se le escapó un gemido.

—No era mi intención —dijo Erland.

—¿Cómo se te ocurrió? —protestó ella—. ¡Podrías haber matado a Cheryl!

—Lo sé —dijo—. O a Avión.

—¿Cómo se puede ser tan idiota!

—Pero se disparó sola, ¡lo juro! ¡Yo creía que tendría el seguro puesto o algo parecido! Me quedo tan sorprendido que la dejo caer, y sigo allí quieto, mirándola en el suelo, y cuando alzo los ojos otra vez, Magnus ya está en la calle y se aleja deprisa. Al principio pienso: «¡Caray! Nadie se ha dado cuenta, porque todos están mirando todavía el camión; la única que me mira es Cheryl. Parece como conmocionada». Y luego veo que Denise se ha sentado en el suelo de su jardín y pienso: «Ay, ay».

—No tenías ningún derecho a dejar que ese chico se acercara a este barrio —dijo Willa.

—¡Lo sé! ¡Ya lo sé! Me dejé llevar, eso fue lo que pasó. Estaba tratando de impresionarle. Quería impresionar nada menos que a Magnus Alden, Willa. Es que usted no se hace una idea de lo mal que me han ido las cosas hasta ahora. No tengo ningún amigo. Solo llevo aquí dos años y todos mis compañeros del instituto se conocen desde el jardín de infancia. Y a las chicas no les gusto y los profesores me detestan y el único deporte en el que no soy un desastre es el béisbol, pero la vez que el entrenador me dejó jugar hice que perdiéramos el partido y tuve que llevar la Mochila de la Vergüenza.

Willa lo miró sin entender.

—De color rosa —concretó—. Satén de color rosa. Con falsos diamantes que forman la palabra «Desirée» en la espalda.

—Eso no es una excusa en absoluto —le dijo Willa.

—No lo es; me doy perfecta cuenta —dijo él humildemente.

—¿De manera que Cheryl sabe quién disparó contra su madre?

—Sí.

—¿Por qué no se lo ha contado a nadie?

—No quiere que la gente sepa que fue la pistola de Sir Joe, por eso. Ya sabe usted lo mucho que le importa Sir Joe.

—Aun así —dijo Willa—. Dadas las circunstancias...

—Pero lo que me carcome es la posibilidad de que Sir Joe lo descubra —dijo Erland—. Dejé la pistola justo donde la encontré, pero antes o después se dará cuenta de que alguien la ha usado.

—Bien —dijo Willa.

—No; no puede ser, Willa. No puede pasar. Sir Joe es mi única familia.

—¿Y?

—Se lo contará a la policía. Dejará que me manden a un reformatorio; dirá que no puedo seguir viviendo con él. Al principio, no quería quedarse conmigo, no sé si usted lo sabe. Tuve que rogarle y suplicarle. Decía que no pasaba en casa el tiempo suficiente para ocuparse de mí como es debido y blablablá, pero se lo supliqué de rodillas, e incluso así Sir Joe se negó, pero entonces me habrían mandado con una familia de acogida y todo el mundo sabe lo que pasa en esos casos.

Se dio toquécitos en la nariz con la servilleta de papel. Willa miró hacia otro lado.

—Quizá podrías limpiar la pistola y volver a cargarla —dijo ella al cabo de un minuto—. O no, eso no —rectificó al acordarse de todas las historias de los periódicos sobre gente que moría limpiando un arma de fuego—. Olvídate de eso —dijo con firmeza.

Erland pareció aliviado.

—Puede que Sir Joe nunca vuelva a sacarla —dijo Willa—. ¿Qué motivo tendría para usarla, a ver?

—¿Disparar contra un ladrón, por ejemplo? ¿Y entonces apretaría el gatillo, la pistola no dispararía y el ladrón lo mataría a él, en cambio?

—Pero seguro que lleva más balas, ¿no?

—No lo sé —dijo Erland.

—¿No tiene una de esas... cámaras a las que se da vueltas y se meten los proyectiles?

—Creo que eso es solo en las películas del Oeste.

Willa guardó silencio un instante, reflexionando.

—Había pensado que quizá lo mejor sería que me deshiciera de ella —dijo Erland.

No parecía demasiado mala idea, a priori.

—Entre la basura —asintió Willa—. Escondida debajo de cáscaras de huevo, posos de café y cosas así.

—Pero, entonces, ¿qué pasará cuando aparezca un ladrón?

—Y digo yo: ¿por qué tendría que aparecer un ladrón por este barrio que no es precisamente rico? —preguntó Willa.

Erland se encogió de hombros.

—El ladrón podría no saber que no somos ricos —sugirió.

Se oyó cerrarse de un portazo la puerta mosquitera de la entrada.

—¿Willa? —llamó Cheryl.

—Tienes que contárselo a Sir Joe —se apresuró a decir Willa.

—¡No! —exclamó Erland.

—No hay otra solución —dijo ella—. Fíate de mí. Tienes que contarle toda la verdad y esperar que se apiade de ti.

—No puedo —dijo Erland.

—Iré contigo, si quieres.

—¿De qué iba a servir eso?

Pero en aquel momento Avión entró dando saltos en la cocina, seguido de Cheryl y de las chicas Dumont, las tres con el pelo húmedo y la nariz quemada por el sol.

—Adivina lo que... —dijo Cheryl, pero entonces reparó en Erland—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, Cheryl —saludó él, con aire lúgubre.

—¿De qué estáis hablando?

—Ah, de nada —dijo Willa.

Pero al mismo tiempo intervino Erland:

—Le he contado ya sabes qué.

A Cheryl casi se le cortó la respiración. Y lo mismo les pasó a Patty y a Laurie, de modo que Willa las miró sorprendida. Patty se tapó la boca con una mano y Laurie exclamó:

—Uy, uy.

—¿Se lo has contado a ellas? —le preguntó Erland a Cheryl.

—Bueno, tú se lo has contado a Willa —repuso Cheryl.

—¿Es diferente! Willa... me lo ha sonsacado. ¡Jolines, Cheryl! ¿Por qué no has puesto un anuncio en el periódico?

—Hemos jurado que ojalá nos muramos antes de decir una sola palabra —anunció Laurie con solemnidad—. Jamás de los jamases lo contaremos. Nos llevaremos el secreto a la tumba.

—Bueno, no se hable más —dijo Willa, muy vehemente—. Vamos a olvidarnos todos de esto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —murmuraron las tres chicas, y luego se escabulleron, mirándose de reojo.

—Estoy acabado —gimió Erland cuando se hubieron marchado.

—Mayor motivo aún para hablar con Sir Joe —dijo Willa.

Erland todavía parecía muy poco convencido, pero al menos esta vez no rechazó la posibilidad de manera categórica.

Por la noche, Denise y Cheryl y Willa y Erland, además de Hal, a quien últimamente le había dado por presentarse en la casa con frecuencia, vieron

Space Junk. Denise se sentaba con toda intención en el otro extremo del sofá, sin apartar nunca los ojos del televisor. Pero Hal se inclinaba todo el tiempo hacia delante para decir cosas como: «Denise, te cuesta dormir ahora que estás sola? Porque a mí sí, no me importa reconocerlo». Denise respondía «Bah». Y Cheryl exclamaba: «¡Chist!».

Willa se había aficionado mucho a *Space Junk*. Le bastaba el sonido de las dos notas musicales del principio para alegrarse y llenarse de agradables expectativas. Y a Cheryl y a Aviión les pasaba lo mismo, por supuesto. Pero estaba claro que Denise solo veía el programa porque su hija casi la había obligado; en cuanto a Hal, ni siquiera se molestaba en fingir interés. De cuando en cuando bostezaba ruidosamente para expresar su aburrimiento y luego decía: «Denise...».

«¡Chist!», repetía Cheryl.

Incluso mientras estaba pendiente del programa de televisión, Willa repasaba con una parte del cerebro la confesión de Erland. No creía en absoluto que fueran a mandarlo a un reformatorio, porque, al fin y al cabo, había sido un disparo puramente accidental. Pero sí estaba convencida de que lo sucedido podía traerle muchos problemas a Sir Joe. Debía de existir alguna ley sobre la necesidad de guardar las armas de fuego en un lugar seguro, Willa estaba convencida. Y aunque dudaba de que Sir Joe llegara al punto de echar a Erland de casa, también era posible que lo hiciera.

Hasta aquel momento no se había parado a considerar la soledad que reinaba en la vida de Erland. Sin padres, sin parientes...

Recordó una época, inmediatamente después de que naciera Sean, en que se había obsesionado con su propia muerte. Durante un breve período, su hijo mayor había padecido algo que el pediatra denominaba «sarpullido del lactante»; eran unos diminutos granitos rojos en una mejilla, donde había estado en contacto con una manta húmeda, lo que le hacía parecer feíto y

lastimoso, y provocó que su madre lo quisiera aún más que cuando había sido un niño perfecto. ¿Quién excepto una madre podía albergar tales sentimientos?, se había preguntado Willa. Nadie. Ni siquiera el padre. Y la había aterrado la idea de lo fácil que sería que ella muriera y dejara a su hijo sin protección.

Los alienígenas de *Space Junk* no solo eran incapaces de advertir las diferencias del color de piel, la edad o la clase social; también parecían por completo indiferentes al hecho de que sus cautivos hablaran diferentes idiomas. Español, inglés, mandarín, lo que fuese: los alienígenas respondían de manera acorde, sin hacer esfuerzos visibles. Tampoco se utilizaba ningún subtítulo: los productores parecían dar por sentado que los espectadores lo entenderían. A Willa aquello le gustaba y preguntó a los demás:

—¿No sería maravilloso que el mundo funcionase así?

—¿Eh? —dijo Cheryl.

—¿Que todas las personas entendieran todos esos idiomas?

—Bueno, tú has entendido lo que José acaba de decirle al capitán de la nave espacial.

—Pero es que era español, por eso —dijo Willa.

Como si nadie hubiese dicho nada hasta entonces, Hal se inclinó hacia Denise de nuevo y dijo:

—Quizá tú y yo podríamos ir a ver una película algún día, ¿no te parece? Para que Sean y Elissa sientan celos.

Sin apartar los ojos de la pantalla, Denise repuso:

—A Sean y a Elissa les importa un pimiento que nosotros dos vayamos o dejemos de ir al cine.

Peter le habría reprochado a Denise aquella frase demasiado coloquial.

Sonó el timbre de la entrada, y como la puerta principal estaba abierta, Denise se limitó a preguntar:

—¿Quién es?

—Soy yo —dijo Ben Gold, que entró y se detuvo en el umbral del cuarto de estar—. Ah. Bien, *Space Junk*.

—Hola, Ben —saludó Denise—. Siéntate.

—Estoy buscando a Robert —le dijo él, pero aun así se dirigió hacia el sillón—. Sólo un par de minutos —dijo mientras se sentaba.

—¿Quién es Robert? —le preguntó Willa.

—Mi gato.

—¿No sabía que tuviera gato! ¿Es ese gris atigrado que veo a veces por la calle?

—Mucho me temo —dijo Ben—. Se supone que es un gato casero, pero al verlo nadie se lo creería. ¿Qué episodio estáis viendo?

—En el que Li Tang intenta escaparse —dijo Cheryl.

—Ah, uno de mis preferidos.

—Le decía a Denise —le comentó Hal a Ben— que ella y yo deberíamos ir a ver alguna película. Sería bueno para sus problemas de salud, ¿no es así, doctor?

—¿Mmm...? Seguro —dijo Ben, aunque no parecía escuchar—. No sé si lo sabéis, pero el tipo que interpreta a Li Tang es en realidad un actor famoso de Hong Kong. Fue todo un éxito que firmara para actuar en *Space Junk*. Y la iniciativa partió de él, no fue idea de los productores.

—¿Qué otros papeles ha interpretado? —quiso saber Willa.

—Si no me lo hubiera preguntado, me acordaría —le reprochó él.

Willa se rio y dijo:

—Lo siento.

—Seguro que sabes chino —dijo Cheryl—, ¿verdad, Willa?

—¿Qué va! ¡Dios mío, no!

—Willa habla noventa y ocho idiomas —le dijo Cheryl a Ben.

—¿En serio? —dijo este.

—O cinco, para ser más exactos —dijo Willa.

Ben la miró por encima de las gafas.

—¿Cuáles? —le preguntó.

—Español, italiano... Me proponía ser lingüista, en otro tiempo, pero acabé en ISI.

—¿Qué es ISI? —preguntó Cheryl.

—Inglés como segundo idioma. Profesora de inglés para extranjeros —dijo Willa.

Cheryl volvió a interesarse por Li Tang, que ya estaba lidiando con el cerrojo de la puerta de la nave espacial.

—¿Sabe enseñar inglés a extranjeros? —dijo en cambio Ben.

—Estudié para eso.

—Debería venir alguna vez conmigo a la Iglesia del Libro Sagrado —le dijo él—. Tenemos a muchos inmigrantes incapaces de comunicarse con nosotros.

—¿Es usted miembro de una Iglesia? —preguntó Willa.

No había sido su intención parecer tan sorprendida. Ben rio entre dientes y dijo:

—Bueno, si lo fuese sería de una sinagoga; pero no, solo trabajo como voluntario. La Iglesia del Libro Sagrado dirige una clínica; no se creería la cantidad de idiomas que se hablan allí.

—Seguro que Willa los habla todos —le dijo Cheryl a Ben.

—No doy para tanto —dijo Willa con sequedad.

Se oyeron unos golpes en la puerta metálica y luego la voz de Callie, bien alta y poco modulada:

—Denise, ¿está Ben ahí?

—Aquí estoy —dijo él.

—¿Sigues buscando a Robert? Porque está aquí fuera, junto a la furgoneta de Sir Joe.

—Gracias —dijo Ben, incorporándose y arrastrando los pies hacia el recibidor.

Un momento después lo oyeron llamar a su gato delante de la casa—: ¡Robert! ¡Robert! Ven aquí, granuja.

—Si no te gusta el cine —le dijo Hal a Denise—, podríamos probar ese sitio nuevo en Ballycroft donde sirven pollo frito.

—El pollo frito me produce gases —replicó Denise.

Li Tang salió despedido por la puerta de la nave espacial y empezó a flotar en el éter.

Willa temía que hubiera que insistirle mucho a Erland para que le contara a Sir Joe lo sucedido con la pistola. Pero no fue así: el jueves muy temprano, mientras ella, todavía en kimono, esperaba en el último escalón del porche a que Avión hiciera el primer pis del día, Erland apareció en el de su casa, muy despierto y completamente vestido. Lo primero que hizo fue bostezar ruidosamente y desperezarse, mirando al cielo. Luego se volvió hacia ella, se sobresaltó de manera teatral y saludó:

—¡Eh! ¿Qué tal?

—Buenos días —dijo Willa. Nunca lo había visto a una hora tan temprana.

—Bueno —dijo él—. ¡Por cierto! He estado pensando. Creo que quizá debería hablar con Sir Joe.

—Vaya, estupendo.

—Porque es probable que entienda mi punto de vista, ¿verdad?

—Estoy casi segura de que así será —dijo Willa—. Y tú te sentirás mucho mejor después, te lo garantizo.

—Sí. De acuerdo. Verá..., quería preguntarle si..., ¿decía usted en serio lo de que podía estar presente?

—Por supuesto que sí.

—Bueno, entonces... —dijo el chico, y soltó un suspiro muy hondo.

—¿Te parece que me pase después de desayunar? —le preguntó Willa.

—¡De desayunar! ¿Se refiere a hoy mismo?

—Mejor antes que después.

—Sí, pero hoy es jueves —dijo Erland.

Willa no dijo nada.

—Sir Joe siempre está muy ocupado los jueves —dijo Erland.

—¿Qué tal el viernes, entonces?

—El viernes. Bien. ¿Sabe?, creo que mejor esperamos hasta el fin de semana.

—Cuanto más tiempo lo retrases, más probable será que lo descubra por su cuenta —dijo Willa—. Y eso no te beneficiaría.

—Oiga, por lo menos estoy dispuesto a hacerlo, ¿no?

—De acuerdo —dijo ella, emprendiendo una retirada estratégica—. Tú mandas.

—¿Quizá el sábado?

—El sábado me parece muy bien.

—Pongamos el sábado a las diez de la mañana —dijo Erland—. Iré a su casa y vendremos juntos a la mía.

—Escucha, eso no es necesario.

—Pero si se presenta usted por su cuenta, a Sir Joe le parecerá que la idea ha sido de usted —explicó Erland. Era evidente que había estado pensando.

—Ah. De acuerdo.

En realidad había sido idea suya, pero entendía las razones del chico.

Erland asintió con energía y con inusitada firmeza. Luego giró en redondo y entró en su casa.

El sábado por la mañana, a las diez en punto, en cierto modo para sorpresa de Willa, Erland llamó a la puerta. Se le veía nervioso, pálido y rígido, y cuando Willa dijo: «Buenos días», respondió con un gélido: «Buenas», sin

corresponder a su sonrisa. Willa apartó con el pie a Avi6n —que parecía creer que también lo habían invitado—, salió al porche y siguió a Erland por el jardín hasta el de Sir Joe. Los andares de Erland eran los típicos de un adolescente, con las manos en los bolsillos traseros del pantal6n y los codos bien separados del cuerpo. Willa tuvo que apretar un poco el paso para no quedarse atrás.

Estaba casi tan nerviosa como si fuese ella quien se disponía a confesar.

Subieron los escalones del porche de Sir Joe. Erland abrió la puerta de tela metálica y entró delante (no tenía nada de caballeroso). Willa lo siguió.

—¡Soy yo! —dijo, alzando la voz—. ¡Mira a quién me he encontrado!

La casa de Sir Joe olía a beicon y a café. El recibidor estaba vacío, a excepción de un banco de madera con un casco de motorista, y en el cuarto de estar reinaba una pulcritud extrema. Solo había un gigantesco televisor plano, un sofá y una mesa baja. Ni alfombras, ni lámparas, ni adornos de ninguna clase ni cuadros en las paredes. Tampoco estaba Sir Joe, aunque en aquel momento apareció, procedente del comedor, con su ropa de los fines de semana (pantalones de cuero negro y camiseta blanca) y una taza en la mano. Se paró en seco al ver a Willa y dijo:

—Vaya, qué tal, guapa señora.

—Hola —dijo ella.

—¿Qué la trae por aquí?

—Bueno...

Willa miró a su acompañante. Presa del nerviosismo, Erland estaba casi de puntillas y seguía teniendo las manos en los bolsillos traseros del pantal6n. Advirtió la mirada de Willa y tragó saliva. Luego se volvió hacia Sir Joe.

—Le estaba diciendo a Willa que tenía, bueno, algo que contarte —explicó —, y me ha dicho que le gustaría estar presente.

Sir Joe enarcó una ceja en dirección a Erland y esperó.

—Es acerca de tu pistola, ¿sabes? —dijo Erland.

Sir Joe miró de reojo a Willa, sin duda porque no le gustaba que estuviera al tanto de la existencia de un arma de fuego.

Ella permaneció impasible.

—Verás..., el otro día, por accidente, digamos, se disparó... —prosiguió Erland.

—¡Cómo! —exclamó Sir Joe sobresaltado—. ¿Se disparó? ¿Dónde se disparó?

—Mmm...

—¿Dónde pasó eso?

—Bueno..., en el porche.

Sir Joe retrocedió un poco y parpadeó.

—Yo solo estaba, digamos, enseñándosela a un tipo que conozco. Alguien del instituto. Pero se le ocurrió salir con ella al porche. No se la dejé yo, sino que me la quitó, intenté recuperarla y por accidente... mmm...

—¡Maldita sea, Erland! —exclamó Sir Joe—. ¡Podías haberle dado a alguien!

Tanto Erland como Willa contuvieron la respiración.

—Ah —dijo Sir Joe—. Sí que le diste a alguien. Disparaste a Denise.

—¡Fue un accidente! Te lo juro. Yo solo estaba, bueno..., tratando de evitar que ese tipo fuese por ahí con la pistola en la mano.

—Trajiste a un amigo aquí cuando yo no estaba en casa. Hiciste algo que va del todo contra las reglas.

—Solo estaba...

—Hurgaste en mis botas esquimales.

A Willa le entraron unas absurdas ganas de reír.

—Y usted —dijo Sir Joe, volviéndose hacia ella—, ¿qué interés tiene en este asunto?

—He venido porque sé que Erland siente mucho lo ocurrido, que lo siente de verdad —le explicó Willa—. Solo quería asegurarme de que se daba usted cuenta.

—Y ahora imagino que todos querrán demandarme o algo así, ¿verdad?

—¿Demandar? —preguntó Willa. Era algo tan inesperado que tardó un momento en entender a qué se refería Sir Joe.

—Eso es lo que hace la gente como usted, ¿no?

—No sé de qué me habla.

—¿Entonces? —dijo él—. ¿Qué es lo que quiere?

—Ya se lo he dicho: asegurarme de que se da cuenta de lo mucho que Erland lamenta lo sucedido. —Hizo una pausa. Y añadió—: Porque le preocupa que se lo cuente usted a la policía.

—A la policía —repitió Sir Joe—. Ah. Bueno.

Hubo un silencio.

—No estoy nada seguro respecto a la policía —dijo por fin.

Un nuevo silencio.

—Quiero decir que hace ya tiempo que me hice con esa pistola, según recuerdo. Y quizá no fuese de la manera más legal posible.

—Entiendo —dijo Willa, adoptado una expresión nada crítica.

—No quiero decir que la robase ni nada parecido.

—Por supuesto que no.

—Pero si se tiene en cuenta que no dispongo de una licencia de armas que pueda mostrar a nadie, estoy pensando que será mejor no molestarlos con este asunto.

—Parece razonable —dijo Willa.

Miró a Erland. Se estaba mordiendo el labio inferior, con los ojos fijos en Sir Joe.

—Además —le dijo Willa a Sir Joe—, también le preocupa que no le deje

usted seguir viviendo en esta casa.

—Uh... —dijo Sir Joe. Parecía sorprendido. Se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo—. Sí, voy a tener que pensar en eso —dijo. Y luego, después de unos quince segundos de ostentosa reflexión, añadió—: Nanay, qué demonios.

Willa no tuvo la seguridad de entenderle.

—La verdad es que es una desgracia tener quince años —dijo Sir Joe por fin.

—¡Sí, claro! ¡Muy cierto! —exclamó Willa, entusiasmada.

—Sin ir más lejos, el chaval ni siquiera tiene aún derecho a un carnet de conducir.

Willa emitió un sonido de conmiseración.

—Entonces, ¿puedo quedarme? —dijo Erland.

Sir Joe se encogió de hombros.

—Supongo que sí —dijo.

Erland se quitó el gorro de lana —¡verdaderos molinillos de pelo! ¡Juguetes helicoidales hechos con pelo!— y dijo:

—¡Uf!

—Pero no se lo cuentes a Denise —le conminó Sir Joe.

—¿Y por qué no? —preguntó Willa.

—Pensaba que podría disculparme —explicó Erland.

—No te molestes —dijo Sir Joe, desdeñoso.

—Llevo siglos queriendo hacerlo.

—Y yo estoy segura de que Denise se sentiría mucho mejor si dejara de pensar que alguien le disparó a propósito.

—¿Por qué tendría que pensar eso? —preguntó Sir Joe—. No te hagas ilusiones —le dijo a Erland—: lo más probable es que sea ella quien vaya con el cuento a la poli.

—¿Tú crees? Caramba, Sir Joe, entonces de acuerdo —dijo Erland con voz sumisa.

A Willa le habría gustado manifestar su disconformidad, pero supuso que debían agradecer que Sir Joe hubiese aceptado la noticia sin hacer un mundo de ello.

El martes por la tarde, Willa y Cheryl llevaron a Denise a la consulta de su ortopeda. La convaleciente albergaba la esperanza de que le cambiaran la escayola por algo que le permitiese andar. Cuando comentó aquella posibilidad, Willa experimentó un momento de pánico. Una vez que Denise pudiera andar, ya no la necesitaría más. Le pareció un final demasiado repentino.

De algún modo, su estancia en Baltimore se había prolongado casi sin que se diera cuenta. La habitación de invitados había adquirido el aire de permanencia, un poco destartalado, del hogar propio; la gente con la que se cruzaba en sus paseos matutinos la saludaba con una sonrisa; el hombre que pasaba por delante de la casa dos veces al día arrastrado por sus tres westies había empezado ya a hablarle del tiempo, y en cuanto al conejo disecado de la esquina, o bien su dueño lo había reclamado ya, o bien había sido discretamente eliminado. Denise y ella se habían convertido en una especie de compañeras de piso de larga duración: Willa sabía que no se podía contar con una Denise sociable antes del desayuno, que a las dos les gustaba tomar una copa de chardonnay a última hora de la tarde y que Denise había empezado a recurrir a Willa para terminar las frases que dejaba inacabadas.

«El otro lado de la calle está tan lleno de personalidades poderosas... —decía Denise, por ejemplo—. Tan engreídos y estirados y tan... tan...»

«¿Prepotentes? ¿Arrogantes?», decía Willa.

Si se quedaba allí mucho más tiempo, pensaba Willa, empezarían a corregirse las respectivas anécdotas.

«Esto que estás haciendo, ¿es tu manera disimulada de abandonarme? —le había preguntado Peter durante una conversación telefónica reciente—. ¿Nos estamos convirtiendo en una de esas parejas en que la mujer se pasa la vida en la casa que tienen en el campo mientras que el marido vive en la ciudad?»

«¡Dios santo! No exageres —le había respondido Willa—. Deberías alegrarte de disponer de algún tiempo para ti solo.»

Era él quien llamaba la mayoría de las veces. Algo razonable, dado que Willa no tenía manera de saber cuándo había salido para jugar al golf, o para comer en el club o para cualquier otra actividad. Pero cuando ella respondía, Peter se mostraba hosco y lacónico, como si la llamada hubiera sido idea de su mujer ausente, de modo que aunque Willa se alegrara de ver el nombre de Peter en la pantalla del teléfono, le resultaba difícil la conversación. Fingía que todo iba bien; sin embargo, se esforzaba por mostrarse despreocupada, animada y contenta. Le ponía al día de los proyectos de Cheryl en materia de repostería y bromeaba sobre lo mucho que Aviión lamentaba su ausencia.

Respecto a Denise era mucho menos comunicativa. Aún no le había dicho que ya había empezado a trabajar ni le había hablado en absoluto de la bota que le permitiría andar.

Cuando Denise salió de la consulta, llevaba una pesada bota de lona azul que le llegaba hasta mitad de la espinilla. Una joven con una bata color rosa se había hecho cargo del bolso y de las muletas, pero Denise avanzaba sin ayuda de nadie.

—¡Miradme! —les dijo desde lejos a Willa y a Cheryl; y cuando ya estaba más cerca, añadió—: Se sujeta con un velcro; me la puedo quitar para ducharme. No os imagináis cuánto me apetece afeitarme las piernas.

—Aquí tiene —le dijo a Willa la joven de la bata rosa al entregarle las

pertenencias de Denise—. Pero ahora vaya con cuidado —le advirtió—. No se pase, recuerde lo que le ha dicho el doctor.

—Sí, sí —dijo Denise, acompañando las palabras con una bocanada de aire. A continuación alzó los puños por encima de la cabeza—. ¡Por fin libre! —gritó.

Aunque después necesitó el brazo de Willa para salir del edificio y también se apoyó pesadamente en ella para sentarse en el coche.

—Denise ya lleva una bota —le dijo Willa a Peter aquella noche.

—¿Eso significa que puede empezar a conducir?

—Todavía no. Pero se las apaña sin las muletas.

—¿Sube la escalera?

—Bueno, solo si se sienta y la sube de espaldas —dijo Willa—. Todavía se tambalea demasiado para arriesgarse a subirla andando.

Pero no le dijo que ya llevaba algún tiempo trepando de espaldas.

De todos modos, no había motivo para sentirse culpable por quedarse en Baltimore un poco más, ya que, en realidad, Denise no estaba aún en condiciones de conducir. Y algo tan sencillo como moverse por la casa era un proceso laborioso, y seguía dependiendo de Willa cuando hacía falta buscar y trasladar cualquier cosa de cierto peso.

—Al menos podemos decir que ya se ve la luz al final del túnel —le dijo Willa a Peter—. No tardará mucho en apañarse sola.

—Entonces, ¿por qué no llamas ahora mismo a Rona y le pides que te reserve un billete de avión?

—Bueno, es una posibilidad —dijo Willa—, pero creo que voy a esperar un poquito más.

Al día siguiente, mientras Willa hacía la cena, Richard y Berry llamaron a la puerta. Fue Cheryl quien se apresuró a responder diciendo: «¡Ya voy! ¡Ya voy yo!» antes de echar a correr con Avión, que le iba a la zaga. Regresó con los visitantes a la cocina, donde Willa cortaba el pan en rebanadas y Denise ponía la mesa.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —le dijo Richard a Denise—. ¡Andando ya como si tal cosa!

—Tambaleándome de aquí para allá se parece más a la realidad —dijo Denise.

Por una vez, Richard iba vestido de manera informal, con vaqueros y polo, pero con una mano sujetaba un portapapeles y estaba muy serio. Barry, con pantalones de chándal bien holgados, entró despacio tras él con una enorme cinta métrica.

—Se nos ha encargado una misión —dijo Richard—. Nos gustaría medir vuestro aseo.

—¿Por qué? —preguntó Denise.

—La señora Minton vende su casa y voy a ocuparme de encontrarle comprador. Ya le he dicho que sacará mucho más si primero instala un aseo.

—¿La señora Minton se va? —preguntó Cheryl.

—Así es. ¿Podéis creer que en su casa no hay un baño en la planta baja?

—¡Ay, Dios! —exclamó Willa—, ¿cómo se las arregla?

—No tengo ni idea —dijo Richard—. Así que a Barry le gustaría ver el vuestro; la distribución es la misma que la de la casa de la señora Minton.

—Adelante —dijo Denise, y Barry volvió pesadamente al recibidor. Le oyeron abrir una puerta, cerrarla y abrir otra.

—Interesante —dijo—. Está en el hueco del otro lado de la escalera y no debajo.

—Debajo de la escalera está el armario de los abrigos —aclaró Denise.

—Acabo de verlo —dijo él.

Su voz sonaba amortiguada; oyeron el ruido característico de una cinta métrica al recogerse.

—¿Adónde se muda la señora Minton? —le preguntó Denise a Richard.

—Creo que a Nueva Jersey.

—Habrías ganado al menos medio metro más si lo hubieses puesto debajo de la escalera —se oyó decir a Barry.

—Yo no lo puse en ningún sitio —dijo Denise—. Debió de hacerlo mi casera; ya estaba ahí cuando nos mudamos.

Había empezado a moverse hacia el recibidor, de manera que los demás la siguieron. Miró por encima del hombro de Barry el interior del aseo.

—¿Qué uso tiene este espacio en la casa? —preguntó.

—Solo hay un buró viejo y muy grande, creo —contestó Barry—. ¿No, Richard?

—Sí, con una media docena de tapetes encima.

Barry recogió de golpe la cinta métrica y le dijo a Denise:

—Me encantaría saber dónde encontró tu casera ese lavabo diminuto.

—Venid con nosotros y echad una ojeada —les dijo Richard a todos—. Yo votaría por el espacio de debajo de la escalera, pero supongo que dependerá de la situación de las cañerías.

—Cheryl va a echarla de menos —comentó Denise. Todos se dirigían ya hacia la parte delantera de la casa; era evidente que el grupo en su totalidad se encaminaba al hogar de la señora Minton—. ¿No es cierto, cielo? Ya sabe cómo es mi hija —le explicó a Willa—. Siempre en busca de una abuela.

Willa sintió una punzada, pero sonrió con diplomacia.

Salieron al porche y descendieron los escalones, Denise colgada del brazo

de Barry. Avión los guio hacia su destino con tanta seguridad como si entendiera la misión propuesta.

—Estoy pensando en plantar arbustos nuevos —le dijo Richard a Willa—. Que todo resulte atractivo ya desde la acera.

Lo que había en el jardín en aquel momento eran algunas plantas ásperas y anodinas ahogadas por las malas hierbas. El camino hasta la casa estaba tan agrietado y roto que cedía al pisarlo.

—A algún matrimonio joven podría interesarle —comentó Barry—. Quizá como la casa donde empezar su vida en común.

Era triste, pensó Willa, que el que había sido el hogar de muchos años de una anciana no fuese más que el primer hogar de una pareja joven.

La señora Minton estaba al otro lado de la puerta mosquitera de su casa, hablando con Ben.

—Ya estáis de vuelta —les dijo a Richard y a Barry—. ¿No habréis visto por ahí fuera al gato de Ben? ¡Qué bien, Denise! ¡Ya no necesitas muletas!

—El aseo de Denise está en ese espacio a la izquierda de la cocina —le explicó Richard—. No debajo de la escalera, después de todo; debajo de la escalera hay un armario para abrigos.

—Bueno, siempre me las he apañado sin armario para abrigos —dijo la señora Minton—. Cuando mi marido y yo teníamos invitados, los colgaban del poste de la escalera.

Se volvió para guiarles por la penumbra de la casa y comenzó a avanzar ruidosamente con el andador. Era extraño ver el espacio vacío debajo de la escalera. El recibidor mismo transmitía una sensación acolchada debido a la gruesa alfombra marrón que lo cubría, y el aire sofocante que olía a lana hizo que a Willa le entraran ganas de estornudar.

—Si encontrásemos un lavabo diminuto como el de Denise, podríamos hacer lo mismo aquí: poner el aseo en el otro hueco y convertir en armario el

de debajo de la escalera. A los compradores les gusta que haya un armario en la planta baja.

—¿Qué es lo que hay en Nueva Jersey, señora Minton? —preguntó Willa.

En cierto modo, temía la respuesta, por la posibilidad de que se tratara de una residencia de ancianos o algo parecido, pero la señora Minton se animó de inmediato.

—Mi hija Marie —explicó—. Tiene una encantadora casita para invitados en el patio trasero, completamente separada de su casa, pero a una distancia de solo unos pocos pasos.

—¡Ah, qué bien! —exclamó Willa—. Me habría gustado tener una hija. — Pronunció aquellas palabras sin darse cuenta, casi sin haberlas pensado.

—¡Bueno, Willa! —dijo Denise—. ¡Estoy dispuesta a ser su hija en cuanto me diga!

Willa sintió que se conmovía, y aún más cuando Cheryl se le arrimó y la abrazó por la cintura.

—La mía es muy buena hija —explicó la señora Minton con cierto orgullo—. Lleva siglos pidiéndome que vaya a vivir allí.

—¡Qué suerte tiene usted! —dijo Willa.

—Imagino que sus hijos piensan igual, seguro.

—Bueno...

—Willa, ¿eres rica? —preguntó Cheryl.

—¿Cómo? No, no puede decirse que sea rica.

—Cheryl Carlyle —terció Denise—, ¿se puede saber qué demonios te hace preguntar una cosa así?

—Estaba pensando que quizá pudiera construir una casita de invitada en nuestro patio de atrás.

Willa le apretó una mano en señal de agradecimiento, pero Ben murmuró:

—Parece que a nadie le importe lo que Paul tenga que decir al respecto.

Denise y Willa dijeron al unísono:

—¿Quién?

—Paul, Peter..., ya saben. Su marido —dijo Ben, y su tono desdeñoso hizo que Willa lo mirase con curiosidad.

—Durante mucho tiempo me resistí —le explicó a Willa la señora Minton—. Valoraba mi independencia, fíjese. Y me preocupaba que el traslado pudiera angustiar a mi pobre perro; ya es viejo y está muy acostumbrado a hacer las cosas a su manera. Pero, luego, un día me dije: «¿Por qué no? ¿Por qué no ir a vivir cerca de Marie?». Hay cosas que me resultan algo más difíciles últimamente.

—Me lo imagino —dijo Willa—. Cuesta creer que haya estado subiendo la escalera hasta el baño.

—Bueno; eso no me cuesta demasiado. Lo que hago es agarrarme a la barandilla con las dos manos y es como si tirara de mí hasta llegar arriba. Y luego dispongo de un segundo andador esperándome: un pequeño lujo que me permito. Ya me dijeron que el seguro solo pagaba el primero. No; es más bien una cuestión de..., ya sabe, de decidir para qué vive una. Ese es el gran problema a mi edad.

Se produjo un silencio breve y extraño.

—¿Para qué vive usted? —dijo al cabo Willa, sin poder evitarlo.

—Bueno, sucede que cuando eres viejo todo requiere más tiempo. Bañarse, contar las pastillas, ponerse las gotas en los ojos... Le asombraría saber cuánto tiempo puede pasar una persona haciendo esas cosas.

—Ah —dijo Willa, aunque aquella información no era de gran utilidad para ella. Todavía podía moverse con mucha rapidez.

—Pero a veces una siente que todo es muy monótono. ¿Me entiende? Como cuando me estoy vistiendo y se me ocurre pensar: los mismos colores de siempre, los mismos colores viejos; me gustaría tener otros nuevos, pero no

hay colores nuevos en la faz de la tierra. O las verduras: las mismas de siempre. Llega la hora de la cena y hay espinacas, o tomates, o maíz... ¿Por qué no pueden inventar alguna verdura? Tengo la impresión de que ya lo he consumido todo.

—Hay brocolini —terció Cheryl de repente, separándose de la cintura de Willa.

—¿Qué has dicho, cielo?

—Es una verdura nueva.

—Ah. Bueno.

—¿Para qué vive usted, Willa? —le preguntó Ben, volviéndose hacia ella.

—¡Yo! —exclamó Willa.

—Es peor ahora que Henry ya no está —prosiguió la señora Minton con tono reflexivo—. Los hombres dan una finalidad a todo, ¿se ha fijado usted? —le preguntó a Willa.

—Sí —repuso esta—. Lo he notado.

—Bien, le explicaré lo que voy a hacer —le dijo Barry a la señora Minton—. Tengo un amigo fontanero profesional y mañana volveré a reunirme con él para hablar de las cañerías.

—Bueno, si crees que se puede hacer... —dijo la señora Minton, no demasiado convencida.

Se dirigían ya hacia la parte delantera de la casa. En el porche se veía la silueta de Avión, al que no habían permitido entrar, con el hocico pegado a la puerta de tela metálica. Cuando vio que se disponían a salir, se dio la vuelta, bajó corriendo los escalones y luego giró de nuevo para verlos llegar, al tiempo que los alentaba moviendo el rabo.

El exterior les resultó agradablemente aireado tras la falta de ventilación del recibidor. Denise tomó del brazo a Richard y a Barry, y avanzó cojeando

entre los dos. Cheryl le tiróNo un palitroque a Avión, que corrió veloz tras él, con las orejas aleteando alegremente.

—No ha contestado usted a mi pregunta —le dijo Ben a Willa.

—¿Qué pregunta era? —quiso saber ella, con aire de desconcierto.

En lugar de repetirla, Ben dijo:

—He estado pensando en el consejo de su padre. En lo de dividir el día en momentos. ¿No cree que podría ser la manera equivocada de enfrentarse al problema? —Willa frunció el entrecejo—. Quiero decir que a veces, cuando me compadezco de mí mismo, utilizo la perspectiva opuesta: amplío mi ángulo de visión hasta que no soy más que una mota en el globo terráqueo.

—Bueno —dijo Willa—, pero ¿no le hace eso sentirse algo así como... insignificante?

—Soy insignificante —dijo él—. Todos lo somos. No somos más que organismos infinitesimales flotando en un vasto universo, y que nos acordemos o no de apagar el horno no tiene la menor importancia.

Que Ben considerase aquello consolador hizo que Willa se echara a reír. Él le sonrió sin parecer en lo más mínimo ofendido.

—¡Ahí está! —exclamó luego, y corrió hacia la calle—. Ven aquí, demoniejo —llamó.

Luego regresó, con Robert enroscado en el antebrazo como un chal, y aquello puso fin a la conversación.

Willa estaba jugando a Lo Dudo con Cheryl y Denise después de cenar cuando Peter llamó al teléfono fijo. Fue Cheryl quien se levantó a responder.

—¿Diga? ¡Ah, hola, Peter! Espera. —Luego se apretó el auricular contra el pecho y le preguntó a Willa—: Quiere saber si puedes hablar.

—Gracias —respondió Willa. Apartó a Avión, que se había tumbado sobre

sus pies, y salió al recibidor.

—Ya viene —le dijo Cheryl a Peter—. Pero estamos a mitad de una partida.
—Y luego, tendiéndole el teléfono a Willa—: No olvides que te toca jugar ya.

—¿Sí? —dijo Willa.

—¿Dónde te metes? —preguntó Peter—. Te he estado llamando y llamando al móvil.

—Vaya, he debido de dejármelo arriba, en la habitación. Lo siento. ¿Qué tal va todo por ahí? ¿Has tenido un buen día?

—Más bien, no —dijo él.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué te imaginas tú que ocurre? No hago más que dar vueltas solo por la casa; se supone que tengo esposa, pero me estoy olvidando de cómo es; no encuentro a nadie con quien salir a cenar esta noche y en casa no hay nada que me apetezca comer.

—¿No tenemos todavía algo de aquel guiso con marisco en el congelador?

—Nada que me apetezca comer, como te he dicho.

—Vaya, no sabes cuánto lo siento. —Metió los dedos entre las espirales del cable del teléfono y miró hacia el cuarto de estar.

Cheryl y Denise la observaban con idéntica expresión ceñuda, esperando a que volviera.

—¿Es todo lo que tienes que decirme? —preguntó Peter.

—¿Cómo?

—Willa, ¿me estás escuchando?

—Claro que sí —respondió ella, aunque en realidad solo le prestaba atención a medias. Sin embargo, cuando volvió a la partida, tampoco atendía del todo al juego.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que últimamente habían disfrutado de un tiempo muy agradable: cálido pero no insoportable, y algo menos húmedo de lo habitual. El césped —el poco que había en los jardincitos a lo largo de Dorcas Road— no había recibido agua abundante desde que Willa llegara y, de hecho, cuando el jueves empezó a lloviznar antes de que amaneciera, el ruido del agua resultó tan novedoso que Willa se despertó convencida de que se trataba del sistema de aspersión utilizado para regar los campos de golf en Tucson. Experimentó un instante de ansiedad tratando de recordar cuándo y en qué circunstancias había vuelto a casa.

Durante el desayuno, Denise anunció que no iría al trabajo debido a la lluvia. Y Cheryl dio por sentado que Willa y ella renunciaban a su paseo habitual con Avión. Cuando, de todos modos, Willa se dispuso a salir con un paraguas que tomó prestado del armario de los abrigos, quedó claro que tampoco Avión tenía ganas de pasear. Después de alzar la pata al tuntún junto al seto, se dio la vuelta y la miró expectante, sin duda confiando en volver a casa.

—¡Cobardica! —le dijo Willa, que había empezado a aficionarse a su paseo matutino, porque era como una especie de prólogo al día. Pero acabó por renunciar y dejó que Avión regresara a los escalones del porche.

Incluso cuando el tiempo mejoró a primera hora de la tarde, Denise no propuso que la llevaran a trabajar.

—Quizá —dijo en cambio— sea el momento de que intente conducir de nuevo, ¿no cree?

—Sí, muy buena idea —accedió Willa.

Aunque tuvo la tentación de resistirse, para ser sinceros.

De manera que envolvieron la bota de Denise con una bolsa de plástico para protegerla del suelo húmedo, y ambas salieron camino del coche. Antes de nada, Denise tuvo que colocar el asiento y los espejos como antes, pues ahora estaban ajustados para Willa. Luego convirtió en un espectáculo el problema de dónde poner la pierna herida. Aunque había espacio de sobra, exclamó:

—¡Me siento tan torpe! Y la pierna podría ser un obstáculo si tuviera que pisar el freno de repente.

Al cabo, sin embargo, fue avanzando despacio con el coche hasta llegar a la calle y luego continuó a ritmo majestuoso hasta el final de la manzana. A continuación realizaron un giro a la derecha dolorosamente lento y después otros tres, también a la derecha, para terminar regresando a casa, momento en que Denise exclamó: «¡Uf!», sacó de un tirón la llave del contacto y se la tendió a Willa.

—Es suficiente por el momento —dijo—. Va a tener que seguir siendo mi chófer un poquito más.

A Willa le pareció divertido encarnar la idea que alguien pudiera tener de un chófer, pero también se sentía ya mucho más cómoda al volante. Se había aprendido el camino hasta sus destinos habituales —supermercado, colegio, cajero automático y sitios por el estilo— y dominaba las peculiaridades del viejo coche de Denise. De hecho, casi disfrutaba con los trayectos.

Al día siguiente, como siempre, llevó a Denise a trabajar, pero aceptó que era irremediable renunciar a seguir haciendo aquello mucho tiempo más. Empezó a mirar a cuantos la rodeaban acostumbrándose a la idea de

perderlos, igual que miraba a sus hijos cuando estaban a punto de iniciar sus estudios universitarios. El cabello de Denise, de un rubio oscuro, que brillaba como tiras de satén incluso cuando se lo ponía de manera poco favorecedora detrás de las orejas; las adorables mejillas de Cheryl, tan redondas y suaves; los elegantes remolinos de pelusa en el hocico de Avión: se demoraba en ellos para almacenarlos en la memoria. Sentía incluso cierta nostalgia profética del gorro de elfo de Erland, y hasta de las miradas de perro sabueso que Hal dirigía a Denise e incluso de las pobladas cejas blancas de Ben Gold, que sobresalían como dos antenas en dirección a cualquier persona con quien estuviese hablando.

Pero, aun así, seguía sin hacer el menor intento de reservar un vuelo de regreso a casa, y cuando Peter se ofrecía a llamar a Rona para que le consiguiera un billete, Willa contraatacaba con excusas nada convincentes. Denise no conducía aún, argumentaba para empezar, y Peter decía:

—¿Y qué más da? Podría pedir a algún vecino que la llevara. Seguro que tu amigo médico estaría dispuesto.

—Mi amigo médico —repitió Willa.

—¿Cómo se llama?

Willa suspiró.

—No se trata solo de conducir —le dijo—. Tampoco está en condiciones de hacer ningún trabajo pesado en la casa. No puede bajar al sótano.

—¿Y para qué tiene que bajar al sótano? —preguntó Peter.

—Ahí están la lavadora y la secadora, ¿recuerdas? —le respondió Willa.

—Aparatos que Cheryl es perfectamente capaz de manejar, ¿recuerdas? —contraatacó Peter.

—Bueno, sí, pero.....

—Escúchame, peque. Hoy es viernes. Si vuelves durante el fin de semana, iré a buscarte al aeropuerto.

—No, no, no hace falta.

—Pero quiero hacerlo —dijo él—. Además, así sabré que no darás media vuelta y te irás por donde has venido nada más aterrizar.

Willa se rio.

—¿Cómo están las cosas en casa?

—Solitarias —dijo él—. Incluso tu saguaro se siente solo. No tiene muy buen aspecto últimamente.

—¡No me digas! ¿Qué le pasa?

—Está como..., no sé, como pálido.

—¿Pálido? ¿Qué quieres decir? Siempre está pálido.

—La piel se le está llenando de arrugas.

Era todo pura invención. Willa estaba segura de que criaturas que crecen tan despacio como los cactus no desmejoraban tan deprisa ni mucho menos.

—Vaya, bueno, qué le vamos a hacer —dijo sin manifestar la menor piedad, y dándole a entender lo inverosímil de su farol.

—Vamos a ver —se escabulló Peter—, ¿qué le digo a Rona: el sábado o el domingo?

—Hablas como alguien que sigue en activo —replicó ella—. ¿Qué más te da si vuelvo o no en fin de semana?

La tarde tocaba a su fin y ocupaba ya los pensamientos de Willa lo que iba a hacer cenar, de manera que no había elegido sus palabras con tanto cuidado como otras veces. Peter dejó que se instalara entre ellos un silencio significativo: una frialdad en el ambiente que Willa casi sintió de manera física.

—De acuerdo. Bien, no quiero entretenerte —dijo al cabo Peter. Y colgó.

El sábado recibió una llamada de su hermana. No se habría enterado de no ser

porque en aquel momento estaba en el piso de arriba y cerca del móvil.

—¿Elaine? —contestó—. ¿Todo bien?

—¿Dónde estás? —preguntó su hermana. Parecía enfadada—. Te he estado llamando y llamando.

—¿Me has llamado? ¿Al móvil?

—No, al fijo.

—Pero si ya te dije que me marchaba a Baltimore... —repuso Willa.

—Eso fue hace siglos. ¿Todavía estás ahí?

—Sí.

—Vaya, maldita sea. He venido a Phoenix para un congreso.

—¿Estás en Phoenix, Arizona?

Elaine no se dignó contestar.

—¿No tenía ni idea! —exclamó Willa—. ¿Me dejaste un mensaje?

—No —respondió Elaine—, me limité a colgar. Me asustó la idea de tener que hablar con Derek.

—¿Con quién? —dijo Willa.

—Quería decir Peter. Lo siento. Peter, Derek: tampoco hay tanta diferencia, ¿no?

Pese a lo muy acostumbrada que estaba a la brusquedad de su hermana, todavía lograba escandalizarla. Se dejó caer en la cama, apretándose el móvil contra el oído.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —preguntó Elaine.

—Sigo aquí.

—De manera que, si no me equivoco, no vas a estar en tu casa una temporada. Aquí termino mañana por la noche.

—Me habría gustado saberlo con más tiempo —dijo Willa.

—¿Por qué? ¿Habrías vuelto antes a Tucson?

—Es posible—dijo Willa—. Me parece que llevo sin verte una eternidad.

De hecho, cuando ahora imaginaba a Elaine, tenía que esforzarse para añadirle detalles de persona adulta: hilos grises en el cabello y la forma definitiva del cuerpo.

—Bueno, no podrás decir que no lo he intentado —dijo Elaine.

—No —respondió Willa—. Siento no verte.

Pero la hermana a la que sentía no ver era una niña de seis años, sentada ante una mesa de desayuno mucho tiempo atrás y no la mujer que hablaba con voz densa al otro extremo de la línea.

Cuando ya estaba guardando el móvil en el bolso, vio que tenía un mensaje de texto. Pulsó el botón y lo que apareció fue una foto de Ian. Estaba delante de una cabaña de troncos en compañía de un individuo de más edad con uniforme de guarda forestal y una joven robusta vestida de excursionista. Ian llevaba unos vaqueros y un anorak descolorido. Se había dejado barba años atrás, algo que aún sorprendía a Willa cada vez que la veía, una barba muy corta y puntiaguda que acentuaba su anguloso rostro; y llevaba gafas nuevas, las gafas sin montura que la gente solía describir como «gafas de abuelita». «Hola, mamá, solo he bajado para comprar suministros, espero que estés bien», escribía. No concretaba dónde era «aquí». Willa analizó la foto en busca de pistas. La cabaña de troncos debía de ser una tienda de alimentación; en el letrero de la puerta se leía «Bennett's», y estaba flanqueado por sendos logotipos de Coca-Cola, que parecían chinchetas. Daba la impresión de que la joven tuviera la edad adecuada para ser la novia de su hijo, pero costaba saberlo con seguridad; aunque muy próximos el uno al otro, no se tocaban. Y pensándolo mejor, la actitud de la chica parecía tan natural, en una postura tan descuidada y con un aire tan indolente, que, con toda probabilidad, no se trataba más que de una conocida.

Willa consiguió averiguar el procedimiento para enviarle una respuesta.

«Me alegro de saber de ti, yo sigo en Baltimore», escribió. Luego bajó la escalera y le enseñó la foto a Denise.

—Este es Ian —dijo—. El hermano de Sean.

—Caramba, no se parecen mucho, ¿no? —comentó Denise.

—Nunca se han parecido, en realidad. Y no soy capaz de saber si esa chica es su novia. ¿A ti qué te parece?

Denise miró la foto más de cerca.

—No —dijo por fin—. Lo dudo mucho.

—Ha tenido unas cuantas a lo largo de los años, pero no parece que duren —explicó Willa—. Estoy empezando a preguntarme en serio si alguna vez llegaré a ser abuela.

—Bueno, mírelo de esta otra manera —dijo Denise, devolviéndole el móvil—. Si no tiene nietos no habrá de preocuparse por que tengan que enfrentarse a la muerte del planeta.

Aquello hizo reír a Willa.

—No está mal pensado —dijo.

El domingo por la tarde, Denise recibió una llamada de la madre de Patty y Laurie.

Willa no la conocía, de manera que cuando Denise dijo: «¿Qué tal, Fran?», no las relacionó.

—¿Algo importante? —preguntó Denise a continuación. Y luego—: ¿Que dicen qué?

Willa y Cheryl, que estaban horneando juntas galletas de jengibre, se volvieron a mirarla cuando notaron que le cambiaba la voz.

—Estás de broma —dijo Denise.

Ni Willa ni Cheryl podían saber lo que estaba diciendo la persona desde el

otro extremo de la línea.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Denise. Para repetir a continuación—: Estás de broma. —Se apretó la coronilla con la mano como si fuera un solideo—. Bueno, gracias, Fran. Gracias por contármelo. Ahora ya me encargo yo. Adiós.

Colgó y se volvió hacia Willa y Cheryl.

—Vaya —dijo—. Fran Dumont dice que fue Erland quien disparó contra mí. Willa y Cheryl se quedaron petrificadas.

—Y que tú lo sabías, Cheryl. Y también usted, Willa. Lo ha sabido desde el principio.

—Bueno, no desde el principio... —dijo Willa.

—Lo sabía y no me lo ha dicho.

Willa sintió que se ruborizaba. Y vio que a Cheryl, al apretar los dientes, se le dibujaba una fina línea blanca alrededor de la boca.

—He tenido que enterarme por otra persona —dijo Denise—. ¿Es que ninguna de las dos pensaba contármelo nunca?

No contestaron.

—¿Quién más lo sabe? —le preguntó Denise a Willa.

—Creo que nadie —dijo Willa—. Bueno, Sir Joe, por supuesto, pero...

—¿Sir Joe lo sabe? —se asombró Cheryl.

Willa asintió con la cabeza.

—¿Qué dijo? —quiso saber Cheryl.

—¿Qué más da lo que dijera? —se indignó Denise—. Soy yo la persona que importa aquí. ¡Dios santo! Parece que todo el mundo lo sabía excepto yo. Me siento como una imbécil.

—Por favor, no pienses eso —dijo Willa—. No estábamos conspirando ni nada parecido, te lo aseguro. Lo único que queríamos las dos era que nadie tuviera problemas.

—«Las dos» —dijo Denise llena de amargura—. Usted y Cheryl: ¿no es el colmo de la intimidad? Tenía que haber sabido que se interpondría entre nosotras; siempre con su comportamiento de señora, tan alegre y tan amable y tan bien educada y super... super...

—¿Oficial? —sugirió Willa con tristeza.

Denise la miró, rabiosa.

—Pero por detrás, entrometiéndose —dijo—. Entrometiéndose e interfiriendo con sus ágiles y delicados deditos.

Luego se dio la vuelta y se precipitó al patio trasero, clonc, paso, clonc, con la bota ortopédica, y la puerta de tela metálica se cerró con estrépito tras ella.

Willa y Cheryl se miraron.

—Está cabreada —dijo Cheryl.

—Tendrías que ir a hablar con ella —dijo Willa.

—Ven conmigo.

—Mejor que yo no esté. Tenéis que ser vosotras dos.

A Cheryl aquello no pareció gustarle mucho, pero al cabo se dio la vuelta y salió penosamente por la puerta de atrás.

Ya en su habitación, Willa se acercó a la ventana abierta y trató de oír las voces. No era que quisiese escuchar a escondidas, solo quería saber si Denise y Cheryl estaban hablando. Pero la ventana daba a un lado de la casa y no se oía nada procedente del patio trasero.

Se sentía tan desgraciada que sacó el móvil del bolso y se sentó en la cama para llamar a Peter, pero luego se lo pensó mejor. Adivinaba cuál sería su actitud. «¿No te lo había dicho? —le diría—. ¿Qué esperabas al inmiscuirte en la vida de otras personas? ¡Gente a la que ni siquiera conoces, por el amor de Dios!»

Así que, en vez llamar a Peter, empezó a buscar un vuelo para volver a su hogar. ¡Su hogar! La sola palabra suponía ya un consuelo. No quería esperar al lunes, a que estuviera abierta la agencia de viajes de Rona; quería marcharse ya. Aquella misma noche, si era posible.

Pero no pudo. O quizá no se trataba más que de simple ineptitud por su parte; nunca había reservado un billete por internet. En cualquier caso, el vuelo que por fin consiguió salía a primera hora, a las siete menos cuarto de la mañana siguiente. Pensó que era un retraso soportable. Solo necesitaba dejar pasar una noche. Si se iba pronto a la cama, tendría que tratar con Denise muy pocas horas.

Después de facilitar los datos de su tarjeta de crédito (lo que le llevó muchísimo tiempo, ya que tuvo que empezar dos veces), llamó por fin a Peter, aunque marcó el número de su teléfono fijo con la esperanza de no tener que hablar directamente con él. Para alivio suyo, le bastó con dejar un mensaje de voz: «Hola, cariño, soy yo. Quería decirte que vuelvo a casa mañana por la mañana; hora de llegada: once y veinte, por si todavía quieres ir a recogerme». Luego añadió el número del vuelo y concluyó, jubilosa, con un «¡Hasta pronto!». Tuvo casi la completa seguridad de que todo sonaba de lo más normal.

Sin embargo, en el instante en que terminó el mensaje, permitió que se le desencajara el rostro, además de dejarse caer sobre la cama.

Se dijo que lo había hecho todo mal, de principio a fin. Tendría que haberle exigido a Erland, antes de nada, que confesara a Denise lo sucedido, pero en cambio se había centrado en Sir Joe, en cuál podría ser su reacción y en cómo proteger a Erland. Y, además, debía reconocer que había disfrutado adoptando el papel de confidente, ¡qué cosa tan lamentable! Denise era la última persona en quien había pensado. ¡Su enfado era la reacción más natural del mundo!

Nada asustaba tanto a Willa como una mujer enojada.

Bueno. No había vuelta de hoja. Se levantó y fue hasta el armario para sacar la maleta.

Después de meter en ella todo lo que no iba a necesitar aquella noche, colocó con mucho cuidado sobre la cama desocupada la ropa para el viaje, se alisó el pelo, se retocó los labios y se serenó antes de bajar. Denise estaba en el sofá del cuarto de estar, leyendo el periódico; solo se veía de ella el *Baltimore Sun* desplegado. Willa siguió por el recibidor hasta la cocina, donde encontró a Cheryl sentada a la mesa, en cuyo centro había una bandeja de galletas de jengibre recién horneadas, sin hacer nada en absoluto, con las manos entrelazadas.

—¡Vaya, sí que han salido bien! —dijo Willa.

—No están mal —respondió Cheryl.

—Tienen un aspecto delicioso.

Cheryl guardó silencio.

—¿Qué crees que podríamos hacer para cenar? —le preguntó Willa.

—No sé.

—¿Huevos rellenos? ¿Ensalada de atún? —Habían hecho la comida importante al mediodía, dado que era domingo.

Cheryl se encogió de hombros.

—¿Sándwiches de beicon, lechuga y tomate?

—No me gustan nada esos sándwiches.

—¡Madre mía! Eres la única persona a la que oigo decir eso.

—Me raspan en el paladar —dijo Cheryl. Luego añadió—: Sándwiches de queso fundido estaría bien.

—Vaya —dijo Willa—, detesto los sándwiches de queso fundido.

—Quizá podríamos calentar una pizza.

—Buena idea —dijo Willa—. ¿Tenemos?

Casi deseaba que no tuvieran. Una expedición al supermercado podría

llenar una parte de aquella inmensidad de tiempo que todavía le quedaba por delante. Pero no tuvo suerte: encontró una pizza de *pepperoni* en el congelador.

—Y podríamos acompañarla con una ensalada —dijo Cheryl. Parecía que empezaba a animarse. Se levantó de la silla y fue a la nevera a ver qué había en el cajón de las verduras—. ¿Puedo preparar yo la salsa?

—Claro —respondió Willa.

Podría haber estado interpretando una obra de teatro, una pieza de instituto, chapucera, acartonada, cuya única virtud era que los actores se sabían los diálogos, más o menos.

Willa solo anunció su marcha cuando ya estaban cenando, sentadas en sus sitios habituales en torno a la mesa de la cocina, aunque las tres muy silenciosas: Denise en su silla en una postura perfecta, con modales impecables por una vez; Cheryl mirando alerta, primero a una y luego a la otra, pero sin decir nada.

—Bueno —dijo Willa finalmente, después de apartar el borde de la corteza de su ración de pizza y de limpiarse las yemas de los dedos con la servilleta —, mañana a primera hora regreso a Tucson. He pensado que debía decíroslo ahora porque me marcharé antes de que os despertéis.

Denise dejó de masticar.

—¿Te marchas? —dijo Cheryl.

—Tengo una reserva para el vuelo de las siete menos cuarto —dijo Willa—. Saldré de puntillas sin hacer más ruido que un ratón.

—No hace falta que se vaya —dijo Denise.

—¡Lo sé, lo sé! —respondió Willa, muy animada—. Pero a este paso Peter va a acabar pensando que lo he abandonado si sigo más tiempo fuera.

—Bueno, no hay necesidad de tomárselo tan a la tremenda —dijo Denise.

—No, por supuesto que no, pero... ¿Te importa que imprima la tarjeta de embarque con tu impresora?

Después de una pausa tan larga que casi pareció que no iba a responder, Denise dijo:

—Claro que no.

—Muchas gracias —contestó Willa.

Terminaron de cenar en silencio, y luego Denise recogió los platos que habían utilizado y los puso en el fregadero. Por un momento se quedó mirando cómo Willa y Cheryl recogían el resto de la mesa, pero terminó por marcharse. Una especie de desolación se apoderó de la cocina una vez que se hubo ido.

Willa llenó el fregadero de agua caliente y le añadió un chorro de detergente. Cheryl fue a buscar un trapo de cocina limpio al cajón donde se guardaban.

—Willa, ¿no te podrías quedar un poquito más?

—Me gustaría —le dijo Willa, mientras aclaraba un puñado de tenedores.

—Estaba incluso pensando en que quizá podrías construir una casita de invitados en nuestro patio trasero —dijo Cheryl.

Aquello hizo sonreír a Willa.

—Pero ¿qué hacemos con Peter?

—Peter podría vivir también aquí, y tú ayudar como experta en mi colegio. ¡La señora Anderson se muere por tener expertos!

Willa se volvió para entregarle los tenedores ya enjuagados y se encontró con que Cheryl la miraba esperanzada. Le recordó a las niñas de las tarjetas victorianas del Día de los Enamorados, las mejillas delicadamente coloreadas de rosa, el labio superior semejante a un ondulado arco de Cupido, los ojos de un gris refulgente y enmarcados por largas y tupidas pestañas. Willa pensó que en verdad era la más hermosa de las niñas.

Había leído en algún sitio que los bebés venían al mundo con el convencimiento de que tenían derecho a dos progenitores, lo que explicaba que los niños reaccionaran tan catastróficamente ante el divorcio. Desde su llegada a Baltimore, Willa había empezado a preguntarse si también pensaban así de los abuelos. Y estaba segura de que lo contrario era cierto, porque a ella le resultaba inconcebible no tener nietos.

Aunque tuvieran que enfrentarse a la muerte del planeta.

Después de imprimir la tarjeta de embarque, Cheryl sugirió que jugaran una partida de Lo Dudo, pero Willa dijo: «¿Y por qué no al Ocho Loco?», porque Lo Dudo funcionaba mejor con más de dos personas, y para entonces Denise había reivindicado deliberadamente el uso del ordenador. Todo el tiempo que Willa y Cheryl jugaron (hablando además muy alto y sin contenerse, y golpeando la mesa con las cartas de manera teatral), lo hicieron obsesionadas por la silueta de Denise en el comedor, su perfil, esculpido como en piedra, delante de la pantalla.

A las ocho y media, cuando ni siquiera era la hora de acostarse de Cheryl, y menos aún la de Willa, esta anunció la conveniencia de darse ya las buenas noches porque a la mañana siguiente se levantaría muy pronto.

—¿Os parece que antes saque a pasear a Avión? —preguntó.

Estaba pensando que Denise se ofrecería a hacerlo un poco más tarde, porque ya era del todo capaz de salir al porche y de quedarse allí mientras Avión hacía sus necesidades, pero lo único que dijo fue: «Si no le importa», sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—¿Estáis seguras de que necesita salir ya? —dijo Cheryl.

Willa miró a Avión, que se puso en pie y movió la cola.

—Parece que lo necesitas —le dijo Willa al perro—. Salgamos, entonces.

En el exterior se estaba levantando la brisa, y jirones de nubes cruzaban deprisa por delante del rostro de la luna. Willa salió a la calle, donde Avión procedió a orinar contra un farol antes de proseguir con su paseo, siempre atento a cualquier rastro de olor que le llamara la atención.

El ruido de sus tacones sobre el cemento hizo que se acordara de lo mucho que echaba de menos las aceras cuando era niña. De cómo soñaba con vivir en una verdadera ciudad donde pudiera dormirse todas las noches oyendo el ruido de los zapatos de algún desconocido debajo de su ventana. Y ahora, era evidente, allí estaba ella, caminando por la acera de una ciudad, perfectamente a sus anchas.

Alegre, amable, refinada y superficial.

Si Willa tuviera que inventar un baile del reloj, no se parecería en nada al que habían interpretado las niñas. No; el suyo lo protagonizaría una mujer que atravesara corriendo un escenario de izquierda a derecha, girando frenéticamente al mismo tiempo, de manera que el público tan solo vería una mancha de color que daba vueltas y más vueltas antes de desaparecer por el foro, ¡puf! Desaparecida. En un abrir y cerrar de ojos.

Avión levantó la cabeza y emitió una especie de resoplido; estaba mirando a un gato que caminaba con mucho cuidado siguiendo el borde del seto por delante de la casa de la señora Minton.

—¿Robert? —dijo Willa.

El gato se detuvo, se volvió y la miró. Willa echó a andar hacia él, fingiendo al mismo tiempo que su interés era otro. Evitó el desmoronado camino de entrada de la señora Minton para que los trozos sueltos no crujieran bajo sus pies; se acercó a Robert a hurtadillas y luego corrió como un rayo para agarrarlo. Para su gran sorpresa, el animal no opuso resistencia. No se resistió, ni se acurrucó contra ella: se limitó a instalársele como un mascarón de proa en el brazo, esperando a ver adónde lo llevaban.

—De vuelta a casa —le dijo Willa.

Siguió andando hasta dejar atrás la casa de la señora Minton y torció hacia la de Ben, con Aviión detrás. Robert inició entonces un movimiento para escapar, pero Willa lo sujetó con más fuerza, subió los escalones del porche y llamó al timbre. Se encendió la luz del techo y detrás de la puerta de tela metálica apareció Ben.

—¡Robert! —exclamó con considerable hastío—. Gracias —le dijo a Willa—. Ni siquiera sabía que estaba fuera.

Abrió la puerta para coger al gato, y Willa se sacudió pelos grises de la blusa.

—Estaba bajo el seto de la señora Minton —dijo.

—¿No quiere entrar?

—No, gracias. Tengo que volver. ¿Sabe?, cuando era pequeña, los gatos se escapaban de casa continuamente. Algunos incluso vivían fuera, como los de los graneros.

—Pasaba lo mismo cuando yo era niño —dijo Ben—. Pero ahora sabemos que todos los años los gatos de este país matan algo así como tres mil millones de pájaros cantores.

—¿De verdad? Vaya, ahora entiendo su punto de vista —dijo Willa.

—Yo ni siquiera debería tener uno, pero tengo prohibidos los perros, porque armarían un escándalo cada vez que llegara un paciente. Por no hablar de que me gustan mucho los gatos.

—Bueno —dijo Willa—, siempre pienso que es una buena señal que a un hombre le gusten los gatos. Demuestra que no siente la necesidad de controlarlo todo.

—Desde luego, no me hago ninguna ilusión sobre mi capacidad para controlar a Robert —dijo Ben cordialmente. Se volvió para dejar que el gato

se desprendiera de sus manos como una cosa líquida y se perdiera en el interior de la casa.

—De todos modos, esto me da la oportunidad de despedirme —dijo Willa—. Vuelvo a casa mañana.

Ben alzó las cejas.

—¡Tan pronto! —dijo.

—Creo que Denise se ha cansado de tenerme en casa.

—No, no me cabe en la cabeza esa posibilidad.

—No le miento —dijo ella—; las dos necesitamos seguir con nuestras vidas por separado.

—Bueno, ha sido muy generoso por su parte venir desde tan lejos para cuidarla —dijo Ben.

La amabilidad que traslucía su voz casi hizo llorar a Willa.

—No creo que quepa hablar de «generosidad» —respondió—, si se tiene en cuenta que ha sido sobre todo para mi propio beneficio. Andaba buscando una ocupación, si he de serle sincera.

—Bueno, yo sí creo que se trata de generosidad —repuso él. Y añadió—: Caray. Ya se me había ocurrido un plan un poco retorcido: usted compraría la casa de Lucinda Minton para venir a ayudarnos con nuestros inmigrantes.

—Habría estado bien —dijo ella.

—¡Ya lo creo! ¡Tenemos incluso algunos sirios! —dijo él.

Sonaba tan ingenuamente orgulloso como un colegial, lo que hizo sonreír a Willa.

—¿Es verdad? —preguntó.

—Parece que les cuesta pronunciar la P.

—La P —repitió ella, intrigada—. ¿Les pasa eso? —Pero enseguida se contuvo—. Bueno, quizá en mi próxima vida —dijo—. En fin, pues adiós. —Y le tendió la mano.

Ben se la tomó al tiempo que preguntaba:

—¿Cómo va a ir al aeropuerto?

Avión olfateaba en torno a las zapatillas de Ben, ajeno a la conversación.

—Pediré un taxi —dijo Willa.

—Déjeme llevarla, será un placer.

—Muchas gracias, pero no se imagina lo temprano que tengo que salir.

—¿Cómo de temprano?

—Mmm..., las cinco menos cuarto, más o menos. Me pongo muy nerviosa cuando creo que puedo perder un vuelo.

—Mejor que mejor —dijo él—. A esa hora me dará tiempo a llegar puntual para recibir a mis pacientes.

—En ese caso...

—Trato hecho —dijo Ben—. Nos vemos a esa hora. —Y chasqueó la lengua para despedirse de Avión antes de retirarse.

Cuando Willa regresó a casa de Denise, a Cheryl no se la veía por ningún sitio; Denise se había trasladado al sofá y estaba hojeando una revista. En la mesa baja que tenía delante había una copa de vino medio vacía.

—¡Aquí está Avión, sano y salvo! —le dijo Willa.

—¿Mmm...? Sí, gracias —respondió Denise, y pasó una página.

Willa subió a su cuarto, sintiendo magullado el corazón.

Por debajo de la puerta de la habitación de Cheryl se filtraba luz, así que cruzó el pasillo y llamó muy suavemente.

—¿Cheryl? —susurró.

Oyó los pasos de la niña descalza, que un momento después le abrió la puerta. Se había puesto el pijama, pero no se había metido en la cama; la almohada estaba apoyada en vertical contra el cabezal.

—Sólo quería despedirme. Aún no te habrás despertado cuando salga hacia el aeropuerto.

En lugar de responder, Cheryl abrazó a Willa por la cintura y apretó la cara contra su cuerpo.

—Mamá no... —dijo, y luego algo ininteligible, su aliento calentando el vientre de Willa.

—¿No qué, cielo?

Cheryl se apartó para mirarla.

—No quería decir eso, que fueses super... lo que sea.

—Bueno —dijo Willa—, aunque quisiera decirlo, no tiene importancia.

—Te digo que no, de verdad. Se le pasará enseguida, ya lo verás. ¿Te has fijado en que no ha ido a contárselo a la policía?

Willa no se había parado a pensarlo, aunque parecía muy acorde con su actitud abúlica: la tendencia de Denise a encogerse de hombros ante acontecimientos como quedarse embarazada por un exceso de cerveza o que se le truncara una carrera universitaria.

—Bueno, estupendo —le dijo a Cheryl—. Supongo que Erland no tendrá ya que preocuparse. —Después besó a la niña en la cabeza y dijo—: Adiós, cielo. Te voy a echar de menos. Cuida de mi cacto ahora que me voy, ¿lo harás?

—¿Cómo tengo que cuidarlo? —preguntó Cheryl.

—Riégalo solo de cuando en cuando, pero sin pasarte. Los cactos aguantan mucho, recuérdalo; no necesitan que se los mime.

—Entonces, ¿volverás dentro de algún tiempo para ver cómo le va?

—Claro que sí —dijo Willa, porque no quería reconocer que no tenía intención de volver.

Había pensado en llamar a Sean antes de acostarse, solo para decirle que se marchaba y que le había encantado conocer a Elissa. Pero ¿para qué, en

realidad? Si consideraba que él no había vuelto a llamar desde la cena, Willa dudaba que le importase mucho su marcha. Y en realidad no estaba encantada de haber conocido a Elissa, la verdad era que no.

Se daba cuenta de que eran pensamientos crueles, y los aplastó casi de inmediato. Pero de todos modos no llamó a su hijo. Tampoco trató de volver a llamar a Peter. Tenía que haber recibido su mensaje; que fuera a buscarla al aeropuerto o no: que hiciera lo que le apeteciera. Willa era perfectamente capaz de encontrar el camino de vuelta a casa.

En el reloj del tocador programó la alarma a las cuatro y cuarto. No necesitaría más de media hora para vestirse, y para el primer café podría esperar a estar ya en el aeropuerto. Se puso el camisón y guardó en la maleta la ropa que había llevado; se desmaquilló y se lavó los dientes; apagó la luz, se metió en la cama y cerró los ojos, agradecida.

Había sido un día muy largo, un día larguísimo.

Willa ignoraba si Ben era puntual. Podía llegar tarde o ni siquiera aparecer. Pero justo a las cinco menos cuarto, en el momento en que bajaba la escalera de puntillas con la maleta, oyó unos golpes amortiguados en la puerta. Dejó la maleta al pie de la escalera y fue a abrir.

—Buenos días —murmuró, y Ben gruñó: «Buenas», y el saludo se acompañó de una bocanada de olor a pasta de dientes mentolada.

Fuera había más luz que dentro: un gris blanquecino monótono y opaco que hacía de Ben una silueta sin facciones y de expresión indescifrable.

—¿Es eso todo su equipaje? —preguntó, entrando a coger la maleta.

Antes de que pudiera contestarle, desde el cuarto de estar les llegó el ruido de algo que se movía. Al volverse, vieron una columna blanca que se acercaba: era Denise, envuelta en una sábana. Solo tenía al descubierto el óvalo del rostro, pero debía de estar vestida, porque sus pasos aún hacían ruido de bota-zapato-bota sobre el parquet. Tras ella se oyó el repiquetear de las uñas de Avión.

—Hola —le dijo a Ben. Tenía la voz un poco ronca.

—Vaya, ¿qué tal estás? —dijo él.

Denise se volvió hacia Willa, toda de una pieza, imponente.

—Oiga, no tiene usted que marcharse por mi causa.

—Bueno, ya iba siendo hora, en realidad —dijo Willa—. Es normal que os deje la casa para vosotras dos.

—¿Por qué se lo tiene que tomar todo tan a pecho? —le preguntó Denise—. ¡Yo creía que estábamos haciéndolo francamente bien! Había pensado incluso un plan para que no se marchara usted nunca del cuarto de invitados. Quiero decir que reconozco que ayer perdí los estribos, más o menos, pero ¡mírelo desde mi punto de vista! Usted y Cheryl tan cariñositas, con sus secretos particulares; ¡me fastidia mucho que alguien tenga secretos conmigo! Que actúen a mis espaldas, susurrando a escondidas, nos-encargaremos-de-que-Denise-no-se-entere, ¿qué te parece? ¡No lo soporto! Que me tenga que pasar a mí, entre todo el mundo, ¡después de lo que Sean me hizo! Ha sido muy doloroso, de verdad.

¿Por qué era tan frecuente que las personas que intentaban disculparse por haberse enfadado volvieran a enfadarse con la misma intensidad?, se preguntó Willa.

—Bueno, Denise —dijo—, lo siento mucho. No era mi intención herirte. Espero que llegues a perdonarme.

Se acercó para abrazarla, pero Denise no hizo movimiento alguno para corresponder al abrazo. Aunque quizá se debió solo a que iba envuelta en una sábana. Luego Willa se inclinó para apoyar la mejilla en lo alto de la cabeza de Avión, que olía como un suéter muy usado. El perro emitió un sonido semejante a un gemido que ella decidió interpretar como pesaroso. Después se irguió de nuevo, aunque a disgusto.

—¿Listo? —le preguntó a Ben.

El médico vaciló un momento, pero al final asintió con la cabeza y se apartó para dejarla pasar.

—Hasta luego, Denise —dijo—. Vendré más tarde a ver qué tal estás, si se me permite.

Denise no contestó. Sin embargo, debió de quedarse allí, mirándolos,

porque Willa no oyó que la puerta se cerrase tras ellos cuando echaron a andar hacia la calle.

El pequeño Corolla de Ben estaba allí delante, con los faros encendidos y el motor en marcha. A pesar del zumbido del motor, Willa oyó trinar en los árboles a algunos pájaros que parecían medio dormidos, pero por lo demás el barrio seguía en silencio. No había luz en ninguna ventana ni pasaba ningún coche. Le pareció que alteraría la paz reinante si llegaba siquiera a susurrar.

Ben metió el equipaje en el maletero y Willa ocupó el asiento del acompañante. El automóvil olía a moho y a periódicos viejos, y en el salpicadero había un pósit en el que se leía: «Líquido para limpiaparabrisas». Cuando el médico se puso al volante, Willa vio, gracias a la luz del techo, que no se había afeitado; sobre sus curtidas mejillas brillaban diminutos reflejos blancos. Llevaba remangada una de sus camisas a cuadros, de manera que más parecía agricultor que galeno.

—¿Cheryl y usted tienen secretos que no le han contado a Denise? —preguntó mientras se ponía en marcha.

Hasta aquel momento a Willa le había impresionado su contención, pero era lógico que se hiciera preguntas.

—Solo acerca del disparo —respondió—. Resulta que fue un accidente, pero Cheryl no quería delatar al culpable.

Ben soltó un bufido.

—Por supuesto que fue un accidente —dijo—. Nadie dispararía aposta a una chica como Denise.

No había preguntado quién era el causante del accidente, para alivio de Willa.

Pasaron por delante de la casa de Callie y luego de la de Hal. Cuántas personas dormían solas y despertaban solas, y se levantaban después para trabajar en sus solitarias ocupaciones. Willa ya los echaba de menos. Se

imaginó a Callie trastabillando camino del banco sobre sus pies diminutos, con zapatos de colores deslumbrantes y la última taza de café bien sujeta en una mano regordeta, y a Hal pendiente de la casa de Denise con la remota esperanza de que aquel fuese el día en que por fin aceptara salir con él. Y a la misma Denise haciendo una de sus enfáticas declaraciones que terminaban con un «Por supuesto..., ¡faltaría más!», a manera de sello de autoaprobación.

—¿Está segura de que lo quiere hacer es marcharse? —dijo Ben, como si fuese capaz de adivinarle el pensamiento.

Pero ella dijo:

—Sí, estoy segura.

Torcieron a la derecha en Reuben Road. También allí las casas estaban a oscuras y los porches vacíos. La radio de Ben había estado funcionando a un volumen muy bajo —un informativo—, pero optó por apagarla.

Willa sacó del bolso la tarjeta de embarque. Por alguna razón, la impresora de Denise había dejado un raspón blanco cada diez líneas, más o menos; uno de ellos atravesaba precisamente el código de barras, lo que le preocupaba. (Cuando salía de viaje siempre encontraba algún motivo de inquietud.) Hizo un esfuerzo para mirar de nuevo por la ventanilla porque no quería marearse; ya habían dejado atrás las calles residenciales e iban a mayor velocidad por la autovía Jones Falls, que abandonaron poco después para entrar en una zona del centro de Baltimore, donde la gente ya se estaba despertando. Los repartidores descargaban cajas de verduras de camiones aparcados en segunda fila; una mujer alzaba la persiana metálica de un café; un tipo con un delantal rojo vendía periódicos en una mediana.

—Todavía puede cambiar de idea —dijo Ben, como si el tiempo se hubiera parado desde la última vez que habían hablado—. Podríamos dar la vuelta ahora mismo y regresar a Dorcas Road.

Willa sonrió.

—Bueno, Denise podría tener una idea un poco diferente —dijo Willa.

—A Denise le encantaría —dijo él.

—¿Habla en serio? Acaba de decirme que le estaba robando a su hija.

—Seguro que no le ha dicho eso —protestó Ben.

—En cierto modo sí.

—Yo estaba delante —dijo él—. ¿Lo ha olvidado? Se ha quejado de que se le hubiera ocultado la verdad, eso es todo.

—Actuaba a sus espaldas, ha dicho. Susurraba a escondidas.

—Bueno, elija creer lo que le guste —dijo él.

—No estoy eligiendo.

—Puede usted escabullirse, toda sumisa y maltratada, o puede decir: «Tienes razón, Denise. Debería haber sido más sincera contigo y prometo que no volverá a ocurrir».

—No soy sumisa —le rebatió Willa con frialdad—. Nadie me ha maltratado.

—De acuerdo. Como prefiera.

Dejaron atrás la ciudad. El cielo iba aclarándose por encima de un erial de almacenes muy separados entre sí, de depósitos de gran tamaño y de torres de alta tensión. Willa giraba la cabeza una y otra vez para ver pasar sucesivos escenarios, como si aquello pudiera explicar su incapacidad para mantener una conversación.

—Mi mujer solía decir que su idea del infierno sería casarse con Gandhi —dijo Ben.

—¿En qué consistía la condena?

—Piénselo: Gandhi era siempre el bueno. El resto del mundo parecía demasiado grosero y ruidoso y egocéntrico en comparación.

Willa estuvo pensándolo. Adelantaron a una limusina con ventanillas de cristales tan oscuros que resultaba imposible saber si había alguien dentro.

—Creo que mi madre tal vez se casó con Gandhi —dijo al final.

Ben la miró de reojo.

—Mi padre era tan considerado que le parecía de mala educación descolgar el teléfono a mitad de un timbrado —explicó—. Siempre esperaba a que acabase el timbrado antes de responder.

—Ajá —dijo Ben.

—Mis opciones eran casarme con una persona así o ser yo esa persona —dijo Willa.

—Quizá quiera replanteárselo —le dijo Ben.

—¿Perdone?

—Que no son esas dos sus únicas opciones, no sé si se da cuenta.

—Bueno, cuando no tienes más que once años puede parecerlo —dijo ella.

—Claro, si se tienen once años.

—Dejémoslo —dijo Willa. Volvió a guardar en el bolso la tarjeta de embarque.

Se habían adentrado mucho en una zona rural y el horizonte se teñía ya de un tono rosado. El silencio dentro del coche empezaba a resultar desagradable, como el de después de una pelea, pero a Willa no se le ocurría nada para romperlo. Cualquier tema que planteara —el paisaje o el tiempo atmosférico o el tráfico— iba a parecer artificioso. Quizá Ben sintiera lo mismo, porque, cuando llegaron a la salida de la autopista que llevaba al aeropuerto, dijo:

—¡Bueno! Ya estamos cerca. —Y pareció sentirse aliviado al pensar que pronto se libraría de ella. Puso el intermitente para torcer a la izquierda. Enseguida empezaron a ver anuncios de aparcamientos de larga duración, así como moteles y empresas de alquiler de coches—. ¿Qué compañía aérea? —preguntó.

Sonó como cualquier conductor fortuito de un servicio de transporte, y ella le respondió tan secamente como cualquier pasajero ocasional.

Dejaron atrás la primera terminal, donde les molestaron mucho las deslumbrantes luces elevadas. Pasaron por delante de una hilera de coches aparcados. La gente descargaba equipajes de los maleteros, los autobuses resollaban al detenerse detrás de otros autobuses, los taxis tocaban el claxon y todo el mundo parecía acelerado y frenético y sorprendentemente despierto.

Se detuvieron detrás de una ranchera, donde una mujer lanzaba un beso al aire hacia la jaula de un animal de compañía que su marido acababa de sacar de detrás.

—No se moleste en bajar —le dijo Willa a Ben—. Basta con que me abra el maletero.

Pero él abrió su portezuela como si ella no hubiese dicho nada, de manera que también Willa abrió la suya y se incorporó al tumulto.

Ben sacó la maleta, la colocó en el suelo sobre las ruedas y desplegó el asa para arrastrarla.

—Gracias, Ben. Ha sido usted muy amable al traerme.

Willa reparó entonces en que el médico calzaba unas zapatillas negras de caña alta como las que podría utilizar cualquier colegial. Y eso le recordó lo mucho que lo apreciaba. Se adelantó para darle un abrazo, pero él estaba ya tendiéndole la mano.

—Hasta la vista —dijo.

—Adiós, Ben —dijo ella.

Se estrecharon la mano, pero él retuvo la de Willa.

—¿Sabe? —dijo—, siempre he querido decirle que me gusta la manera que tiene de mirar a la gente.

—¿La manera que tengo...?

—Como cuando mira a Cheryl a la cara mientras habla, ¿sabe? Las comisuras de la boca le tiemblan como si tratara de no sonreír. O cuando Denise dice algo estrafalario y usted se limita a mirarla con los ojos muy

abiertos y aire inocente. O cuando se dirige a Sir Joe con una miradita burlona creyendo que está siendo seductor.

Willa sintió una punzada de decepción, y tardó un instante en comprender por qué: por un momento se había imaginado que Ben iba a decir que le gustaba su aspecto, que le gustaba ella, nada más.

—Bien. En cualquier caso —dijo él—, hasta cuando sea.

Y le soltó la mano de manera tan brusca como si estuviera arrojándola lejos. Se dio la vuelta y se precipitó hacia su coche, dejándola sola en la acera.

Willa tendría que haberle dicho que también a ella le gustaba su manera de mirar a la gente.

La cola para el control de seguridad era larga y zigzagueante, pero avanzaba deprisa. Cuando ya estaba cerca del escáner, sin embargo, todo se paralizó a causa de un individuo que, al parecer, nunca había volado. Hubo que decirle que se quitara los zapatos y el cinturón, y que sacara el ordenador portátil de su funda, y cada nueva orden le sorprendía sobremanera. Luego, como era previsible, al pasar por la cabina de rayos X tuvo que volver atrás y sacarse de los bolsillos monedas y llaves y un frasco de pastillas contra la acidez.

Peter habría murmurado algo sin alzar demasiado la voz y Willa habría tenido que calmarlo con una secreta sonrisa cómplice.

Su puerta de embarque se hallaba al final de un pasillo, pintado de colores muy brillantes, que acababa dividiéndose en una serie de zonas de espera. A veces se cruzaba con pasajeros aislados que miraban la pantalla de su teléfono entre un mar de asientos vacíos, o con personal de limpieza que empujaba desgastado cubos de basura con ruedas, pero no parecía un momento especialmente ajetreado en aquella terminal en concreto. Y su zona de espera,

cuando por fin la encontró, estaba apenas ocupada, aunque quizá se debía a que había llegado con mucha antelación. Willa se instaló en un asiento que tenía otros muchos vacíos alrededor y sacó el móvil del bolso. Estaba pensando en mandar un correo electrónico a Cheryl: apenas una nota para que la leyera al despertarse, algo ligero pero afectuoso.

Al encenderse la pantalla, sin embargo, vio que tenía una llamada perdida. Era de Peter. La había llamado a las nueve menos veinte la noche anterior, probablemente cuando ella estaba paseando a Avión. Se reprochó no haber contado con aquella posibilidad. De todos modos, Peter le había dejado un mensaje. Pulsó la tecla para reproducirlo y se llevó el teléfono al oído.

«Willa, soy Peter. —Hablaba con tanta aspereza que tuvo que alejarse el móvil varios centímetros—. Mañana estaré ocupado. Yo también tengo una vida, al fin y al cabo, tanto si eres consciente de ello como si no. De manera que, ¿sabes qué?, que tendrás que buscarte tú la manera de volver a casa. Adiós.»

Luego se oyó un clic.

Willa apartó el móvil y contempló la pantalla.

Vio que no habían dado aún las cinco y media. En Tucson era noche cerrada todavía. Pero, aun así, le llamó, porque sabía que apagaba el teléfono antes de irse a la cama. Esperó a que sonara varias veces hasta que oyó su voz, serena y cordial esta vez, sugiriéndole que dejara un mensaje, y recomendándole que «Por favor, hablara despacio y con claridad», algo de lo que él mismo daba ejemplo, como para hacer una demostración.

—Hola, cariño —dijo—, soy yo. Siento que no se me ocurriera preguntarte si ibas a estar ocupado. Tomaré un taxi, no pasa nada, y ya te veré después en casa. ¡Te quiero!

Luego se guardó el móvil en el bolso, cogió la maleta y se dispuso a buscar algún sitio donde tomar un café.

Algo en la manera en que la maleta traqueteaba a sus espaldas le recordó a los tanques portátiles de oxígeno que arrastran consigo los enfermos del corazón.

En el avión le tocó un asiento central, pero no le pareció que los otros dos pasajeros fuesen a ocasionarle ningún problema. El hombre sentado junto a la ventanilla, que se quedó dormido tan pronto como despegaron, utilizaba una de esas almohadas para el cuello que a ella le hacían pensar en un cojín con una cabeza cortada encima, y la mujer que ocupaba el asiento junto al pasillo —de cabello gris y rolliza, aunque no tanto para necesitar más espacio del que le correspondía— se limitó a sonreírle y abrió enseguida una revista de manualidades. Willa decidió que no debía preocuparle la posibilidad de que llegase a dolerle el cuello por tener que hablar con alguien sentado a su lado.

Durante un rato miró por la ventanilla el paisaje cada vez más reducido debido a la distancia, los tejados en miniatura que formaban líneas segmentadas parecidas a ciempiés. Pero luego el panorama quedó limitado al blanco —no a nubes concretas, solo a un vacío sin límites—, de modo que sacó una novela policíaca que había empezado cuando iba camino de Baltimore. Tuvo que volver a la primera página porque había olvidado el principio. El relato estaba lleno de detalles sin duda importantes y a los que debería probablemente prestar gran atención, pero le pareció que le exigían demasiado esfuerzo. Después de unos pocos capítulos los párpados empezaron a pesarle; al final cerró los ojos y recostó la cabeza contra el respaldo del asiento.

Había dado por sentado que no llegaría a dormirse. Raras veces le sucedía cuando viajaba. Pero casi al instante se encontró en una ciudad que supo extranjera, con calles adoquinadas y edificios antiguos, cubiertos de musgo.

Delante de ella una niña caminaba sola, una niñita con un vestido de cuadros. Se dio cuenta de que aquella niña se alegraría mucho cuando se diera cuenta de que tenía detrás a Willa, de manera que abrió la boca para llamarla, pero todo lo que le brotó de la garganta fue una nota aguda muy quebrada, un «i-i-i» que la despertó. Aún le resonaba en los oídos su propia voz chirriante. Por fortuna, la mujer de su lado no se había percatado, o quizá se mostraba muy discreta.

Cerró los ojos de nuevo brevemente, pero aquel sueño se había esfumado ya para siempre.

Debía de haber dormido más de lo que creía, porque su vecina estaba bebiendo un vaso de agua helada. Sin duda, en algún momento una de las azafatas había pasado por allí con el carrito. Se irguió en el asiento para ver dónde estaba la azafata —suponía que convenía hidratarse—, pero no se la veía por ningún sitio y de todos modos tampoco tenía sed. Se recostó de nuevo y oyó a una pareja que tenía detrás discutir sobre si alguien llamado Dink debía seguir recibiendo la paga a pesar de no hacerse la cama.

—Todos los libros dicen que la paga de un niño no debería depender de que haga o no las tareas del hogar —afirmó la esposa, a lo que el marido dio una respuesta que Willa no alcanzó a oír.

Tampoco la mujer debió de oírla, porque preguntó:

—¿Qué has dicho?

A lo que el marido respondió, alzando mucho la voz:

—Sandeces.

La vecina de Willa metió la servilleta de papel en el vaso de agua vacío, se puso de pie y se encaminó a la parte trasera del avión. Willa esperó más o menos un minuto antes de levantarse ella también; no quería parecer una simple imitadora, pero le gustaba planificar sus viajes al servicio de manera que no tuviese que molestar a nadie.

Pero cuando regresó a su asiento, por supuesto, no le quedó otro remedio que importunar a su vecina, que había vuelto antes, aunque Willa se consoló al menos esperando que no se hubiera abrochado aún el cinturón.

El pasajero de la ventanilla seguía dormido. A Willa siempre le maravillaban las personas que aguantaban un vuelo de muchas horas sin una sola visita al baño.

Para entonces ya había llegado al punto en que tenía la sensación de que el viaje nunca terminaría. Le pareció que ya no podría soportar un minuto más de zumbido de motores, de aire muerto enlatado, de jóvenes ejecutivos que hablaban de «interrogantes» y de «actitudes solidarias» y de «concertar una reunión». Se imaginó llamando a una azafata para comunicarle, en el tono más agradable posible: «Me gustaría apearme ahora, por favor. Si tiene la amabilidad de traerme un paracaídas, me marcharé de inmediato».

Pero aquel estado de ánimo terminó por disiparse: cerró los ojos y cayó en el tipo de somnolencia en la que nunca perdía la conciencia de su propia frente, tensa, y de su ceño fruncido.

Muchísimo más tarde sintió un cambio de altitud apenas perceptible, una variación en el sonido de los motores; entonces se irguió en el asiento, miró por la ventanilla y vio debajo el paisaje color tierra de Arizona. No era en absoluto su paisaje natural; pero le bastaba por el momento.

En el instante en que el avión tocó tierra, todos los pasajeros encendieron los móviles. Por todas partes Willa oyó rings y tuits y carillones. Comprobó su teléfono por si acaso Peter había cambiado de idea y le había dejado otro mensaje. Pero no tenía llamadas nuevas, y tampoco correos electrónicos ni mensajes de texto, aunque esperó varios minutos mirando la pantalla para asegurarse. Nada.

Descubrió que no se sentía decepcionada. Experimentó en cambio una clara sensación... gratificante: no se la podía llamar de otra manera.

Apartó el teléfono y miró fijamente el respaldo de delante.

Cuando puso un pie en la terminal, la asaltó la impresión ilusoria de que todo el mundo se había quedado inmobilizado en la misma posición durante las semanas en que había estado ausente. Las madres, con vestidos arrugados y aspecto de estar muy cansadas, y sus díscolos bebés; las parejas de avanzada edad con gigantescos zapatos deportivos; los hombres de negocios, con sus ordenadores portátiles colgados en bandolera sobre pecho...; todos podían haber estado pintados allí. Parecían tan instalados como los habitantes de una casa de muñecas.

Dejó atrás las hileras de sillas color naranja tostado y de respaldos indolentemente inclinados. Dejó atrás las tiendas iluminadas con luces blancas que ofrecían chocolates y dispositivos electrónicos. Llegó a la escalera mecánica por la que se bajaba hasta la salida del aeropuerto, y que las personas que la precedían fueron utilizando sucesivamente; en el último momento, sin embargo, se hizo a un lado, y casi tropezó con un muchachito agobiado bajo el peso de una mochila demasiado grande.

—Disculpa —murmuró, mientras miraba alrededor en busca del mostrador donde se compraban los billetes.

En su nueva vida alquilará una habitación en algún sitio. O vivirá en casa de la señora Minton, o se buscará un apartamento con piscina donde Cheryl pueda ir a visitarla. Enseñará inglés a los refugiados de Ben o español a las compañeras de Cheryl. O incluso podrá intentar algo nuevo que ni siquiera ha imaginado todavía. Las posibilidades son ilimitadas.

Se ve como una diminuta figura con faldas, como la silueta en la puerta de

un aseo para señoras, sobrevolando la curva de la tierra mientras navega por el espacio.

Vida de una mujer como tú.

La ganadora de los premios Pulitzer, National Book Critics Circle y Pen/Faulkner regresa con una novela íntima y conmovedora.



Pocos pero significativos son los momentos que han marcado la vida de Willa Drake: la desaparición de su madre a los once años, casarse a los veintiuno y el accidente que la dejó viuda a los cuarenta. Cuando recibe una inesperada llamada, Willa decide abandonar todo e ir en la ayuda de la exnovia de su hijo, quien ha sido gravemente herida. La espontánea decisión de cuidar de esta mujer, de su hija de nueve años y de su perro la llevarán a explorar un territorio desconocido: el de elegir su propio camino.

Una novela cautivadora llena de esperanza y transformación: Anne Tyler en plena forma.

«Tan reconfortante como volver a casa».

Minneapolis Star-Tribune

«El baile del reloj te atrae sin dejar de hacer tictac. Las novelas de Tyler garantizan que las posibilidades de una conexión importante —que a menudo parecen estar perdidas por este mundo nuestro tan frenético— todavía existen».

Newsday

«Una joya de novela sobre la familia y las segundas oportunidades».

Bustle

«Lo sorprendente de las novelas de Tyler es cómo convierte a la gente normal y los objetos ordinarios en fascinantes. En sus manos, lo cotidiano se vuelve fundamental. Una revelación».

Chicago Tribune

«Si quieres comprender la vida cotidiana de los estadounidenses, lee Anne Tyler. No hay nadie mejor que use a la gente normal —a aquél que ni siquiera vemos en la cola del supermercado— y nos muestre lo que hay debajo. *El baile del reloj* es como saltar al potro. ¡Secuela, por favor!».

The Times (UK)

«Tierno y devastador, conmovedor. *El baile del reloj* es un álbum de grandes éxitos en versión novela. Por su fluir soñador discurren la sabiduría y la visión de esta cronista de la condición humana. Una declaración discreta pero claramente feminista.»

DAVID CANFIELD, *Entertainment Weekly*

«Brillante, encantadora y lista para cualquier club de lectura. Esta novela deslumbrante de Tyler profunda y a la vez novela *feel-good*— está concebida con un humor sagaz, una comprensión enrevesada de las emociones y la familia, el lugar y la comunidad, y del gran placer que supone la extravagancia, el descubrimiento y la renovación».

Booklist (starred)

Anne Tyler, nacida en Minneapolis en 1941, es autora de numerosas novelas, entre la que destacan *Ejercicios respiratorios* (Premio Pulitzer 1989), *El turista accidental* (National Book Critics Circle Award 1986, que además fue llevada a la gran pantalla), *Reunión en el restaurante Nostalgia* (PEN/Faulkner Award 1983) y *El matrimonio amateur* (elegida por *The New York Times* como uno de los libros más destacados de 2004). Es miembro de la American Academy of Art and Letters. Desde hace años vive con su familia en Baltimore, donde están ambientadas casi todas sus obras. En 2016 Lumen publicó *El hilo azul*, elegida como mejor novela del mes por Amazon. *Corazón de vinagre* es su libro más reciente.

Título original: *Clock Dance*

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2018, Anne Tyler

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, José Luis López Muñoz, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial, a partir del diseño original de Chatto & Windus

Fotografía de portada: © Alfred Eisenstaedt / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0581-4

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El baile del reloj

Primera parte

1967

1977

1997

Segunda parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Sobre este libro

Sobre Anne Tyler

Créditos